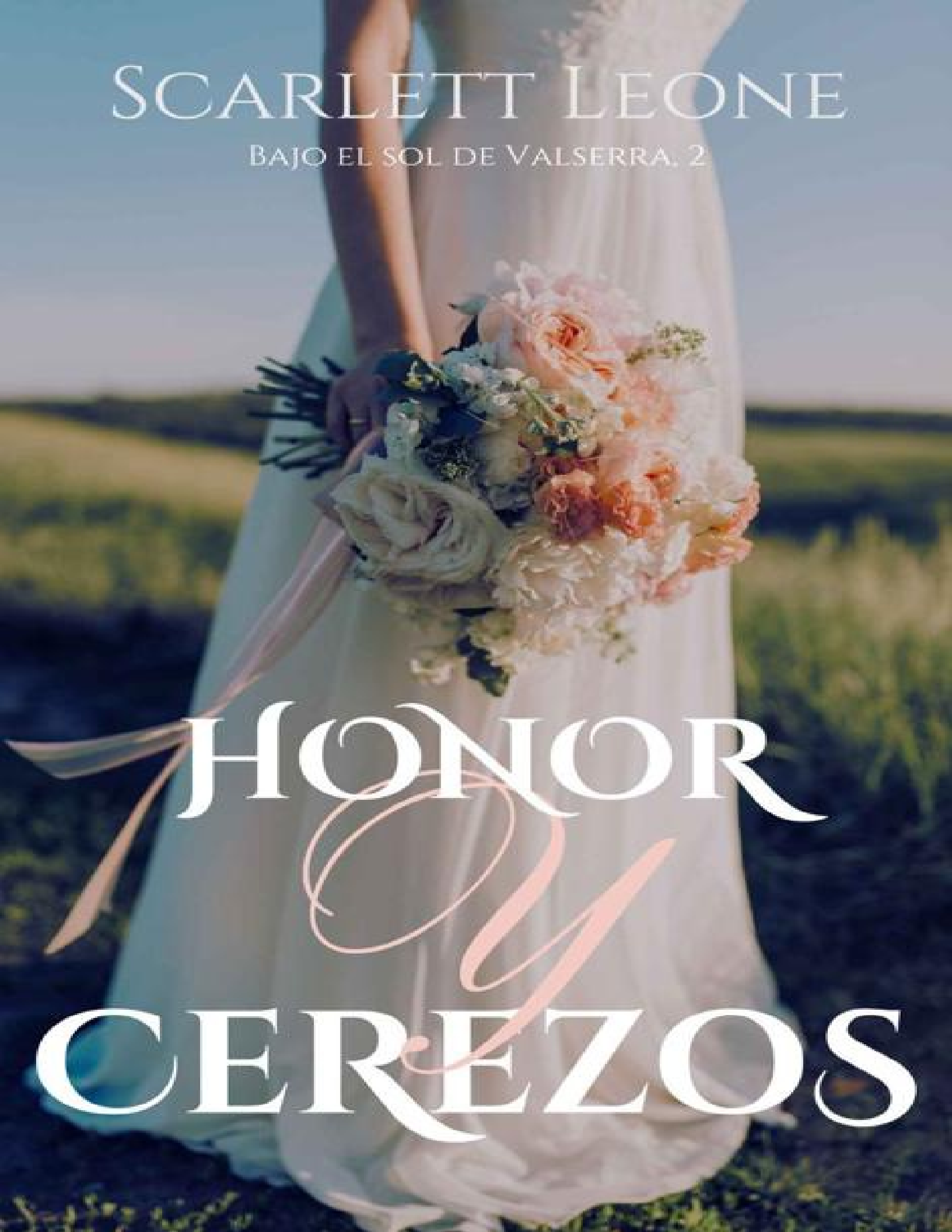


A full-page photograph of a bride in a white wedding dress, holding a large bouquet of flowers. The bouquet features a mix of light pink, peach, and white roses, along with smaller white flowers and greenery. The bride is standing in a field of tall grass under a clear blue sky. The text is overlaid on the image.

SCARLETT LEONE

BAJO EL SOL DE VALSERRA. 2

HONOR
De
CEREZOS

BAJO EL SOL DE VALSERRA, 2

HONOR *I* CEREZOS

SCARLETT LEONE

Copyright © 2024 Scarlett Leone

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Algunos de los escenarios descritos en esta obra son ficticios, además de los personajes y eventos que son imaginación del autor.

Primera edición.

ISBN Paperback: 9798303541559

Contenido

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Epílogo

Otros libros



Pinceladas de amor escribieron la historia de nuestro destino...



Prefacio

Después de una larga y feliz espera de nueve meses, y en medio de las hermosas tierras de la Toscana —lugar apacible y pintoresco que, a propósito, Ainara y Saúl escogieron para llevar una vida tranquila, lejos del bullicio y la vida ajetreada que representaba vivir en Nueva York—, nació la pequeña Iana: hermosa y saludable, quien vino a traerles paz y felicidad a la joven pareja. Ellos, por contingencias de la vida, tuvieron que pasar años separados, pero manteniendo, cada cual, la llama del amor encendida.

Al fin, su sueño de estar juntos se hizo realidad y, más aún, con la llegada de su primer hijo, a quien entregaron todo su amor y dedicación.

Durante el primer año, Ainara y Saúl mantuvieron su propiedad en la Toscana, pero, enseguida del nacimiento de Iana, tuvieron que venderla y mudarse a Valserra, en donde compraron algo más discreto con el fin de estar cerca de Francesca y, con el dinero de la venta, mitigar en algo la deuda que Gaetano D'Alfonso dejó sin tener ellos culpa alguna, pero que involucraba a la familia.

El tiempo continuó su curso. Francesca, con el apoyo económico y moral de sus dos hijas y, especialmente, de Saúl —quien hizo hasta lo imposible para que su suegra se viera libre de tanta angustia y responsabilidad, que además involucraba al resto de la familia, ya que corrían el riesgo de perderlo todo—, finalmente llegaron a un acuerdo con la familia Carusso, quienes les dieron su palabra y más tiempo.

No conforme, después de que el mismo Donato intercediera desde la cárcel de Pensilvania —donde cumplía su condena—, exigió la cancelación total de la deuda, incluido los intereses, lo cual representaba una gran cantidad de dinero, más de lo que su condición permitía.

Esa fue la razón por la cual Ainara y Saúl tuvieron que viajar de improviso a Nueva York. Desde allí, y gracias a la ayuda oportuna de Emily, su buena amiga, quien conocía agentes de

bienes raíces, lograron vender la propiedad que la pareja poseía a las afueras de la metrópoli. Con ello, se canceló en su totalidad la deuda a la familia Carusso, dinero que Gaetano D'Alfonso, cegado por su soberbia y mal juicio, negoció con ellos, entregando en bandeja de oro lo que por años trabajó y era el derecho de su familia.

Ofreciendo, además, con su venia, a su propia hija al capricho del inescrupuloso doctor en leyes, Donato Carusso.

IANA MÁRQUEZ D'ALFONSO, LA bellísima y audaz jovencita de dieciocho años, acababa de graduarse hacía tan solo unas semanas del colegio de monjas de su pueblo natal, Valserra.

Iana, aparte de heredar rasgos físicos similares a los de su padre —una hermosa cabellera negra, ojos tan verdes como dos esmeraldas bañadas bajo el manto de un sol primaveral, y una tez blanca y aterciopelada—, demostró desde muy pequeña una extraordinaria afición por la medicina. Al igual que su padre, Saúl, ella amaba los libros, por lo que la mayor parte de su tiempo libre lo dedicaba a la lectura de aquellos temas de gran interés para ella. Su codiciada meta era especializarse en cardiología.

Fue en aquellos fríos y ventosos días del mes de septiembre cuando Iana, junto con su amiga de toda la vida, Miriam, recorría emocionada los pasillos de la prestigiosa Universidad de la Toscana en Florencia, que abrió sus puertas para, en breve, comenzar su ansiada carrera de medicina. Apenas hacía dos días que habían llegado desde Valserra para iniciar el esperado semestre.

La noche anterior a su viaje, Azzurra y Adriel, los pequeños y amorosos hermanos de Iana — dos preciosos mellizos de ocho años— fueron hasta su habitación para entregarle un lienzo en el que Azzurra había dibujado a la familia completa. En el dibujo Iana, tomada de la mano de su pequeña hermana, vestía un impecable atuendo de médico. Aquel tierno detalle sobrecogió el corazón de Iana.

Azzurra, la pequeña de rizos dorados, al igual que su madre, Ainara, hacía honor con su nombre al color de sus hermosos y vivaces ojos azul cielo. Poseía una habilidad para la pintura que había heredado de Ainara, a diferencia del pequeño y travieso Adriel, quien compartía los mismos rasgos que Saúl, su padre, y desde los cuatro años mostraba una gran vocación para la

música. Ainara le había contratado un profesor para que recibiera clases de piano tres veces por semana durante las tardes.

Iana y Miriam paseaban esa mañana de sábado por los corredores de la universidad.

—Es hermosa, ¿verdad? —comentó Iana a su amiga, mirando la imponente edificación de estilo antiguo. Los altos paredones, cubiertos de verdes enredaderas, hacían de la universidad un lugar apacible, óptimo para dedicarle la mayor parte del día al extenuante estudio que se avecinaba. Iana era una estudiante sumamente dedicada.

Miriam asintió con la cabeza y le indicó a su amiga ir a la habitación, puesto que ambas compartían la misma.

—¿Qué te parece si subimos y desempacamos?

—Tienes razón, vamos de una vez y así nos organizamos. ¿Sabes? Me encanta que nos hayan puesto juntas. No me hubiera gustado compartir la habitación con alguien más que no fueras tú, sobre todo porque no conocemos a nadie aquí.

—Se lo debemos a tu mamá. Si no hubiera sido por ella, que conoce a parte del personal administrativo, seguro nos hubieran asignado de otra manera... ¡Y a saber con quién nos hubiera tocado lidiar! —Miriam echó a reír.

Iana asintió gesticulando con la boca mientras subían por las viejas escalinatas de madera que conducían a las habitaciones de los estudiantes; el edificio se encontraba en la parte trasera del establecimiento.

—¡Bienvenidas a nuestro nuevo hogar! —exclamó tan pronto como entraron en la habitación. Iana fue hasta el ventanal y corrió las cortinas—. Me encanta tener vistas a los jardines internos. Ven y fíjate, Miriam —insistió a su amiga.

Desde ahí se podía apreciar una infinidad de flores coloridas, además de arbustos de limoneros.

—Enseguida voy por ahí. Antes quiero terminar de desempacar —respondió Miriam, afanosa, mientras guardaba sus prendas en las gavetas y colgaba otras en el armario.

Iana se sentía ciertamente feliz y motivada por estar en tan agradable y prestigiosa universidad. Dio un largo y profundo suspiro y, dándose media vuelta, fue hasta su cama para, asimismo, acomodar sus cosas.

—Luego de que terminemos con esto —comentó mientras doblaba sus jeans y, colocándolos uno sobre otro, los iba guardando en el armario—, ¿qué te parece ir por una taza de chocolate caliente a la cafetería?

—Es buena idea —apuró Miriam—. Desocúpate y vamos de una vez, porque con este frío en realidad se me antoja algo caliente.

—Pensándolo bien, terminaré de organizar mis cosas después —dijo Iana, dejando de lado lo que hacía. Descolgando su abrigo de la percha del armario, juntas salieron del cuarto.

—Muero de ganas de un bizcochuelo de manzana con nueces y té de menta —comentó Miriam, mientras las dos amigas se dirigían por los largos pasillos.

—Por ahora me conformo con una taza extragrande de chocolate caliente —respondió Iana tan pronto como entraron en la cafetería, y enseguida se colocaron en la fila. Pocos estudiantes se encontraban ahí en ese momento. Cuando llegó su turno, la encargada del bar colocó sobre la bandeja lo que ambas pidieron, y fueron hacia una de las mesas junto al ventanal que daba al patio interno, en cuyo centro había una pileta rodeada de bancas de piedra.

—Me encanta el ambiente universitario... ¿Tú qué opinas? —Iana, entusiasmada, le dio un gran sorbo a su chocolate caliente, al cual pidió a la encargada que le agregara crema batida.

—Es fantástico... —Miriam no disimuló su afán, fijándose en los muchachos atractivos que entraban y otros que salían de la cafetería—. ¡Qué distinto al colegio y al pueblo es aquí!

—¡Por supuesto que es diferente al colegio y al pueblo! Aquí encontraremos chicos de todos los tipos... Pero te recuerdo que vinimos a este lugar a estudiar, no para buscar parejas como dos desesperadas. —Iana echó a reír; conocía de sobra el carácter extrovertido y coquetón de su amiga.

—¡Cómo eres, Iana, despábilate un poco...! ¿No crees?

Iana rio, moviendo de lado a lado la cabeza, y también echó un rápido vistazo a los estudiantes que entraban y salían.

—Qué concepto errado tienes de mí. Obvio que mi vida universitaria será distinta a la del pueblo, pero todo a su tiempo, amiga...

Iana y Miriam eran dos jovencitas entusiastas y con la dulce coquetería propia de sus dieciocho años. Enseguida que Miriam terminó con el último bocado de su bizcochuelo, corrió la silla y se levantó de repente.

—¿Adónde vas? —preguntó Iana, mirando las prisas de su amiga.

—Regreso enseguida. Recordé que olvidé mi celular en la habitación.

Iana gesticuló con los labios.

—De seguro vas a hablar con Pietro...

—Se me pasó por alto que me telefonaría a las cinco. —Miriam no se contuvo y soltó una risita delatadora. Pietro era un muchacho que conocían desde hacía bastante tiempo atrás en su pueblo. A Miriam le atraía, pero no pasaba de eso.

—¡Pero si son las cinco y treinta! —burló Iana en una sola risotada—. Ve de una buena vez, pero no te tardes. Por el momento aquí estaré esperándote.

Miriam se alejó de la cafetería a toda prisa. Mientras tanto, en cuanto Iana saboreaba su chocolate caliente, de pronto vio a Donato entrar en la cafetería y, para su sorpresa, dirigirse hacia ella.

Enseguida frunció el ceño. ¿Cómo sabía que ella se encontraba ahí?, pensó.

Iana conocía perfectamente la trayectoria de Donato Carusso porque entre sus padres y su abuela siempre comentaban sobre su familia, y sobre él en particular. Además, tenía recuerdos desagradables de las tantas veces que fue por su casa y enfrentó a sus padres.

En tiempos recientes, en muchas de las ocasiones en las que Iana tropezaba con Donato en el pueblo, esos encuentros no eran para nada gratos ni amables, puesto que él siempre mantenía un comportamiento inapropiado e irrespetuoso con ella.

Le clavó la mirada y, respirando profundamente, esperó a que se le acercara.

—¡Iana, qué linda sorpresa encontrarte aquí! —exclamó Donato, sentándose frente a ella.

—Buenas tardes, Donato, ¿qué le trae por la universidad?

Donato sonrió con intención.

—Giuseppe es un gran amigo mío. Vine a hacerle una visita... ¡Y, por supuesto, de paso a ti también! —Giuseppe Parisi era el decano de la facultad de medicina en la universidad.

Iana, esbozando una fugaz sonrisa forzada, deseó salir cuanto antes de ahí.

—No necesita venir a visitarme. Con su permiso... —dicho eso, trató de levantarse, pero Donato, tomándola enseguida por el brazo, la convenció para que volviera a su silla.

—No te quitaré mucho tiempo. Únicamente quiero que cuentes conmigo por cualquier inconveniente que tengas en la universidad. Te repito que Giuseppe Parisi es un buen amigo mío. Nos conocemos desde los primeros años que estudié leyes aquí, en Florencia.

—Se lo agradezco, pero no será necesario. Ahora, si me disculpa —insistió Iana poniéndose en pie—, tengo que volver a mi habitación.

—Estaré viniendo seguido por la universidad... —su comentario hizo que Iana se detuviera y regresara a mirarlo—. Siempre quise conversar a solas contigo, pero como bien sabes, en Valserra ha sido imposible. Hay cosas que seguramente te habrán distorsionado acerca de mí, y me gustaría que conozcas la verdad... Y más sobre mí.

—¡No, Donato, no necesito aclarar nada sobre usted! —enfrentó Iana, tajante—. Claramente le dije aquella vez en el pueblo que deje de seguirme. Realmente me molesta que esté detrás de mí.

He callado esto a mis padres para no inquietarlos, pero no tiene el derecho de venir a buscarme a la universidad y continuar acosándome.

Donato la miró directamente a los ojos y, con una sonrisa insidiosa, apoyó los codos en la mesa. Entrelazó lentamente las manos, dejando que el silencio cobrara fuerza un instante, antes de decir:

—Perfecto. Sabía que entenderías lo prudente que es no decir una sola palabra sobre lo que hablamos esa tarde en Valserra. Sabes que, por tu propio bien, algunas cosas es mejor guardarlas solo para nosotros.

—Deje de perseguirme si no quiere que lo denuncie.

Donato, cínicamente, echó a reír.

—No te adelantes, niña, solo quiero ser tu amigo. Además, ¿a quién vas a recurrir...? ¿A mi amigo?

—Que tenga una buena tarde, Donato. —Iana prefirió no escucharlo más tiempo y salió de la cafetería sin regresar siquiera a mirarlo. Sabía que Donato se quedaría viéndola hasta que ella desapareciera por los pasillos, y a ella le repugnaba la sola idea de que él, un hombre de cincuenta y tantos años, pretendiera algo más... Realmente era un desquiciado y debía tener mucho cuidado con él.

A Iana no se le olvidó cuando, una tarde tiempo atrás en su pueblo, mientras regresaba a su casa, él la tomó desprevenida. Desde entonces, quedó aterrada al escuchar de sus propios labios, sin remordimiento alguno, que se sentía atraído por las jovencitas, y que ella despertaba en él algo indescriptible... algo que le traía añorados recuerdos de su madre. Desde ese momento, Iana prefirió no hablar de ello con sus padres; pensó que una vez en Florencia no lo volvería a ver, pero tal parecía que la suerte le jugaba en su contra. De todas formas, Iana no dio importancia al inesperado y desagradable encuentro con aquel hombre y continuó de camino a su habitación. Obviamente, iba a comentarle lo sucedido a su amiga, Miriam, pues ella ya estaba al tanto de las intenciones del intolerable Donato Carusso.



—Tardaste demasiado... —dijo Iana, molesta, entrando en la habitación—. No imaginas quién estuvo en la cafetería... ¡Qué fastidio volver a verlo!

Miriam, que seguramente terminaba de hablar con Pietro en ese momento, dejó el móvil sobre la cama y levantó la mirada.

—¿A quién miraste para que te haya puesto de tan mal humor? —preguntó.

—¿Que a quién miré...? Ese desquiciado tuvo el atrevimiento de acercarse a mi mesa con el único afán de seguir acosándome... —renegó Iana con el ceño fruncido—. Él vino expresamente para eso a la universidad... Lo sé.

Miriam abrió los ojos, incrédula.

—¿Estuviste con Donato Carusso todo este tiempo?

Iana exhaló con fuerza, sentándose al lado de su amiga.

—Él continúa persiguiéndome, Miriam. Me estresa saber que está al tanto de que estudio en esta universidad. No sé cómo se enteró, pero no me gusta nada...

—Iana, díselo a tus padres. No dejes pasar más tiempo. Donato es un hombre peligroso, y eso tú lo sabes muy bien.

Iana frunció los labios.

—No quiero atormentarlos. Ya tuvieron suficiente con su familia y con él mismo. Fui clara con él, y espero que con lo que le dije no intente ni acercarse a mí.

—Deberías informar a las autoridades de la universidad y avisar al señor Parisi que no deseas recibir sus visitas.

Ante la sugerencia de su inocente amiga, Iana soltó una carcajada, lo que hizo que Miriam la mirara intrigada.

—¿Prevenir esto con Giuseppe Parisi? Pero si él es su gran amigo. Me lo anticipó desde un principio. Claro, Donato es tan astuto que me lo dejó saber con el único fin de intimidarme.

—¿Qué situación, Iana! Jamás se me hubiera ocurrido algo así —exclamó Miriam, sorprendida—. Haré todo lo que esté en mis manos para estar a tu lado. No lo dudes.

Iana asintió con una sonrisa.

—Te lo agradecería.

A pesar de la sugerencia de Miriam de que hablara con sus padres sobre los encuentros constantes con Donato, Iana prefirió callar. Decidió ser prudente y evitar futuros encuentros con él, confiando en que, con el tiempo, Donato dejaría de acosarla y terminaría olvidándose de ella.

Siguieron conversando sobre otros temas relacionados con los estudios de medicina general, que empezarían en pocos días. Les entusiasmaba, especialmente a Iana, comenzar las clases cuanto antes; era su sueño convertirse en una exitosa médica, siguiendo el buen ejemplo de su padre, aunque ella planeaba especializarse en medicina cardiovascular.



UNA DESPEJADA PERO FRESCA mañana de otoño dio inicio al ansiado semestre en la Universidad de la Toscana. Iana y Miriam se encontraban en el aula para recibir su primera clase; más bien, la mayor parte del día los profesores se tomarían tiempo para presentarse ante los nuevos estudiantes. De todas formas, Iana estaba encantada por empezar su carrera universitaria; lo mismo ocurría con Miriam.

En cuanto a sus compañeros de clase, todas eran caras desconocidas. Iana echó un breve vistazo con el rabillo del ojo mientras los alumnos, uno tras otro, ingresaban. Pudo notar algunos rostros interesantes entre los chicos que iban desfilando.

Sin embargo, a pesar de estar ubicada al extremo del salón, su belleza no pasó inadvertida. Miriam, por otro lado, se encontraba sentada frente a ella; igualmente, era muy bonita: de estatura más bajita que Iana, con cabello castaño y ojos pardos, dormidos y traviesos. Indiscutiblemente, ambas amigas llamaron la atención de sus agraciados compañeros.

Una vez finalizada la primera jornada del día, Iana y Miriam fueron a los patios internos del establecimiento; quisieron pasar tiempo en aquel lugar relajado antes de ir a tomar un refrigerio en la cafetería.

—Me agradó la bienvenida que nos dieron los profesores que conocimos hoy, sobre todo el de anatomía. ¿Qué piensas? —preguntó Iana a su amiga. Ambas se encontraban sentadas una al lado de la otra sobre las bancas de piedra que circundaban la pileta, en donde una imponente mujer romana vertía agua a través de una decorativa vasija que sujetaba con ambas manos.

—Muy carismático. A mí también me agradó muchísimo, aunque déjame decirte que el profesor de biología, pero sobre todo el de cálculo, estuvieron muy agradables.

Iana asintió, entre un sí y un no, con la cabeza.

—¡Qué flojera, cálculo! ¿Por qué nos martirizan con eso?

Miriam echó a reír.

—No seas exagerada, no es así como dices... a mí me gusta.

Iana miró a su amiga con actitud.

—¡Hum! Será a ti, porque lo que es yo, no me llevo muy bien que digamos con las matemáticas. —Iana era una excelente estudiante, pero definitivamente esa asignatura no era lo suyo.

—En eso te doy la razón... realmente no atinas con ellas. —Miriam echó un vistazo a su amiga con sonrisa burlona, mientras que Iana se apresuró a recogerse el cabello sobre el lado izquierdo del hombro; la brisa, en esa soleada mañana de otoño, empezaba a azotar con más fuerza—. Ahora nos queda esperar el turno de la tarde para terminar de conocer al resto del profesorado.

—Esperemos que no den tanta lata. —Iana rio, hasta que, de pronto, empezó a salir un grupo de estudiantes de otra facultad del pabellón que se encontraba a un costado de donde ellas estaban. Iana y Miriam no tardaron en regresar a mirar.

Les llamó la atención, sobre todo, dos muchachos lo bastante atractivos y altos que rápidamente cruzaron hacia el edificio contiguo, donde se encontraba la cafetería.

Iana y Miriam, mirándose entre sí, sonrieron y, levantándose también, se encaminaron en dirección hacia la cafetería.

Tan pronto como entraron, pudieron darse cuenta de que los dos muchachos almorzaban sentados a una mesa del extremo, pero lo bastante cerca del bar para que ellos pudieran verlas.

Enseguida, las dos amigas hicieron la fila para igualmente pedir su almuerzo.

A Iana le robó su atención, cuando de vez en cuando regresaba a mirar con el rabillo del ojo, uno de ellos: alto, fornido, de facciones delicadas. Su tez oliva hacía el contraste perfecto con su mediana cabellera castaña, donde la parte delantera le caía deliciosamente por debajo de su pómulo derecho, haciéndolo un chico por demás atractivo. El trigueño sonrió, alzó la mano y se apartó el cabello del rostro, colocándolo detrás de la oreja. Enseguida relucieron sus encantadores ojos negros; además, Iana notó que, mientras conversaba con su amigo, su sonrisa era amplia y hermosa.

Tras un delatador gesto de sentirse atraída por aquel muchacho, Iana se giró en el momento en que Miriam, dándole una palmada en la espalda, hizo que prestara atención a la chica que, por dos ocasiones, le había preguntado qué deseaba para el almuerzo.

Iana, sonrojada, pidió el espagueti a la boloñesa. Tomó su bandeja, pero antes cada una agarró del mostrador una botella de jugo de manzana, y se encaminaron hacia la mesa.

Claramente, las dos amigas no pudieron contenerse en el momento en que los chicos del extremo las siguieron con la mirada y, sin disimulo, echaron a reír.

—Llamamos su atención —comentó Miriam, entusiasmada, colocando la bandeja sobre el tablero de la mesa.

—Me encanta el trigüeño... ¡Qué bellos ojazos negros tiene! —Iana, dibujando una amplia sonrisa en sus labios, hizo a un lado la silla y se sentó frente a frente con su amiga.

—Créeme que tú también le gustas —dijo Miriam, en cuanto volvió a dirigir la mirada hacia la mesa donde los dos jóvenes, sonriendo, de vez en cuando también regresaban a mirar—. El trigüeño no deja de mirarte.

—Lo sé, puedo sentirlo. ¡Y tú, contrólate y no mires hacia su mesa! —exigió Iana entre risas disimuladas. Pensó que, si no les prestaban mayor atención, mantendrían la llama del interés viva en ellos, pero sobre todo la del trigüeño. De repente, ni bien habían empezado con su almuerzo, Iana colocó su plato de espagueti junto con los cubiertos de regreso a la bandeja, y antes de que Miriam dijera algo, puesto que se la veía afanosa degustando su espagueti, se adelantó a decir—: Hoy no almorzaremos. Regresa tu plato a la bandeja y salgamos en este preciso momento de aquí, que vamos de regreso a la habitación. Créeme que así se interesarán más en nosotras y tendrán que investigar por su cuenta quiénes somos... ¿No crees? —Y así, sin dejarla siquiera chistar, Iana se puso en pie y, haciendo un gesto a su amiga con los ojos, tomó su bandeja y, antes de irse, la dejó en el carrito y forzó a Miriam a salir repentinamente de la cafetería.

—¡Cómo eres, Iana, ni siquiera me dejaste terminar mi almuerzo! ¡Por ti pasaré hambre! —Miriam, enojada, trató de alcanzar el paso apresurado de Iana mientras se encaminaban hacia la habitación—. ¿Y qué si no volvemos a verlos...? Qué par de chicos hermosos dejaste ir por tus estúpidas y absurdas manías... ¡Joder!

Iana, en ese momento, se detuvo y se giró a ver a su amiga.

—No seas melodramática, deja de quejarte y confía en mí. Te aseguro que harán hasta lo imposible por saber de nosotras. Obvio que llamamos su atención ¿o no te diste cuenta? Además, ya tendremos tiempo de sobra para bajar a la cafetería y comer algo.

Miriam asintió de mala gana.

—A ver si tu plan resulta... —renegó, frunciendo los labios.

—Que confíes en mí te digo. —Y, halándola por el brazo, Iana encaminó a Miriam hasta la habitación.



Esa misma tarde, luego de conocer al resto de los profesores que se presentaron a los alumnos de medicina, Iana fue sola al centro de la ciudad en busca de libros para su clase de química. Miriam no la acompañó porque prefirió terminar el trabajo de biología que el profesor pidió entregar al día siguiente.

Iana, sin darle importancia a la tarea, salió cuanto antes.

Tomó el bus que la llevó al centro de Florencia y, entre una cosa y otra, mientras distraída buscaba en diferentes librerías los libros de química, tanto para ella como para Miriam, no se dio cuenta de que se le había hecho tarde. El reloj marcaba pasadas las cinco y treinta. Pagó rápidamente la cuenta y se apresuró a la estación.

Para su suerte, no tuvo que esperar; tan pronto como llegó, se embarcó en el bus que la llevaría de regreso a la universidad.

El viaje hasta la siguiente estación duraría aproximadamente una hora, y luego tendría que caminar un tramo corto de cinco a diez minutos a paso rápido hasta llegar al portón del instituto.

El cielo nocturno se mostraba cubierto de una espesa neblina otoñal; todo conspiraba, amenazando con una fuerte lluvia. Iana, una vez que bajó del autobús, aceleró el paso y se encaminó en dirección a la universidad.

De pronto, en medio de la niebla, sintió una mano que, tomándola con rudeza por el brazo, la obligó a detenerse. Iana, con la respiración contenida, giró hacia su costado.

Enseguida distinguió la silueta de Donato, quien, con sonrisa insidiosa, se encontraba parado junto a ella.

—Iana... —exclamó—. ¡Qué grata sorpresa, y qué coincidencia venir a encontrarnos aquí, fuera de los fríos e incómodos muros de la universidad!

Su mano la estaba lastimando, por lo que Iana, con un brusco tirón enseguida la apartó, mientras una suave llovizna empezaba a precipitarse sobre sus cabezas.

—¡No creo que sea ninguna coincidencia, Donato! ¿Acaso me persigue?

Donato echó a reír con su típica sonrisa sarcástica.

—No, niña, caminaba por aquí. Pero mira como son las coincidencias de la vida... ¡Iluminaste mi camino!

A pesar del miedo atroz que Iana sintió al encontrarse a solas con él en ese lugar apartado, se mantuvo activa y enseguida cortó el desagradable encuentro:

—Tengo prisa. Que tenga una buena noche —dicho eso, Iana se dispuso a doblar la esquina, cuando Donato, interponiéndose en su camino, se paró delante suyo y, sin dejarla avanzar ni un solo paso más, acometió contra ella:

—¡Qué equivocada estás, jovencita! Nadie deja a Donato Carusso con la palabra en la boca... ¡Y menos tú, niña! Obvio que te estaba esperando. Tenemos una conversación pendiente. ¿Recuerdas que te fuiste dejándome solo en la cafetería? No, no, no... —Donato chasqueó la lengua, negando con la cabeza y, haciéndola retroceder, la amuralló contra el paredón—. Ahora vas a escucharme, ya que nadie, absolutamente nadie, podrá interrumpirnos.

La llovizna había cesado, pero la neblina se tornó aún más densa. Donato, invadiendo su espacio, lanzó los brazos sobre sus delicados hombros, acorralándola en medio de la callejuela fría y desolada. Los grandes y vivaces ojos de Iana destellaban terror al verlo prácticamente sobre ella, ultrajándola. Trató por todos los medios de apartar sus manos grandes y fuertes, pero fue inútil. Donato la aprisionó con más fuerza y, obligándola a quedarse quieta, le susurró al oído:

—¡Amo tu dulce y fresco aroma! Cómo me recuerdas a tu madre, niña hermosa. —Su voz sonó pesada mientras aspiraba el aroma de su frágil cuello—. No imaginas cuánto la deseé... ¡Pero la muy zorra se fue con el infeliz de tu padre!

Iana pretendió no haberlo escuchado. Armándose de valor, levantó la rodilla derecha y, con un certero golpe, lo impactó en la entrepierna, evitando que se sobrepasara más de lo que ya había intentado.

Donato lanzó el torso hacia atrás de inmediato.

—¡Maldita perra! —vociferó, sujetándose con ambas manos. El dolor de aquel rodillazo lo dejó inmóvil.

—¡No vuelva a acercarse nunca más ni a mí ni a mi familia! ¡Usted es un abominable desquiciado, Donato Carusso! —gritó Iana antes de echar a correr.

—¡Jamás se los perdonaré...! —gritó Donato—. ¡Escúchalo bien, Iana D'Alfonso, ni a ti, ni al despreciable sacrílego de tu padre, ni a tu madre, por todo lo que me hicieron! ¡Ustedes tienen una deuda conmigo, y juro por mi honor que me la cobraré con creces!

La fuerte voz de Donato se desvanecía en la densa niebla mientras Iana, entre tropiezos, aceleraba el paso hasta que aquella ruda y desagradable voz se hizo inaudible una vez que llegó a los portones de la universidad.

El guardia, quien hacía el turno de la noche, abrió los portones de inmediato y la saludó:

—Señorita Márquez, buenas noches. Siga adelante, por favor.

Iana, apurada, le dio las gracias y continuó agitada hacia el pabellón, donde, luego de subir las escalinatas de madera, al fin llegó a su habitación.

Miriam continuaba sentada frente a su escritorio, en la misma posición en que la había dejado horas atrás. Levantó la mirada del ordenador y dijo:

—¿Por qué tardaste tanto, Iana? Me tenías preocupada.

—Las horas se me pasaron sin darme cuenta. —Iana temblaba.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga.

—No, Miriam, el desgraciado de Donato me atracó a unas cuantas cuerdas de aquí. Gracias al cielo pude escapar y correr.

Miriam enseguida se puso en pie y fue junto a Iana, que, sentada al filo de su cama, era un manojo de nervios.

—¡Iana, qué me estás diciendo!

—Es un hombre despreciable, Miriam. De seguro supo que me ausenté y me estuvo esperando. ¿Será que pagó para que me vigilaran? —Angustiada, volvió a mirar a Miriam. Por un momento se sintió vulnerable ante la posibilidad de que eso fuera cierto.

—No lo creo... —vaciló Miriam—, pero de todas formas debes tener más cuidado.

—¡Asqueroso! Trató de besarme a la fuerza, pero logré zafarme a tiempo. Me gritó con toda su rabia que jamás nos perdonaría, ni a mis padres ni a mí, por todo el daño que papá y mamá le hicieron... ¡Ese hombre está loco! —exclamó con lágrimas en los ojos—. ¡Tengo tanto miedo de él!

—Iana —dijo Miriam, con la inquietud reflejada en su mirada—, deberías hablar de esto con tus padres. No dejes pasar más tiempo y hazlo de una buena vez.

Iana dio un largo y extenuante suspiro.

—Lo haré... hoy mismo telefonearé a mamá. Pienso que ya es tiempo de que ella y papá sepan lo que está ocurriendo con este hombre despreciable.

Miriam asintió con la cabeza.

Ambas amigas se abrazaron.



ESA MISMA NOCHE, IANA telefoneó a su madre para contarle lo ocurrido con Donato Carusso. Además de ello, se decidió a confiarle las tantas veces en que, estando en Valserra, él ya la acosaba, y ella, sin otra opción que no fuera preocuparlos, optó equivocadamente por callar algo tan delicado.

—Hola, mamá.

—Iana, hija, ¡qué alegría escucharte! ¿Cómo está todo en la universidad? Por demás ocupada, me imagino.

Pese al estado de nervios por el cual atravesaba, Iana esbozó una suave sonrisa. Se sentía sumamente agradecida con sus padres, además de emocionada por haber empezado el semestre en su ansiada carrera de medicina. Sin embargo, trató de encontrar las palabras correctas para que su madre no cayera en desaliento cuando le contara sobre los abusos que, desde tiempo atrás, venía sufriendo por parte de Donato Carusso.

—Me mantengo ocupada casi todo el día, mamá. Hay mucho que investigar, que aprender... pero te llamo por otro motivo.

—Te escucho, hija.

Iana inhaló con fuerza y, tras un largo respiro, continuó:

—Discúlpame, mamá, por no haber hablado de esto contigo antes. No quería preocuparte ni a ti ni a papá...

—Hija, me inquietas... —interrumpió Ainara—. ¿Qué ha sucedido? ¿Tiene algo que ver con la elección de tu carrera? Porque si es así...

—No, mamá —se adelantó en responder Iana—. Es mi pasión estudiar medicina. Se trata de... pues, de Donato.

—¿De Donato?! No, no comprendo, hija.

—Ese hombre me hostiga, mamá. Ha venido haciéndolo desde hace mucho tiempo en el pueblo, y ahora me acosa dentro y fuera de la universidad.

Ainara permaneció en silencio por unos segundos. Iana sabía de antemano que la noticia la iba a dejar profundamente angustiada, pero siendo así, ya no podía ocultarlo por más tiempo; tenía que decírselo.

—Mamá...

—Disculpa, hija, me tomó de sorpresa esto que acabas de decirme. Necesito que, por favor, te mantengas dentro del establecimiento y que, por ningún motivo, salgas. Mañana a primera hora telefonearé al decano de tu facultad para que tome medidas al respecto.

—¿A Giuseppe Parisi? —Iana echó a reír—. Él es gran amigo de Donato, mamá. Fue lo primero que me advirtió... Ya conoces lo cínico que es.

—Nunca me lo hubiera imaginado —respondió Ainara tras una larga exhalación—. Saldremos con tu padre hacia Florencia mañana a primera hora. Esto que me cuentas no puede quedarse así.

—Gracias, mamá, y discúlpame nuevamente por no habértelo dicho antes. Nunca imaginé que esto llegara a suceder. Créeme que tuve la seguridad de que, una vez en Florencia, no volvería a encontrármelo.

—Hija mía, algo tan delicado debiste habérmelo contado enseguida. De esa manera, tu padre y yo hubiéramos tomado cartas en el asunto. Pero ya está, mañana a primera hora hablaremos con el director de tu facultad. Que Giuseppe Parisi sea gran amigo de Donato, como dices, no tiene nada que ver. Él tendrá que conversar con su amigo y exigirle que no se acerque más a ti. Asimismo, le informaremos a la autoridad máxima de la universidad y pondremos un límite a esto. Ese hombre despreciable no volverá a acercarse más a ti... Te doy mi palabra. Ahora necesito que estés tranquila. Y no se te ocurra, por ningún motivo, ir sola a ningún lugar. ¿De acuerdo, hija?

—Pierde cuidado, mamá, que así lo haré. Dale un abrazo a papá, dile que lo amo, que jamás hubiera querido que llegara a tener enfrentamientos con Donato o con cualquiera de su familia por mi causa.

—No, Iana querida, ese hombre o su familia o quien sea que quiera hacerles daño a ti o a tus hermanos se verán con nosotros. Como dije, y lo repito, Donato tendrá que escucharnos porque demasiado daño nos ha venido haciendo.



Ainara quedó sumamente preocupada luego de hablar con Iana. No imaginó siquiera que Donato fuera a actuar en su contra valiéndose de su hija... Aquello sobrepasó el límite.

En cuanto le confió a Saúl, él igualmente coincidió con ella en que debían intervenir, yendo de inmediato a Florencia para exponer la situación ante el director de la universidad. Además, el decano de su facultad tenía la obligación de asegurar que no hubiera ningún acercamiento por parte de Donato Carusso con su hija, al menos dentro del establecimiento, ya que, fuera de la universidad, la responsabilidad recaería por su propia cuenta.

A primera hora de la mañana, Ainara y Saúl condujeron hacia Florencia. Francesca quedó a cargo de los mellizos, Azzurra y Adriel, durante las horas que sus padres estarían fuera; ella los recogería de la escuela y luego atendería al profesor de música que iría en la tarde para la clase de piano que recibía el pequeño.

Tan pronto como Ainara y Saúl llegaron a la universidad, fueron hasta la oficina del decano. Por suerte, llegaron a tiempo para poder conversar con él, ya que en las próximas horas debía ausentarse para asistir a una reunión con los docentes.

—Buenos días, estimada Ainara, doctor Márquez —saludó Giuseppe Parisi al matrimonio, invitándolos a sentarse frente a él—. ¿A qué se debe el honor de tenerlos hoy aquí?

Tanto Ainara como Saúl le devolvieron el saludo y enseguida le pusieron al corriente de su descontento y extrema preocupación acerca del inconveniente que su hija, Iana, venía teniendo con Donato Carusso desde que empezaron las clases en la universidad.

Ante tales acusaciones, Giuseppe Parisi se mostró sorprendido, levantó su ceja izquierda y respondió:

—Me sorprende sobremanera, mis apreciados Ainara y doctor Márquez, todo cuanto me han informado acerca de mi estimado amigo, Donato. Pierdan cuidado, que hoy mismo me comunicaré con él y le manifestaré su preocupación por lo sucedido. Pienso que con ello no será necesario comunicar este inconveniente al director, Maximiliano Romano. Les doy mi palabra de que tan pronto como hable con Donato él sabrá acatar mi recomendación de que no vuelva a acercarse a su hija.

—Le estaremos muy agradecidos, señor Parisi —dijo Ainara.

—En cuanto a nuestra hija —intervino Saúl—, hablaremos lo antes posible con ella. Sé que Iana se sentirá más tranquila sabiendo que usted hablará personalmente con Donato. Esta situación la tiene sumamente afectada. —Giuseppe Parisi hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Nosotros nos retiramos, señor Parisi —dijo Ainara poniéndose en pie, y alargando la mano, se despidió de él—. Que tenga un buen día.

—Igualmente, un buen día para ustedes —contestó Giuseppe Parisi, estrechando la mano de Ainara. Luego se giró hacia Saúl, y de igual manera estrechó la suya—. Si desean, pueden ir a la cafetería a esperar por Iana. El receso empezará en pocos minutos.

Ainara y Saúl volvieron a darle las gracias y salieron de la oficina del decano para ir a encontrarse con su hija en la cafetería. Esperaron unos minutos sentados a la mesa hasta que ella apareció por el corredor y enseguida fue a saludarlos.

—¡Mamá, papá, qué alegría verlos hoy aquí! —exclamó, abrazándolos, y se sentó a la mesa frente a sus padres.

—También estamos contentos de verte, hija —respondió Saúl—. Acabamos de salir de hablar con el decano de tu facultad.

—¿Qué dijo? ¿Hará algo al respecto? —preguntó Iana, mostrándose inquieta.

—Por supuesto, hija —se adelantó a comentar Ainara—. Él nos dio su palabra de que hablará hoy mismo con Donato y le exigirá que no se acerque más a ti. Este hombre tendrá que dejar de acosarte. De otra manera, se verá con las autoridades máximas tanto dentro como fuera de la universidad.

Iana cerró los ojos y respiró profundamente.

—Gracias, mamá, papá, por haber venido a hablar con el señor Parisi. Ahora que ustedes y él lo saben, me siento más tranquila. Nuevamente les pido que me disculpen por no haberlo comentado antes.

Saúl tomó la mano de su hija y dijo:

—Ante todo está tu tranquilidad y seguridad, hija mía. Tanto tu madre como yo queremos que te sientas en calma estando en este lugar, pero, asimismo, necesitamos que seas cautelosa fuera de aquí. Prométeme que así lo harás, ¿de acuerdo, hija?

Iana asintió ante la recomendación de su padre con una sonrisa.

—Sí, papá, pierdan cuidado, no volveré a salir sola.

—Confiamos en que así lo harás, Iana —ratificó su madre—. Dentro de la universidad, Giuseppe Parisi tomará desde hoy las medidas necesarias, pero fuera de aquí, como acaba de decir tu padre, ya no está en su jurisdicción.

—Será como ustedes dicen. No se preocupen.



El matrimonio Márquez D'Alfonso regresó a Valserra. Tan pronto como entraron a su casa, vieron a Francesca acompañada del padre Fortunato, quien esa tarde había ido a visitarlos. Ambos se encontraban conversando sentados en la saleta, a un extremo del pequeño salón en donde solían reunirse para jugar cartas o pasar tiempo de ocio; además, en ese lugar se encontraba el piano que compraron para que su pequeño hijo, Adriel, recibiera sus clases de música. Tanto Francesca como el reverendo disfrutaban de las habilidades del pequeño mientras recibía sus clases de piano.

—¡Qué linda sorpresa encontrarlo en casa, padre Fortunato! —exclamó enseguida Saúl.

—¡Hijos míos, el gusto es mío! —respondió Fortunato, poniéndose de pie al momento. Ainara y Saúl se acercaron a donde ellos estaban y se estrecharon en un fuerte abrazo con el reverendo; hacía algunos días que no se veían.

—Hola, mamá —saludó Ainara a su madre. Saúl también saludó a su suegra—. ¿Ha ido todo bien durante el tiempo que estuvimos fuera?

—Sin ninguna novedad, hija. Y cuéntenme, ¿cómo les fue en la universidad? ¿Pudieron conversar con el decano?

—Sí, mamá, se dijo todo. Ahora nos queda esperar a que cumpla con su palabra de comunicarse inmediatamente con Donato y exponerle las cartas sobre la mesa. ¿Te parece si hablamos con más calma luego? Iré a saludar al profesor Emiliano ahora.

Francesca sonrió.

—Por supuesto, vayan y saluden al profesor, porque tiene muy buenas noticias que darles sobre Adriel.

—¡Qué maravilla! ¿Qué tendrá para decirnos? Vamos, *amore* —apuró Ainara, entusiasmada, tomando de la mano a Saúl—, saludemos al profesor.

—Adriel es un niño prodigio para la música —se adelantó a comentar Fortunato.

—Así es, padre Fortunato. Quién mejor que usted para valorar su talento —respondió Ainara con una sonrisa, y enseguida se acercaron a donde estaba el profesor Emiliano para saludarlo y besar a su pequeño hijo.

Emiliano les comentó que Adriel avanzaba a pasos agigantados en su destreza para tocar el piano, y que, si continuaba de la misma manera, en cuestión de poco tiempo estaría preparado para pasar a un nivel destacado, donde era bastante inusual encontrarse con niños de su edad. Ainara y Saúl se alegraron sobremanera por las aptitudes y avances de su pequeño hijo, por lo que no tardaron en felicitarlo frente al profesor, el reverendo y de su abuela:

—Tu padre y yo estamos tan orgullosos de ti, mi pequeño —dijo Ainara, besando la coronilla de su hijo. En tanto Adriel, mirando a su padre con la picardía propia de un niño de ocho años, comentó:

—¿Ves, papá? Te dije que llegaría a tocar el piano tan bien como la tía Romina.

Todos en el salón rieron.

—Por supuesto que sí, hijo mío —respondió Saúl, quien, estando de pie frente a su hijo, enseguida lo levantó en brazos—. Y ahora déjame darte un abrazo, porque te lo mereces. Sabes que te amo, ¿cierto?

Adriel sonrió, sujetando la mirada de su padre; sus encantadores ojitos verdes brillaron de felicidad.

—Sí, papá. Y tú sabes que los amo a ti y a mamá, ¿cierto?

Saúl esbozó una amplia sonrisa.

—Cierto —respondió a su pequeño y lo colocó nuevamente en el suelo.

—Gracias por darnos esta gran noticia, profesor Emiliano —dijo Ainara—, tenemos total confianza y seguridad de que Adriel continuará destacándose y llenándonos de sorpresas. Y ahora los dejamos solos para que puedan terminar su clase.

El profesor asintió con una sonrisa.

Mientras tanto, Ainara y Saúl fueron con Francesca y con el reverendo hacia el salón principal de la casa.

—¿Y al fin qué fue lo que les dijo el decano? —preguntó Francesca.

—Tomará cartas en el asunto desde hoy mismo —respondió Saúl—. Donato no podrá acercarse a nuestra hija.

Fortunato carraspeó.

—Ese infiel tendrá que saber comportarse... ¡Veo que no ha aprendido nada de la vida!

—Los hombres de su calaña jamás aprenden, padre Fortunato —comentó Ainara.

—Así es, hija mía, pero déjame decirte que hay ocasiones en que las lecciones de la vida nos hacen reflexionar.

Ainara gesticuló con los ojos, negando con la cabeza.

—No para él...

—¿Qué les parece si pasamos al comedor? —interrumpió Francesca—. Sabiendo que hoy venía a visitarnos Fortunato, preparé un bizcochuelo de dátiles y almendra, como tanto le gusta. Además, a los niños les encanta.

—A propósito, ¿está Azzurra en su habitación? —preguntó Ainara.

Francesca asintió.

—Almorzó y nos dijo que iría a hacer su tarea. Seguramente se quedó dormida, ya que nos comentó que el profesor de deportes la hizo trabajar intensamente hoy. —Francesca rio, y Ainara y Saúl, junto con el padre Fortunato, también echaron a reír.

—Mi niña —dijo Ainara—, ciertamente tuvo un día muy agitado. Subiré luego a verla.

Tan pronto como el pequeño Adriel terminó su clase de piano, corrió al comedor junto con sus padres. El profesor se despidió de la familia y, aunque le invitaron una taza de té acompañada del bizcochuelo de almendras y dátiles, se disculpó por no poder acompañarlos, pues tenía otra clase que dar.

La familia degustó el delicioso bizcochuelo mientras, entre risas, comentaban sobre el avance y la destreza del pequeño, quien pidió a su abuela que le pusiera helado de chocolate en el plato. Asimismo, el padre Fortunato pidió una copita de su apetecido *limoncello*.

A pesar de que su salud se había desmejorado por sus avanzados años, continuaban consintiéndolo, claro, dentro de los límites de su condición. El padre Fortunato bordeaba ya los ciento un años, pero seguía siendo un hombre lúcido.



EL TIEMPO TRANSCURRIÓ CON tranquilidad. Luego de que, seguramente, Giuseppe Parisi conversara con Donato, él no fue por la universidad. Tampoco Iana tuvo encuentros fuera de ella, a pesar de que en las pocas ocasiones que salía, lo hacía con Miriam, tal como les dio su palabra a sus padres.

Era tradición en la Universidad de la Toscana que todos los años se celebrara la fiesta de los novatos tan pronto como se iniciaban las clases. Esta fiesta, organizada por el comité de estudiantes del último año, daba una emotiva bienvenida a todos los nuevos alumnos que cursaban el primer semestre de su carrera.

Iana y Miriam estaban muy emocionadas por asistir a la fiesta organizada en su honor.

La noche de ese primer sábado de octubre se presentó fría y despejada. La celebración se ofreció en los amplios jardines internos de la universidad.

Ambas amigas bailaban y saltaban divertidas al compás de la alegre música que una banda de jóvenes músicos tocaba sobre la tarima dispuesta en el centro del jardín. El ambiente estaba lleno de alegría y diversión, hasta que, de pronto, en medio del entusiasmo de la noche, especialmente para las dos jovencitas de primer semestre de medicina, vieron que los chicos que aquella tarde habían mirado en la cafetería, y de quienes quedaron fascinadas, venían en su dirección.

Todo indicaba que se aproximaban expresamente hacia donde ellas estaban para invitarlas a bailar.

Miriam, quien no consiguió disimular ni por un instante, clavó las uñas en el antebrazo de su amiga. Pero antes de que Iana protestara, esta se volvió hacia ella y dijo:

—¡Vienen hacia nosotras!

Iana, que también se había dado cuenta de que ambos chicos no habían dejado de mirarlas desde hacía un buen rato, trató de disimular mirando en la dirección contraria.

—No seas tan obvia... —comentó entre dientes a su amiga, que no hacía ningún esfuerzo por disimular.

No terminó de decir aquello cuando los dos muchachos ya estaban frente a ellas.

—Hola, ¿nos permiten acompañarlas? —dijo el chico que había llamado la atención de Iana, clavando sus grandes y rasgados ojazos negros en los de ella.

Iana enseguida notó que sus pestañas, largas y rizadas, parecían mecer el aire con cada parpadeo, y que sus cejas pobladas y bien delineadas contrastaban perfectamente con el tono oliva de su piel y su cabello castaño. Su amigo se encontraba junto a él.

Iana, esbozando una sonrisa disimulada, respondió:

—Por supuesto.

Sin embargo, Miriam, con una sonrisa que parecía escapársele del rostro, se apresuró a decir:

—Será un gusto tenerlos con nosotras —e inmediatamente comenzó a conversar con el otro muchacho, igualmente atractivo, de piel blanca y grandes ojos pardos.

—Me llamo Vincenzo, un gusto conocerte —dijo enseguida el más alto, dirigiéndose a Iana. Alargó su mano y preguntó, esbozando una suave y singular sonrisa—: ¿Tu nombre es...?

Iana quedó prendada de su sonrisa, tal parecía que los mismos ángeles la hubieran esculpido. Parpadeó por dos o quizá tres veces antes de responder. Restableciéndose de su letargo, apretó su mano y dijo:

—Iana... Iana Márquez. —Pudo sentir que su mano era larga y bien formada.

El muchacho sonrió por vez consecutiva.

—Tienes un nombre muy lindo.

Iana le devolvió la sonrisa, pero enseguida miró hacia otro lado. Ni siquiera entendió por qué lo evadió cuando su voluntad le gritaba que siguiera hechizada por sus ojazos negros.

Al darse cuenta de que su amiga se estaba en la pista de baile, divirtiéndose de lo más entretenida con el otro muchacho, disimuló su estúpida reacción y comentó:

—Parece que a tu amigo y a mi amiga les gusta la música electrónica... Compaginan muy bien.

Vincenzo, al momento, volvió la mirada al centro del jardín, esbozó una larga sonrisa y luego regresó a mirarla.

—¿Deseas bailar?

Iana negó con la cabeza.

—Quizá luego. ¿Te parece si nos sentamos?

Vincenzo asintió, y fueron hacia una banca, la misma que se encontraba al pie de un abeto.

—Estoy en cuarto año de arquitectura —comentó con ella en cuanto se acomodaron en la banca.

—Yo estoy empezando mi primer año de medicina.

Vincenzo volvió a sonreír; su sonrisa fue amplia y delatadora.

—Lo sé... —dijo mirándola con suavidad. En tanto que Iana, extrañada, sujetó su mirada mientras sus labios dibujaban una sonrisa perspicaz; entretanto, Vincenzo continuó—: No fue complicado averiguar qué estudiabas... No cuando se trata de la chica más linda de la universidad.

De inmediato, Iana echó a reír. Aquello hizo que se rompiera el hielo que aún había entre los dos.

—¡Qué ocurrido eres, Vincenzo! Pero gracias por el cumplido.

Vincenzo se puso en pie y, haciendo una agraciada venia con el brazo, honró:

—Para servirle, señorita. De hoy en adelante seré su fiel admirador.

Iana y Vincenzo se miraron entre sí y, luego, juntos, soltaron una singular carcajada.

—Eres muy agradable —dijo ella.

—Presiento que nos llevaremos muy, pero muy bien. ¿Me das tu contacto para llamarte y mantenernos comunicados?

—Por supuesto. —Aquello le vino de maravilla a Iana. Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y le pasó a Vincenzo su número de teléfono. Él enseguida hizo una llamada para confirmar que lo había ingresado correctamente, y ella guardó el suyo.

—Listo —dijo él, guiñándole el ojo—. De hoy en adelante estaremos siempre en contacto. ¿Bailamos ahora? Massimo y tu amiga sí que se divierten. ¿Vamos con ellos?

—Claro que sí —respondió Iana, poniéndose también en pie—. ¿Massimo es el nombre de tu amigo?

—Sí, los dos estudiamos lo mismo y estamos en las mismas clases.

—Mi amiga se llama Miriam. Ambas estamos en primer año de medicina. Aunque... ¿seguro también sabías eso?

—Por supuesto. —Vincenzo, con una larga sonrisa, tomó de la mano de Iana y juntos fueron hasta el centro del jardín, donde estaba ubicada la tarima. Indiscutiblemente, pudieron darse cuenta de cómo se divertían sus amigos.

En el momento en que los vieron acercarse, Massimo enseguida comentó con ellos, pero tuvo que levantar la voz, puesto que la música sonaba a todo volumen:

—¡Qué bueno que se hayan decidido en venir a bailar! La música está buenísima. —Levantó los brazos y, juntos, él y Miriam continuaron divirtiéndose.

—¿Escuchaste lo que dijo tu amigo? —preguntó Iana.

—Algo... —Vincenzo rio—. Pero bailemos, eso no tiene importancia. ¿Te gusta la música electrónica?

—¡Me encanta! —respondió Iana, mirando cómo Vincenzo se movía de bien, y ella también hizo lo suyo.

—Bailas lindo, me gusta tu estilo —comentó de pronto Vincenzo, dibujando en sus labios rojos una sugestiva sonrisa que Iana no pudo resistir—. Realmente no debí ni hacerte esa pregunta. —Vincenzo echó a reír sin apartar sus ojos de ella, a lo que Iana respondió:

—¿Qué pensabas? ¿Que no lo haría tan bien como tú?

Iana y Vincenzo continuaron divirtiéndose. Ella se sintió tan a gusto en compañía del joven estudiante de cuarto año de arquitectura, con los ojos negros más lindos y penetrantes que haya visto antes. Su sonrisa, fascinante y contagiosa, hizo de ella un manojo de sensaciones agradables.

De pronto, Miriam y Massimo estuvieron con ellos.

—¡Bienvenida la novatada que este año llegó a la Universidad de la Toscana! —gritó Massimo, pirueteando en medio de la estruendosa y excitante música electrónica.

—¡Bienvenidas, sobre todo las guapísimas chicas que nos acompañan! —animó Vincenzo, respondiendo al festejo de su amigo y, juntos, los cuatro, saltaron y gozaron hasta el amanecer.



Después de horas de baile, risas y festejo entre los cuatro amigos, además de una larga y entretenida charla entre Iana y Vincenzo, las dos amigas regresaron a su habitación una vez terminada la fiesta. Y, acostadas sobre la cama, continuaron conversando, recapitulando los adorables momentos que vivieron esa noche en compañía de aquellos dos jóvenes encantadores.

—¡Qué agradable y entretenido es Massimo! —comentó Miriam a Iana—. Estas horas estuvieron fuera de lo común en su compañía.

—Sí, Massimo me pareció un chico increíble. Me encanta verte tan feliz... Así te olvidas del aburrido de Pietro. —Iana regresó a ver a su compañera de cuarto y amiga de toda la vida, esbozando una sonrisa intuitiva en sus labios.

Miriam cruzó los brazos por detrás de su cabeza, y respondió:

—¡Bah! Bien sabes que Pietro jamás me atrajo como para tener algo con él. En cambio, Massimo... él es diferente a los demás chicos que he conocido. Pero tú no te quedas corta —dijo, regresando a ver a su amiga—. Estuviste de lo más contenta y entretenida con Vincenzo. ¿Cuéntame, de qué tanto hablaban?

—Vincenzo es hijo único, ¿sabes? Me contó que vive con su madre.

—¿Y su papá?

—Ni idea. Lo poco que habló de su vida privada únicamente se refirió a su madre. Me comentó que su sueño es estudiar la maestría en Alemania. Por esa razón mantiene un buen promedio académico, porque necesita aplicar a una beca. No quise indagar, pero con eso me dio a entender que su situación económica no es muy buena, que digamos.

—¿Quién paga sus estudios aquí, entonces?

Ante tal pregunta, Iana se encogió de hombros.

—Realmente no lo sé, no me pareció prudente cuestionar sobre eso. Seguramente su madre ahorró para sus estudios universitarios... Es lo más lógico, pienso yo.

Miriam gesticuló con la boca, asintiendo con la cabeza.

—Sabes —dijo Iana—, Vincenzo me atrae. El día en que los vimos en la cafetería me pareció tan atractivo, pero ahora que traté con él y en parte conozco cuáles son sus aspiraciones, así como también cómo es su carácter, me gusta muchísimo más... —Iana sonrió, mordiendo delicadamente la uña de su dedo pulgar; por lo que Miriam, con un vívido matiz de seriedad en su rostro, no tardó en comentar:

—Empiezo a divisar cómo, ante mis ojos, se abre lentamente un delicado telón púrpura y, a la distancia, a través de diminutos pero incandescentes rayos del sol invernal, puedo mirarlos a ti y a Vincenzo corriendo tomados de las manos por entre los campos de cerezo, y sus rostros cubiertos de la viveza de su centelleo bajo la delicadeza de sus tiernas florecillas...

Iana, tras escuchar las disparatadas ocurrencias de su amiga, echó a reír.

—Debiste estudiar letras en vez de medicina...

—¡Bah! Pero no me niegues que te encantaría verte en medio de un dulce, ardiente y eterno amor con él, ambos locamente enamorados.

—Te recomiendo que deseches tu loca imaginación y más bien nos dispongamos a dormir. Es tarde y tenemos una larga y tediosa tarea pendiente para mañana.

—Está bien, pero bien que te encantaría... A mí no me engañas, tus ojos no mienten. —Miriam esbozó una risita comprometedora.

—Duérmete ya...



IANA VIAJÓ DE URGENCIA a Valserra para asistir al funeral del padre Fortunato. El reverendo había llevado una vida tranquila y, hasta cierto punto, saludable; sin embargo, debido a sus avanzados años, sufrió un decaimiento en su salud que, en los últimos tiempos, se había tornado bastante quebrantada. Para Iana fue un duro golpe, pues amaba sobremanera al reverendo. Adoraba su carácter jovial y entusiasta, además de sentir un inmenso agradecimiento hacia él por el infinito amor, dedicación y respeto que siempre mostró hacia Saúl, su padre, y hacia su familia en general.

El homenaje a Fortunato se efectuó tal como él lo había pedido a la familia y amigos: un acto lleno de alegría, rememorando su vida de paz y amor desinteresado, la cual había consagrado con infinita ilusión a todos durante su larga trayectoria.

La casa de la familia D'Alfonso estaba decorada con rosas blancas y alegres dalias coloridas. La familia y amistades llenaban los jardines delanteros y el interior de la casona. Iana no se apartó ni un momento de su padre; necesitaba darle consuelo, pues Saúl se veía devastado. Mientras tanto, su madre, acompañada de su abuela Francesca, Romina y Alfonsina, atendía a los invitados.

Ya avanzada la tarde, Saúl, junto a la imagen del reverendo, la cual reposaba sobre una mesa rectangular alta decorada con jarrones de hermosas dalias y rosas blancas, se dirigió a todos los presentes ofreciendo una emotiva despedida a su amado párroco del pequeño pueblo norteño: el padre Fortunato:

—Mi amada familia, estimados amigos, todos lamentamos la partida de nuestro querido padre Fortunato. Mas yo, en particular, le estaré eternamente agradecido por brindarme su mano cuando llegué a este pueblo siendo apenas un joven seminarista de veintidós años. Gracias a él, a su paciencia y apoyo incondicional, aprendí que debía elegir con decisión y entereza mi

verdadero camino. Por mi amado padre Fortunato consagré mi vida, no a la iglesia, porque no era mi verdadera vocación, sino a la bella mujer de la cual me enamoré perdidamente desde el día en que la vi y que siempre ha estado a mi lado a pesar de las vicisitudes del destino. Gracias al reverendo soy el hombre que soy ahora. —Saúl calló un momento, cerró los ojos y, con un profundo suspiro, exclamó en voz baja, con la voz quebrantada—: ¡Te voy a echar tanto de menos, mi buen amigo! —Levantó el rostro y continuó—: Nuestro querido Fortunato siempre quiso que lo recordáramos con alegría. Que, en el día de su partida, todos levantáramos nuestras copas y brindáramos en su honor. Y así lo haremos. Levantemos nuestras copas y ofrezcamos un brindis por él, por su memoria, que siempre quedará grabada en nuestros corazones... ¡Salud por ti, Fortunato! —Saúl se giró hacia su hija, que se encontraba a escasos pasos de él, y la llamó para que se acercara a su lado—: Iana, hija, acércate.

Iana fue enseguida con su padre y, luego del brindis, haciendo gala de la maravillosa voz que poseía, entonó el *Ave María* a capela, cumpliendo el deseo del reverendo.

Iana estaba dotada de una voz privilegiada. Todos los que tenían la suerte de escucharla cantar coincidían en que poseía un ángel con ella. ¿Y quién mejor que el padre Fortunato para conocer aquel don maravilloso en ella? Su dulce y aterciopelada voz retumbó en el salón principal de la casa, cumpliendo con la voluntad del reverendo y deleitando a todos en esa fría tarde de octubre.



Al día siguiente, en la noche, y antes de su regreso a Florencia, Iana quiso confiarle a su madre la atracción que empezaba a despertar en ella el joven a quien había conocido en la universidad.

Ainara la escuchó cariñosa y atentamente.

—¿Vincenzo Fiorucci dices que se llama, hija? —preguntó Ainara.

—Sí, mamá, lleva el apellido de su madre.

—¿Y el de su padre, cuál es? —Ainara hizo un gesto; parecía que ese apellido ya le resultaba familiar.

—No lo sé, mamá, nunca se lo he preguntado.

—Bueno, cuéntame más sobre él. ¿Es respetuoso y delicado contigo?

—Extremadamente, mamá. —Iana sonrió, y Ainara pudo notar que, cada vez que su hija se refería al joven, sus pupilas resplandecían.

—Es un buen presagio, hija mía. Siempre ten presente que los pilares de una relación se fortalecen en el amor, el respeto y la confianza.

—Sí, mamá, puedo asegurarte de que, en el poco tiempo que llevamos de amigos, veo en él a un chico bueno, diferente al resto de los muchachos que he conocido... Es algo tan especial lo que siento cada vez que lo tengo cerca. —Iana le confió su admiración y encanto por el joven.

Su relación entre ellas, como bien decía su madre, se fortalecía en la confianza, el respeto y el amor, al igual que con su padre.



Una vez de regreso en Florencia, Iana y Miriam regresaban de su clase de cálculo. Apenas entraron en la habitación, Miriam se acercó a uno de los escritorios y comentó a su amiga:

—¿Y esto? —dijo, curioseando una misteriosa caja de chocolates que estaba sobre el escritorio de Iana—. ¿Quién podría haberla dejado aquí?

Iana no le prestó mucha atención y se dirigió a su cama; estaba exhausta.

—¡Qué flojera tener que hacer la tarea de cálculo! —renegó, lanzando la mochila antes de dejarse caer sentada sobre la cama—. ¿Qué tanto husmeas en mi escritorio? —preguntó, alzando la mirada hacia Miriam.

—Parece que alguien te dejó chocolates...

—¿Cómo dices?

—Acércate y mira.

Iana se puso de pie de inmediato y fue hasta su escritorio.

—De seguro son para ti, porque estaban aquí mismo —comentó Miriam.

Iana frunció el ceño.

—¿Quién podría haberlos dejado?

—¿Y quién más...? —replicó Miriam, haciéndole un gesto convincente con los ojos—. Obviamente fue Vincenzo.

—¿Será? Pero ¿cómo entró si la puerta quedó cerrada? Miriam, tú fuiste la última en salir... La dejaste cerrada, ¿cierto?

Miriam se encogió de hombros y respondió, alargando las últimas letras:

—Pues... tal parece que no fue así.

—Como sea... —Iana le quitó la caja de chocolates de las manos a su amiga y, abriéndola, esbozó una suave sonrisa mientras se metía uno a la boca—. Seguro fue él. Vino buscándome, y al no encontrarme, dejó los chocolates sobre mi escritorio. ¡Mmm qué rico! —exclamó con la boca llena y de inmediato le retiró el papel a otro.

Mientras tanto, Miriam alargó la mano e insistió en coger uno.

Iana la miró y sonrió.

—Tómalos, pero no te los vayas a acabar. Voy a la cafetería por una botella de agua.

—Trae una para mí también.

Iana salió dejando la puerta abierta. Apenas atravesaba el pasillo que conducía a la cafetería, se encontró frente a frente con Vincenzo, quien seguramente también salía de allí.

—¡Iana, qué coincidencia verte! Me disponía a ir a buscarte.

Iana sonrió. Con seguridad había sido él quien le dejó los chocolates, pensó.

—¿Me acompañas antes a recoger dos botellas de agua?

—Por supuesto. Por cierto... —preguntó Vincenzo mientras se dirigían al bar—, ¿te gustaron los chocolates que dejé en tu habitación?

Iana se volvió de inmediato hacia él y, esbozando una suave sonrisa, le cuestionó:

—¿Fuiste tú entonces? ¿Y cómo lograste entrar? ¿Acaso la puerta estaba abierta?

Vincenzo asintió.

—Efectivamente. En el momento en que toqué, se abrió por sí sola. Como vi que no había nadie, entré y los dejé sobre tu escritorio.

Iana echó a reír.

—¿Sobre mi escritorio...? ¿Cómo supiste que era el mío?

Vincenzo puso cara de preocupación.

—Me la estás poniendo difícil. Deja que te ayude llevando las botellas —se ofreció, tomando de las manos de Iana ambos envases.

Iana lo inquirió con la mirada.

—¿Y entonces?

—Abrí la gaveta y vi tus libros de medicina. Discúlpame, por favor, pero no encontré otra forma de saberlo.

—No te preocupes. En todo caso, estaban deliciosos.

—Qué bueno que te hayan gustado. ¿Tienes algo que hacer más tarde? ¿Te gustaría dar una vuelta? —preguntó mientras se aproximaban a la habitación de Iana.

—Me encantaría, pero tengo que terminar una tarea de cálculo. —Iana se detuvo de repente y, alzando la mirada hacia él, comentó—: Aunque no lo creas, las matemáticas no son lo mío. Hay temas que no logro comprender.

—Si quieres, puedo ayudarte con eso.

—¿De verdad? —Iana se emocionó tanto con la idea de que Vincenzo pasaría el resto de la tarde con ella que su interior saltó de felicidad—. Claro que sí, gracias.

—No se diga más. A resolver límites y derivadas entonces...

Iana y Vincenzo continuaron, entre risas, camino a la habitación.

—Hola, Miriam —saludó Vincenzo al entrar.

Miriam, que estaba sentada frente a su ordenador, trabajando, enseguida se giró hacia ellos.

—Vincenzo... ¿cómo estás? —le devolvió el saludo, mirándolos indistintamente a ambos.

—Tu botella de agua... —Iana, sonriente, colocó el envase junto al ordenador de su amiga—.

Vincenzo me ayudará con la tarea de cálculo.

—¡Oh, qué oportuno! —exclamó Miriam con gesto sagaz—. Créeme, la vas a ayudar muchísimo. Entonces yo los dejo solos para que trabajen tranquilos. De todas formas, ya iba de salida a la biblioteca. —Miriam cerró su ordenador y se puso de pie.

Iana rio para sus adentros. Sabía perfectamente que lo de ir a la biblioteca era solo una excusa para dejarlos solos.

—Manos a la obra —dijo Vincenzo. Acercó la silla del escritorio de Miriam junto a la de Iana para estar más cerca de ella y comenzó a ayudarle a resolver los problemas de cálculo, explicándole con paciencia cada punto en donde ella tenía dudas.

Iana comprendió rápidamente, aunque de vez en cuando se distrajo contemplando la belleza de la que era merecedor aquel joven estudiante de cuarto año de arquitectura.



AINARA QUEDÓ SUMAMENTE INQUIETA después de que su hija le contara sobre Vincenzo Fiorucci. Hizo memoria para recordar cuándo y de boca de quién ya había escuchado ese nombre antes.

De pronto recordó a su amiga del internado en Florencia, Patrizia. Ellas tuvieron algunos encuentros una vez que el matrimonio se estableció en la Toscana. En una de aquellas veces, Patrizia le presentó a una buena amiga suya...

Claro, aquella mujer marcó un gran interés en Ainara: Belinda Fiorucci. Y digo que marcó un gran interés en ella porque se trataba de una exnovia de Donato. En aquella única ocasión en que Ainara tuvo la oportunidad de tratar con Belinda, de inmediato se dio cuenta de que era una persona tranquila. Belinda era una mujer honesta; otra víctima del despiadado de Donato.

Hilando más a fondo, vino a la memoria de Ainara el nombre del hijo adolescente que Belinda siempre ostentaba con orgullo...

—¡Madre del cielo! —exclamó. Su tez se tornó blanca como un papel—. ¿Es posible que se trate del mismo Vincenzo? —Enseguida, Ainara buscó en su agenda el teléfono de su amiga Patrizia. Tenía que informarse más acerca del muchacho, estar segura o descartar que fuera el mismo joven de quien su hija se estaba enamorando.

—¡Ainara, qué gusto escucharte! —contestó Patrizia al teléfono.

—Hola, Patrizia, ¿cómo has estado?

—Bien, con trabajo hasta el cuello. —Patrizia Baroni, luego de renunciar a su trabajo de cocinera y pastelera en el Instituto de Bellas Artes en Florencia, instaló con sus ahorros su soñado negocio. Tenía una modesta cafetería en el centro de Florencia. Fue en esa cafetería donde Ainara se reunía con ella, y fue ahí mismo donde conoció a Belinda—. A ver cuándo

vienes por Florencia para tomarnos un café y así conversamos. Hace ya bastante tiempo que no nos hemos visto.

Ainara esbozó una suave sonrisa. Sería genial hacerlo ese mismo día, pensó, pero Valserra quedaba distante, y necesitaba saber con urgencia sobre el hijo de Belinda. No le dio vueltas al asunto y enseguida preguntó a su amiga:

—Patrizia, tengo una inquietud. ¿Sabes si el hijo de Belinda, Vincenzo, estudia en Florencia? En la Universidad de la Toscana, para ser más precisa.

—Por supuesto, Belinda no hace otra cosa más que hablar de él. Al muchacho le falta apenas este año para graduarse de arquitecto. ¿Y la pregunta, a qué se debe?

Ainara, angustiada, respiró profundamente; ya no quedaban dudas.

—No voy a ocultártelo, Patrizia. Iana conoció a Vincenzo en la universidad y todo indica que ambos se atraen.

—Oh, ya veo. Aquello podría traer consecuencias no muy favorables, que digamos, amiga —enseguida comentó Patrizia.

—Por esa misma razón me siento sumamente preocupada. No conozco al muchacho, pero el hecho de que sea hijo de Donato hace que se torne peligrosa esa relación.

—Te entiendo, Ainara. Pero déjame decirte que Vincenzo es un gran joven. Sé por Belinda que él casi no tiene contacto con su padre. Bueno, su niñez la pasó prácticamente sin su presencia, pero desde que Donato regresó a Italia rara vez han tenido acercamientos como padre e hijo.

—Me apena por él, pero no es conveniente que Iana se involucre con ese muchacho. —Ainara dio un hondo suspiro—. Tendré que conversar sobre esto con Saúl. Gracias, Patrizia, por ponerme al tanto. Apenas vaya a Florencia pasaré a visitarte y así me tomaré ese café contigo que tanta falta nos hace, y conversaremos. Que tengas un lindo día.

—Estaré pendiente. Mira que no nos hemos visto en un buen tiempo. Dale mis saludos a Saúl y, a tus hermosos mellizos, besos de mi parte.

Ainara tenía que conversar de inmediato con Saúl. Le preocupaba sobremanera que Iana estuviera comprometiéndose emocionalmente con aquel joven. No tenía nada en contra de Vincenzo, pero por el simple hecho de ser hijo de Donato Carusso, algo debía hacer para que su hija no continuara involucrándose emocionalmente con él.

Aquella atracción no podía agravarse luego a mayores.



—*Amore mio*, tengo algo muy importante que confiarte —dijo Ainara una vez que Saúl regresó a casa. Saúl había permanecido esa noche más de lo habitual en el hospital, ya que tuvo que convocar a reuniones con el personal para seguir mejorando las condiciones del modesto hospital de Valserra. Gracias a su excelente gestión, el hospital, donde Saúl era la máxima autoridad, había ganado gran prestigio con el tiempo.

Antes de escuchar lo que Ainara tenía que decirle, Saúl se puso cómodo, cambiándose de ropa, y enseguida fue con ella.

—Dime cariño, ¿qué es eso que con tanta urgencia necesitas decirme?

Ainara se sentó junto a Saúl en el diván que estaba a un costado de la cama.

—*Amore*, Iana conoció a un joven en la universidad y me confió que se siente muy atraída por él.

Saúl, con una mirada serena y apacible, respondió:

—En algún momento tenía que suceder. Recuerda como tú y yo nos conocimos... Tú tenías exactamente la misma edad de Iana. Me da gusto por ella. —Sus largos y aún sensuales labios rojos esbozaron una dulce sonrisa. A pesar de sus cincuenta y tantos años, Saúl continuaba siendo un hombre muy apuesto y bien cuidado.

—Todo cuanto dices es correcto, *amore mio*, y yo lo pienso de la misma manera —respondió Ainara, incapaz de evitar sostener con inquietud la mirada de su esposo—. El problema es que ese muchacho es el hijo de Donato Carusso.

Los grandes ojos verdes de Saúl se abrieron, incrustando un aire de sorpresa en los de Ainara.

—¿Estás segura, cariño? Recuerdo claramente que me habías comentado sobre el hijo que Donato tuvo con aquella exnovia...

—Belinda Fiorucci —se adelantó a aclarar Ainara.

—Exactamente, ahora recuerdo su nombre, pero...

—Sí, Saúl, el joven se llama Vincenzo Fiorucci, y es el hijo que Donato tuvo con ella. Hoy telefoneé a Patrizia, y ella terminó confirmando mi sospecha.

Saúl respiró profundo.

—¿Qué haremos ahora? ¿Sabe sobre esto Iana?

—Aún no, cariño. Esperaba decírtelo primero a ti y así juntos tomar una solución oportuna.

—¡Qué situación! —Saúl, en un profundo suspiro, tomó las manos de Ainara—. Me apena por Iana. ¿Cómo se lo vamos a decir? —preguntó angustiado, mirando directamente a los ojos de su esposa.

—No conozco a Vincenzo, pero sé por labios de nuestra hija que es un buen muchacho... Igualmente, me apena por ellos, pero debemos intervenir ahora, antes de que sea demasiado tarde. Por ahora son solo amigos, y debemos evitar que sus sentimientos se involucren más. Tú y yo sabemos que Donato no va a permitirlo y hará todo lo que esté en sus manos para que Vincenzo no tenga ningún tipo de relación con nuestra hija... Él es capaz de cualquier artimaña para separarlos, pero más que eso, no descansará hasta hacerle daño a Iana. Me preocupa su desquiciada obsesión por ella.

Saúl, en un largo respiro, asintió con la cabeza.

—Busquemos entonces el momento oportuno para conversar con nuestra hija.

—Así lo haremos, *amore mio*. —Ainara recargó su cabeza sobre el hombro de Saúl.



EN LA UNIVERSIDAD, LUEGO de que Iana le confiara a su madre los sentimientos que empezaban a florecer en ella por el atractivo estudiante de veintiún años de cuarto año de arquitectura, quiso conocer más sobre él. Tal parecía que Vincenzo, de igual manera, también deseaba conocer más de ella. Cuando coincidían los horarios de ambos, él la esperaba a la salida del aula después de las clases.

Esa mañana, antes del mediodía, Vincenzo aguardaba por Iana apoyado contra el barandal frente al aula de biología.

Tan pronto como Iana, en compañía de su amiga Miriam, puso un pie en el pasillo, vio a Vincenzo acercarse a ellas. Saludaron, y enseguida Miriam se alejó en dirección a la cafetería.

—¡Qué sorpresa verte hoy aquí, Vincenzo! —exclamó Iana con una amplia sonrisa.

Vincenzo, a su vez, le devolvió el gesto con una larga y coqueta sonrisa.

—Te estaba esperando para que almorzáramos juntos, ¿qué me dices?

Iana le respondió en un apresurado sí.

Cuando llegaron a la cafetería, se sentaron en una mesa junto al ventanal que daba a los patios internos; mientras tanto, Miriam almorzaba sola en una mesa del extremo con su ordenador abierto.

—No he tenido la oportunidad de darte el pésame por el fallecimiento del padre Fortunato, Iana. Discúlpame, pero he estado sumamente ocupado desarrollando mi tesis de grado.

—Gracias, Vincenzo, pero no tienes de qué preocuparte. Me apena porque él fue como otro padre para mí. Pero ya estuvo... —Por un momento la voz de Iana se quebró—. Mi querido padre Fortunato era bastante mayor. ¿Puedes creer que vivió ciento un años?

Vincenzo levantó una ceja y comentó:

—Guau... Una larga vida.

—Una larga y hermosa vida al servicio desinteresado de todo el pueblo —agregó Iana.

—¿Lo querías mucho? —preguntó él, tomando su mano.

Iana, por un momento, sintió cómo se sonrojaba.

—Siempre lo llevaré dentro de mí —respondió. Un torrente de escalofríos recorrió todo su cuerpo al sentir la tibieza de sus manos abrazar las suyas.

Vincenzo sonrió, clavando un aire de quietud en sus ojos.

—Su recuerdo te fortalecerá...

—Así será. ¿Qué te parece si hacemos la fila para pedir nuestro almuerzo?

Vincenzo soltó su mano y, rodando la silla hacia atrás, se levantó. Fueron hasta el mostrador para tomar el almuerzo que la persona encargada de la cocina servía en cada plato.

—¿Te gusta la lasaña? —preguntó él cuando la muchacha que servía del otro lado del mostrador colocó en su plato una generosa ración, además de ensalada fresca.

—Sí, me gusta muchísimo. —Iana, sonriendo, agarró un envase con jugo de granada del mostrador y le preguntó a Vincenzo si también deseaba uno. Él le contestó que sí.

—A mí me encanta. Creo que es uno de mis platos favoritos. —Vincenzo echó a reír—. ¿Regresamos a la mesa?

Iana asintió, y juntos volvieron a sentarse.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —preguntó él mientras cortaba un trozo de lasaña.

Iana gesticuló con la boca.

—No, realmente. Hacer lavandería y, por la tarde, repasar la clase de cálculo. Tengo una prueba el lunes. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me encantaría que fuéramos a dar un paseo, ¿qué dices? Si quieres, puedo ayudarte a estudiar cálculo el domingo.

Iana, entusiasmada, le respondió con un sí.

—No se diga más. Mañana pasaré por ti a las diez, ¿te parece bien esa hora?

—Claro que sí. ¿Y adónde iremos?

—Es una sorpresa. Solo te adelanto que saldremos de Florencia para disfrutar del paisaje. Luego haremos lo que tú decidas.

—Iremos en tu pasola, me imagino.

Vincenzo echó a reír.

—Por supuesto. ¿Temes a las motos, la velocidad o algo así?

—No, para nada. Tan solo fue una pregunta.

—Si quieres, te enseño a manejarla.

—¡Me encantaría! —Iana, entusiasmada, esbozó una amplia sonrisa.



ESA MAÑANA DE SÁBADO, Iana estaba tan emocionada por salir con Vincenzo y pasar el día con él que se levantó temprano para arreglarse y estar lista para cuando él fuera a buscarla. Su amiga, Miriam, pasaría el día en la universidad en compañía de Massimo; quizá también saldrían a dar una vuelta por ahí, o al menos eso le hizo saber a Iana.

Tan pronto como tocaron a la puerta, Iana se despidió con prisas de su amiga y fue a darle a Vincenzo el encuentro.

—Buenos días —dijo en cuanto abrió.

Vincenzo vestía muy atractivo esa mañana: llevaba puestos unos vaqueros oscuros, un suéter pegado al torso en color marrón, una chompa de cuero negra y Converse marrones. Además, llevaba consigo las gafas de sol sobre la cabeza y un casco en cada mano.

—¿Lista para un día de aventura? —dijo él con una sugestiva sonrisa que robó la atención de Iana... Realmente su sonrisa era hermosa.

Iana también sonrió y, agarrando uno de los cascos, se encaminaron por los pasillos hacia el parqueadero de la universidad.

—La mañana está hermosa para dar un paseo. ¿Y vas a decirme ahora adónde iremos? —preguntó Iana.

—Iremos a Livorno.

—¿A Livorno? ¡Guau, me encanta la idea!

Vincenzo rio, dejó su casco sobre el asiento de la moto y se colocó muy cerca de Iana.

—¿Lista? —preguntó mientras le ayudaba a ajustar su casco.

—Más que lista —respondió ella.

Vincenzo subió a su Vespa, e Iana se colocó detrás de él. Encendió el motor y, luego de ajustarse el casco, giró el manillar dando media vuelta, y salieron de la universidad.

Iana, abrazada a su cintura, sintió la calidez del sol en esa fresca y soleada mañana de octubre mientras se adentraban por las callejuelas contiguas a la universidad, hasta que tomaron la vía que conducía a Livorno. Un fragante aroma invadió sus sentidos al cruzar por los extensos campos abiertos cubiertos por cultivos de vid y olivos.

Iana se contuvo de abrazarse con más vigor a la cintura de Vincenzo mientras se adentraban por aquellos sembríos, disfrutando de la pureza del aire y del viento que, por debajo de su casco, hacía revolotear a su larga cabellera negra. De repente, Vincenzo aceleró, e Iana, súbitamente, se le vino encima, abrazándose fuerte a su cintura.

Mientras continuaba pegada a él, pudo mirarlo a través del retrovisor. Seguro se estaba riendo de ella.

Avanzaron un tramo corto hasta que Vincenzo detuvo la moto, se orilló a un costado de la carretera y enseguida bajó.

—¿Por qué te asustas? —preguntó entre risas, mientras Iana permanecía en su asiento.

—Pensé que íbamos a salir volando. —Iana también echó a reír.

—¿Y ahora, quieres aprender a manejarla?

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Ven —dijo, haciendo que Iana se sentara al frente—. Siéntete en confianza mientras te voy indicando cómo hacerlo.

Iana, emocionada por aprender, prestó atención mientras Vincenzo, parado a un costado de la pasola y con ella sujetando la empuñadura de la Vespa, le enseñaba, con toda la paciencia, lo básico: cómo encenderla, cómo acelerar, cómo frenar...

—Ahora lo intentaré por mí misma. Tú colócate detrás de mí —dijo Iana, pensando que estaba preparada.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo sola? —Vincenzo la miró algo desconfiado.

—Por supuesto que podré hacerlo. He conducido el auto de papá, así que manejar una moto no será más difícil que eso.

Vincenzo, convencido, se colocó nuevamente el casco y, de un brinco, subió a la pasola.

—Vamos entonces —apuró, pasando los brazos alrededor de su cintura.

En cuanto Iana encendió el motor, giró demasiado la empuñadura, y la Vespa arrancó de golpe. Del susto, apartó las manos, y esta se detuvo repentinamente, haciendo que Vincenzo se le viniera encima.

Iana tembló.

—No te asustes. —Vincenzo, ceñido a ella, de inmediato se apartó; mientras Iana, envuelta en un manojo de nervios, respiró profundo.

—Lo intentaré nuevamente —insistió, pero volvió a ocurrir lo mismo: la Vespa arrancó de golpe y se detuvo sin siquiera haber avanzado un solo metro. Vincenzo echó a reír, mientras ella, desesperada, trataba de hacerla rodar sin problema.

—Una vez más, tú puedes —dijo él, no sin antes indicarle, con sus manos puestas sobre las suyas, que debía girar despacio la manija y dejar que la moto hiciera lo suyo.

Iana, en medio de sus nervios y la emoción de sentir el peso de su cuerpo presionando contra su espalda, rodeándola entre sus brazos, además de la tibieza de sus manos sobre las suyas, dejó que la moto siguiera.

—¡Sí! —gritó en cuanto la Vespa, al fin, no se detuvo. Feliz de haberlo conseguido, avanzó sin la ayuda de Vincenzo un tramo considerable, hasta que él mismo le pidió detenerse, puesto que se encontraban cerca de un control policial.

—¿Cómo te sientes? —preguntó antes de bajarse y colocarse al frente.

—¡Es fantástico! —exclamó Iana, feliz, encontrándose en medio de ese lugar maravilloso, donde las discretas montañas a su alrededor resplandecían encantadoras, bañadas por el brillo del sol. Sus pintorescos árboles, que ya se teñían con un sinfín de colores, se mecían al compás del viento, y el azul del mar que se lograba divisar desde lo alto ante sus ojos a la distancia hizo de aquel día, junto a la encantadora compañía de Vincenzo, una celebración.

Vincenzo esbozó una cálida y amplia sonrisa.

—Ya estamos muy cerca de Livorno.

—Puedo apreciarlo desde aquí —respondió Iana, contemplando sus tejados terracota, que armonizaban con el colorido de las adelfas, las rosas, los girasoles... y demás flores que resisten al frío de la estación; el azul del cielo y lo infinito del mar.

Vincenzo, entusiasmado, aceleró su Vespa, mientras que, en su descenso, cada vez se iba perfilando en el horizonte la hermosísima y centenaria ciudad de Livorno.



Tan pronto como llegaron al lugar marítimo, Vincenzo estacionó su pasola en un parqueadero comunal cerca del acuario.

—Vayamos a la terraza *Mascagni*. —dijo Iana, animada por el ruido de las olas y la brisa del mar que golpeaba contra el casco que aún llevaba puesto y batía su cabello, llevándolo de un lado hacia el otro. Se apresuró a quitárselo.

Vincenzo también se quitó el suyo, dejó ambos cascos sobre el asiento de la pasola y, acomodándose el cabello, se dirigieron riendo hacia la terraza. Desde su mirador, se detuvieron a contemplar el mar.

—¿Sabías que nací en Toscana? —comentó Iana, mirando hacia el horizonte, donde decenas de gaviotas revoloteaban frente a ellos y sobre sus cabezas.

—Eso no me lo habías dicho.

—Por eso te lo comento ahora. Adoro el mar... ¿Y a ti?, ¿te gusta también? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Es la razón por la que te traje hasta aquí.

Iana sonrió, y por un momento se quedó contemplándolo. Sus cejas y el contorno de sus ojos se relajaban al mirarlo; no solo le gustaba lo que veía, sino que también disfrutaba prestar atención a cualquier movimiento que él hiciera. ¡Qué guapo se veía con su cabello alborotado, su piel dorada resplandeciendo bajo el reflejo del sol y las gafas puestas! Regresó la mirada hacia el océano y comentó:

—Mamá siempre se lamenta con papá de haber vendido su propiedad.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó Vincenzo.

Iana exhaló.

—Hum, problemas familiares. Dejémoslo así. ¿Un selfie? —propuso.

Vincenzo accedió con una sonrisa. Iana levantó el brazo y, al momento, Vincenzo acercó su cara junto a la suya. Ambos, sonriendo, se tomaron el selfie con el océano y las rocas detrás de ellos.

—¿Te parece si ahora damos un paseo por el acuario? —preguntó Iana, apartando su larga cabellera negra, que con insistencia volaba con el viento.

Vincenzo asintió con la cabeza. Se aproximó un poco más hacia ella y, estirando la mano, le acomodó el cabello detrás de la oreja.

—¿Tienes hambre? —preguntó mientras se encaminaban al acuario. Iana respondió con un sí—. Conozco un lugar donde se come muy bien y a buen precio.

De pronto, Iana se detuvo.

—¿En el barrio de la Nueva Venezia?

—Ahí mismo. Bueno... —Vincenzo sonrió—, de seguro conoces de sobra este lugar.

—Créete que no, solo he venido una que otra vez.

—¿Con tus padres?

—Así es. Entonces vayamos primero al acuario. —Iana se colocó nuevamente las gafas que tenía levantado su cabello.

—¿Deseas agua? —preguntó de pronto Vincenzo.

Iana asintió; ciertamente moría de sed. Se detuvieron frente a un quiosco donde vendían de todo, desde *souvenirs* hasta refrescos y dulces. Compraron dos botellas de agua y continuaron hacia el acuario.

De repente, al ver la piscina donde estaban los delfines y los lobos marinos, Iana exclamó:

—¡Mira, Vincenzo, qué divinos son! —Y enseguida corrió hacia ellos.

Vincenzo se apresuró detrás de ella.

—¿Te gustan, Vincenzo?

—Me encantan —respondió, acercándose también a la vidriera, donde Iana no dejaba de fotografiarlos.

—¿Nos hacemos otra selfie?

—Claro que sí. —Vincenzo tomó el celular de Iana, ya que era considerablemente más alto que ella y, alargando el brazo, se tomaron el selfie—. ¿Te gustan los pingüinos?

—Me fascinan.

Iana y Vincenzo continuaron recorriendo el acuario, haciéndose selfies a cada paso, hasta que finalmente regresaron al parqueadero donde había dejado estacionada la pasola. Luego, se dirigieron al barrio de la Nueva Venezia, donde almorzarían y darían un paseo.



Estrechass callejuelas, desde cuyos balcones o pequeñas ventanas abiertas de cara al sol, se desbordaba el verde intenso del sinfín de helechos colgantes. Además, enredaderas enmarañadas cubrían sus altos paredones, mientras una infinidad de flores rodeaban puertas y ventanas. Destacaban hermosos y exuberantes rosales de varios colores —amarillos, rojos, púrpura, blancos...—, que alegraban de fiesta y color el barrio de la Nueva Venezia.

Iana, abrazada a la cintura de Vincenzo mientras recorrían en la pasola, miraba entretenida todos aquellos lugares encantadores antes de detenerse a almorzar.

Cruzaron junto al malecón, donde decenas de yates enfilaban uno detrás del otro, esperando a los turistas que se decidieran a dar un paseo por el canal.

Vincenzo aceleró su pasola roja, subiendo hacia la parte alta del barrio, donde no tardaron en hacerse presentes las risotadas y los gritos exagerados de las doñas, que de balcón a balcón jalaban la ropa colgada.

Iana rio con tanto alboroto.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó en cuanto Vincenzo, a toda velocidad, tomó un corto desvío.

—Al restaurante del que te comenté.

Iana se aferró fuerte a su cintura, mirando todo a su alrededor mientras la pasola recorría los estrechos callejones, hasta que se detuvieron al pie de un modesto pero llamativo restaurante.

—Llegamos —dijo Vincenzo.

Iana bajó de la Vespa y enseguida se retiró el casco, dejándolo sobre el asiento. Vincenzo hizo lo mismo con el suyo, y ambos entraron al restaurante. Este se encontraba lleno, pero de inmediato un joven se acercó a ellos y les guio hacia una mesa en el fondo, con vistas al canal, donde sonaba alegremente una música de violines y mandolinas.

—Y dime, ¿has estado aquí antes?

Iana negó con la cabeza.

—Nunca.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondió, mientras observaba por la ventana el despliegue de gente que visitaba el barrio de la Nueva Venezia y las bellísimas vistas a su alrededor.

Enseguida, el camarero se acercó a la mesa donde estaban sentados para entregarles el menú.

—Si me permites una recomendación —dijo Vincenzo—, pide el *cacciucco alla livornese*. Realmente es exquisito, si te gustan los mariscos, claro.

Iana levantó la mirada de la carta y enseguida comentó:

—Me encantan los mariscos, el plato se ve delicioso, así que ese mismo pediré.

—Dos *cacciucco alla livornese* —anotó el camarero—. ¿Y para beber, que van a pedir los señores?

Iana y Vincenzo se miraron entre sí, sonriendo.

—¿Vino? —coincidieron ambos.

El muchacho sonrió.

—Enseguida estaré con ustedes —dijo y se alejó de la mesa, pero pronto regresó trayendo consigo platillos con aceitunas, pan y queso de cabra. Llenó con agua las dos copas y se fue.

—Y bueno —preguntó Vincenzo mientras cortaba una rebanada de queso, la colocaba sobre un trozo de pan y se la ofrecía a Iana—, ¿la estás pasando bien?

—Gracias. —Iana tomó el bocado y se lo llevó a la boca—. Ha sido un día maravilloso, cuánto me he divertido. ¿Y tú? ¿Puedes decir lo mismo?

—¿Que sí puedo decir lo mismo? ¡Pero qué pregunta es esa! Este ha sido el mejor día de mi vida en todos estos años... ¡Y eso que todavía no ha terminado!

Iana sonrió, observando el entusiasmo de Vincenzo. Cuánto le atraía aquel joven estudiante de arquitectura. Sus ojos quedaron fijos en su cabello, que, a pesar de haberlo acomodado con insistencia hacia atrás, dejaba caer un mechón rebelde sobre su pómulos. De pronto, el camarero se acercó con la fuente de los platos que habían ordenado. Colocó cada uno sobre la mesa y luego llenó las copas con vino Chianti.

—*Salute!* —brindó Vincenzo, chocando su copa con la de Iana—, por el gusto de estar hoy aquí contigo.

—*Salute!* —respondió Iana—. Para que estos encuentros se sigan repitiendo. Guau, esto se ve delicioso —comentó, admirando el apetitoso plato con toda una variedad de mariscos frente a sus ojos. Cortó un pedazo del pulpo y, mientras lo saboreaba, exclamó con los ojos cerrados—: Mmmm... ¡Realmente exquisito!

Vincenzo rio.

—¡Buen provecho!

—Buen provecho para ti también. Y, antes de seguir degustando esta maravilla —dijo Iana—, te adelanto que la cuenta la pagamos a medias.

Vincenzo frunció el entrecejo de inmediato.

—No, Iana, cómo crees. La invitación corre de mi parte.

—Pero...

—No te preocupes, estoy feliz de compartir contigo, además de que puedo hacerlo.

—Está bien... —Iana esbozó una agradecida sonrisa—. Al menos el postre corre por mi cuenta. ¿Qué opinas de un gelato en la terraza *Mascagni*? Quiero ver desde allí cómo zarpan los barcos de crucero.

Vincenzo asintió, dibujando un gesto encantador con la boca.

—Me parece una excelente idea.

Luego de disfrutar el fabuloso plato de mariscos *livornese* y beber su copa de vino Chianti (solo una, porque Vincenzo debía conducir su Vespa de regreso a Florencia), se dirigieron nuevamente a la terraza *Mascagni*. Allí se detuvieron junto a las barandas para observar los barcos zarpar.

—¿A dónde irán esos cruceros? —preguntó Iana.

—Seguramente a las islas del Mediterráneo —respondió Vincenzo, con la mirada fija en las enormes embarcaciones que navegaban en el horizonte.

—Ven conmigo... —Iana, de pronto, tomó a Vincenzo de la mano y lo haló con ella—. Antes de regresar a Florencia quiero que vayamos a la *Fontana del Nettuno*.

Entre risas, Vincenzo corrió tras ella, sin soltarle la mano.

—Saca una moneda... —dijo Iana, colocándose de espaldas a la fuente e insistiendo en que él hiciera lo mismo—. Pide un deseo y... lánzala.

Vincenzo, obediente, se mantuvo de espaldas a la fuente, y como Iana lo hizo, sostuvo la moneda entre sus dedos por unos segundos. Cerró los ojos y enseguida la lanzó al agua.

Iana quiso abrazarlo, pero se contuvo.

—¿Listo para regresar? —preguntó con una amplia sonrisa.

Vincenzo le guiñó un ojo.

—Listo. Hemos cerrado la tarde con broche de oro.



—¿Cómo estuvo tu cita con Vincenzo? —preguntó Miriam cuando Iana, agotada del extenuante pero divertido paseo, entró en la habitación. Se descolgó la cartera que llevaba cruzada por el pecho y la lanzó al escritorio.

—Fue genial —contestó, lanzándose de espaldas sobre su cama—. Vincenzo es tan agradable, cordial y delicado conmigo...

Antes de que Iana continuara, Miriam se adelantó a decir:

—Ay de ti, Iana, te estás enamorando... o ya estás locamente enamorada de él.

—¿Locamente enamorada...? —respondió Iana, alargando las últimas sílabas—. Aún no... pero me encanta.

A lo que Miriam respondió:

—Pude notar el brillo en los ojos de Vincenzo en los selfies que publicaste en Instagram... y pegadito a ti. No hay duda de que le gustas muchísimo.

Iana sonrió en silencio.

—Disfruto pasar tiempo con él. ¿Y al fin qué hicieron hoy con Massimo?

—Únicamente salimos a almorzar fuera. Luego estuvimos conversando en la biblioteca.

—¿En la biblioteca...? ¡Qué amenos! —comentó Iana y echó a reír.

—¿Sabes? —dijo de pronto Miriam—. Me siento al igual que tú, sumamente atraída por Massimo. No lo sé, pero presiento que ambos han confabulado para ponernos de cabeza... —Miriam también echó a reír.

—Entonces no se diga más. Tenemos que idear la manera de volverlos locos de amor por nosotras, y que no haya un solo día en que puedan resistir estar sin nuestra valiosa compañía —añadió Iana.

Entre risas, siguieron con su disparatada charla hasta que, del cansancio, Iana se quedó profundamente dormida.



—¡Hasta que regresó el galán enamorado!

—¡Qué hermoso día tuve, amigo! —dijo Vincenzo mientras dejaba las llaves de su Vespa sobre el escritorio.

—La llevaste a Livorno, entonces.

—Allá mismo —contestó, apiñando algunos almohadones de su cama y recostándose contra ellos—. Iana es maravillosa, no imaginas lo dulce, divertida y linda que es.

Massimo asintió, gesticulando con la boca.

—Veo que no me equivoqué al decirte galán enamorado.

—Creo que me estoy enamorando como un loco de ella... —Vincenzo sonrió para sí, humedeciéndose el labio inferior.

—Como un perfecto bobo, querrás decir... —Massimo echó a reír.

—Deja de burlarte y mejor cuéntame cómo te fue con Miriam.

—No tan bien como a ustedes, pero la pasamos bonito. Miré la publicación que Iana subió en Instagram.

—¿Qué publicación?

—Los selfies de ustedes en el acuario y otros en la terraza de *Mascagni*.

—No me di cuenta de que los hubiera publicado. —Vincenzo esbozó una suave sonrisa—. Realmente Iana es auténtica... Me encanta.

—¿Cuándo le dirás que te gusta?

—No lo sé... —Vincenzo acomodó la cabeza sobre los almohadones y cerró los ojos—. Y ahora déjame dormir, que muero de sueño.



HABÍAN TRANSCURRIDO ALGUNOS DÍAS desde que Iana y Vincenzo tuvieron su primera cita. Cierta tarde, luego de dar por concluida la última clase de la jornada de biología, y después de darle las buenas noches a Vincenzo, quien esperaba por Iana escoltado por el ocaso fuera del aula, ambas amigas se disponían a ir a su habitación cuando Iana recibió una llamada de su madre.

Antes de responder, comentó con Miriam su inquietud por esa videollamada, ya que hacía tan solo pocos días que habían conversado.

Pulsó la tecla, y la imagen de su madre enseguida apareció en su teléfono.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Iana, hija, veo que aún no has llegado a tu habitación.

—La última clase de la tarde terminó hace poco. ¿Está todo bien, mamá?

—No, hija, hay algo muy delicado de lo que necesito hablar contigo.

Iana se quedó por un momento en silencio, preocupada, por lo que su madre se adelantó a decir:

—No te inquietes, hija, todo está bien en casa.

—¿Entonces...?

—Mira, hija, se trata del muchacho de quien me hablaste.

Iana frunció enseguida el entrecejo.

—¿De Vincenzo? ¿Qué tiene que ver él, mamá?

—Hija mía, créeme que se me hace tan difícil tener que decirte esto, pero por tu bien es necesario que te alejes de él, porque Vincenzo es el hijo de Donato.

—¿Qué locura estás diciendo, mamá? ¿De dónde sacas ese disparate?

—No es ninguna locura, Iana. Se trata del hijo que Donato tuvo con una exnovia. Conozco a su madre. Se llama Belinda Fiorucci.

—Mamá... —Iana, sorprendida, se detuvo, dejándose caer sobre una de las bancas que había en el pasillo, a pocos metros de su habitación. Miriam, angustiada, se sentó junto a su amiga.

—Hija, te pido, es más, te suplico, que mantengas distancia con ese muchacho. En el momento en que Donato se entere de que su hijo está interesado en ti, no lo va a permitir y hará todo lo que esté en sus manos para hacerte daño... Lo conozco bien, hija mía. Es por esa razón que tu padre y yo estamos sumamente preocupados.

—Vincenzo jamás me habló nada al respecto... —sostuvo Iana con un hilo de voz—. Debo dejarte ahora, mamá. Iré a hablar en este preciso momento con él. Buenas noches. —Iana cerró la videollamada, a lo que su amiga enseguida comentó:

—¿Será cierto?

—Lo sabré ahora mismo. Voy a su habitación. Tú espérame aquí, Miriam. Volveré enseguida.



Iana se encaminó hacia la habitación de Vincenzo sin prestar la más mínima atención al hecho de que ya había anochecido.

Tocó a la puerta.

—¡Iana! —exclamó él en cuanto la abrió.

Iana, parada bajo el umbral, con el corazón latiéndole deprisa, dijo enseguida:

—Disculpa que venga a estas horas a tu habitación, así, sin avisar, pero necesito hablar contigo de algo que es de gran importancia para mí.

Vincenzo, con cara de asombro, la invitó a pasar, pero Iana se negó y le pidió salir a conversar en el patio interior.

—Espera un momento, por favor, voy por mi abrigo —dijo Vincenzo. Salió vistiendo su abrigo, y enseguida se encaminaron hacia una de las banquetas del patio.

—Me preocupas, Iana. ¿Qué es eso que tienes que decirme con tanta urgencia?

—Háblame sobre tu padre, Vincenzo.

Vincenzo, con gesto extrañado, se quedó mirándola.

—¿A qué viene eso ahora? No... no comprendo.

—Por favor... —insistió Iana. Sus ojos se fijaron en el negro profundo de los suyos, esperando una respuesta. Vincenzo, tras un largo y profundo respiro, respondió:

—No acostumbro a hablar sobre mi padre, Iana. Durante mi infancia y parte de mi adolescencia, él ha sido un total desconocido.

—¿Desearías conversar acerca de él conmigo?

—¿Por qué quieres conocer sobre mi padre? Sinceramente, no lo veo necesario.

Iana buscó las palabras correctas para confiarle, de una vez por todas, la desagradable relación que su familia tuvo que lidiar durante toda la vida con Donato Carusso. Exhaló profundamente y afrontó la verdad:

—Tu padre se llama Donato Carusso, ¿cierto?

Vincenzo asintió sin siquiera parpadear.

—Quiere decir que mamá estaba en lo correcto —murmuró Iana.

—¿Tu familia conoce a mi padre?

—Así es.

—Bueno, mis abuelos paternos viven en Valserra. Apenas los he visto rara vez cuando, de niño, mi madre me llevaba al pueblo, y alguna que otra vez aquí en Florencia.

—Lamentablemente, mamá y papá lo conocen desde que eran jóvenes. Y digo lamentablemente porque papá, sobre todo, jamás tuvo una buena relación con él. Su familia y la mía llevan muchísimos años enemistadas, prácticamente desde antes de que mis padres se casaran.

—Toda mi vida he vivido con mi madre. Después de cumplir dieciséis años, él apareció en nuestra vida. Hablar de él no tiene mayor sentido porque siempre se mantuvo apartado de nosotros... Bueno, de mí, que soy su hijo. Que no haya amado a mamá lo acepto, pero que se haya desentendido que tenía un hijo, no.

Iana, tomando a Vincenzo por ambas manos, le hizo una pregunta. Era aquella pregunta con la que necesitaba despejar la duda de si él estaba al tanto de la verdad sobre el pasado de su padre o simplemente se lo habían ocultado:

—¿Tu madre te dijo alguna vez por qué se mantuvo alejado?

—Únicamente que permaneció por largos años fuera de Italia, que vivía en los Estados Unidos. Más allá de eso, nada, porque ni él mismo me lo ha confiado ni yo se lo he preguntado. Iana... —continuó Vincenzo, mirándola fijamente a los ojos—, desde que tuve uso de razón, esperaba que un día apareciera. Me desgarraba el corazón porque jamás lo hizo. Los años transcurrieron sin recibir al menos una llamada, una carta de su parte. Mi madre tuvo que arreglárselas para cuidar de mí emocional y económicamente. Crecí así, y poco a poco fui perdiendo el interés por él. Hasta que un buen día apareció de pronto, como si nada, y más bien se molestó con mi madre y

conmigo porque no llevaba su apellido. Y sinceramente, hasta el día de hoy, no comprendo por qué, pero me convenció para que aceptara el suyo. —Vincenzo sonrió con ironía—. Bueno... en ese entonces tan solo acababa de cumplir dieciséis. Desde entonces casi no he tenido contacto alguno con él.

—Gracias por confiarme parte de tu vida, Vincenzo. —Iana esbozó una suave sonrisa.

—¿Sabes? —dijo él—. Jamás le he confiado esto a nadie más que a Massimo. Gracias a ti por interesarte en mi pasado y escucharme. Es una carga muy pesada que he llevado conmigo durante toda mi vida... Se siente tan bien desahogarse.

Iana lo miró apacible.

—Te entiendo...

Iana y Vincenzo permanecieron largos segundos en silencio, con sus miradas compenetradas, hasta que, de pronto, Iana dijo:

—¿Vamos a la parte trasera del patio? Con Miriam solemos ir allí cuando estamos aburridas.

Enseguida, Vincenzo se carcajeó.

—No me digas que ustedes...

—Si te refieres a sentarnos sobre el muro a mirar las estrellas, sí. —Iana echó a reír.

—Guau, Iana, no conocía esa parte de ti. ¿Y cómo hacen para subir al muro? No es tan bajo que digamos.

—¿Has visto los toneles vacíos de agua que están ahí? Pues arrastramos uno de ellos y por ahí mismo subimos.

—¡Qué ingenio! Jamás se me hubiera ocurrido.

—Y entonces, ¿vamos allá? —insistió Iana, esbozando una amplia sonrisa.

—¡Cómo negarme! Me encanta la idea.

—Desde ahí podemos mirar la lluvia de estrellas de las Oriónidas. ¿Sabías que entre hoy y mañana es cuando alcanzan su mayor intensidad? —comentó Iana.

—Conozco las Oriónidas, pero no sabía que justamente esta noche podríamos apreciar mejor su resplandor.

—Lo es.

—Tú espérame aquí —de pronto, Vincenzo se puso en pie—. Voy por algo.

—¿Adónde vas? —preguntó Iana, extrañada.

—No me tardo, tan solo espera ahí mismo. Regreso enseguida.

—Aquí te espero entonces. —Iana se distrajo revisando su móvil mientras esperaba a que Vincenzo regresara. Al cabo de diez minutos, lo vio venir por los paseos del jardín, cargando

consigo una mochila. Se levantó enseguida y fue a su encuentro—. ¿Qué traes ahí? —preguntó.

—Cosas para picar mientras miramos el despliegue de estrellas. —Vincenzo rio.

—¡Qué bien pensado! Así no pasamos hambre. —Iana también rio, y juntos se encaminaron hacia la parte trasera del patio.

Rodaron un viejo y oxidado barril que estaba arrimado a un extremo del patio y lo llevaron hasta el pie del muro para poder trepar. Vincenzo impulsó a Iana por las caderas, ayudándola a subir. Luego le pasó su mochila y, acto seguido, trepó él.

—Guau... —exclamó Vincenzo—. ¡La vista desde aquí es formidable!

—¿Nunca has venido antes? —preguntó Iana. Muchos conocían de la existencia de ese lugar.

—Créeme que no. —Vincenzo levantó la mirada al cielo. Miles de estrellas brillaban en la noche oscura y despejada.

—¿Qué trajiste para picar? —preguntó Iana con una sonrisa traviesa.

—Ante todo... —Vincenzo esbozó una vívida sonrisa ladina mientras abría su mochila. Sacó una botella de vino tinto y dijo—: Esto.

Iana, riendo, exclamó:

—¿Cómo lograste meterla a la universidad?

—La tengo desde hace algún tiempo. ¿Recuerdas la fiesta de la novatada?

—Sí... —asintió Iana con interés.

—Entre Massimo y yo nos cogimos dos de estas sin que nadie se diera cuenta.

Iana echó a reír.

—Guau, y luego dices que la perspicaz soy yo. ¿Qué más tienes dentro de esa mochila? —preguntó, echando un vistazo de medio lado mientras Vincenzo, sonriente, sacaba diferentes paquetes.

—Traje trozos de queso parmesano, aceitunas y estas galletas saladas. —Colocó todo sobre el muro.

—¡Qué rico! Tendremos una noche muy divertida.

—Basta estar contigo para que sea divertida... ¿Vino?

—Por supuesto. —Iana estiró la mano, agarró la botella de vino que Vincenzo ya había abierto, y bebió un sorbo largo—. ¡Mmmm, está buenísimo! —comentó, pasándose los dedos por los labios, y enseguida agarró unos trozos de queso parmesano.

Cuando terminó de beber, Vincenzo tomó la botella de sus manos y dio un sorbo interminable. Iana lo miró, sintiéndose cada vez más a gusto en su compañía.

—Quiero que me hables más sobre ti —dijo Vincenzo tras dejar la botella sobre el muro. Tomó unas cuantas aceitunas y se las llevó a la boca.

—¿Qué más podría decirte de lo que ya te haya contado? —respondió Iana, mientras también cogía un par de aceitunas de la tarrina y se las llevaba a la boca.

—No lo sé, ¿qué afición tienes?, ¿practicar algún deporte?

Iana vaciló sobre si decirle o no que le gustaba el canto... pero igual lo hizo:

—Me gusta cantar.

—¿De veras? —Vincenzo abrió sus hermosos ojos negros, y ciertamente Iana pudo notar su asombro. Ella asintió con una sonrisa—. ¿Quieres cantar algo para mí?

—No, qué bochorno...

—¿Por qué bochorno? Vamos, al menos una estrofa.

—Está bien, pero solo una. ¿Qué canción te gustaría que cante?

—Hum... ni idea, la que a ti te guste.

Iana pensó rápidamente en alguna al azar.

—¿Qué te parece *Diamonds*? Me encanta como canta Rihanna.

—Esa es muy linda. Igualmente, Rihanna me gusta mucho... Soy todo oídos.

—Veamos... —Iana, abochornada, empezó a tararear la canción.

—No seas tramposa... —protestó enseguida Vincenzo—. Tienes que cantarla, déjame escuchar tu linda voz.

Iana echó a reír.

—Está bien, pero no vayas a reírte de mí.

—¡No, cómo crees!

Iana se animó y la cantó completa, mientras Vincenzo, embelesado, no le apartó la mirada ni por un momento.

—¡Guau, Iana, cantas hermosísimo! Jamás me lo hubiera imaginado.

—No exageres.

—¿Cómo que no? Me encantó. Deberías pertenecer al coro de la universidad o algo así.

—No, no, ¿cómo se te ocurre? —Iana rio, cubriéndose el rostro con su mano—. El canto es solo una afición para mí.

Vincenzo negó con la cabeza.

—Insisto en que cantas muy lindo, pero claro, obviamente es tu decisión.

—Gracias, lo tendré presente. —Iana volvió a reír y miró hacia el horizonte, donde el titilar de las estrellas se hacía más intenso conforme avanzaba la noche.

—Dejando el canto de lado... —continuó Vincenzo—. Pero jamás me cansaré de repetirte que adoré tu voz. Aún no me has contado qué te gustaría hacer luego de que termines la carrera... Por ejemplo, ¿en qué piensas especializarte?

Iana enseguida lo miró de nuevo.

—En cardiología. ¿Te he contado que mi padre es neurocirujano?

—Pues no —contestó Vincenzo.

—Desde niña me he sentido atraída por la medicina, y siendo mi padre médico, aún más. Me encantaría trabajar con él.

—Siempre te expresas tan bien de tu padre, es algo de lo que me he dado cuenta.

—Mi padre es maravilloso... el ser más dulce y honesto que pueda haber sobre la tierra. —Iana esbozó una suave sonrisa—. Lo mismo puedo decir de mi madre. Me siento afortunada.

—¿Eres hija única?

—No, para nada. Tengo dos hermanos menores mellizos.

—Una linda familia —agregó Vincenzo—. Me encantaría un día poder conocerlos.

Iana sonrió con suavidad.

—Me haría muy feliz si llegaras a conocerlos. ¿Y con respecto a ti? ¿Practicas algún deporte o tienes alguna afición o algo así? Aparte de vivir entre los libros, por supuesto...

—Qué concepto tienes de mí...

—Fue un decir. —Iana rio—. Entonces, ¿a qué te dedicas en tus tiempos libres?

—Francamente, me atrae el fútbol. De hecho, cuando estaba en el colegio me dedicaba de lleno y hasta pertenecí al equipo estudiantil.

—¿Y por qué no le diste continuidad en la universidad? Seguro juegas muy bien.

—Sufrí una lesión en mi rodilla izquierda hace ya algunos años, y desde entonces tuve que dejarlo.

—¡Cuánto lo lamento! —exclamó Iana. Le entristeció enterarse de algo así y saber que ya no podría jugar más al fútbol, sabiendo que era su afición.

—No te preocupes —Vincenzo esbozó una suave sonrisa—. Eso ya no tiene importancia para mí. Desde que empecé la carrera me dediqué de lleno a los estudios... Y aquí me tienes, a un paso de graduarme.

—¡Qué formidable...! —Iana le devolvió la sonrisa—. A tan solo unos cuantos meses.

—Así es, de aquí a pocos meses. Y, en cuanto al amor —preguntó Vincenzo, fijando un aire de intención en sus ojos—, ¿te has enamorado alguna vez? ¿Hay alguien en tu vida?

Iana sujetó su mirada en silencio... El brillo de sus apasionantes ojos negros la hizo temblar.

—No, jamás me he enamorado... tampoco hay alguien en mi vida...

Vincenzo esbozó una suave y fugaz sonrisa. La miró sin pronunciar una sola palabra; ambos se contemplaron en silencio. Tan solo Iana pudo escuchar los fuertes latidos de su corazón. Mientras la noche se empecinaba sobre ellos, Vincenzo inclinó la cabeza y, acercándose despacio, cerró los ojos. Iana pudo sentir la tibieza de su respiración, que la hizo estremecer.

De pronto, cuando él se aproximaba más, una ráfaga de estrellas fugaces cruzó el cielo. Aturdida, Iana esquivó lo que habría sido un largo y apasionante beso y exclamó, girándose a mirar:

—¡Las Oriónidas!

Vincenzo también levantó la mirada.

—¡Guau, son bellísimas!

—Te dije que esta noche las veríamos... ¿Más vino? —propuso atolondrada.

—Por supuesto —contestó Vincenzo con una sugestiva sonrisa. Levantó la botella y bebió una generosa cantidad, no sin antes ofrecérsela a Iana.

—Pienso que deberíamos regresar, se ha hecho tarde —dijo Iana.

Vincenzo asintió.

—Volvamos entonces.

Juntos fueron metiendo los restos de la comida dentro de la mochila. Vincenzo le dio el último sorbo a la botella de vino y, desde ahí, atinó a lanzarla dentro de un basurero que había al otro lado de los muros de la universidad. Se colocó la mochila a la espalda y ayudó a Iana a bajar. Rodaron el tonel hacia un costado del patio y, finalmente, se encaminaron a la entrada posterior de la universidad, conversando de otros temas, evitando mencionar el beso que estuvo a punto de darse entre los dos.

Llegaron al portón, se despidieron en los pasillos y cada cual se dirigió a su habitación.



Tan pronto como Iana abrió la puerta y entró en su habitación, se dio cuenta de que Miriam dormía profundamente. Sonrió para sí misma; le hubiera gustado contarle a su amiga lo que sucedió esa noche entre Vincenzo y ella, pero pensó que no había prisa.

Y esa misma noche, sin tomar en cuenta la hora, telefoneó a su madre:

—Iana, hija —contestó Ainara.

—Hola, mamá. Disculpa la hora, pero acabo de regresar de conversar con Vincenzo.

—¿Te confirmó que es hijo de Donato?

—Así es, mamá. Ambos tuvimos una larga e íntima plática, y desde ya te manifiesto que nada de lo que pasó entre ustedes en el pasado con Donato Carusso va a interferir en la bonita relación que estamos llevando Vincenzo y yo. Él me atrae muchísimo, mamá, y sé que yo a él. Por esa razón, lucharé contra lo que sea necesario, incluso si tengo que enfrentar al mismo Donato. Este bello sentimiento que ambos compartimos no dejaré que nadie lo estropee.

—Iana, hija...

—Que tengas una linda noche, madre. Te amo.



DESPUÉS DE HABER HABLADO con su hija, Ainara quedó sumamente inquieta, por lo que enseguida le comentó lo sucedido a Saúl, y juntos decidieron viajar al día siguiente a Florencia.

Lo más conveniente era hacerlo de una vez; tenían que hacerle entrar en razón y, sobre todo, conseguir que Iana desistiera de su descabellada decisión de iniciar una relación amorosa con Vincenzo. Sería, ante todo, desgarrador para ambos como padres exponerle la situación de esa manera, porque, lastimosamente, Iana se estaba enamorando o ya se había enamorado del muchacho equivocado.

Era sábado. Llevaron a Iana a almorzar a un restaurante fuera de lo cotidiano de la universidad.

—Me alegra estar hoy aquí con ustedes —dijo Iana—. Extrañaba compartir en familia, aunque me hubiese encantado que los mellizos también vinieran.

—Hija —Saúl tomó la palabra—, preferimos hacerlo únicamente tu madre y yo porque necesitamos tener una conversación seria contigo. —Pero, antes de que su padre continuara, Iana los miró simultáneamente a ambos y se adelantó a decir:

—Sé lo que van a decirme, papá... Mas pienso que fui clara con mamá anoche.

—Iana... —intervino de inmediato su madre—, no es nuestro afán hacerte daño. Al contrario, lo que más deseamos en esta vida es tu bienestar, verte feliz.

—Entonces déjenme ser feliz con Vincenzo, mamá.

—De corazón, créeme, hija —intercedió su padre—, no hubiese querido que las circunstancias se dieran de esta manera, pero si esa relación de amistad que ahora ustedes tienen llegara a convertirse en algo más fuerte, sé que Donato no desistirá hasta verlos separados, con el único fin de hacerte daño, sobre todo a ti. Su odio no conoce límite. Es la razón por la cual estamos tan preocupados.

—Agradezco su preocupación, papá, pero no me pidan que me aleje de Vincenzo. Mírenme —dijo, viéndolos a ambos—. He crecido, no soy una niña. Sé que podré hacer frente a la soberbia de Donato Carusso.

Mas Ainara, en un suave suspiro, bajó la mirada y movió la cabeza de lado a lado.

—Ese hombre es peligroso, hija —dijo, alzando la vista para mirarla—. Ni siquiera se inmutará en hacerle daño a su propio hijo.

—Mi hermosa... —Saúl envolvió las manos de su hija entre las suyas—, respeto tu decisión. Sé que llegará el momento en que tu madre también lo haga, porque, al igual que ella, tú posees dignamente su misma fortaleza y carácter... Y debo reconocerlo, la templanza de tu abuelo, Gaetano. Siempre tendrás nuestro apoyo, y juntos, tu madre y yo le daremos cara a cualquier eventualidad o desafío que se presente... Donato Carusso no volverá a hacernos daño, y menos a ti. ¿Estás de acuerdo conmigo, amor mío? —preguntó Saúl, regresando la mirada a Ainara. Mas ella no opinó ni a favor ni en contra; obviamente no terminaba de aceptar esa relación.

En tanto Iana, tomando entre sus manos las de sus padres y estrechándolas en una suave caricia, dijo:

—Gracias por entenderme, papá... Sé que un día tú también estarás de acuerdo conmigo, mamá. Confíen en mí.

—Siempre lo hemos hecho —respondió su padre—. Y ahora esperemos por el mesero, porque no tardará en traer lo que ordenamos. —Saúl tomó de la mesa un pedazo de pan, lo introdujo en la salsa de almejas y se lo ofreció a su hija. Hizo lo mismo con otro y se lo acercó a Ainara. Luego vació vino blanco en cada copa: primero en la de su esposa y después en la suya; finalmente, vertió soda de limón en el vaso de Iana.



HABÍA TRANSCURRIDO UNA SEMANA desde que Ainara y Saúl estuvieron en Florencia. Iana estaba muy feliz de que, sobre todo, su padre se mostrara respetuoso con respecto a la decisión que ella tomó, dejando de lado la importancia de la reacción que Donato pudiera tener en su contra. No podía decir lo mismo de su madre, ella continuaba con su postura renuente. En todo caso, su padre decidió apoyarla a fin de fortalecer su relación con Vincenzo. Iana confiaba en que su madre, tarde o temprano, también lo haría.

Esa tarde, después del horario vespertino de clases, Iana y Vincenzo conversaban sentados sobre una de las banquetas del jardín interno del instituto cuando Iana, a la distancia, vio a Donato venir caminando en dirección hacia ellos.

Por un momento, los nervios se apoderaron de ella, pero enseguida trató de guardar la compostura.

Entretanto, al darse cuenta Vincenzo de que su padre se acercaba, comentó enseguida:

—Mi padre viene hacia nosotros... ¿Qué se traerá ahora? —Pero ni bien terminó de decir aquello cuando Donato, con actitud para nada empática, se dirigió a su hijo diciendo:

—Vincenzo, te he buscado por todos lados. Acompáñame en este momento a la cafetería porque tengo que hablar contigo.

Mientras tanto, ante tal actitud desagradable de Donato, Iana bajó la mirada a sus manos y empezó a jugar con la piedra de rubí de uno de sus anillos.

—Papá —respondió Vincenzo, levantándose—, ahora estoy con mi amiga. Ella es Iana Márquez. —La presentó sin saber siquiera que ellos ya se conocían.

Al momento, Iana alzó la mirada, pero Donato, con total descortesía, se volvió hacia su hijo y respondió cortante:

—¡Tu amiguita es lo que menos me importa ahora! Sé que mañana ni te acordarás de ella.

—¡No permito que te expreses así, papá! —replicó Vincenzo.

Iana jamás lo había visto tan enojado, por lo que, poniéndose también en pie, trató de suavizar la discusión y comentó:

—No te preocupes, Vincenzo. En tal caso, yo los dejo para que puedan conversar.

—No, Iana —la contradijo, tomando su mano—. Mi padre puede esperarme en la cafetería. Voy enseguida, papá.

Claramente, Iana pudo notar el gesto sombrío de ira y contrariedad que dibujó el rostro de Donato, quien espetó:

—Vienes conmigo en este momento, Vincenzo. ¡Mi tiempo no está en discusión!

—Ve con tu padre —insistió Iana—. Yo estaré aquí esperándote.

Vincenzo asintió con la cabeza.

—No me tardo.

De principio, Donato desafió a su hijo con la mirada y luego, no sin antes darse media vuelta para irse, lanzó a Iana una siniestra mirada de advertencia.

Iana cerró los ojos y respiró profundamente; sabía a lo que se estaba exponiendo.

«Debo ser fuerte», se dijo. «Esto iba a suceder tarde o temprano...»



Iana esperó a Vincenzo hasta que él terminara de conversar con su padre. Le angustiaba que Donato, sin ningún tipo de escrúpulos, tratara de enredar a su hijo con calumnias en su contra; aquel nefasto mirar habló por sí solo. Sin embargo, Iana sabía que no tenía nada de qué avergonzarse. En tal caso, sería el momento indicado para darse cuenta del respeto y estima de Vincenzo hacia ella si llegara a darse el caso de que Donato, valiéndose quién sabe de qué mentiras, la calumniara a ella y a su familia. De esa manera, Iana conocería los verdaderos sentimientos de Vincenzo.

De pronto, a lo lejos, miró a través de los robustos árboles de cítricos y algunos de vid que decoraban los extremos de los jardines de la universidad, la silueta de Vincenzo cruzar el patio interno y venir en su dirección.

—Disculpa, por favor, Iana —dijo, sentándose a su lado—. Créeme que hubiese deseado que conocieras a mi padre en otras circunstancias.

Iana hizo un ademán con la mano, negando. Lastimosamente, Vincenzo se sentía angustiado.

—Déjalo así. No tienes por qué disculparte conmigo... Conozco a tu padre más de lo que podrías imaginar.

—¿Cómo dices? —enseguida cuestionó, mirándola extrañado—. ¿Desde cuándo lo conoces?

—¿Recuerdas cuando te comenté que mi familia y la suya ya se conocían de años atrás? Pues bien, una que otra vez los escuché hablar de tu padre. Se referían a él como un hombre autoritario y problemático. —Iana prefirió callar la verdad; la disfrazó con lo que se le ocurrió en ese momento. No era quién para revelar aquella verdad escabrosa que, en el pasado, sus padres y abuelos vivieron a manos de él y de su familia. Y en cuanto a los abusos que su padre cometió contra ella, pensó que aún no era el momento para decírselo. Ya buscaría más adelante la oportunidad adecuada.

—Mi padre es un hombre egoísta y autoritario como tú bien lo has dicho, Iana. Lo que no comprendo es ¿por qué, sin razón alguna, le molestó verme acompañado de ti?

—Él sabe bien que soy la hija de Ainara D’Alfonso y de Saúl Márquez, Vincenzo —respondió Iana.

Vincenzo, de inmediato, asintió con la cabeza.

—También lo creo así... ¿Y por qué mantiene esa pugna contra toda tu familia? Si algo sucedió entre ellos en el pasado, no tiene por qué involucrarnos a nosotros. Jamás me alejaré de ti, Iana, así mi padre insista en ello. —Vincenzo la miró con suavidad, mientras que Iana prefirió quedarse callada—. ¿Deseas que salgamos por ahí un día nuevamente? Realmente necesito disipar la mente, y qué mejor que estando contigo.

Iana asintió.

—A mí también me encantaría ir a divertirnos. Ya has tenido suficiente estrés con tu padre.

Vincenzo se la quedó mirando, sin apartar ni por un momento sus ojos negros de los suyos.

—Eres tan comprensiva conmigo, Iana.

—Trato de ponerme en tus zapatos.

—¿Te gustaría que fuéramos a dar un paseo por el centro de Florencia?

El rostro de Iana se iluminó. Adoraba visitar iglesias y museos, por lo que enseguida exclamó:

—¡Es fantástico! Podríamos visitar la Galería de la Academia.

—Veo que, además de la medicina, te atrae la escultura... Sin olvidar que cantas hermoso, claro.

Iana rio.

—Mamá es una artista en cuanto a pintura y escultura se refiere. Se me pasó por alto comentarte que tiene su galería de arte en Valserra.

—Una familia de artistas entonces, ¡qué interesante! ¿Qué estilo de pintura?

—Arte moderno, paisajes, retratos...

—Insisto en que me encantaría conocer a tu familia. —Iana sonrió—. Y bueno, volviendo al tema, ¿te parece salir el sábado?

—Es perfecto.

—¿A las diez, como la vez anterior?

Iana asintió con una sonrisa.

—Claro que sí, te estaré esperando.



VINCENZO SE LEVANTÓ A toda prisa y fue directamente a tomar una ducha rápida porque se le hacía tarde para su cita con Iana, ya que la noche anterior se había amanecido adelantando tareas.

Estaba entusiasmado, se tomaría el sábado completo para pasear y recorrer lugares interesantes por el centro de Florencia en la adorable compañía de la hermosa joven estudiante de medicina que lo traía loco.

Tan pronto como salió de la ducha, se enrolló apresuradamente la toalla alrededor de la cintura. Aún faltaban cinco minutos para encontrarse con Iana, por lo que agarró el móvil y la telefoneó:

—Hola, Vincenzo —contestó ella al teléfono.

—Iana, buenos días. Disculpa que te llame hasta ahora, pero, aunque no me lo creas, me quedé dormido. Voy a demorar al menos quince minutos antes de pasar a recogerte, ¿no hay problema contigo?

Iana rio.

—No te preocupes, tómate tu tiempo. En veinte minutos te daré el encuentro en el parqueadero.

—Gracias, Iana. Nos encontramos ahí entonces. —Vincenzo colgó la llamada y fue a terminar de vestirse. Miró que su amigo dormía como un tronco y, una vez listo, tomó las llaves de la pasola y se apresuró, encaminándose al parqueadero.

Iana aún no llegaba.

De pronto, mientras encendía la moto, miró a su costado y la vio salir del edificio, caminando en su dirección. Vincenzo permaneció inmóvil, hipnotizado, viéndola acercarse. Iana lucía diferente esa mañana: estaba bellísima, deliciosamente encantadora. Jamás la había visto llevar su larga y abundante cabellera negra recogida en dos trenzas que caían sobre sus hombros, y con una pañoleta verde aguamarina estampada, del mismo color de sus ojos, cubriendo la cabeza.

Iana sonrió y se apresuró hacia donde él.

—¿Esperaste mucho por mí? —saludó, acercándose para darle dos besos, uno en cada mejilla.

—Solo un par de minutos. —Vincenzo sonrió, cautivo por su belleza y su fresco y embriagante aroma: una mezcla de flores del campo con matices dulces.

Le acercó el casco, que ella enseguida se colocó. Subió a la moto, y salieron de la universidad.

Vincenzo no dejó de mirarla a través del retrovisor: Iana era perfecta. Sus jeans rasgados se ceñían provocativamente a su cintura y a sus largas piernas.

Aceleró la moto y, en medio de una entusiasmada sonrisa, sintiendo la delicada presión del pecho de Iana contra su espalda y sus manos abrazar su cintura, tomó el camino hacia la plaza del Duomo.

Recorrieron callejuelas estrechas en donde, desde los balcones, se desbordaba una infinidad de flores coloridas. Sobre las aceras, macetas altas adornadas con un despliegue de colores complementaban el paisaje. Las mesas dispuestas para los turistas y transeúntes ofrecían momentos de degustación y esparcimiento, mientras un sinnúmero de tiendas de ropa de marca, joyerías y otros negocios comenzaban a abrir sus puertas esa mañana.

Vincenzo parqueó su pasola junto a otras motos que enfilaban la acera, y juntos bajaron a pasear por la plaza del Duomo.

—¿Vamos a visitar la Catedral? —preguntó Iana, feliz, mientras halaba a Vincenzo de la mano por la plaza, en la que cientos de personas transitaban.

Vincenzo rio; se sintió como un niño pequeño corriendo de su mano en medio de toda esa multitud. De pronto, Iana se detuvo en medio de la plaza, sacó del bolsillo trasero de su pantalón su celular y, con una amplia sonrisa que la caracterizaba, propuso:

—¿Nos hacemos un selfie?

—Por supuesto. —Vincenzo cogió el celular, pegó su rostro al de ella, y no se hicieron uno, sino que algunos selfies: unos riendo, otros sacando la lengua, otros con muecas divertidas de asombro..., teniendo a la Catedral y al campanario de mármoles blancos, rojos y verdes a sus espaldas.

—¿Las compartirás también en Instagram? —preguntó Vincenzo entre risas, mientras le devolvía el móvil a Iana.

Tras dar un rápido chequeo a las fotos que acababan de hacerse, Iana lo levantó a mirar.

—¿Cómo sabes que las que nos tomamos en Livorno las compartí en Instagram?

Vincenzo echó a reír.

—Fue lo primero que me comentó Massimo... Además, sigo tu cuenta.

—Eso no me has contado —replicó Iana enseguida, esbozando una sonrisa tentadora; aquella bella e insinuante sonrisa que lo convirtió en un manojo de sensaciones.

Vincenzo se subió las gafas de sol sobre la cabeza. Prefería entrar en la Catedral; de otra manera, continuaría embelesado contemplándola, mordiéndose las ganas de tomar su adorable rostro entre sus manos y, ahí mismo, frente a todos, besarla.

—Entremos —le dijo.

Ambos caminaron despacio, contemplando la singular belleza del interior de la Catedral. Levantaron el rostro y apreciaron el impresionante fresco renacentista que decoraba el domo, el cual parecía el cielo de Florencia.

—Indiscutiblemente es una joya de arte. ¿Te parece si salimos? —preguntó Iana una vez que recorrieron parte del interior, y juntos se encaminaron hacia las puertas.

Esa mañana se presentó limpia y despejada, propicia para un largo día de caminata y diversión.

—Necesito agua, y sé que tú también. —De pronto, Iana encaminó a Vincenzo hacia uno de los quioscos que había alrededor de la plaza. Pagó por dos botellas y, mientras destapaba una, recibió una llamada en su celular—. Disculpa un momento, por favor, Vincenzo. —Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus jeans y contestó—: Dime, mamá...

Vincenzo se apartó de su lado y se distrajo haciendo fotos, pero claramente pudo escuchar que se trataba de su madre. Hasta que Iana apagó el celular, lo introdujo nuevamente en el bolsillo trasero de su pantalón y se acercó a él.

—¿Hablabas con tu madre? —preguntó Vincenzo.

—Así es... —A Iana se le notó contrariada. Vincenzo no quería ser inoportuno, pero le preocupó que tal vez algo sucediera, así que dijo:

—Si tienes que regresar a la universidad, no te preocupes por mí. Solo dímelo.

Iana lo levantó a mirar, extrañada, frunciendo el ceño.

—No, Vincenzo, todo está bien. No tenemos que regresar aún.

—Lo digo porque noté un cambio en tu actitud...

—¿Te refieres a que hablé con mamá? Descuida, todo está bien entre ella y yo —comentó, algo más relajada, mientras esbozaba una dulce sonrisa.

—Realmente me preocupé. Y entonces —preguntó Vincenzo, volviéndose a colocar las gafas que tenía sobre la cabeza—, ¿adónde quieres ir ahora?

—¿Te parece si vamos a la Galería de la Academia?

—Es buena idea, además está cerca. Luego podríamos parar aquí mismo para almorzar, ¿qué dices?

Iana asintió, esbozando una amplia sonrisa.

—No has dicho nada mejor, porque francamente ya siento hambre.

Vincenzo rio.

—Yo también.

Iana y Vincenzo se encaminaron hacia la Galería de la Academia, no sin antes hacerse otras selfies.

Parados uno al lado del otro, mientras contemplaban la impresionante escultura del David de Miguel Ángel, Vincenzo pudo notar la afición y el respeto que Iana sentía por el arte; era de suponer que lo había heredado de su madre.

—Impresionante, ¿verdad?

—¿Cómo es que alguien pudo transformar una sola idea en algo tan hermoso y perfecto? —comentó Iana, sin dejar de admirar cuánta perfección había en el David.

—Por algo Miguel Ángel prevalece y, según mi parecer, no ha habido nadie que lo haya podido superar.

Iana hizo un gesto de aprobación con el rostro.

—También lo pienso así, aparte de Leonardo Da Vinci, que es otro grande del arte.

Vincenzo asintió con la cabeza, con los ojos puestos aún en la escultura.

—Estoy de acuerdo contigo.

De pronto, Iana se volvió hacia Vincenzo y comentó:

—Siempre estás de acuerdo en todo conmigo... o en casi todo... ¡Eso me encanta de ti!

—¿En serio? ¿Solo eso?

Iana se lo quedó mirando, sonrió, y dijo:

—¿Te parece si ahora vamos a almorzar?

Vincenzo esbozó una perspicaz sonrisa, mordiendo su labio inferior...

« ¿Será que la pongo nerviosa? », pensó.

—¿Qué dices...? ¿Vamos de una vez? —insistió Iana. Sus soñadores y vivaces ojos verdes no atinaban hacia dónde mirar.

Vincenzo la inquirió con la mirada.

—¿Qué se te antoja?

—Cualquier cosa, pero hagámoslo ya.

—No se diga más, soy todo tuyo. —Y, en medio de una risotada, Vincenzo volvió a colocarse las gafas y salieron de la galería.



—¿Cómo estuvo la pizza? —preguntó Vincenzo mientras, satisfechos, cruzaban el umbral de la puerta de la pizzería. Ambos se habían antojado por la pizza napolitana.

—Deliciosa, pero si continúo comiendo de la forma como lo he estado haciendo durante todo el tiempo que he salido contigo, voy a engordar.

Vincenzo echó a reír.

—No lo creas, hemos caminado tanto que eso no sucederá.

De pronto, ambos escucharon el sonido de una alegre música que venía desde el centro de la plaza.

—¿Vamos a ver de qué se trata? —apuró Iana.

Se adentraron por una de las callejuelas angostas que llevaba hasta la plaza del Duomo. Enseguida, vieron a un grupo aficionado de músicos jóvenes tocando y cantando cerca del campanario, por lo que se acercaron hasta donde ellos estaban.

Iana sacó el celular del bolsillo trasero de su pantalón y empezó a filmarlos; luego enfocó a Vincenzo, quien, entusiasmado, se movía al ritmo de la canción.

—¿Una toma juntos? —dijo ella, colocándose detrás de la cámara.

Vincenzo reía; Iana disfrutaba sobremanera de su entusiasta compañía. Guardó el celular en el bolsillo de su pantalón y se puso a bailar justo cuando él, tomándola de las manos, la hizo girar.

—Me encanta verte sonreír —comentó Vincenzo mientras, haciéndola girar otra vez, sus agraciadas trenzas acompañaban el movimiento.

—Amo nuestra música alegre. —Iana levantó los brazos y empezó también a cantar la melodía popular que los músicos jóvenes entonaban.

—Enseguida vuelvo —dijo Vincenzo.

Iana asintió en medio de una sonrisa y continuó cantando y bailando. De pronto se detuvo al verlo acercarse a los músicos y comentar algo con ellos. Negó para sí misma y regresó la mirada a su alrededor: decenas de personas disfrutaban de la música, al igual que ella. Volvió la mirada a Vincenzo. Él, esbozando una delatadora sonrisa, venía de regreso hacia donde ella estaba. Iana negó moviendo la cabeza de lado a lado y, una vez que lo tuvo frente a ella, discutió:

—No lo haré...

—Sí lo harás... —Vincenzo la tomó de la mano—. Vamos, que te están esperando.

—Pero Vincenzo ¿por qué haces esto?

—Tú cantas hermoso, Iana. Deja que todos aquí queden hechizados con tu linda voz.

Iana volvió a mirar a su alrededor: cada vez era mayor el número de personas que se agrupaban.

—¡Me la debes, Vincenzo! —protestó, taladrándolo con la mirada.

Vincenzo soltó una carcajada.

—Haré todo lo que me pidas, pero antes deléitanos con tu voz. —La tomó de la mano y la condujo hasta donde los músicos se encontraban.

—¿Qué te gustaría que toquemos? —le preguntó uno de ellos a Iana.

—No lo sé... —titubeó—. Quizás algo de... ¿Laura Pausini?

—¿Te parece *Te amaré*?

—Sí... —Iana medio sonrió—. Esa me gusta mucho.

—Yo haré el dúo contigo —dijo el muchacho.

Iana, al fin, entró en confianza. Regresó la mirada hacia Vincenzo, quien le hizo un guiño mientras sonreía frente a ella, acompañado de los espectadores, quienes también la motivaban haciendo palmas hasta que empezaron a cantar.

—¿Lista? —dijo el muchacho, acomodando el cable por detrás de su oreja y llevando el micrófono cerca de su boca.

—Sí —respondió Iana, mientras el muchacho ajustaba el suyo.

Sonó la música y sus voces se escucharon en toda la cuadra.

Iana dejó a todos boquiabiertos con su hermosísima voz. Sin apartar sus ojos de Vincenzo, él la miraba en completa quietud, con una dulce sonrisa que dibujaba sus encantadores labios rojos. Sus ojos negros, intensos como una noche oscura, no se despegaron de ella ni por un solo momento...

Tal parecía como si él intuyera que Iana le estaba dedicando esa canción.



—Qué honor escucharte cantar, Iana, realmente no tengo palabras para describir lo hermoso que lo haces —comentó Vincenzo mientras avanzaban por la plaza.

—Te agradezco el cumplido, pero me avergüenza hacerlo frente a tantas personas.

—No deberías sentir vergüenza. ¡Mira cómo dejaste a todos!

—Qué loco eres, Vincenzo... ¡Nunca más vuelvas a hacerme algo así! —Iana echó a reír, al igual que Vincenzo—. Y ahora me parece que debemos regresar porque se está poniendo tarde.

—Está bien, lo que usted diga, señorita. Pero... una última petición.

—¿Qué será? Con tal de que no me digas que quieres que regresemos a la plaza y que vuelva a cantar...

—No. —Vincenzo rio—. Es otra cosa. ¿Te gustaría ir antes al mirador? La vista desde ahí a Florencia es magnífica, sobre todo si llegamos a tiempo para ver la puesta del sol.

—Vamos allá entonces.



Iana y Vincenzo, uno al lado del otro, contemplaban desde lo alto del mirador la romántica ciudad de Florencia mientras el sol descendía, perdiéndose en el horizonte.

—¿Qué dices? Hermoso, ¿verdad?

—Realmente es espectacular. —Iana permaneció con la mirada fija en el ocaso.

Vincenzo se giró hacia ella. Iana también lo hizo, y él, mirándola intensamente, dijo:

—Hoy ha sido un día maravilloso estando contigo.

Iana sostuvo su mirada y respondió:

—Para mí también ha sido un día muy lindo.

—Siempre que estoy a tu lado —continuó Vincenzo, clavando un aire de ilusión en sus ojos, mientras el cielo empezaba a teñirse con tonos violetas y anaranjados—, es como si el tiempo se detuviera y únicamente existiéramos tú y yo...

Iana se mantuvo en silencio. Sabía que se había enamorado de él, y su confianza se fortaleció al darse cuenta de que Vincenzo comenzaba a confesarle sus sentimientos.

—Me gustas muchísimo, Iana. Lo sentí desde el día en que te conocí, y desde ese momento no he hecho otra cosa más que pensar en ti.

Iana esbozó una suave sonrisa. Sentía lo mismo que él, y solo deseaba cerrar los ojos y, con un beso, revelarles que su corazón saltaba de alegría cada vez que lo tenía cerca.

Bajo el cielo otoñal que los envolvía como único testigo, se dejó llevar por sus emociones.

Vincenzo envolvió sus delicadas manos entre las suyas. Un brillo ardiente empañó sus pupilas, y Iana lo descifró. La miró con tal intensidad, como ya lo había hecho antes, y descargando una ráfaga de deseo en sus labios rosa, dejó que sus soñadores ojos negros se posesionaran de ellos.

Iana sintió desfallecer.

Vincenzo tomó delicadamente su rostro entre las manos, e inclinando la cabeza, se acercó más. Iana percibió la tibieza de su respiración; descendió la mirada hacia sus endemoniados labios rojos, que le robaron la voluntad. Cerró los ojos y dejó que su calidez invadiera sus sentidos.

En un delicado impulso, ambos unieron sus labios en un largo y apasionado beso.



13

AÚN PERSISTÍA A FLOR de piel aquella dulce sensación cuando, esa tarde, mientras el crepúsculo caía tapizando el cielo otoñal con sus vivos matices, Iana y Vincenzo unieron sus labios en el beso más dulce que ella pudiera imaginar...

Iana estaba enamorada.

En cuanto entró en su habitación, Miriam, recostada sobre su cama y leyendo un libro, levantó la mirada de las páginas y dijo:

—Te estaba esperando. Ni siquiera supe cuándo te fuiste. ¿Cómo te fue con Vincenzo?

Iana se acercó junto a su amiga; no podía aguantar las ganas de contarle que ella y él se habían besado, aunque el brillo que delataban sus ojos de seguro ya le habría advertido.

—Ay, amiga...

Miriam la inquirió con la mirada.

—No tienes ni que decírmelo porque lo intuyo... ¿Cómo fue?

Iana se acomodó junto a su amiga y, ambas, compartiendo la misma almohada y mirando el vaivén de la lámpara que colgaba del techo, le contó entre risas, al detalle, el día maravilloso que vivió junto al joven de quien se sentía profundamente enamorada.

—Es increíble... —dijo Miriam—. Entonces, ¿ustedes dos ahora son novios?

—Únicamente fue un beso. —Iana se quedó en silencio, por lo que Miriam, incorporándose de inmediato, indagó, regresando a mirar a su amiga:

—¿No te habló de ser su novia?, ¿tener una relación?

—No, únicamente nos besamos y ya.

—Hum...

Iana regresó la mirada hacia Miriam.

—¿Será que en todo este tiempo me he venido haciendo tan solo ideas en mi cabeza?

Miriam la miró apacible.

—No lo creo, pero pienso que Vincenzo debía decirte algo al respecto... Solo te besa y ya estuvo. Y al despedirse, ¿tampoco dijo nada? ¿Se despidieron y *ciao*, cada cual para su habitación...?

Iana dio un largo y profundo suspiro.

—Di algo, no te quedes solo suspirando —insistió Miriam.

—Ya tendremos oportunidad de conversar. Es más, no voy a perder el tiempo pensando bobadas. Vincenzo siente algo por mí, eso lo puedo sentir. Además, es tan dulce y complaciente conmigo. Y cuando me mira... si lo vieras, la suavidad y el brillo en sus ojos no pueden decir lo contrario.

—Si tú lo dices, así será.

Iana sonrió.



Iana y Miriam salieron lo suficientemente temprano la mañana del domingo a estudiar en la biblioteca pública de la ciudad, ya que tenían que hacer investigaciones, además de un proyecto de química que debían presentar a primera hora del lunes.

—¿Le comentaste a Massimo que pasaremos el día en la biblioteca? —preguntó Iana a su amiga mientras chequeaba qué libros de la repisa tomaría con ella—. No quisiera que a Vincenzo se le ocurriera venir a buscarme aquí.

—No, como crees, ayer, antes de que llegaras, fue la última vez que hablé con él.

—Mejor —dijo Iana—, aunque me muero de ganas de verlo, es preciso que sienta mi ausencia. ¿No te parece divertido que en todo el día no sepa qué ha sido de mí? —exclamó, volviéndose hacia su amiga, y echó a reír.

—Pero obvio que te va a textear.

—Tengo mi móvil apagado, y te advierto que no vayas a contestar el tuyo si te timbra Massimo. —Iana agarró con ella un tumulto de libros de química y anatomía y, junto con Miriam, que también llevaba consigo otros tantos, se dirigieron hacia una de las mesas de la biblioteca.

—Mantendré el volumen bajo, no te preocupes.

Iana y Miriam se dispusieron a tomar apuntes; realmente, su clase de química demandaba mucho tiempo de ellas. Las horas transcurrieron mientras las dos amigas, entre uno que otro comentario, se mantenían concentradas de lleno en la investigación.

—El tiempo pasó sin darnos cuenta —comentó Iana, chequeando su reloj: marcaba pasado el mediodía. Miriam dejó de teclear en su ordenador y regresó a mirarla.

—¿Te parece si vamos a comer algo? Muero de hambre.

—Sí, dejemos el trabajo hasta donde hemos llegado y luego continuamos.

Ambas amigas se levantaron y salieron de la biblioteca para ir a buscar un lugar donde almorzar. Se decidieron por una cafetería de comida rápida. A las dos se les antojó una hamburguesa doble con papas fritas y Coca-Cola con bastante hielo para beber.

—¿No te ha telefoneado Massimo? —preguntó Iana una vez sentadas a la mesa en la pequeña cafetería.

Mientras tanto, Miriam, tras darle un gran mordisco a su hamburguesa, chequeó su móvil.

—No —respondió aún con la boca llena—, tal parece que ese par continúan dormidos.

Iana frunció los labios.

—No lo creo, Vincenzo siempre se levanta temprano.

—¿Acaso ya amaneciste con él para que lo sepas? —Miriam echó a reír.

—¡Qué graciosa!

—Es broma.

—Lo sé, de otra manera te lanzaba lo que resta de mi soda a la cara. —Iana también echó a reír—. Pero... —comentó, mientras, apurada, le echaba extra salsa de tomate a sus papas fritas y de inmediato se llevó una a la boca—, se me hace raro que, siendo las dos de la tarde, Massimo no te haya telefoneado... Me refiero al supuesto caso de que Vincenzo haya tratado de comunicarse conmigo, de pronto hasta me haya ido a buscar, y viendo que no aparezco por ningún lugar, le pidió a su amigo que se comunique contigo... No lo tomes a mal.

—Yo sé, Iana, no necesitas exponérmelo de esa manera. Te aseguro que, al rato menos pensado, el amor de tu vida dará señales de vida. —Miriam soltó una estruendosa carcajada que a Iana le contagió, por lo que ella, sonrojada, tuvo que controlarse para no hacer escándalo también.

—Terminemos con la hamburguesa de una buena vez para ir a terminar con los apuntes, luego se nos hace tarde para regresar a la universidad. ¡Y para de reírte así que la gente nos mira!

Iana y Miriam terminaron de comer su hamburguesa entre risas controladas y más comentarios acerca de los dos jóvenes estudiantes de arquitectura, hasta que salieron de la cafetería para regresar a la biblioteca.

De pronto, estando sentadas una junto a la otra en la biblioteca, tecleando apresuradas mientras recogían información de las páginas del libro abierto que tenían junto a ellas, el móvil de Miriam

vibró con la luz verde encendida. Inmediatamente, Iana desvió la mirada hacia el celular de su amiga y dijo:

—De seguro es Massimo.

—Es él —respondió Miriam, sujetando el móvil en la mano—. ¿Qué hago? ¿Contesto?

—¿Estás loca? Déjalo que siga insistiendo. De seguro Vincenzo le pidió que te llamara. —Una sonrisa ingeniosa se dibujó en los labios de Iana mientras se mordía un extremo del labio inferior. Al mismo tiempo, el celular dejó de vibrar, pero al instante comenzó a vibrar de nuevo.

Miriam la miró intranquila.

—No vayas a coger la llamada, no sin antes llegar a la universidad —exigió Iana, tomando el móvil de su amiga y guardándolo dentro de su mochila.

—¡Cómo eres, Iana! ¿Y si tengo alguna llamada importante?

—Lo sabrás cuando regresemos. Y ahora, apresúrate, porque van a dar las cinco de la tarde y bien sabes que, hasta ir a la parada del bus y llegar al instituto, nos llevará al menos una hora.



Las dos amigas bajaron del bus y enseguida tomaron el camino que las llevaba a la universidad. Mientras se encaminaban por el largo pasadizo de paredones altos que bordeaban el instituto, Iana sacó el celular del interior de su mochila y se lo entregó a Miriam.

—Tómalo —dijo.

Miriam agarró enseguida el celular y se dispuso a encenderlo.

—¡Hay un sinfín de llamadas perdidas de Massimo! —exclamó, abriendo sus grandes ojos pardos.

Iana rio para sí.

—No le respondas todavía. Por favor, espera a estar en la habitación primero.

—Pobre Vincenzo —comentó Miriam—. Te doy mi cabeza a que está intranquilo sin saber qué es de ti.

—Es parte del plan —insistió Iana.

Continuaron caminando. Cruzaron los portones de acceso a la universidad pasadas las seis de la tarde. Muy pocos estudiantes caminaban por los pasillos, y se dirigieron directamente a su habitación.

Cuando estaban cerca, Iana notó que algo sobresalía al pie de la puerta. Se lo comentó a su amiga, y juntas se apresuraron para ver de qué se trataba.

—Indiscutiblemente, Vincenzo lo dejó para ti —dijo Miriam, mientras Iana se agachaba para recoger una caja de chocolates y una rosa roja en botón que estaba sobre ella.

—Entremos —dijo Iana—. Dio dos vueltas a la llave dentro del cerrojo y entraron—. ¡Noche de chokolatines! —exclamó con una amplia sonrisa. Dejó su mochila sobre el escritorio y fue a sentarse sobre la cama, agarrada de la caja de chocolates y la rosa.

—Ahora mismo voy a telefonar a Massimo. ¿Qué quieres que le diga? Seguro me preguntará dónde estuvimos.

—La verdad... —respondió Iana, mientras se metía un chocolate a la boca. Cogió la rosa en botón, que había dejado sobre el cobertor de su cama, y olió sus pétalos—. Que estuvimos todo el día en la biblioteca.

Miriam asintió con una mueca.

—Pero, obvio que Vincenzo va a telefonearte también. Me imagino que esta vez si vas a contestarle.

Iana tomó otro chocolate de la caja.

—Hoy no. Que siga esperando. Si mañana lo veo, le diré que tengo el celular averiado. —Echó a reír.

—Qué mala eres... —Miriam marcó el número de Massimo y salió al pasillo.

Entretanto, Iana apiñó las almohadas y se acomodó contra el espaldar de su cama. Encendió su celular y enseguida vio todas las llamadas perdidas, además de los mensajes de texto que le había dejado Vincenzo. Repasándolos brevemente y con sonrisa de satisfacción, ni siquiera los abrió y volvió a apagar el celular.

Repentinamente, Miriam entró con prisas en la habitación y, desesperada, comentó:

Massimo acaba de decirme que Vincenzo ha estado preocupado sin saber nada de ti. Sabiendo que ya regresamos, viene ahora mismo hacia acá.

—¿Cómo dices? —Iana se levantó de la cama de un salto. Cerró la caja de chocolates y la colocó sobre el escritorio, con la rosa encima.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Miriam, intranquila al ver a su amiga. Iana se notaba nerviosa.

—Cuando Vincenzo venga aquí, dile, por favor, que tuve que ir a hacer algo... No sé, invéntate cualquier cosa.

—¡¿Pero qué podría decirle?! —apuró Miriam, desesperada.

—Cualquier cosa, dile que... —Iana, ansiosa, se mordió la uña del pulgar. El tiempo corría, y Vincenzo podía aparecer de un momento a otro—. Dile que fui al cuarto de una amiga para que

me devolviera un libro que le presté.

—¿Y mientras tanto, qué vas a hacer? ¿Vas a irte? —preguntó Miriam.

—No, boba. Me esconderé dentro de la ducha.

—Está bien. Ve y escóndete de una buena vez porque Vincenzo no tardará en llegar.

—Actuarás normal, que Vincenzo no vaya a sospechar nada.

Iana corrió al baño, dejó la puerta entreabierta para escuchar de qué hablarían, se quitó los zapatos deportivos y entró en la ducha. Desde ahí escuchó cuando Vincenzo tocó a la puerta. Iana recorrió apenas la cortina y pudo verlo entrar.

Vincenzo, parado junto al escritorio, hablaba con Miriam. Iana claramente podía ver su perfil, así que, con movimientos lentos, deslizó la cortina dejando únicamente una pequeña abertura para mirarlo y escuchar mejor la conversación:

—Iana tuvo que salir un momento —dijo Miriam a Vincenzo.

—¿Regresará enseguida?

—Eso no puedo saberlo, quizá demore.

Miriam, disimuladamente, regresó la mirada hacia la abertura entre la puerta y el interior del baño.

Iana, al instante, le hizo un gesto con los ojos.

—No te pongas nerviosa o me delatarás, boba —murmuró entre dientes.

—¡Qué extraño que no me haya respondido! —Vincenzo, intranquilo, se pasó la palma de la mano por la nuca—. Le he llamado y escrito, pero parece que ni siquiera ha visto los mensajes.

—Es que Iana tiene el celular apagado porque no coge la carga —se apresuró a decir Miriam, lanzando otra rápida mirada hacia el baño.

Iana le desafió con los ojos.

«Deja de mirar hacia acá o Vincenzo va a sospechar», renegó para sí.

—¿Le gustaron los chocolates? —preguntó Vincenzo, volviendo la mirada al escritorio de Iana.

—Por supuesto que sí, pero, como te dije, Iana salió con prisas a recoger el libro que le prestó a una amiga.

—Entiendo... —Vincenzo parecía angustiado—. Por favor, dile que vine a buscarla. Ojalá mañana pueda verla.

—Quédate tranquilo, así mismo se lo diré.

—Hasta mañana. —Vincenzo salió de la habitación.

Tan pronto como Miriam cerró la puerta, Iana salió disparada de la ducha.

—¡Mierda...! —berreó, después de darse el dedo meñique contra el filo de la puerta.

Miriam se volteó enseguida.

—¿Qué te pasó?

—¡Me golpeé el dedo del pie! —renegó Iana, mientras patojeaba hacia su cama. Se dejó caer sobre ella y comenzó a frotarse el dedo—. ¿Cerraste bien? No vaya a ser que Vincenzo regrese y me encuentre aquí. —Rio entre dientes mientras seguía masajeándose el pie.

—Ay, Iana —comentó Miriam acercándose junto a su amiga—, ese hombre está locamente enamorado de ti. Pude ver el brillo de angustia en sus ojos.

Iana esbozó una amplia sonrisa de satisfacción. Era precisamente lo que quería escuchar, y qué mejor que de labios de su amiga.

—¡Te dije que lo volvería loco de amor por mí!

IANA SE LEVANTÓ CON el alba, tomó una ducha rápida y, en menos de veinte minutos, ya estaba lista para asistir a su clase de química, la cual empezaba a las siete de la mañana.

—¡Levántate de una buena vez, o quieres reprobar la materia! —exigió a Miriam.

Ella, cubriéndose con el cobertor hasta la cabeza, exhaló un gemido y se dio la vuelta en la cama.

—¡Son casi las seis y media! —insistió Iana, halándola por los pies—, si no te levantas ahora mismo, iré yo sola a la clase y te quedarás sin exponer el proyecto.

—¿Son las seis y media, dices? —De una patada, Miriam hizo a un lado el cobertor y se levantó de inmediato—. En diez minutos estaré lista. —Y, apresurada, corrió a la ducha.

Iana se sentó frente a su escritorio a esperar a que su amiga terminara de ducharse. Sacó de su mochila el envase con el resto del jugo de manzana que había comprado el día anterior y se lo bebió completo. Finalmente, Miriam salió del baño, se vistió en menos de tres minutos, y juntas se encaminaron hacia el aula donde debían exponer su proyecto de química.

A Iana aún le dolía el dedo meñique del pie, así que tuvieron que ir despacio.

Fueron las primeras en exponer el proyecto, lo cual les llevó aproximadamente veinte minutos. Ambas se habían preparado tan bien que tuvieron un desempeño exitoso, razón más que suficiente para que obtuvieran la calificación más alta entre todos los grupos. Esto hizo que el profesor las exonerara de rendir un examen que probablemente les habría tomado entre dos y tres horas, y que estaba previsto para la siguiente clase.

—Valió la pena que hayamos perdido todo el domingo metidas en la biblioteca —comentó Miriam a Iana mientras se encaminaban por los pasillos hacia otra aula para recibir su clase de anatomía.

—No lo tomes así —dijo Iana, que aún cojeaba ligeramente—. Nuestra carrera de medicina demandará mucho de nosotras, y a mí me encanta estar entre libros.

—Solo fue un decir. —Miriam bajó la mirada al pie de Iana y preguntó—: ¿Aún te duele mucho?

—Un poco al pisar, pero ya irá pasando. Démonos prisa porque ya mismo empieza la clase y no me la quiero perder.

Ambas se rieron mientras avanzaban hacia el aula.



—¿Aprovechamos ahora que tenemos algo de tiempo y vamos a la cafetería? —preguntó Iana una vez que terminó su clase de anatomía.

—Sí, porque muero de hambre. Con tanta prisa ni siquiera tuvimos tiempo de desayunar.

—Si es así, almorcemos de una vez, porque en menos de una hora tenemos laboratorio.

—¡Aaaj! ¡Qué flojera! —De pronto se quejó Miriam—. Toda la tarde con el aburrido profesor Lombardo.

—No seas floja —protestó Iana, colocándose en la fila mientras esperaban para servirse el almuerzo. Su amiga se había mostrado completamente desganada durante toda la mañana—. Para mí que necesitas verte con Massimo. —Iana echó a reír.

Miriam dio un extenuante bostezo.

—Lo que necesito es dormir. Apenas termine el bendito laboratorio, te aseguro que dormiré hasta el otro día.

Iana asintió gesticulando con la boca.

—Cuando el cuerpo pide... no hay de otra. Vayamos a la mesa. ¿Coca-Cola o jugo de granada?

—Coca-Cola, para despertar —respondió Miriam.

Iana colocó en la bandeja la soda para su amiga, y para ella un envase con jugo de granada, y se dirigieron hacia la mesa.

Una vez que Iana y Miriam terminaron de almorzar y juntas se disponían a salir de la cafetería, se encontraron cara a cara con Massimo y Vincenzo, quienes en ese momento entraban.

—¡Iana...! —exclamó Vincenzo—. ¡Hasta que al fin te encuentro! —Enseguida se acercó para darle dos besos, uno en cada mejilla.

Massimo saludó a ambas y luego apuró a Miriam hacia un extremo de la cafetería.

—He tenido clases toda la mañana —respondió Iana, algo intranquila. Nunca imaginó que se encontraría con él así, de repente.

—Anoche fui a buscarte y me recibió Miriam.

—Sí, me lo dijo. De hecho, regresé tarde en la noche.

Vincenzo esbozó una suave sonrisa.

—¿Te gustaron los chocolates?

—Claro que sí, gracias. —Iana regresó sorpresivamente la mirada hacia donde estaba su amiga

—. Y ahora te dejo porque tengo clase de laboratorio. ¡Miriam tenemos que irnos! —levantó la voz llamando su atención, pero en cuanto trató de dar un paso adelante, Vincenzo la sujetó por el brazo y preguntó, haciendo que se detuviera:

—¿Pasa algo contigo, Iana?

La expresión de angustia en su rostro no pasó inadvertida para Iana. Ella, sujetando con una suave sonrisa su mirada, trató con toda su voluntad de no desfallecer ni verse, en un abrir y cerrar de ojos, entre sus brazos. No podía traicionar el plan que tenía entre manos, así que enseguida respondió:

—No, todo está bien. Únicamente tengo prisa, puesto que estamos atrasadas.

Y así, sin más, se fue, dándole alcance a Miriam, que ya la esperaba en el pasillo.

—Camina y no regreses a mirar —comentó con ella, y siguieron por el corredor.

—¿Qué te dijo? Porque Massimo me comentó que Vincenzo ha pasado toda la mañana buscándote.

—¿En serio?

—Así mismo, que Vincenzo está desesperado sin saber de ti, sin saber nada luego de que ustedes se besaron... Él piensa que lo estás evadiendo.

Iana se detuvo repentinamente.

—¿Eso te dijo Massimo?

Miriam asintió con la cabeza.

—Lo que escuchaste. Pienso que deberías hablar con Vincenzo. Ya lo has hecho padecer lo suficiente.

Iana, inquieta, se mordió un extremo de su labio inferior.

—Es verdad. Hoy mismo, luego de la clase de laboratorio, le texteo para vernos.

Mas no hizo falta: tan pronto como Iana terminó su clase de laboratorio y salió, Vincenzo la esperaba apoyado contra el barandal frente al aula.

En cuanto la miró, se acercó a donde ella.

—Iana, ¿podemos conversar?

—Claro —le respondió enseguida.

—Yo voy al cuarto —se adelantó a decir Miriam, mientras Iana y Vincenzo apenas le devolvían la sonrisa.

—¿Quieres que vayamos al muro como la noche anterior? —preguntó Vincenzo.

—¿Por qué no? Será increíble ir nuevamente allí. —Y, en cuanto Iana iba a colocarse la mochila a la espalda, Vincenzo se apresuró a tomarla con él, y juntos se encaminaron al patio trasero de la universidad.

Entretanto, a pesar de pretender disimularlo, Iana empezó a patojear.

—¿Qué le ocurrió a tu pie? —preguntó enseguida Vincenzo.

—No es nada, me di contra la puerta del baño.

—¿Estás segura de que puedes caminar?

—Sí, no te preocupes, solo fue un golpe leve.

Vincenzo la miró más tranquilo y continuaron caminando.

—Te he buscado hasta el cansancio —comentó con ella mientras cruzaban los pasillos traseros.

—Realmente he pasado muy ocupada, no he tenido tiempo ni para mí... —fue lo que a Iana se le ocurrió decir en ese momento, mientras avanzaban en dirección al patio.

Llegaron al muro y, como la vez anterior, ambos rodaron el barril y lo treparon. La noche estaba algo nublada; únicamente sobresalía entre la densa neblina una cuarta parte de la luna. Iana estaba ansiosa por escuchar de sus labios que aquella tarde en el mirador de Florencia no pasó de ser, para él, tan solo un arrebato del momento, pero Vincenzo continuaba sin decir nada al respecto.

—¿Lograste arreglar tu móvil? Miriam me comentó que no cogía la carga.

Iana trató de relacionar el comentario de Vincenzo con lo que ella misma le sugirió a su amiga que dijera.

—Oh, sí, en la mañana ya logró encender.

—Seguramente habrás visto todas las llamadas y los mensajes que te dejé. Me preocupé sin saber nada de ti en todo el día.

—Ayer pasé sumamente ocupada, lo siento.

—Igualmente, Massimo trató de comunicarse con Miriam, pero con ambas fue imposible. —Vincenzo no le apartó ni por un momento sus ojos de encima.

—No tengo la menor idea de qué pasó ayer con el móvil de Miriam. Como te dije, ambas nos encontrábamos sumamente ocupadas trabajando en un proyecto de química que debíamos presentar a primera hora de hoy.

Vincenzo la miró inquieto.

—¿Por qué me has estado huyendo, Iana?

Iana negó con la cabeza; apenas pudo sostener su mirada.

—Yo no te he estado huyendo...

—¿Acaso no significó nada para ti el beso que nos dimos?

Iana, indignada porque fue él quien no dijo nada y luego cada cual cogió para su habitación, le clavó la mirada y espetó:

—¡Fuiste tú quien me dio a entender con tu actitud apática que no representó nada!

—¿Qué estás diciendo? —Vincenzo, mirándola extrañado, enseguida tomó a Iana por ambas manos—. ¿Cómo se te ocurre siquiera pensar que no representó nada para mí...? Fue hermoso.

Iana lo aniquiló con la mirada.

—No es suficiente.

—¿Qué no es suficiente?

—¡Decir que fue hermoso!

—Iana, llevo semanas tratando de que te dieras cuenta de que me encantas. —Iana se quedó en silencio; entretanto, Vincenzo, movido por la agitación que claramente exteriorizó el brillo de sus ojos, preguntó—: ¿Por qué actúas así conmigo?

—Nunca me pediste ser tu novia, solo me besaste y ya.

Las comisuras al contorno de su boca se elevaron, esbozando Vincenzo una sugestiva sonrisa.

—Perdóname por pensar que no hicieron falta palabras... Quizá fue la emoción de tenerte al fin entre mis brazos. Estoy locamente enamorado de ti, Iana —confesó, mirándola con ilusión—. Lo que más deseo en este mundo es que tú y yo estemos juntos, que seas mi novia.

Iana dibujó una agraciada sonrisa y preguntó:

—¿Me lo estás pidiendo formalmente?

Vincenzo asintió con otra sonrisa, soltó sus manos e inclinándose hacia ella, haciendo ademán de venia, preguntó:

—¿Desea ser la novia de este humilde caballero que se siente profundamente enamorado de usted, señorita Iana Márquez?

Iana echó a reír. Vincenzo era realmente muy divertido y, al fin, ella escuchó de sus labios la propuesta que tanto deseaba oír, por lo que respondió feliz:

—Obvio que deseo ser tu novia. Tú también me encantas, Vincenzo.

Los encantadores ojos negros de Vincenzo brillaron en medio de la noche oscura, favorecidos por el reflejo de la luna. La estrechó entre sus brazos y, juntando sus carnosos labios rojos con

los de ella, sellaron su noviazgo en un beso ardiente.

Ambos permanecieron ceñidos por largos minutos en un dulce abrazo, acompañados por el coro que orquestaron los grillos.

Iana se apartó de sus brazos y sonrió.

Él, mirándola con ilusión, le devolvió la sonrisa.

—Vamos a ser muy felices, te lo prometo.

Iana recargó su cabeza sobre su hombro. Su fragancia era fresca y delicada: una mezcla de cítricos y notas de cedro. Juntos, tomados de las manos, permanecieron con la mirada perdida en las luces parpadeantes que, a la distancia, desde lo alto del muro, podían divisar.



HABÍAN PASADO YA ALGUNOS días desde que Iana y Vincenzo formalizaron su relación.

Todas las tardes, sin excepción, él la esperaba arrimado contra las barandas del pasillo frente al aula, para luego ir juntos a cenar. Asimismo, una que otra vez, Iana se encontraba con notitas de amor que él le dejaba bajo la puerta de su habitación, siempre acompañadas de una tableta de chocolate de las que a ella más le gustaban.

En una de esas tardes, mientras él la esperaba hasta que Iana terminara su clase de anatomía, fueron a cenar en la cafetería y luego pasearon por los jardines de la universidad.

Se sentaron sobre una de las bancas al extremo del patio y, abrazados, siendo únicamente él y ella, disfrutaron a solas, lejos de la mirada de curiosos.

—Cada día siento que me enamoro más de ti —dijo Vincenzo, aprisionándola contra su hombro, mientras una llovizna ligera empezaba a caer sobre sus cabezas.

Iana suspiró.

—Yo también siento que cada día te quiero más, cariño.

Vincenzo, dibujando una dulce sonrisa en sus labios, bajó la mirada y encontró la suya.

—Me encanta que me llames así, amor mío.

Iana sostuvo con suavidad su mirada.

—Y a mí que me digas amor mío. —Recostando su cabeza sobre su hombro, se abrazó fuerte a su cintura.

Vincenzo inclinó la suya y, en una suave caricia, besó su coronilla.

Iana suspiró, levantó la mirada y, encontrando la suya, quedó cautiva del fuego de sus ojos. Vincenzo buscó sus sensuales labios rosa, los mismos que, desde el primer día en que la conoció, le arrebataron la calma y el control de sí mismo. Se apoderó de ellos, mientras aquella ligera llovizna que al principio apenas humedecía sus cabezas y abrigos se tornaba en una fuerte lluvia.

—Regresemos —dijo él, tomando su mano. Juntos, corriendo bajo la lluvia, cruzaron el adoquinado mojado de los paseos del jardín hacia la entrada trasera del edificio.

Una vez dentro, Vincenzo la encaminó por un lugar diferente al que llevaba a su habitación.

—¿Adónde vamos? —preguntó Iana. De su cabello y su jersey chorreaba el agua.

—Conozco este lugar. Por aquí llegaremos más rápido a mi habitación. Ahí podemos secarnos.

—Muero de frío —dijo ella.

—Ya estamos cerca. —Vincenzo apretó su mano y aceleró el paso.

—Aún me duele el pie —se quejó Iana, por lo que Vincenzo se detuvo repentinamente.

—Disculpa, amor mío. ¿Deseas que te cargue en brazos?

—No, no —rio Iana—. Puedo hacerlo sola. ¿Falta mucho?

—Está a la vuelta. Vamos —dijo, haciendo que Iana se apoyara en su hombro, no sin antes besar su mejilla—. Faltan ocho metros, a lo mucho.

—No conocía este pasadizo.

—Lo utilizo para momentos de apuro. Como ves, ya estamos aquí.

Tan pronto se encontraron frente a la puerta de su habitación, Vincenzo dio dos vueltas a la llave en el cerrojo, la abrió y encendió la luz.

—Entremos. Mientras tanto buscaré una toalla para secar tu cabello.

—¿Massimo no está? —preguntó Iana.

—No, pidió permiso para ausentarse hasta el lunes —respondió desde el baño, y salió con una toalla en las manos—. Tiene que arreglar algunos papeles, algo de su documentación fue lo que me comentó.

Vincenzo se colocó frente a Iana y, delicadamente, pasó la toalla por su cabello, absorbiendo el exceso de agua.

—Tienes el jersey totalmente mojado. Déjame retirártelo. —Enseguida, sus dedos empezaron a desabotonarlo, lo deslizaron por sus hombros y brazos hasta retirarlo completamente.

Iana, con la mirada fija en él, no pronunció palabra alguna.

Vincenzo pudo notar cómo su ligera camiseta de algodón se ciñó, húmeda, a su cintura y a la curvatura de su pecho.

La miró con ilusión.

Iana era hermosa; él la amaba.

Sus soñadores ojos verdes sostuvieron su mirada en silencio, clamando también de emoción, y juntos, lenta e inocentemente, se ciñeron en un abrazo.

Sus labios se buscaron con ansias para luego unirse en un beso apasionado y sin control.

Una a una fueron cayendo sus ropas humedecidas al piso y, entregados a la pasión que encendía cada fibra de su ser y hacía su piel vibrar, sus cuerpos desnudos, entrelazados, se tumbaron suavemente sobre la cama.

Ciertamente, ambos se habían enamorado con locura, por lo que, yendo en contra de cualquier prejuicio, se entregaron a ese amor legítimo y transparente.

Iana dejó atrás su niñez y floreció como mujer entre sus brazos, desafiando al mismo Donato.

Vincenzo, hechizado por el delicado perfume de su piel, descubrió en ella el amor más puro... Ambos, rendidos a una pasión que los envolvía sin escapatoria.



16

EN CASA DE LA familia Márquez, Ainara, preocupada, se mantuvo dando vueltas de un lado a otro. No había tenido noticias de Iana desde la última vez que hablaron por teléfono. ¿Continuaría su hija con la negativa de no dar importancia a la repercusión que conllevaría si daba pie a que esa relación de amistad se tornara en algo más...?

Motivo más que suficiente para que Donato pusiera el grito en el cielo, pensó Ainara.

Qué falta le hicieron los sabios consejos de Fortunato en ese momento...

Ainara se vio en la necesidad de hacer desistir a su hija de mantener esa amistad.

Iana corría riesgo.

Esa mañana, Francesca, su madre, fue a visitarla. Enseguida, al notar la angustia reflejada en el rostro de su hija, preguntó:

—¿Qué pasa contigo, hija?

Ainara llevó a su madre con ella hacia la cocina, sirvió dos tazas de café y vertió un chorro de licor de amaretto en su taza, no sin antes preguntar a su madre si también lo deseaba. Francesca negó con la cabeza. Entonces Ainara comentó:

—Esta situación de la que ya te había hablado acerca de la relación de Iana con el hijo de Donato me tiene a mal andar, mamá.

Francesca, luego de haber dado un sorbo a su café y tras colocar la taza sobre la mesa, dijo:

—Deja de darle tanta importancia a eso, Ainara. ¿Acaso no recuerdas cómo eras tú? ¿Cómo desafiaste a tu padre?

Ainara respiró profundamente.

—Lo sé, mamá, pero...

—¿Pero qué? —Francesca rio—. Mira que Iana heredó tu mismo carácter: firme y rebelde, igual que tú, hija.

—Me aterra solo pensar que ese desquiciado pudiera hacerle daño.

—Te entiendo, Ainara. Una, como madre, está en la responsabilidad de velar por nuestros hijos y darles nuestro amor incondicional. Pero, ante todo, merecen respeto. Iana ya no es una niña, y ella sabe perfectamente lo que quiere para su vida... Así como tú luchaste en contra de tu padre y del mismo Donato por la tuya y tu felicidad.

Ainara, cerrando sus ojos en medio de un hondo respiro, le dio la razón a su madre.

—Ahora comprendo cómo debiste haberte sentido. Y sí, voy a tranquilizarme. Además, Iana y Vincenzo son solo amigos. Quizás estoy anticipándome a los hechos. Vamos a dar una caminata por el jardín, ¿quieres? Así te muestro los retoños de las azucenas que ya están brotando.



UN BUEN DÍA, MIENTRAS Iana y Vincenzo compartían momentos de descanso tras exhaustivas horas de estudio, cobijados por los decadentes destellos del sol que esa tarde de invierno disfrutaban juntos en los jardines de la universidad, Belinda Fiorucci, la madre de Vincenzo, se dirigió hacia donde ellos estaban. Iana no la conocía en persona; únicamente había escuchado, de labios de Vincenzo, una que otra mención sobre ella, además de algún lejano comentario por parte de su madre.

Vincenzo enseguida se puso en pie.

—Hola, mamá, ¡qué gusto verte por aquí! —la saludó, mientras ambos se ceñían en un cariñoso abrazo, motivo más que suficiente para que Iana notara la abismal diferencia que había entre su padre y ella.

Enseguida, Iana también se puso en pie.

—¿Me presentas a tu linda amiga? —dijo de pronto Belinda, dirigiéndose a Iana con una mirada afectuosa.

Iana sonrió y levantó a ver a su novio.

—Por supuesto, mamá. —Vincenzo esbozó una amplia sonrisa y, rodeando a Iana con su brazo, la presentó—: Esta linda chica, como tú bien dices, no es solo mi amiga, es mi novia, Iana.

Belinda, con un vívido gesto de contento, la estrechó en un cálido abrazo.

—¡Qué gusto al fin conocerte, Iana! Ya mi hijo me había hablado de ti, y déjame decirte que eres tan bella como él te describió.

A Iana le sorprendió, en cierto modo, el agradable comentario de Belinda; Vincenzo nunca le había dicho que su madre ya estaba al tanto de ella. Aquel detalle le dejó un buen sabor.

Qué diferencia con relación a la oscura actitud de su padre, pensó. Por ello, con total confianza, y en vista de que minutos atrás había permitido que la duda la dominara, sintiéndose intimidada sin saber cuál sería la reacción de Belinda, su rostro dibujó una amplia y relajada sonrisa, algo muy típico de ella. Entonces saludó con amabilidad:

—Gracias, el gusto es mío, señora.

—Nada de formalismos, querida —protestó Belinda de inmediato, con un aspaviento de manos—. Llámame por mi nombre, te lo voy a agradecer.

Iana miró a Vincenzo, y luego, más confiada, asintió.

—Está bien, Belinda, me encantó haberla conocido.

Vincenzo rodeó a Iana por la cintura y añadió:

—¿Qué les parece si vamos a la cafetería? ¿Deseas algo de beber, mamá?

—Claro que sí, venga con nosotros, Belinda —insistió Iana—. Le aseguro que los postres que aquí preparan son deliciosos.

—Viniedo la invitación de ustedes, encantada. Vamos entonces y así nos vamos conociendo más, querida.

Enseguida, Iana tomó del brazo de Belinda y, mientras le mostraba la variedad de árboles de vid y cítricos que embellecían los jardines y de los cuales brotaban sus frutos, los tres, entretenidos, se encaminaron en medio de una agradable plática hacia la cafetería.



Con cada día que pasaba, Iana y Vincenzo se comprometían más y reforzaban su relación.

Iana decidió que era el momento oportuno para confiarle a Vincenzo los problemas familiares que habían oscurecido la relación amistosa que, años atrás, mantenían sus familias.

Entre pausas de silencio y abrazos, Iana le reveló la triste y desgarradora realidad que vivió su madre cuando era apenas una joven de dieciocho años. Le habló de las trampas y engaños perpetrados por Darío Carusso, su hijo Donato y su abuelo materno, Gaetano. Los tres conspiraron contra sus padres, dos jóvenes enamorados que solo buscaban estar juntos.

En cuanto a la situación que Donato vivió en los Estados Unidos, Iana evitó tocar el tema; aquella era una verdad que solo su madre debía confiarle.

Por otro lado, luego de escucharla con atención, Vincenzo se sintió aún más arraigado a ella. Del mismo modo, se sinceró, contándole cómo habían sido sus días desde que su padre reapareció en su vida. Fueron momentos para nada motivadores; al contrario, desde el instante en que su padre se presentó —cuando Vincenzo era apenas un adolescente que había vivido su

niñez solo junto a su madre, sin la oportunidad de contar con una figura paterna—, aquel hombre se mostró egocéntrico y autoritario desde el principio.



IANA LLAMÓ A SUS padres por medio de una videollamada para hacerles saber que había empezado una relación amorosa con Vincenzo. Saúl enseguida le dio la enhorabuena, asegurando que la apoyaría incondicionalmente en sus decisiones, tal como le había hecho saber la tarde que estuvieron en Florencia.

No corrió la misma suerte con la reincidente negativa de su madre.

—Hija, está de más decir que ya conoces mi punto de vista. Donato no descansará hasta verte derrotada. Tú no conoces hasta qué punto puede llegar su orgullo y su venganza.

—Entiendo que sientas temor, mamá. No debió ser nada fácil pasar por todo lo que ustedes pasaron a manos de él, pero también necesito que aceptes de una vez que tanto Vincenzo como yo tenemos autonomía propia en cuanto a lo que ese hombre pueda hacer en nuestra contra. Simplemente no se lo permitiremos. ¿Saben? Hace unos días conocí a su madre, Belinda.

—Me parece oportuno —se adelantó a responder Saúl—. Tengo buenos comentarios sobre ella.

Iana miró cómo su padre atrajo a Ainara contra su hombro, tratando seguramente de darle ánimo. Él era excesivamente cariñoso con su madre; lo de ellos era amor verdadero.

—Mamá, quédate tranquila —insistió Iana—. Mira que Belinda se alegró tanto como papá de nuestra relación. No te dejes ganar por el miedo de lo que ese loco pueda hacer.

Un silencio absoluto dominó a Ainara.

—Di algo, mamá.

—¿Qué más podría decirte, hija mía? Eres parte de mi vida. Tan solo deseo tu bienestar y felicidad. Ahora debo dejarte porque dejé horneando el bizcocho en el horno.

—Besos, mamá, te amo.

—No te preocupes, mi hermosa —dijo su padre—. Hablaré con tu madre, y te aseguro que pronto ella también se sentirá feliz por ustedes. Dale tiempo y verás que estará despreocupada por la reacción que Donato Carusso pudiera tener.

—Gracias, papá. Otro beso para ti.

—Te amo, hija mía.



Ainara permaneció un tanto distante de Saúl luego de que terminaran de conversar con su hija. Ella se mantuvo firme en su parecer: simple y sencillamente no era coherente ni oportuno que Iana formalizara una relación amorosa con Vincenzo.

A pesar de que Saúl trató de hacerla comprender que debía dejar esa situación en manos de los dos muchachos —puesto que empezaban una vida de adultos y era su derecho caminar en su propia dirección afrontando las adversidades de la vida; solo así Iana se forjaría como una mujer con madurez emocional, llevando su vida con resiliencia—, Ainara se aferró a su negativa. Trató a toda costa de mantener a su hija al margen de cualquier sufrimiento.

El trauma que años atrás vivió no lo deseaba ni para Iana ni para nadie.

Ese día, como todos los miércoles, Francesca fue a su casa a visitarlos. Saúl acompañó a su suegra al jardín posterior, donde Ainara, abrazada por el silencio de la tarde, tomaba un café sentada junto a la mesita de hierro forjado.

—Ainara, hija, es importante que conversemos —dijo Francesca.

Ainara levantó la mirada hacia su madre. Supo que Saúl, de seguro, ya la habría puesto al tanto de las noticias del día con su hija.

—Mamá... No insistas, por favor. No puedo mostrarme como ustedes y dejar que Iana, así sin más, sea presa de la venganza de ese desquiciado.

—Estás exagerando, hija. —Francesca corrió la silla y se sentó a su lado, mientras que Saúl tomó asiento frente a ambas—. Yo mejor que nadie comprendo la angustia por la que estás pasando, pero, asimismo, debes dejar ir esos miedos. Lo que sucedió en el pasado no tiene por qué afectar la vida de Iana. Permite que ellos sean felices, hija mía. Tienes que dar a tu hija su espacio, respetando su decisión.

—Francesca tiene razón, amor mío —intercedió Saúl—. Nuestra Iana creció. No nos compete decidir sobre lo que ella haga o deje de hacer en cuanto a sus sentimientos. Ahora tan solo nos queda ser espectadores de su vida.

Tras exhalar, Ainara se disculpó con ambos:

—Iré a descansar un momento. Disculpa, mamá, luego estaré con ustedes. Por cierto, los mellizos no tardan en regresar. Romina los llevó a tomar un helado.

Ainara se puso en pie y se encaminó hacia la puerta de entrada, que se encontraba en la parte posterior de su casa.



DESPUÉS DE LARGAS HORAS en las que Ainara reflexionó sobre lo que tanto Saúl como su madre le venían diciendo acerca de dar un paso atrás y dejar que Iana y Vincenzo decidieran sobre sus sentimientos, pero, sobre todo, sobre lo que ellos querían para sus vidas, finalmente concluyó que, definitivamente, eran ellos, Iana y Vincenzo, los únicos protagonistas de su destino, con las alegrías y tropiezos que eso conlleva.

—*Amore mio...* —dijo Ainara cuando fue al despacho de Saúl. Antes de decidirse a hablar con él, miles de ideas cruzaron por su mente con el propósito de lograr un acercamiento entre su hija y ella. Escogió la más adecuada y se la expuso a su esposo—: Antes que nada, me disculpo contigo y conmigo misma por dejar que mis miedos dominen mi razón... Siempre estuviste en lo cierto, cariño. —Saúl, con una suave sonrisa en los labios, la escuchó en silencio. Entretanto, Ainara continuó—: Se me ha ocurrido una idea. Dime qué opinas de esto: ¿qué te parece si los chicos vienen este fin de semana a visitarnos?

Saúl levantó enseguida su ceja derecha. Su gesto de asombro, en el buen sentido, claro, hizo que Ainara reafirmara su decisión de extender también la invitación a Vincenzo. Ante ello, Saúl respondió:

—Es una idea maravillosa, amor mío. No imaginas lo feliz que me hace ver que vuelves a ser tú, sin miedo alguno a la cobardía de ese hombre.

Ainara esbozó una amplia sonrisa.

—Voy en este preciso momento a telefonear a nuestra hija. —Y, entusiasmada, salió del despacho dejando a Saúl terminar con el informe que debía presentar esa misma tarde a la junta directiva del hospital de Valserra.

Ainara esperó hasta pasado el mediodía para llamar a Iana. Sabía que la última clase antes del almuerzo terminaba a las once y cuarenta y cinco.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —respondió Iana al teléfono.

—Bien, hija querida, deseosa de hacerte una propuesta.

—Te escucho, mamá...

—Sabes que este fin de semana es feriado en el pueblo. A tu padre y a mí nos encantaría que vinieran tú y Vincenzo a quedarse en casa. ¿Qué dices?

—¿Mamá, hablas en serio?

—Sí, hija, muy en serio. Estaremos muy contentos y halagados de conocer a tu novio... Especialmente yo.

Se escuchó la risita de entusiasmo de Iana.

—Ay, mamá, no sé qué decirte. Por supuesto que me encantaría ir. Voy a decírselo a Vincenzo. Estoy segura de que a él también le dará mucho gusto viajar a Valserra y conocerlos. Gracias, mamá, lo aprecio de corazón.

—No tienes que darme las gracias, hija mía. Quedo a la espera de tu respuesta, entonces.

—Descuida, tan pronto como hable con él te la haré saber. Pero, desde ya, te aseguro que estaremos allí el sábado por la mañana, felices de compartir con ustedes y con la abuela.

—Hasta el sábado, mi niña.

Iana le contó a Vincenzo que sus padres los habían invitado a pasar el fin de semana en su casa en Valserra y, como era de esperarse, él aceptó la invitación con una sonrisa de oreja a oreja.



IANA Y VINCENZO ORGANIZARON su primer viaje juntos en tren a Valserra.

Luego de algunas horas entretenidas, en las que disfrutaron del hermoso paisaje, y aprovecharon una de las paradas del tren para tomarse selfies y compartirlas en las redes sociales, la joven pareja ya caminaba por las callejuelas del pequeño pueblo norteño.

A pesar de que Vincenzo tenía las mejores referencias de los padres de Iana, porque ella misma no se cansaba de comentárselo, el encantador muchacho se mostró un tanto nervioso. Sin embargo, mientras se dirigían hacia la residencia de sus padres, él no tardó en expresarle su inquietud. Ella, confiada de que ellos, y especialmente su madre, les darían la mejor de las bienvenidas, logró apaciguar su natural intranquilidad.

Cruzaron el jardín frontal y, antes de que Ainara abriera la puerta de su casa para recibirlos, Iana, sujetando a Vincenzo de la mano, le comentó:

—Vas a llevarte la mejor impresión de mis padres, ya lo verás, cariño.

Ni bien terminó de decirlo, las puertas de la casa de la familia Márquez D’Alfonso se abrieron de par en par.

—¡Iana, Vincenzo, bienvenidos! —exclamó Ainara con toda naturalidad. Junto a ella estaban los mellizos, Azzurra y Adriel.

—¡Qué alegría que hayas venido, hermana! —dijo Azzurra, entusiasmada, mientras su pequeño hermano se abalanzaba a la cintura de Iana.

Iana revolió la pequeña y negra cabellera de Adriel, mientras sonreía a Azzurra.

—Mamá... —Iana tomó de la mano de Vincenzo y, aproximándose, lo presentó—: Él es mi novio, Vincenzo.

Entretanto, Vincenzo extendió la mano y saludó:

—Un gusto conocerla, señora. Gracias por recibirme en su casa.

—Dime solo Ainara —respondió enseguida con una sonrisa—. Pero vengan, pasemos a la sala.

—¿Y papá? —preguntó Iana, echando un breve vistazo a su alrededor.

De pronto, Saúl apareció por un extremo de la parte trasera de la casa.

—¡Iana, hija mía! Vincenzo, ¡al fin llegaron! —dijo mientras se acercaba—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Perfecto, papá. —Antes de que Iana pudiera presentarle a su novio, Vincenzo se adelantó a saludar:

—Buenos días, señor Márquez. Me siento sumamente agradecido con usted y con su esposa por su gentil invitación.

—Papá... —de pronto, la suave voz de Adriel interrumpió, mientras halaba a su padre por la camisa—. ¿Iana y su novio se quedarán el fin de semana con nosotros?

—Así es, Adriel —respondió Saúl, bajando la mirada—. Tendremos a tu hermana y a su novio con nosotros durante todo el fin de semana.

—¡Qué bien! —exclamó el pequeño con una sonrisa tan amplia que casi se le salía del rostro y, sin pensarlo dos veces, corrió al lado de Vincenzo para conversar:

—¿Sabías que papá me compró el robot amarillo de los *Transformers*?

—¿De veras? —respondió Vincenzo, esbozando una sonrisa tan amplia como la del pequeño—. ¿Me lo enseñarías luego?

—Claro, me lo regaló porque saqué buenas calificaciones en la escuela. Bumblebee, ¿lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco. Es más, he visto todas las películas de *Transformers*. ¿Así que eres un excelente estudiante? ¡Qué bien, te felicito! —Adriel asintió con una genuina sonrisa—. ¿Y qué te gustaría estudiar cuando seas grande? ¿Lo mismo que tu papá y tu hermana?

La tierna sonrisa de Adriel se desvaneció y, con el entrecejo fruncido, respondió:

—¡Yo no quiero ser doctor!

Vincenzo, al instante, miró a Iana, y ambos no pudieron contener la risa.

—Mi pequeño varón no quiere seguir mis mismos pasos. No sé qué mal ha visto —comentó Saúl, riendo también.

—¿Qué te gustaría ser entonces? —preguntó Vincenzo, poniéndose en cuclillas para quedar a la altura del pequeño.

—Seré un militar de esos que van en helicóptero... y músico también.

Vincenzo se quedó boquiabierto.

—¿Militar y músico? ¡Está bueno!

—Yo sí sé lo que quiero ser de grande —interrumpió Azzurra de pronto.

—¿De veras? —Vincenzo volvió la mirada hacia la niña, que ya lo había rodeado junto a Adriel.

—Sí, estudiaré Bellas Artes, seré una gran pintora y tendré mi galería de arte como mamá.

—Guau... admiro tu decisión.

Ainara, con una amplia sonrisa, interrumpió la conversación:

—¿Les gustaría acompañarme al cuarto de huéspedes? Así te enseño dónde dormirás y puedes dejar tu equipaje —dijo a Vincenzo.

Vincenzo, al momento, se incorporó.

—Por supuesto, gracias, Ainara. —Enseguida, se colocó la mochila al hombro.

—Vamos, cariño. —Iana lo tomó de la mano y se apresuraron a subir los escalones—. Si deseas, puedes tomar una ducha antes de bajar a almorzar. Francamente, yo necesito una. Mi habitación es aquella... —dijo, extendiendo la mano para mostrársela—, la que está al final del pasillo.

Mientras tanto, Ainara abrió la puerta del cuarto de huéspedes y comentó con él:

—Espero que te sientas cómodo aquí, Vincenzo. Siéntete como en tu casa.

Vincenzo esbozó una grata sonrisa.

—Gracias, Ainara, está perfecta. Es usted muy amable.

—No tienes que darme las gracias. Es un gusto tenerte en mi casa. Y ahora les dejo porque tengo que terminar de preparar el almuerzo. Iana, hija —dijo, volviéndose hacia ella—, enseguida que estén listos, bajen al comedor.

—Sí, mamá. —Iana se colocó frente a frente con Vincenzo y, mientras le acomodaba el cabello, colocándolo con una suave caricia por detrás de su oreja, preguntó—: ¿Te gusta, cariño?

—Sí, está muy bonita y espaciosa. —Vincenzo sonrió, enrollando sus brazos alrededor de su cintura—. ¿Vendrás a visitarme?

Iana lo miró con picardía.

—Únicamente para darte el beso de las buenas noches. Ponte cómodo, cariño. Enseguida estaré contigo. Voy a tomar una ducha ahora. —Le dio un beso en los labios y salió del cuarto para ir a su habitación.

La habitación de Iana estaba a escasos pasos de la de Vincenzo: frente a la de su hermana, Azzurra, y al extremo del pasillo, la del pequeño Adriel.



Ainara y Saúl se llevaron la mejor de las impresiones de Vincenzo. Sobre todo, Ainara sintió total confianza en él. Vincenzo era un joven educado, carismático, muy bien portado; la cara opuesta a la de su padre. Realmente, Belinda había hecho un buen trabajo con su hijo.

Esa tarde, luego del almuerzo, Iana y Vincenzo salieron a pasear por el pueblo. Vincenzo tenía vagos recuerdos de Valserra; alguna que otra vez había estado allí cuando, por pedido de sus abuelos paternos, su madre lo llevaba para que los visitara siendo él apenas un niño.

Al principio, Iana lo llevó a conocer el colegio donde ella estudió. Después pasearon por las pintorescas callejuelas, deteniéndose a su paso para fotografiar el atractivo pueblecillo, que, en sus fríos días de invierno, resaltaba aún más su encanto.

—Conozco un lugar, cariño, donde hornean las mejores rosquillas de chocolate —dijo Iana, sujetando la mano de Vincenzo para llevarlo a la concurrida cafetería donde, por referencia de su padre, horneaban las mejores rosquillas de chocolate. Un dato que, años atrás, el padre Fortunato le había compartido a Saúl, y quien siempre recordaba.

Sentados a una mesa con vistas a las transitadas callejuelas que rodeaban el alegre parque de Valserra, Iana y Vincenzo degustaron las deliciosas rosquillas acompañadas de una taza de chocolate caliente, ideal para los fríos días que aquejaban al pueblo.

—¡Mmmm! Realmente son exquisitas —comentó Vincenzo después de comerse no dos, sino cuatro rosquillas, remojándolas antes en su chocolate caliente.

Iana rio al verlo. Vincenzo francamente parecía un niño pequeño.

—¿Nunca te trajeron Belinda o tus abuelos aquí?

Vincenzo negó con la cabeza mientras se metía otra rosquilla a la boca.

—Nunca, pero gracias a ti acabo de conocer este lugar maravilloso. —Vincenzo echó a reír—. ¡Qué familia encantadora tienes, amor mío! —continuó después de darle el último mordisco a la rosquilla que quedaba en la canastilla—. Ainara es adorable, igualmente tu abuela, Y no hablemos de los mellizos... Disfruté tanto de la vivacidad de Azzurra. Con certeza heredó los rasgos de tu madre. Es preciosa. En cuanto a Adriel... —Vincenzo, sonriendo, movió la cabeza de lado a lado—. ¡Qué hermoso niño! Créeme que me robó el corazón. Es tan amistoso y extrovertido, adoro su carácter.

Iana esbozó una suave sonrisa. Qué emoción sintió al escuchar los buenos comentarios que su familia dejó en él.

—Eso que aún no lo has escuchado tocar el piano —comentó enseguida.

Vincenzo abrió los ojos con asombro.

—Guau. Ahora entiendo cuando me dijo que quiere ser militar... y músico también. — Vincenzo echó a reír.

—Mi hermanito es tan ocurrido... —dijo Iana entre risas—. Pero nunca se sabe. Quizás en el futuro, realmente le atraiga ser militar... y músico, por supuesto. —Ambos se carcajearon.

—Y ahora, hablando de tu padre... —continuó Vincenzo con gesto de admiración y respeto—. ¡Qué extraordinaria impresión me llevé de él, cariño! Saúl es todo un caballero. Créeme que, desde el momento en que lo tuve frente a frente, provocó en mí algo muy especial... Quizá calma, seguridad, no sé, pero me sentí identificado con él.

Iana lo escuchó referirse a su amado padre, invadida asimismo por la emoción. Vincenzo nunca tuvo una figura paterna en su vida, pensó, y tal vez por eso se sintió identificado con él.

—Agradezco tus lindos comentarios hacia mi familia. No sabes lo feliz que me haces —dijo, tomando a Vincenzo por ambas manos—. Y ahora, ¿qué te parece si continúo mostrándote más de Valserra? ¿Quieres?

Vincenzo asintió con una larga sonrisa.

—Por supuesto. Salgamos de una buena vez de este lugar antes de que el lobo que hay en mí termine con todas las rosquillas...

—Qué payaso eres...

Mientras Iana y Vincenzo paseaban por las callejuelas que circunvalaban el pintoresco parque, donde las decoraciones navideñas ya se hacían presentes y el olor a castañas recién horneadas invadía el ambiente con su deleitante aroma, Iana divisó a la distancia la esbelta silueta de Nicoletta, la madre de Donato, venir en su dirección.

—Tu abuela... —comentó disimuladamente a Vincenzo mientras ella se aproximaba. Él enseguida fijó su mirada en ella.

—¡Vincenzo, mi nieto querido! —exclamó Nicoletta una vez frente a ellos. Claramente, Iana pudo notar su asombro—. De haber sabido que estabas en el pueblo, te organizaba una bienvenida... ¡Cuánto tiempo sin verte, muchacho!

—Gracias, abuela, pero fue un viaje repentino. —Vincenzo esbozó una sonrisa algo forzada. Las manos largas y huesudas de Nicoletta, colmadas de anillos con piedras preciosas, aún descansaban sobre sus hombros. Vincenzo se apartó discretamente de ella y, girándose hacia Iana, que estaba junto a él, la abrazó por la cintura y dijo—: Te presento a mi novia, Iana... Aunque pienso que ustedes ya se conocen.

Una vívida expresión de desconcierto hizo que el entrecejo de Nicoletta se contrajera y que las líneas alrededor de sus ojos se marcaran con profundidad, a pesar de las tantas cirugías que

francamente evidenciaba su rostro.

—¿Que estás saliendo con esta joven, dices?

—Así es, abuela. —Vincenzo se aproximó aún más a Iana y besó su frente.

—Un gusto volver a verla, señora Nicoletta. —Iana saludó de inmediato. A simple vista, la joven pudo notar que Nicoletta Carusso no estaba para nada conforme al saber que su nieto mantenía una relación amorosa con la hija de sus enemigos.

Tras darle una sonrisa aparente, Nicoletta desvió su fría mirada sin responder al saludo de Iana y se dirigió hacia Vincenzo diciendo:

—Permanecerás durante el fin de semana en Valserra, supongo.

—Así es, abuela.

—¿Dónde te quedarás?

—Estaré en casa de los padres de Iana.

Nicoletta, enseguida, gesticuló con sorpresa. Claramente, Iana pudo notar cómo se le contrajo el cuello y el mentón.

—Ven esta noche a casa —dijo—, a tu abuelo le dará gusto verte.

—Trataré de hacerlo, pero no te aseguro nada. De todas formas, dale mis saludos al abuelo.

Nicoletta esbozó una sonrisa fingida.

—Se los daré. Será muy agradable para nosotros recibirte en casa, han pasado tantos años...

—Lo sé, abuela, y ahora, con tu permiso, debemos irnos —apuró Vincenzo, interrumpiéndola—. Que tengas una buena tarde.

Mientras tanto, Nicoletta, con gesto extrañado además de apurado, se despidió de ambos y continuó su camino en dirección a la parroquia, seguramente a darse golpes de pecho por sus malas acciones.

—Presiento que a tu abuela no le agradó mucho, que digamos, que la dejaras con la palabra en la boca, cariño —comentó Iana mientras se adentraban en el parque.

—Créeme que ni con ella, ni menos aún con mi abuelo, hemos tenido una relación llevadera. Todo su aparente interés en que vaya por su casa no fue más que eso, una salida del momento. Además... —añadió, atrayendo a Iana contra su hombro—, ella se comportó muy descortés contigo, amor mío, y nadie trata así a mi bella novia.

Iana asintió con una sonrisa y, juntos, continuaron su paseo visitando los alrededores del centro del pueblo.



Al día siguiente, durante el desayuno, Iana comentó con sus padres acerca del incómodo encuentro que ella y Vincenzo tuvieron la tarde anterior en el parque con la madre de Donato Carusso.

Ainara y Saúl no hicieron mayor comentario, puesto que se trataba de los abuelos de Vincenzo. De todas formas, él les dejó saber que jamás mantuvo una buena relación con ellos, motivo más que suficiente para no haber ido la noche anterior a visitarlos a su casa.

Antes de que los muchachos tomaran el tren de regreso a Florencia, Ainara los llevó a visitar su galería de arte. Desde que Ainara y Saúl se mudaron a Valserra, ella ubicó su galería en el lugar más concurrido del pueblo. Siempre tuvo gran acogida: los lugareños, así como gente de poblados cercanos e incluso de ciudades más grandes, acudían a visitarla.

Vincenzo quedó maravillado con el arte de Ainara. Él tenía una gran afición por las bellas artes, razón suficiente para apreciar sobremanera sus cuadros y esculturas.

Finalmente, luego de almorzar en familia en uno de los tantos restaurantes que ofrecían una excelente gastronomía local e internacional, Iana y Vincenzo retornaron a Florencia en horas de la tarde para, al día siguiente, retomar su vida universitaria.



LOS DÍAS CONTINUARON DE forma normal dentro de la universidad. Con cada día que transcurría, Iana y Vincenzo reforzaron su relación; definitivamente, él era un joven extraordinario. Su madre hizo un excelente trabajo formándolo como una persona de bien, con marcados valores tanto morales como de superación personal, que marcaron la diferencia. De esa manera, quienes tuvieron la dicha de conocerlo —como fue el caso de Ainara y Saúl— no tardaron en reconocerlo. Y no se diga Iana, quien cada vez se sentía más atraída y enamorada del apuesto estudiante de veintiún años, quien cursaba su último año de arquitectura.

Asimismo, Vincenzo estuvo más que agradecido por conocer a los padres de Iana. Sobre todo, se llevó la mejor de las impresiones de Saúl.

«Qué ejemplo de hombre», pensó él, «y cuánta fortaleza para afrontar las eventualidades que la vida le tenía preparada».

De igual manera, sintió un gran respeto y admiración hacia Ainara. Definitivamente, la vida no fue para nada fácil con ellos; no obstante, ahí estaban: juntos, amándose con igual o más intensidad que antes. Aquello fue un vívido ejemplo de vida para Vincenzo.



Desde hacía algunos días, Iana había notado algo diferente en su amiga Miriam. Ella se estaba comportando de manera inusual: se la veía más entusiasmada. No es que Miriam fuese introvertida o, en cierto modo, apática; por el contrario, Miriam era una muchachita jovial, pero al mismo tiempo discreta.

A Iana le inquietaba que Miriam no se quedara dormida hasta altas horas de la noche. En algunas ocasiones, ya la había pillado mensajándose a escondidas con alguien...

¿Estaría acaso sospechando que había algo más detrás de su exagerado entusiasmo...?

No lo sabría mientras no hiciera algo al respecto. Así que, esa misma noche, y sin que Miriam pudiera siquiera imaginarlo, Iana se abalanzó sobre ella y, entre risas, le arrebató el celular.

—¿Qué crees que estás haciendo?! ¡No tienes derecho a leer mis mensajes! —gritó Miriam, pero ya era demasiado tarde: Iana se había apoderado de su teléfono móvil.

—¿Qué no? —replicó, mientras sus ojos se deslizaban brevemente por cada renglón. Hasta que, sorprendida, cuestionó en voz alta—: ¿Me has estado ocultando todo este tiempo que tú y Massimo son pareja? ¿Cómo...? —reclamó con el ceño fruncido.

Miriam, con gesto enojado, chasqueó la lengua y respondió, no sin antes tomar de vuelta su celular:

—Iba a decírtelo hoy mismo, pero claro, vienes e irrumpes en mi privacidad de semejante manera...

Iana se la quedó mirando y estalló en risas.

—¿Massimo y tú son pareja entonces?

—Pues sí... —Miriam también rio—, desde esta misma tarde.

—¿Qué alegría, amiga! —exclamó, lanzándose a abrazarla—. Es la mejor noticia. A partir de ahora estaremos los cuatro juntos para todo. ¿Sabes? Vincenzo se expresa tan bien de Massimo. Es su mejor amigo... Así como tú y yo, de la misma manera como si fuéramos dos hermanas.

Las comisuras de los labios de Miriam se elevaron, esbozando una agraciada sonrisa. Un brillo rebotó de sus ojos pardos y, emocionada, se apresuró a decir:

—¿Massimo ha despertado algo tan fuerte en mí, estoy enamorada! Discúlpame por no contártelo enseguida. No quería apresurarme sin antes estar segura de mis sentimientos, así como también de los suyos hacia mí.

—Te comprendo, pero de hoy en adelante no guardes secretos para mí. Soy tu mejor amiga y deseo que seas tan feliz, así, de la misma manera como lo soy con Vincenzo. ¡Qué emocionante!, ¿no te parece? Tú novia de Massimo, y yo de su mejor amigo.

Iana y Miriam continuaron charlando por largas horas acerca de sus amoríos con los dos jóvenes estudiantes de arquitectura. Ciertamente, hubo una fuerte química entre ellos desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Desde entonces, Iana quedó prendada de Vincenzo Fiorucci. Es así como ella lo conoció, llevando el apellido de su madre y no el de su padre, por lo que muy poco o nada le importó que tuviese un parentesco de sangre con aquel hombre despreciable.



EN AQUELLA FRÍA, PERO soleada, mañana de invierno, Ainara llenaba los espacios vacíos que días atrás decoraban las paredes de su galería de arte con hermosos óleos de paisajes naturales que había terminado de pintar. Sus cuadros habían sido vendidos y tenía que reemplazarlos, cuando, de pronto, aquella voz enérgica la sacó de su apacible tranquilidad y, sin respeto alguno, espetó contra ella:

—¡Jamás aceptaré, entiéndeme bien, Ainara D’Alfonso, que mi hijo cometa la estupidez de enredarse con tu hija!

Ainara se volteó de inmediato. Donato Carusso, desafiante, continuaba vociferando desde el umbral de la puerta de entrada de su galería. La cerró de un fuerte portazo y, con sus ojos llenos de ira clavados en los de Ainara, se encaminó hacia donde ella.

Pero antes de que él pudiera acercarse, Ainara, dando un fuerte grito, hizo que se detuviera:

—¡Basta, Donato, ni un paso más! ¡Y menos aún te permito que vengas a mi galería a gritar!

Donato, deteniéndose en seco, la acechó con la mirada y, desafiante, cuestionó:

—¿Desde cuándo ese par están juntos?

—Desde hace algún tiempo.

—¡¿Lo sabías y no fuiste capaz de decírmelo?!

Ainara rio burlonamente, negando con la cabeza.

—¿Y qué te hace pensar que debería mantenerte al tanto de los pasos que da mi hija? Respeta tú al tuyo y no te involucres en sus decisiones, Donato.

Por un momento, Donato trató de dar un paso adelante, pero Ainara lo impidió:

—Te mantienes donde estás si no quieres que llame a la policía en este momento.

—¡Hazlo, tú a mí no me intimidas! —Ainara prefirió no responder y, en cambio, lo dejó hablar —. Únicamente vengo a advertirte que le exijas a tu hija que se aleje de Vincenzo. Caso

contrario, tomaré medidas...

—¿Qué pretendes hacer? ¿Acaso destruirás ahora la vida de tu hijo valiéndote de mil engaños como lo hiciste con la mía? No, Donato Carusso... Hagas lo que hagas, no lograrás acabar con la felicidad de ambos porque su amor es firme y verdadero, como fue y continúa siendo mi gran amor hacia Saúl. Admítelo... —lo desafió, mirándolo enérgicamente—, te guste o no, el destino los unió para castigar tu orgullo.

—¡Jamás! —espetó Donato con el ceño fruncido—. Antes enviaré a mi hijo lejos de tu gente, pero no sin antes acabar con la reputación de tu hija.

—Déjalos en paz, y te advierto que te mantengas lejos de mi hija si no quieres verte involucrado en problemas... ¡Hablo en serio, Donato!

Donato echó a reír. Su sonrisa reveló desprecio.

—No estamos en Nueva York...

—Sal de mi galería. Y no vuelvas más, ni por aquí ni por mi casa.

Donato se humedeció el labio inferior, esbozando una risita sarcástica.

—Estás advertida, Ainara D'Alfonso... Tú y tu adorable y encantadora Iana.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —Ainara fue hacia donde él y, a empujones, lo obligó a abandonar la galería.

De inmediato, Donato se embarcó en el auto que estaba estacionado junto a la acera y se marchó. Ainara dio tres vueltas a la llave en la cerradura de la puerta, deslizó hacia abajo las cortinas que cubrían los ventanales y se encaminó hacia el interior de la galería.

«Telefonaré en este preciso momento a Saúl», fue lo primero que se le vino a la mente.

Luego de confiarle a su esposo la imprevista y desagradable visita de Donato esa tarde en la galería, así como sus amenazas contra Iana, decidieron no esperar un día más para denunciarlo. Fueron hasta la estación de policía y dejaron sentada una prohibición de acercamiento contra Donato Carusso para resguardar la seguridad de la familia Márquez D'Alfonso.



IANA, JUNTO CON MIRIAM, se disponían a ir a la cafetería luego de recibir la última clase de la jornada de la mañana, cuando, apenas habían entrado al salón, se les acercó la secretaria del decano de la facultad de medicina. Las dos amigas se encogieron de hombros y enseguida prestaron atención a lo que la señora Aurora Conti tenía para decirles:

—Señorita Márquez, el señor Giuseppe Parisi solicita su presencia en su oficina.

—¿En este preciso momento? —preguntó Iana.

—Sí, acompáñeme, por favor. Tiene una visita.

Iana frunció el entrecejo. Tenía entendido que nadie iría a visitarla esa semana, así que preguntó:

—¿Sabe acaso de quién se trata?

La señora Conti asintió con la cabeza.

—Venga conmigo, el señor Donato Carusso pidió hablar con usted en privado —contestó mientras Iana y ella avanzaban entre las mesas de la cafetería.

Iana, inquieta, volteó a mirar a su amiga. Miriam, sorprendida, se quedó de pie junto a las mesas. «Seguramente Miriam escuchó con claridad que Donato se encontraba en la oficina del decano», pensó Iana y, sin comprender el motivo de su sorpresiva visita, avanzó en silencio junto a la señora Conti hacia la oficina de Giuseppe Parisi.

Tan pronto como puso un pie en el despacho, Iana miró que Donato se encontraba sentado en una de las dos butacas al pie del ventanal alargado, desde donde se podían apreciar los jardines internos de la universidad. Este, al verla entrar, continuó sentado en el mismo lugar, mirándola con su típica forma arrogante y despótica de ser.

—Buenas tardes, señor Parisi —saludó Iana.

Enseguida el decano respondió a su saludo:

—Buenas tardes, señorita Márquez. Pedí que la trajeran hasta mi oficina porque el señor Carusso necesita tener una urgente conversación con usted.

Iana desvió por un momento la mirada hacia Donato; lo miró con seriedad y frialdad.

« ¿No se suponía que el decano debía resguardar su seguridad evitando acercamientos con él? »», renegó para sí misma al instante.

Entretanto, Donato se puso en pie y dijo:

—Así es, mi estimada Iana D'Alfonso...

—Iana Márquez D'Alfonso —corrigió ella.

Donato asintió, esbozando una sonrisa mordaz.

—Señorita Márquez D'Alfonso... Como le acaba de informar mi amigo, el señor Parisi, él me concedió esta entrevista con usted. Pero descuide, le aseguro que seré breve.

—Yo los dejo solos para que puedan conversar con total tranquilidad —comentó el decano, saliendo de su despacho.

Iana y Donato quedaron uno frente al otro en esa fría oficina.

—No tengo nada de qué conversar con usted, señor Carusso —discutió Iana tan pronto como el decano cerró la puerta tras de sí.

Donato caminó hacia el escritorio de su amigo. Mientras tanto, Iana, de pie junto al mueble alargado, no le quitaba los ojos de encima; su áspero semblante era tan oscuro como una tenebrosa noche de invierno.

—Por supuesto que tenemos mucho de qué conversar, Iana —dijo Donato—, de no ser así, no me hubiese tomado la molestia de venir a buscarte hasta aquí. Te exijo que dejes de frecuentar a mi hijo. Ustedes... Más bien dicho, tú no tienes nada bueno para ofrecerle, más que un tramado y oscuro pasado en el que los protagonistas fueron tus padres. Ellos terminaron con mi buena reputación.

—¡Cállese! No le permito que se exprese mal de mis padres —replicó Iana al instante, elevando su apacible voz—. Conozco de sobra la historia. Usted es un ser despreciable y no va a venir a intimidarme con sus sucios chantajes. Vincenzo y yo nos amamos... Y ni usted ni nadie podrá separarnos.

Donato se aproximó hacia ella y, por un momento, trató de tomarla del brazo. Sin embargo, Iana, con total autoridad, espetó:

—¡No vuelvas a ponerme una mano encima, Donato Carusso! Eres un maniático. ¿Acaso se te olvidó cómo y por cuánto tiempo me acosaste, y las medidas que mis padres tuvieron que tomar

para que dejaras de hacerlo? Pues ahora te exijo que nos dejes a Vincenzo y a mí en paz. De lo contrario, tu hijo sabrá la calaña de padre que tiene.

—Veo que se te acabó el formalismo conmigo... —replicó Donato, mirándola impasible—. Tú, jovencita, mantén tu boca cerrada. Eres igual de altanera que tu madre, y a mí...

En ese preciso momento, se abrió la puerta de la oficina. Donato calló lo que iba a decir mientras sus ojos, inquietos, se desviaron hacia el umbral, donde apareció Vincenzo.

—¿A qué se debe esta visita, papá? ¿Acaso te tomaste la molestia de venir hasta aquí únicamente para entrevistarte con Iana? —cuestionó, y enseguida se colocó junto a ella. Tomándola de la mano, se inclinó hacia su oído y, en voz baja, le dijo—: En cuanto te llamaron a la oficina del decano, Miriam corrió a decírmelo, amor mío.

Entretanto, Donato, exaltado, respondió:

—No deberías estar aquí, Vincenzo, menos aún abogando por esta señorita. Todo cuanto hago es por tu bien... ¡Es una cuestión de familias!

Vincenzo sonrió burlonamente y negó con la cabeza.

—Esta señorita, como tú la llamas, es mi novia, papá. Me doy cuenta de que continúas con tu estúpida discrepancia entre familias... Eres tan absurdo.

Iana prefirió mantenerse en silencio. Mientras tanto, padre e hijo ahondaron en una acalorada discusión:

—¡No voy a permitir que me hables en esos términos, Vincenzo! ¿Qué forma de dirigirte a tu padre es esa? Tal parece que tu madre no te enseñó respeto alguno...

—No involucres a mamá en esto, papá... ¡Tú menos que nadie!

Donato abrió la boca para refutar, pero Vincenzo, colocándose frente a él, no le permitió decir una sola palabra más en contra de su madre.

Al ver que la conversación se desviaba y se tornaba en una discusión entre padre e hijo, Iana, pasando su mano por el brazo de Vincenzo, le susurró en voz baja:

—Salgamos de aquí, cariño, es lo mejor.

Vincenzo negó con la cabeza, pero ella insistió:

—Hazme caso, por favor. Luego podrías verte perjudicado.

A lo que Donato, enfurecido, espetó:

—¡Vete de una buena vez con esta jovencita que te tiene tan ciego! Yo sabré cómo hacer para que desistas de este capricho pasajero que no te deja mirar más allá... Hay otras prioridades por las cuales luchar y que merecen la pena.

—¡Deja de amenazarme! —replicó Vincenzo.

—Vamos, cariño, no discutas con tu padre —insistió Iana y, tomando su mano, lo apresuró para salir del despacho del decano.

—¡Te enviaré a estudiar lejos de Italia! —advirtió Donato, levantando el tono de su voz.



IANA Y VINCENZO, TOMADOS de la mano, se apresuraron sin mirar atrás hacia el jardín que ocupaba uno de los extremos traseros de la universidad. Aún taladraba, insistente, en el interior de sus oídos aquella drástica amenaza que Donato había lanzado contra su hijo.

Pero Vincenzo era mayor de edad, pensó Iana; su padre no podía obligarlo a hacer nada en contra de su voluntad. A pesar de ello, tenía la convicción de que Donato sería capaz de cualquier artimaña con tal de separarlos.

Tan pronto como llegaron al discreto jardín, ambos, uno al lado del otro, se sentaron sobre la banqueta de piedra. En silencio, mientras recargaba su cabeza en su hombro y soltaba un largo y profundo suspiro, Iana comentó:

—Es mejor si olvidamos este mal momento, cariño.

Vincenzo negó con la cabeza, molesto, y su mirada se perdió en el horizonte.

—Mi padre no tenía por qué enfrentarte —respondió, regresando a mirarla y clavando un aire de indignación en el verde encantador de sus ojos—. Me disculpo por él contigo, amor mío. Jamás hubiera imaginado que tuviera la osadía de hacer algo tan infame y vergonzoso a mis espaldas.

Iana no tardó en abrazarse fuerte a su cintura.

—Insisto en que lo dejemos así, no merece la pena.

—Tienes razón... —respondió, tras exhalar un fuerte suspiro—. Como bien dices, no vale la pena dejarnos amedrentar por la histeria de mi padre. ¿Qué te parece si mejor vamos a comer algo?

Iana accedió encantada. Vincenzo la tomó de la mano y, juntos, cambiando el tema de la conversación, se encaminaron hacia la entrada de la cafetería de la universidad. Tan pronto como

entraron, vieron que Miriam y Massimo estaban sentados a una mesa almorzando, por lo que enseguida fueron con sus dos amigos.

—Justamente hablábamos de ustedes —comentó Miriam en cuanto Iana y Vincenzo se sentaron a la mesa con ellos—. ¿Al fin qué sucedió entre tu padre y ustedes en la oficina del decano, Vincenzo?

—Es una larga historia —respondió—. Prefiero no ahondar en ello. Pero te agradezco, Miriam. De no ser por ti al anticiparme que mi padre estaba allí con Iana, no sé en qué hubiera terminado ese encuentro inoportuno.

Miriam asintió con la cabeza.

—Iré a servirme algo para almorzar —interrumpió Iana, levantándose—. ¿Deseas que te traiga algo, cariño?

—No es necesario, voy contigo. —Vincenzo se levantó también, y fueron hasta el bufé. Regresaron con dos bandejas, cada una con una generosa porción de espagueti carbonara, mousse de chocolate, soda y fruta.

Entre charlas y risas desviaron el desagradable tema de lo que sucedió horas atrás. En su lugar, se centraron en lo que harían durante los próximos días de receso por las fiestas navideñas que se avecinaban.



Una vez caída la noche, luego del último horario de clases, Iana y Miriam tuvieron la oportunidad de conversar acerca de lo ocurrido con el padre de Vincenzo. Miriam era su amiga incondicional, razón más que suficiente para que Iana no se guardara nada y le contara al detalle todo lo que ocurrió esa mañana en la oficina del decano de la facultad de medicina, Giuseppe Parisi.

—¿Qué más podrían hacer? —comentó Miriam, encogiéndose de hombros—. Más que dejar a ese hombre intolerable decir todo cuanto le venga en gana... Al final, Iana, tú y Vincenzo son dos adultos que se preparaban académicamente para ser responsables por ustedes mismos.

¡Qué Donato Carusso vocifere todo cuánto quiera! Pero ahí radicaba el problema: Iana sentía un miedo atroz de que Donato cumpliera con esa amenaza que no dejaba de atormentarla.

Esa misma noche, después de que Miriam se quedara dormida, Iana telefoneó a su madre. Necesitaba algo de consuelo de su parte.

—Hola, mamá, sé que es algo tarde, pero no se me ocurrió otra cosa más que llamarte.

La voz de Ainara sonó preocupada.

—Iana, hija querida, ¿sucedió algo?

—Sí, mamá —respondió entre sollozos—. Ese hombre estuvo hoy aquí. Vino expresamente para amenazarme... ¡Me siento tan indefensa!

—Cálmate, hija, ahora más que nunca es cuando debes mostrar fortaleza. Hoy mismo hablaré con tu padre y, entre los dos, le daremos cuanto antes una solución a esto. Hija... —dijo Ainara de pronto—, proponle a Vincenzo que vengan este fin de semana a casa. Así pasamos juntos, ¿qué me dices?

—Sí, mamá, me encantaría ir. De seguro a Vincenzo también le vendrá de maravilla pasar un tiempo de esparcimiento en casa.

—Entonces no se diga más. Los esperamos el sábado.

—Ahí estaremos pasado mañana, mamá. Ahora descansa. —Iana colgó la llamada. Sabía que a Vincenzo le agradaría pasar ese fin de semana en casa de sus padres.



TAN PRONTO COMO EL amanecer dio la bienvenida a un nuevo día, Iana y Vincenzo tomaron el primer tren de la mañana y, dejando atrás los contratiempos que días atrás quebrantaron sus ánimos, viajaron a Valserra.

Como era de esperarse, Ainara y Saúl les dieron la mejor de las bienvenidas, al igual que Azzurra y Adriel, quienes se sentían felices de estar en compañía de su hermana. Ni qué decir del entusiasmo de Vincenzo, quien con su carácter divertido alegraba a los pequeños mellizos.

Concluido el desayuno, y luego de que los niños salieron al jardín para jugar, Iana comentó con sus padres acerca de la arbitraria y desagradable visita de Donato en la oficina del decano. Tanto Ainara como Saúl aconsejaron a los dos jóvenes enamorados guardar la calma y, en lo posible, mantenerse alejados de él. De todas maneras, Ainara y Saúl buscarían la manera de conversar con Donato y terminar de una buena vez con aquella incómoda y, hasta cierto punto, ilógica situación que, por riñas del pasado, el padre de Vincenzo mantenía con la familia Márquez D'Alfonso.

Indiscutiblemente, tanto la familia Carusso como su hijo no olvidaron los acontecimientos que llevaron a Donato a su propia desgracia. Por su cruel mano había cometido incontables y deshumanizadas bajezas, y tal parecía que la venganza por su exclusiva causa quedó grabada en su mente... y en la de sus padres.

Por ciertos rumores que Alfonsina dio a conocer a la familia, Vincenzo supo que su padre también se encontraba ese día en el pueblo. Por ello, comentó con Iana y sus padres que esa misma tarde, después de la hora del almuerzo, iría a casa de sus abuelos.

¿Qué podían decir Ainara, Saúl e incluso la misma Iana? Más que dejar que Vincenzo hiciera su voluntad.

Si él sentía la necesidad de ir y conversar con su padre, entonces debería hacerlo, pensó con lógica Iana.



—Hola, abuela —saludó Vincenzo a Nicoletta en cuanto tocó a la puerta y esta se abrió por sí sola. Su abuela se encontraba acomodando unas rosas en uno de los floreros del recibidor, por lo que, tan pronto como lo escuchó, se giró hacia su nieto y exclamó:

—¡Vincenzo, qué sorpresa tenerte hoy aquí! ¿Cuándo llegaste, querido?

—No hace mucho. Supe que mi padre se encuentra en el pueblo. ¿Está él en casa?

—Efectivamente, tu padre salió un momento con tu abuelo a dar un paseo por las tierras aledañas al río. Pero ven conmigo —dijo, tomando a su nieto por el brazo—. Vamos al comedor y, mientras te sirvo algo de comer, me cuentas cómo van las cosas en la universidad.

—No te preocupes, abuela, ya he almorzado.

—Acéptame al menos una rebanada del bizcochuelo de naranja relleno con chocolate amargo, como tanto te gustaba de niño... ¡No me digas que ya no disfrutas de los postres!

La tentación sucumbió a sus sentidos; realmente, Vincenzo tenía presentes los fabulosos postres que preparaba su abuela. Sin mostrar resistencia, respondió:

—Abuela, me fascinan... ¡Cómo negarme!

Nicoletta encaminó a Vincenzo hacia el comedor y pidió a la ayudante de la cocina que le sirviera una buena porción del bizcochuelo mientras él esperaba a su padre. No habían pasado ni veinte minutos cuando se escuchó a Donato y Darío entrar en la casa.

—¡Mira, ahí llegaron! —exclamó Nicoletta.

Vincenzo, un tanto preocupado por cuál sería la reacción de su padre después de la acalorada discusión que habían tenido en la oficina del decano, dejó el platillo de lado; no pudo continuar degustando el apetecible bizcochuelo que tanto le gustaba.

De pronto, su padre y su abuelo entraron en la cocina.

—Vincenzo... —exclamó Donato, sorprendido al ver a su hijo—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Vincenzo enseguida se puso en pie y saludó tanto a su padre como a su abuelo.

—Vine con Iana a pasar el fin de semana en el pueblo.

—Claro, me lo imaginaba... —comentó Donato con cierto aire despectivo—. Y entonces, supongo que esta visita, un tanto inusual, por supuesto, es para saber de tus abuelos...

—Donato, hijo querido, no perturbes al muchacho —intervino enseguida Nicoletta—. Mira que vino expresamente por ti.

—Mira eso... —alegó Donato, esbozando una sarcástica expresión de asombro en su rostro. Levantó las manos y, entre pausadas palmas, burló—: ¿Quién lo diría? Te tomaste la molestia de venir hasta aquí expresamente buscándome.

—¡Basta, papá, ya es suficiente de ironías! Supe por Alfonsina que estabas en el pueblo, de modo que lo vi conveniente y vine a casa de los abuelos porque tenemos una conversación pendiente. Francamente, no fue apropiado que tú y yo continuáramos discutiendo frente a Iana en la oficina del decano.

—¡Enfrente de ella y de toda su detestable familia diré lo que pienso las veces que se me vengan en gana! —replicó Donato, con un aspaviento de manos.

—¡Respeto que es mi novia, papá!

—¿Tu novia...? —Donato echó a reír con socarronería—. ¡Vergüenza debería darte! Bien sabes de la clase de padres de los que viene.

Vincenzo, indignado, se humedeció los labios y negó con la cabeza.

—No, papá, vergüenza deberías tener tú por hacer lo que hiciste años atrás con ellos.

Nicoletta, dejando ver su indignación, abrió sus profundos ojos azules, curtidos por los años, como si fueran dos farolas. Mientras tanto, Donato sonrió con ironía.

—Me doy cuenta de que esa jovencita te tiene muy bien informado... y domado. ¡Eres un Carusso, carajo!

—Entre nosotros no hay secretos ni misterios, papá.

—¿Te ha contado acaso de lo que se valió su madre para atrapar al clérigo?

—No me incumbe. ¡Deja el pasado atrás y supéralo de una buena vez, papá!

—¡Ya basta, no le faltes más al respeto a tu padre, Vincenzo! —intervino su abuelo.

—Disculpa, abuelo, no fue mi intención faltarle al respeto en tu casa, pero mi padre empezó con esto. Es él quien debería dar el ejemplo mostrando respeto por los demás.

Donato estuvo a punto de irsele encima a su hijo, pero enseguida intercedió Nicoletta:

—¡No más, ya fue suficiente! Tu padre tiene razón al referirse así de toda esa familia, querido. Lastimosamente, te enamoraste de la muchacha equivocada.

—¿Abuela, tú también?

—Donato, hijo —se apresuró a decir Darío, el abuelo de Vincenzo, acercándose a él—, ¿por qué no le comentas de una vez a tu hijo aquello tan conveniente de lo que me hablaste hace unos días?

—¡Para qué voy a perder mi tiempo ofreciéndole buenas noticias a este insensato malagradecido! —replicó Donato.

—Díselo, cariño, que de seguro algo bueno tendrás para decirle. Yo también deseo saber de qué se trata ese algo tan importante —insistió Nicoletta, tomando a su hijo por el rostro.

En un principio, Donato rezongó, pero luego, ya más sereno, se dirigió a su hijo:

—Mira, Vincenzo, desde hace un tiempo he venido conversando con viejas amistades, y en una de esas tantas conversaciones salió a la luz un tema que sé que te vendrá de maravilla... Yo puedo hacer realidad tu gran sueño.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vincenzo, mientras que los profundos ojos azules de Nicoletta sobresalieron con gesto de asombro por encima de sus huesudos pómulos.

—Un antiguo colega mío se mudó hace algunos años a Alemania, y resulta que ahora es el presidente de la junta directiva de una prestigiosa universidad privada en Berlín: el *Weserbrook College*. ¿Supongo que habrás escuchado hablar de ella? Le mencioné sobre ti, sobre tu deseo de hacer la maestría en el exterior, y él me ofreció tomarlo en consideración... Claro está, esta gran oportunidad depende únicamente de ti.

—¡Vincenzo, mi nieto querido, qué excelente noticia! —exclamó, haciendo palmas, Nicoletta.

—Así es —continuó Donato—. Estamos hablando de la universidad de mayor renombre en toda Alemania. Digno lugar para que un hijo mío culmine sus estudios allí... ¿Qué dices a esto, Vincenzo?

—Papá..., yo... ¿En verdad hablas en serio?

Donato echó a reír.

—Mi intención era decírtelo lo más pronto, antes de que terminaras el semestre... Pero claro —dijo, dándole una palmadita en el hombro—, no en estas circunstancias.

—Yo...

—Tómate tu tiempo y piénsalo. No necesitas darme una respuesta ahora mismo. Giacomo estará al pendiente. Además, no necesitarás dar ningún examen de ingreso. Por el hecho de ser viejos amigos y colegas, pasará ese tedioso trámite por alto. Aparte, él está al corriente de que eres un excelente estudiante... Digno hijo mío, por supuesto.

Ante tal noticia, Vincenzo dio un largo y profundo respiro.

—Por supuesto que lo tendré presente, papá. —Vincenzo se mantuvo en silencio mientras procesaba la oferta. Tenía pensado aplicar al Instituto Técnico de Milán, pero Alemania era otro nivel. Sin embargo, le apenaba dejar a Iana sola durante esos años en Italia—. Bueno, pienso que es hora de regresar a casa de los padres de Iana. Gracias, abuela, el bizcocho estaba delicioso.

—Regresa cuando lo desees, querido —contestó su abuela.
—Hasta pronto, abuelo. Te tendré informado. Adiós, papá.
—Una última cosa —dijo Donato—. Esta clase de oportunidades no se les presenta a todo el mundo... Tenlo presente.



En cuanto Vincenzo se dirigía a casa de los padres de Iana, consideró una y otra vez la posibilidad de hacer sus estudios superiores en Alemania. Su sueño de estudiar en ese país se lo estaba presentando su padre en bandeja de oro. Por un momento, cuando le expuso la noticia, pensó que jugaba con él, pero luego tuvo la convicción de que hablaba muy en serio. Su padre era un hombre bien relacionado; inequívocamente, todo cuanto le dijo era verdad.

Vincenzo no podía creer que su más codiciado anhelo se dibujaba prometedor ante sus ojos. Sin embargo, se encontró en medio de una encrucijada: por un lado, estaba a tan solo un paso de hacer realidad su sueño, estudiando precisamente allí, donde siempre había deseado; y, por otro lado, pesaba su floreciente relación con Iana.

Él la amaba, sí que la amaba como nunca había amado a ninguna mujer. Esa fue la razón por la cual se abstuvo de dar apresuradamente el “sí” a la propuesta de su padre y acceder a ir a Berlín inmediatamente después de terminar el ciclo universitario.

Vincenzo aligeró el paso en dirección a la casa de su novia y, mientras doblaba la esquina, pudo ver a la distancia el paredón cubierto por madreselvas que circunvalaban la propiedad. Decidió que, por el momento, no le diría nada a Iana.



—VINCENZO, HIJO, YA ESTÁS de regreso. ¿Cómo te fue en casa de tus abuelos? —preguntó Saúl en cuanto lo vio entrar.

—Buenas noches, doctor Márquez, todo estuvo bien —respondió, mostrándose un tanto discreto.

—¿Lograste hablar con tu padre?

—Así es, doctor Márquez. Él llegó a tiempo para conversar y no hacerme demasiado tarde para volver aquí. —Vincenzo dio un largo respiro.

—Me alegra, muchacho, que hayan podido hablar —comentó Saúl, justo cuando Iana apareció por el pasillo.

—Cariño, ¡qué alegría que ya estés de vuelta en casa! ¿Pudiste ver a tu padre? ¿No hubo contratiempos con él?

Vincenzo esbozó una suave sonrisa, mientras que Iana, tomándolo de la mano, se acomodó junto a él sobre el sofá alargado que se encontraba frente a la chimenea, en la cual ardían, aminorando el frío intenso del invierno, unos cuantos leños troceados.

—No, todo está bien, amor mío. La mayor parte del tiempo pasé con mi abuela, porque papá y mi abuelo no se encontraban en casa en ese momento.

—¿No lo viste entonces? —se apresuró a preguntar Iana.

—No, claro que lo vi. Luego llegaron y pudimos conversar.

—Entiendo... —dijo ella.

—Yo los dejo para que puedan conversar a solas. Por favor, hija —dijo Saúl, poniéndose en pie—, avísame cuando sea la hora de cenar. Estaré en mi despacho.

—Por supuesto, papá. Ve, y si mamá pregunta por ti, le diré que te encuentras allí.

Saúl asintió con la cabeza y se dirigió hacia su despacho. Seguramente tenía asuntos pendientes por resolver.

Entretanto, Iana, con gesto intrigado, preguntó a su novio:

—¿Estás seguro de que todo está bien contigo? Te noto un tanto...

—¿Callado? —se adelantó a responder Vincenzo.

—Pues sí, me quitaste la palabra de la boca, cariño. ¿Qué sucedió?

—Lo mismo de siempre. —Vincenzo se pasó la palma de la mano por la nuca—. Papá no termina de olvidar el pasado ni de aceptar que estemos juntos. Pero no te preocupes, amor mío... —dijo, tomando a Iana con ambas manos por el rostro—, porque tarde o temprano lo aceptará... O, en el peor de los casos, desistirá de oponerse.

Iana sonrió, dejando escapar un leve suspiro, hasta que de pronto Ainara apareció por el pasillo y, pasando las manos sobre el delantal de cocina que llevaba puesto, les pidió que pasaran a la mesa, no sin antes preguntar a Iana por su padre. Ella le comentó que se encontraba en su despacho, pero que enseguida iría a decírselo. Entonces Ainara comentó con Vincenzo:

—Me alegra que ya estés en casa, Vincenzo. ¿Cómo te fue con tu padre?

Antes de responder, Vincenzo sintió un deseo enorme de confiarle lo que ocurrió aquella tarde en casa de sus abuelos, pero se contuvo; pensó que lo mejor sería callar por el momento.

—Igual que siempre, señora...

Ainara gesticuló con la boca.

—Era de esperarse. Y, bueno, cambiando de tema, insisto en que dejes de decirme señora. Llámame por mi nombre, muchacho. —Ainara rio y, tomando a Vincenzo por el brazo, lo fue encaminando hacia el comedor.

Iana también echó a reír al ver cómo su madre hizo sonrojar a su novio. Se apresuró entonces a ir al despacho de su padre para decirle que la cena estaba servida.



IANA Y VINCENZO TOMARON el tren del mediodía para regresar a Florencia. Iana presentía que algo tuvo que haberle dicho su padre; de otra manera, él no habría cambiado de actitud tan sorpresivamente. Esa postura introvertida, sumada a que se mantuvo pensativo durante la mayor parte del viaje, le inquietó. No era propio de él.

—Insisto en que continúas algo distante, cariño —comentó Iana.

Pronto llegarían a Florencia, pero Vincenzo tan solo se limitó a hablar de asuntos universitarios.

—Son solo ideas tuyas, estoy bien —contestó, girándose hacia ella y tomándola de la mano.

—Haré caso de lo que dices. Y ahora, cambiando a otra cosa, ¿vendrás a Valserra en el feriado navideño? Me encantaría que pasáramos juntos.

—Aún no tengo decidido qué haré, amor mío.

—Pero pasarás en casa de tu mamá la Nochebuena, me imagino.

—Claro que sí, ¿con quién más pasaría? ¿Y tú?, ¿viajarás al pueblo en cuanto empiecen las vacaciones?

—Así es, pasaré todo el feriado en casa de mis padres. Por esa razón insisto en que me gustaría que vengas también.

Fue un verdadero misterio para Iana cuáles eran los planes que Vincenzo tenía en mente. Quizá permanecería lo que restaba del feriado con su madre en Florencia, pensó ella. Él no definía qué mismo haría. Vincenzo regresó a mirar en silencio por la ventanilla del tren mientras cruzaban los vastos campos, que ya comenzaban a tornarse blancos por las nevadas que empezaron a caer. Definitivamente, Vincenzo continuaba extraño. Iana insistió para sí que, desde el momento en que estuvo en casa de sus abuelos, él había regresado siendo otro. Lo conocía perfectamente; intuyó que algo sumamente significativo perturbaba su mente.

Tras un largo y profundo suspiro, con la mirada perdida en aquellos vastos campos, Iana prefirió no ahondar más en cuál era el motivo por el que Vincenzo se mantenía totalmente fuera de lugar. Con seguridad, pronto lo sabría por ella misma, pensó.

Una vez que llegaron a Florencia, se dirigieron de inmediato a la universidad. Vincenzo acompañó a Iana hasta su habitación.

—Hasta mañana, amor mío, estoy realmente muy cansado por el viaje. Te quiero. —Vincenzo le dio un beso en los labios, se dio media vuelta y se encaminó por el pasillo.

Iana entró en la habitación; Miriam tecleaba sentada en su escritorio.

Enseguida, al verla, levantó la mirada del ordenador.

—Hola, Iana, ¿cómo estuvieron estos días en el pueblo?

—Bien. —Iana fue hasta su cama y dejó ahí la mochila.

—¿Solo bien? ¿Pasó algo? Porque te noto un tanto extraña.

—Sí —respondió mientras se acomodaba contra el espaldar de su cama—, todo estuvo perfecto hasta que Vincenzo fue a casa de sus abuelos. En cuanto regresó, ya no era el mismo.

—¿Lo dices en serio?

Iana asintió con la cabeza, dando un largo suspiro.

—Yo sé que algo tuvo que haberle dicho su padre. De otra manera, Vincenzo no estaría actuando así.

—¿Donato estaba ahí también?

—Así es.

—¿Pero a qué te refieres cuando dices que Vincenzo no estaría actuando así...? ¿Así cómo?

—A que, desde que regresó de casa de sus abuelos, se ha mantenido pensativo, distante, fuera de sí, Miriam. He tratado de todas las formas que me diga qué es lo que le sucede, pero insiste en que todo está bien. Puede ser también que la tesis y todo lo que acarrea su pronta graduación lo tengan así... No sé. —Iana, desconsolada, se pasó la palma de su mano por la frente.

—Puede ser eso también. Recuerda que está a meses de graduarse. Te aseguro que, si algo pasó en casa de sus abuelos, no tardará en decírselo a Massimo... si es que no se lo dijo ya. Apenas tenga cómo, le pregunto. No te preocupes.

Iana asintió con una sonrisa.

Durante los días siguientes, las cosas se presentaron con normalidad entre Iana y Vincenzo. Él, en todo momento, fue cariñoso y atento con ella, pero continuaba pensativo, hasta en cierto modo estresado.

Iana desvió en parte su inquietud. Con seguridad, Vincenzo actuaba de esa manera inusual porque estaba pronto a graduarse; así se lo expresó también Miriam. Su tesis de grado absorbía casi todo su tiempo... por no decir todo su tiempo. Además, era comprensible darse cuenta del estrés que estaría pasando, sin saber qué haría luego. Su situación económica no era de las más favorables que digamos y, a pesar de haber sido merecedor de una beca académica durante los cuatro años de sus estudios universitarios —eso se lo dio a conocer a Iana en una de las veces que conversaron—, solventar los estudios superiores, y más aún en su carrera, representaba un costo sumamente alto.

Aquello llevó a Iana a entender, en gran parte, el porqué de su infrecuente y hasta en cierto modo aislado comportamiento.



LLEGÓ EL CORTO RECESO en la universidad, que ameritaba unas relajadas vacaciones por las fiestas navideñas y de Año Nuevo.

Iana y Miriam tenían previsto viajar enseguida a Valserra; no así Vincenzo, quien tan solo las acompañó hasta la estación para que tomaran su tren.

—¿Estás seguro, cariño, de no poder ir en los próximos días al pueblo? —preguntó Iana, despidiéndose de él antes de subir al tren.

—No lo creo, amor mío, tengo cosas pendientes por resolver. De todas formas, nos mantendremos hablando por videollamada. Dales mis saludos a tus padres, un fuerte abrazo para Azzurra y otro para Adriel.

—Está bien. —Iana lo miró con suavidad—. Te voy a extrañar muchísimo.

Ambos se estrecharon en un cálido abrazo. Vincenzo rodeó el rostro de Iana entre sus manos y, tras darle un beso en los labios, dijo:

—Llárame tan pronto como lleguen a Valserra. Que tengan un buen viaje. *Ciao*, Miriam.

—*Ciao*, Vincenzo. Que tengas una linda Navidad —respondió ella.

Ambas subieron al tren, y este, al momento, empezó a rodar.



Durante los días siguientes, las cosas se dieron con normalidad en el pueblo. La celebración navideña fue alegre y divertida, como venía siéndolo todos los años; mas Iana extrañaba la compañía de Vincenzo. Asimismo, le hizo saber, en una de las tantas videollamadas que mantenían, que sus padres le habían invitado a pasar en casa con ellos y celebrar juntos la fiesta de Año Nuevo, pero él se negó.

Fue tal el resentimiento de Iana que decidió adelantar su viaje a Florencia, y lo hizo enseguida de la celebración del Nuevo Año. Tenía que ir a buscarlo a casa de Belinda y hablar con él personalmente, porque su comportamiento indiferente la estaba volviendo loca.

Tomó el tren a primera hora de la mañana y viajó de regreso a Florencia.

Ni siquiera telefoneó a Vincenzo para hacerle saber que iría a buscarlo.

Estando frente a la casa de su madre, tocó a la puerta.

El mismo Vincenzo fue quien salió a recibirla.

—¡Iana, amor mío! —exclamó. Se mostró claramente sorprendido y la abrazó—. ¿Cómo no me dijiste que vendrías? Así habría ido a recibirte a la estación.

—Quise darte una sorpresa. Belinda, ¿está en casa? —preguntó, echando un vistazo hacia el interior. Iana no había estado ahí antes; fue su madre quien le dio la dirección, por lo que, tan pronto como bajó del tren, tomó un taxi y se dirigió hasta allí.

—Claro que está en casa. Ven conmigo, amor, entremos. —Vincenzo enseguida tomó a Iana de la mano y la condujo al interior de la casa—. A mamá le dará mucho gusto saber que estás aquí. ¡Mamá, tenemos visita! —llamó en voz alta y regresó a mirar a Iana con una amplia sonrisa.

Enseguida, Belinda apareció por el corredor.

—¡Iana, qué gusto verte! ¿Cuándo llegaste a Florencia, querida?

—Acabo de llegar. Tomé un taxi y vine hasta aquí. —Iana regresó discretamente la mirada hacia Vincenzo.

—Para mí también fue una sorpresa verla hoy aquí, mamá. Deja que te ayude con eso, amor mío. —Vincenzo ayudó a Iana a quitarse la mochila de la espalda.

—Debes estar cansada —comentó Belinda—. Vamos al comedor, y te invito algo de comer.

—Un refresco estaría bien, Belinda. Gracias.

—Como lo prefieras, querida. Pasemos al comedor entonces.

Mientras tanto, Vincenzo sujetó enseguida a Iana de la mano, y juntos se encaminaron hacia el comedor.

—Y cuéntame —preguntó Belinda mientras servía jugo de uva en el vaso—, ¿cómo están tus padres y tus pequeños hermanos?

—Todos en casa están muy bien, gracias. Mis padres le mandan saludos.

—A ver cuando voy por allá a visitarlos. Y bueno... —Belinda tomó su cartera, que estaba colgada en el respaldo de la silla—, yo les dejo porque tengo que salir un momento. Tengo cita con el odontólogo. Hijo, hay comida en el refrigerador para que almuercen. Quizá tarde un poco.

Vincenzo asintió con una sonrisa.

—Ve tranquila, mamá.

—Que le vaya bien, Belinda —dijo Iana.

—Y entonces —preguntó Vincenzo una vez que su madre salió—, ¿no me vas a decir a qué se debe esta repentina visita?

Iana lo miró fijamente, clavando un aire de indignación en sus ojos.

—¿Acaso no te agrada que haya venido?

Vincenzo enseguida frunció el entrecejo y la tomó de las manos.

—¿Cómo puedes decir eso! Me encanta que estés aquí conmigo. ¿Cómo supiste dónde vive mi madre?

—Mamá me dio la dirección... Pensé que irías al menos uno o dos días por el pueblo.

Vincenzo exhaló.

—Amor mío, quise estar estos días con mi madre, ya que casi no la veo. Además, tú bien sabes que son fiestas familiares. No quise molestar...

—¿Molestar, dices? —replicó Iana, soltándose de sus manos—. Eso no deberías ni decirlo. Papá y mamá hablaron expresamente contigo, invitándote a que fueras a casa y pasaras el Año Nuevo con nosotros.

—¿Continúas molesta?

—¡Por supuesto que estoy molesta contigo, Vincenzo! Tú persistes con esa actitud esquiva.

—Esquiva ¿Cómo? Son imaginaciones tuyas.

Iana negó con la cabeza, mirando desesperada a Vincenzo.

—¡Que no son imaginaciones mías, joder! Tú no eras así. Dime, ¿qué te ocurre? ¿Qué te dijo tu padre para que estés así conmigo?

—Mi padre no me ha dicho nada. Deja de imaginar cosas, por favor.

—Entonces tendré que aceptar que ya no quieres estar conmigo...

En ese momento, Vincenzo la envolvió entre sus brazos.

—¡No vuelvas a decir eso! Te amo, Iana. Tengo muchas cosas dando vueltas en mi cabeza ahora... eso es todo.

Iana dio un profundo suspiro con su rostro recostado sobre su pecho.

—Está bien, lo tomaré en consideración. Pero no dudes ni por un momento en confiarme cualquier cosa que ocurra contigo... ¡Me preocupa verte así, cariño! Tú sabes cuánto te amo.

Vincenzo la apretó fuerte contra su pecho mientras sus manos acariciaban su cabello. Buscó sus labios y, en un suave suspiro, los besó despacio, intensificando luego el beso.

Iana tuvo la corazonada de que él pasaba por algún tipo de estrés emocional.



Los fríos días de enero en la universidad se presentaron con demasía de trabajo tanto para Iana como para Vincenzo. En pocos meses, él terminaría su carrera, razón por la cual el tiempo de pasar en pareja se vio restringido.

A Iana le preocupaba que Vincenzo aún continuara con esa actitud incierta y reservada.

A pesar del tiempo considerable que había transcurrido desde la última vez que conversó con su padre en casa de sus abuelos, además de que ella insistía en tratar de saber qué ocurría con él, su proceder era el mismo: Vincenzo mantenía ese inquietante comportamiento, como si algo martillara dentro de su cabeza.

Iana no lograba entender qué era eso que cruzaba por la mente de su novio.

Había pasado demasiado tiempo. No era normal que Vincenzo continuara ocultándole algo que ella presentía había hecho agitar su interior.

Algo tenía que estar sucediendo...

¿Acaso su padre estaba realmente detrás de todo aquello? Fue la incógnita que, una y otra vez, taladró dentro de su cabeza, angustiándola.

Iana no quiso esperar ni un solo día más y, decidida, confiando en que Vincenzo al fin terminaría diciéndole la verdad, fue hasta su habitación.

Estando allí, en medio de él y de su amigo, Massimo, le exigió sinceridad por respeto al gran amor que sentían el uno por el otro.

Massimo enseguida salió de la habitación para que pudieran conversar a discreción.

Iana agradeció su prudencia.

—No voy a esperar un solo minuto más, Vincenzo. Tampoco quiero escuchar la misma letanía que me has venido dando. Ahora mismo me dices qué es lo que sucede contigo.

—Iana, amor mío, por favor, tranquilízate. —Vincenzo, mostrándose sereno, encaminó a Iana hasta su cama e hizo que se sentara junto a él.

Pero Iana, negando desesperadamente con la cabeza, espetó:

—¿Cómo pretendes que me calme, eh? Llevas meses con una actitud para nada agradable... ¡Me preocupas, entiende!

—Nada distinto a lo que ya conoces sobre mí sucede, amor mío. —Por un momento, Vincenzo trató de tomarla de las manos, pero Iana, negando con insistencia, se levantó repentinamente y respondió:

—Pensé que conocía todo sobre ti, que entre nosotros no había secretos, pero tú me ocultas algo, Vincenzo. Aunque trates de negarlo ¡yo sé que es así!

—¡No, no, no es así! —Vincenzo negó y también se levantó—. Comprende que en pocos meses me graduaré... Es demasiada la responsabilidad que tengo por delante.

Iana lo miró desconfiada. Entretanto, Vincenzo, tomándola por los hombros, continuó:

—Entiendo que es difícil para ti mantenerte ajena a esto, pero es algo que no depende de mí en estos momentos. Discúlpame, por favor.

—Dime, ¿qué está pasando, Vincenzo? —exigió Iana, incrustando un aire de sospecha en sus ojos negros. No tomó en consideración lo que él acababa de decirle. Ella sabía, ella sentía que no estaba siendo sincero.

—Te lo acabo de decir... —Vincenzo, mirándola un tanto esquivo, le apartó las manos de los hombros y, dándose media vuelta, caminó hacia el extremo opuesto de la habitación.

Mientras tanto, Iana lo siguió con la mirada e, incapaz de continuar ocultando lo que ya presentía, cuestionó:

—Fue algo que aquella tarde te dijo tu padre, ¿cierto?

Vincenzo no respondió a su pregunta. Aquel abrumador silencio, manteniéndose de espaldas a ella, la desmoronó aún más.

—No deseo presionarte, cariño, pero entiéndeme. El cambio de actitud que has mantenido durante todo este tiempo me tiene desesperada sin entender qué te ocurre. No actúes así conmigo, por favor... ¡Me angustias!

Vincenzo se giró hacia ella.

—Te amo, Iana —sostuvo, mirándola tiernamente a los ojos y, acercándose nuevamente, esbozó una suave sonrisa—. Solo te pido que confíes en mí, por favor, y que cualquier decisión que tome pueda contar con tu comprensión.

Iana, al momento, frunció el ceño.

—¿Qué pretendes decirme?

Vincenzo aprisionó a Iana con fuerza entre sus brazos.

—No me hagas caso. Te amo, te lo repito y lo seguiré repitiendo siempre. Te prometo que a partir de hoy daré todo, absolutamente todo, de mi parte para que dejes de angustiarte.

—Confío en que así lo hagas, cariño.

Iana no quedó del todo satisfecha. Algo en el proceder de Vincenzo le daba qué pensar. Se aferró al calor de su pecho y confió en que, tarde o temprano, se revelaría.



UN MANTO ACOGEDOR Y apacible de días soleados y tibios dio la bienvenida a la primavera en el pequeño pueblo de Valserra. Ainara, en aquella reluciente mañana, paseaba por su jardín, donde los rayos de ese sol maravilloso danzaban traviesos al colarse entre las florecillas que empezaban a brotar. De pronto, escuchó el motor de un auto detenerse frente a su casa y alzó la mirada.

Sorprendida, pero a la vez con inmensa satisfacción, puesto que hacía tiempo que no se veían, vio a Belinda bajar del auto y acercarse hasta su portal.

Enseguida, Ainara fue hacia la entrada principal para darle la mejor de las bienvenidas.

—¡Qué gusto tenerte hoy en casa, amiga querida! —exclamó, dándole un abrazo.

—Gracias por recibirme, Ainara, y disculpa que llegue así, sin antes avisarte, pero lo vi necesario —respondió Belinda.

Ainara miró a Belinda con inquietud y, antes de preguntarle el motivo de su repentina visita, la invitó a entrar en la casa. La encaminó hacia el pequeño comedor, que se encontraba junto a la cocina y, mientras servía en dos tazas un poco del café que había preparado minutos antes, escuchó con atención:

—Pensé que era prudente venir a alertarte sobre los planes que tiene Donato —dijo Belinda tras dar un largo sorbo a su café.

Ainara, con gesto extrañado, enseguida preguntó:

—¿Los planes de Donato? ¿A qué te refieres?

—Él encontró la solución perfecta para separar a los muchachos —respondió Belinda, apartando su café a medio terminar—. Enviaré a Vincenzo, ni bien se gradúe, a estudiar en Berlín.

—¿A Berlín?

—Así es, Ainara. Por esa razón, tan pronto como lo supe, vine a decírtelo para que tú misma busques la manera de comentárselo a Iana. Lamentablemente, mi hijo aún no se lo ha dicho.

—¿Por qué será? No entiendo por qué no le ha confiado algo tan importante.

—Créeme que ni yo misma lo entiendo... —Belinda dio un largo y profundo respiro—. Pero conozco a Vincenzo. Él es muy reservado. Además, me confesó que no encuentra la manera de decírselo.

Ainara negó con la cabeza.

—Es extraño... Pero bueno, así son los jóvenes. Pobre mi hija. Sé que se le romperá el corazón al saber que Vincenzo se irá a estudiar tan lejos.

—No veo problema alguno en que mi hijo vaya y haga sus dos o tres años de masterado en Alemania. Lo maquiavélico aquí es la astuta y mala intención de Donato detrás de todo ello.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ainara, sin lograr comprender.

—Tengo mis contactos, y haciendo averiguaciones, me enteré de que Donato tiene ya todo, absolutamente todo, perfectamente arreglado para que Vincenzo, tan pronto como culmine el máster, se vea obligado a permanecer en Alemania.

—¿Cómo es eso?

—Ainara, Donato se valió de uno de sus amigos para que este le facilitara los estudios superiores a Vincenzo en el *Weserbrook College* de Berlín, donde, según me dijeron, es presidente de la junta directiva. Pero, a cambio de tal favor, mi hijo deberá trabajar para este hombre durante un largo período... ¡Años!, según me anticiparon, en una compañía en la que él tiene acciones. Vincenzo ni siquiera está enterado de lo que le espera si confía en la palabra de su padre.

—Ahora entiendo —dijo Ainara—. Entonces, esa es la amenaza de la cual Iana, angustiada, me habló.

—Con seguridad... —afirmó Belinda.

—Tengo que contárselo a mi hija lo más pronto posible —comentó Ainara.

—Sí, amiga, por esa razón vine hasta aquí. Me apena que Iana desconozca lo que sucede, pero, asimismo, me da tanto pesar por Vincenzo. Él ni se imagina a lo que se expone aceptando ir a estudiar en esa universidad... La prepotencia de Donato no tiene límites. Únicamente mira por él, por su estúpida venganza. Lo más triste de todo esto es que mi hijo está tan emocionado viendo su sueño cumplirse. Él siempre deseó realizar sus estudios superiores en el exterior, concretamente en Alemania.

Ainara asintió con una suave pero angustiada sonrisa. Entretanto, Belinda continuó:

—¿Sabes qué me indigna? Que ni siquiera le darán la oportunidad de presentarse a rendir su examen de ingreso. Y yo, mejor que nadie, sé que Vincenzo pasaría ese examen con las mejores calificaciones y dignamente se haría merecedor de estudiar en dicha universidad de renombre... ¡Por supuesto que sí!

—Eso no tienes ni que decírmelo, Belinda. Durante todo este tiempo he tenido el privilegio de conocer a fondo a tu hijo, y sé lo excelente estudiante que es, aparte de ser un gran muchacho.

—Gracias, Ainara —respondió Belinda, agradecida.

—Ahora necesito encontrar el momento oportuno para hablar con mi hija. Sé que esto va a caerle como un baldazo de agua fría... Claro, en el caso de que Vincenzo aún no se lo haya comentado.

Tras un profundo suspiro, Belinda respondió:

—Créeme, mi querida Ainara, que él no ha hablado sobre ello con Iana, porque, como te dije, ni él mismo encuentra la manera de hacerlo. Dejó pasar el tiempo y ahora se encuentra en medio de una encrucijada.

Ainara hizo un ligero movimiento con la cabeza, dando la razón a su amiga.

—Entiendo. Yo buscaré la manera más sutil para decírselo a Iana. No voy a ahondar en ello porque es algo que únicamente le compete a tu hijo. Y ahora, cambiando el tema, ¿deseas quedarte a almorzar en casa?

—Por supuesto que me encantaría. Dime en qué puedo ayudarte.

Ainara se negó y, sonriendo, tomó del brazo a Belinda y fueron hasta la cocina.

Realmente, la joven que trabajaba en su casa ya tenía el almuerzo preparado. Ainara solo quería constatar si el bizcocho de chocolate y nuez que encargó para que ella metiera al horno ya estaba listo. Y así fue: un delicioso aroma a cacao, mantequilla y nuez tostada invadió la casa entera en el momento en que Ainara abrió la portezuela del horno.



LUEGO DE LA CENA y, a pesar de que tanto Ainara como Saúl insistieron para que Belinda se quedara esa noche con ellos en su casa, ella decidió regresar cuanto antes a Florencia. Mientras tanto, Ainara y Saúl decidieron telefonar esa misma noche a Iana y, así, de la manera más prudente, alertarla sobre el apresurado viaje que Donato tenía muy bien planificado para que Vincenzo, ingenuo del verdadero motivo, viajara confiado a Berlín en los próximos días.

Ambos sabían de antemano que, ante tal noticia, su hija no lo tomaría de la mejor manera... Aquello no sería para nada fácil para ella.

—Hola, hija —dijo Ainara al teléfono.

—Mamá... ¿Cómo han estado? ¿Está todo bien?

—En parte sí, hija, pero hay algo de lo que no estás aún enterada, y tanto tu padre como yo nos vimos en la necesidad de hacértelo saber.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó. Su voz sonó temblorosa.

—Hija, se trata de Vincenzo. Me sorprendió que su madre viniera hoy a casa a visitarme y, bueno, la razón de su visita era para confiarme que Vincenzo, enseguida de la graduación, se irá para Alemania. Donato tiene todo organizado con uno de sus amigos para que él estudie su maestría ahí.

—¿Qué historia es esa, mamá?

—Hija mía, no es ninguna historia. Es lo que está sucediendo. Yo entiendo que todo esto te sonará novedoso y hasta un tanto ilógico, pero la misma Belinda me comentó que el pobre muchacho está tan angustiado por no habértelo dicho antes, que ahora no encuentra ni el momento ni la manera de cómo hacértelo saber. Su padre lo tiene enredado y manipulado ofreciéndole la oportunidad de hacer sus estudios superiores en una prestigiosa universidad de Berlín, lo cual tú, mejor que nadie, sabes que siempre ha sido el sueño de Vincenzo.

Iana permaneció en silencio por largos segundos; luego dijo:

—No... no tenía ni la más mínima idea.

—Es necesario que converses con él, hija. Con seguridad vas a quitarle un gran peso de encima al pobre muchacho.

—¡Por supuesto que lo haré, y esta misma noche! Porque, a pesar de tu afán por disculparlo, mamá, no admito que me haya ocultado algo tan delicado que nos involucra a ambos.

—Así es... —respondió asertivamente su madre. Sin duda, Iana sonó muy molesta.

—Te agradezco por contármelo, mamá —apuró Iana—. Dale un beso a papá y otro para mis hermanos. Ahora te dejo, porque voy en este preciso momento a hablar con Vincenzo.

Ainara asintió, inmersa en un hondo respiro, con la cabeza.

—Suerte, hija.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó Saúl luego de que Ainara cortara la llamada.

—Ya puedes imaginarlo, *amore mio*... Esta fue realmente una noticia inesperada para nuestra hija.

—¡Cuánto me apena por Iana! Pero, asimismo, la conozco, y sé que sabrá sobrellevarlo... Además, tú y yo sabemos por experiencia propia que, si su amor es firme y verdadero, nada ni nadie podrá derribarlo, así el destino se empecine en distanciarlos.

Ainara se abrazó con fuerza a la cintura de Saúl y, en medio de un largo y profundo suspiro, murmuró, dándole la razón:

—Así es, *amore mio*, así es.



«Ahora comprendo el porqué de su actitud distante e introvertida conmigo», descifró para sí Iana. —¡Vincenzo tendrá que darme una explicación a todo esto! —renegó en voz alta, sin tomar en cuenta que Miriam, con gesto extrañado, la miraba sin saber qué era eso tan reprochable que su madre le había dicho, hasta el punto de hacerla enojar.

—Al menos déjame saber qué está ocurriendo —preguntó al fin Miriam.

Pero Iana, con gesto apurado, salió de la habitación.

Antes tenía que hablar con Vincenzo; luego tendría todo el tiempo para comentárselo a su amiga. Agilizó el paso en dirección hacia el pabellón en donde Vincenzo, junto con Massimo, compartían la habitación.

Frente a la puerta, tocó y esperó a que fuera el mismo Vincenzo quien la abriera.

Y así fue: al poco tiempo estuvieron uno frente al otro.

—Tenemos que hablar... —dijo Iana.

—Por supuesto, amor mío. Ven, pasa adelante.

—Prefiero no hacerlo aquí. ¿Te parece si vamos al jardín?

Vincenzo asintió, extrañado, mientras Iana, sin pronunciar una sola palabra, se adelantaba hacia el jardín posterior al cual siempre solían ir, mientras él la seguía.

—Ahora que ya estamos aquí —preguntó por fin Vincenzo, tomando a Iana de las manos en cuanto se sentó junto a ella—, ¿qué te ocurre, amor mío? Te noto ajena a mí. Te adelantaste sin siquiera regresar a mirar. Tampoco has abierto la boca en todo el camino para al menos comentar algo conmigo... ¿Suced algo que yo no sepa?

Iana, al momento, soltó sus manos.

—¿Y todavía tienes el descaro de preguntarme si sucede algo? ¡No seas cínico, Vincenzo!

Vincenzo abrió sus grandes ojos negros, más extrañado aún.

—¿Por qué me llamas así?

—Yo... —discutió Iana con mirada acechante, clavando sus ojos soberbios en la vívida expresión de angustia que expresaron los suyos—, quien debía ser la primera persona en saberlo, me lo ocultaste. Así que pronto te irás a Alemania, ¿no es así...? ¿O vas a continuar escondiéndolo?

Vincenzo se quedó por un momento en silencio, pero luego, sujetando la mirada de Iana, quien ni por un instante le apartó sus ojos de encima, respondió titubeante:

—Yo... tan solo esperaba el momento oportuno para decírtelo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ya estuvieras con un pie en el avión? ¿Es esta la manera en que me consideras?

—No, tampoco lo veas así. No hablé de esto contigo antes —dijo tomándola nuevamente de las manos—, porque no sabía cómo hacerlo. Créeme, amor mío, por favor. Mi padre me tomó de sorpresa ofreciéndome la oportunidad de continuar mis estudios en Berlín... Ni yo mismo me lo creí.

—Fue la tarde que volviste de casa de tus abuelos, ¿cierto? —Vincenzo asintió con la cabeza, entretanto Iana continuó—: Aquella misma noche debiste habérmelo contado.

—Te repito que no sabía cómo hacerlo. Luego dudé, pensando que serían cuentos de mi padre. El tiempo pasó, hasta que ese ofrecimiento se hizo realidad. Te aseguro que haberlo callado hizo que todo se me complicara.

—¡Jamás debiste habérmelo ocultado! —reclamó Iana con lágrimas en los ojos—. Y mira cómo me vengo a enterar...

Vincenzo la miró apesadumbrado.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó.

—Mamá. Tu madre estuvo hoy en casa, y fue ella quien se lo comentó.

Vincenzo, en un profundo suspiro, se humedeció los labios.

—La oportunidad de ir a estudiar en Alemania es algo que siempre he deseado. Nunca imaginé que mi padre llegara a hacer algo así por mi... Me siento agradecido con él.

—No estoy en contra de que cumplas tus sueños yéndote a estudiar en Berlín, pero sé mejor que nadie que tu padre no lo hace con buenas intenciones... No por darte un futuro prometedor, menos todavía por complacer tus sueños. —Iana negó con la cabeza—. Su único afán es el de separarnos.

—No, Iana, no te expreses así de él. Mi padre es otro, él ha cambiado.

—¡Qué no es así, deja de ser tan ciego! —replicó Iana, alterada, levantándose de inmediato. Que Vincenzo la contradijera sin tomar en cuenta todo cuanto acababa de decirle hizo que la sangre le borboteara.

—¡Basta, Iana, no insistas expresándote así de mi padre! —protestó también Vincenzo poniéndose enseguida en pie.

A lo que Iana respondió:

—No le estoy faltando al respeto, únicamente quiero que abras los ojos.

—Si en el pasado él fue un mal padre conmigo, ahora lo está reconsiderando.

Iana sonrió con ironía.

—Está bien, cariño, ojalá sea como tú dices. Solo te pido que lo consideres antes de tomar esa decisión.

—Yo sé que sí, lo he pensado insistentemente y, créeme, papá ha cambiado conmigo. Ahora ven aquí. —Vincenzo estrechó a Iana fuerte entre sus brazos—. Solo necesito que apoyes mi decisión. Serán dos, tres años a lo mucho. Además, en cada receso de ciclo vendré a Italia para estar únicamente contigo. Ya lo he discutido con mi padre porque, como tú bien sabes, él al principio será quien cubra con todos mis gastos hasta que yo empiece a trabajar.

Iana exhaló un largo y profundo suspiro.

—Así será entonces, cariño. Siempre te apoyaré en cualquier decisión que tomes de hoy en adelante.

Una lágrima incierta resbaló por su nívea mejilla...



Iana, entristecida, conversó esa misma noche con su amiga Miriam.

Qué giro tan repentino había dado su vida con tal noticia. Ella sabía perfectamente que Donato, de la manera más sutil, había dado comienzo a su audaz objetivo... Fue exactamente lo que pregonó abiertamente en contra de ellos el día en que los enfrentó en la oficina del decano. Pero, al parecer, a Vincenzo se le había olvidado su sagaz amenaza.



31

IANA CAMINABA POR LOS pasillos de la universidad en esa soleada mañana de abril, dirigiéndose hacia su habitación, cuando recibió una llamada. Tomó el celular del bolsillo lateral de su mochila y contestó:

—Necesito que tú y yo hablemos. Te espero esta misma tarde, a las cuatro, en la cafetería que está ahí mismo, a pocos bloques de la universidad. No faltes —dijo Donato sin dejarla siquiera chistar y enseguida colgó.

—Por supuesto que ahí estaré —replicó Iana con la respiración agitada, y continuó en dirección a su habitación. Allí se encontró con Miriam y juntas fueron hasta el comedor, pues ya era la hora del almuerzo.

—¿Tienes alguna otra novedad de Vincenzo? —preguntó Miriam en cuanto terminó de acomodarse en la silla.

—No, todo sigue igual —respondió Iana, con gesto abatido, mientras se pasaba la palma de la mano por la frente—. Insiste en que tan pronto como se gradúe viajará a Alemania.

—Me apeno tanto por ti, amiga. —Miriam trató de consolarla—. No tienes más que tomarlo por el lado bueno. Como te aseguró Vincenzo, en cada receso y fiestas él estará aquí. Además, tú también podrías ir a visitarlo a Alemania.

Iana asintió con una sonrisa.

—Por supuesto que iré cada vez que me sea posible. —Inquieta, chequeó su reloj.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Miriam.

—No, solo miraba la hora.

Las dos amigas continuaron charlando durante el tiempo que les llevó terminar su almuerzo. Miriam pasaría la tarde en compañía de Massimo, mientras que Iana, impaciente por saber de una buena vez qué era eso tan urgente que Donato tenía para decirle, aguardó intranquila, dando

vueltas de un lado a otro por su habitación. Finalmente, el reloj marcó pocos minutos antes de las cuatro, y salió a encontrarse con él.



Tan pronto como Iana llegó a la cafetería donde Donato la había citado, echó un vistazo a su alrededor hasta que lo vio. Él se encontraba sentado en una de las mesas del fondo.

«Obvio que este desgraciado escogió la mesa más apartada», renegó para sí y, armándose de valor, se encaminó hacia donde él estaba.

—Llegas a tiempo —dijo enseguida Donato, levantando la mirada en cuanto la tuvo frente a él. Iana ni siquiera lo saludó. Hizo a un lado la silla y se sentó frente a él.

—Te escucho.

Donato, llevando las palmas de sus manos sobre el tablero de la mesa, respondió:

—Seré breve, así que escucha con atención. Por tu bien y el de tus padres, te exijo que te alejes cuanto antes de Vincenzo. Y cuando digo cuanto antes, ¡es ya, en el acto!

Iana echó a reír en su cara.

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacer caso omiso de la estupidez que hablas...? ¡Ándate a la mierda!

Donato la miró impasible y respondió, sonriendo con absoluto sarcasmo:

—¡Qué rápido aprendiste las mismas mañas de tu madre, Iana! Eres una maleducada...

Iana, devolviéndole la misma sonrisa sarcástica, espetó contra él:

—Prefiero ser maleducada a ser un despojo de persona como tú, Donato. Si cabe darte tal título, porque ni a persona llegas.

Donato gesticuló con tal sombrío mirar que, juntando ambas cejas, se puso en pie y, sin tomar la más mínima importancia de las personas reunidas allí, estampó un estrépito puñetazo contra la mesa. Al tiempo, su fuerte voz invadió el reducido entorno:

—¡Escúchame bien, Iana D'Alfonso...!

—Iana Márquez.

—¡Vas ahora mismo a alejarte por voluntad propia de mi hijo o, de otra manera, tú y tus padres sufrirán las consecuencias!

—¿Qué harás? No te tengo miedo —desafió Iana, a pesar de lo tenebroso de su oscuro mirar y de la dureza con que le habló.

—Atente a las consecuencias. No estoy jugando. No creo que, por tu falta de sensatez, quieras ver cómo tu adorado noviecito se convierte en uno más del montón, sin lograr siquiera ser

admitido en ningún instituto superior, tanto dentro como fuera de Italia... Engrosando, como sería el caso, la fila de desempleados. Y eso no es todo —continuó Donato con arrogancia—. Pienso que no querrás ver a tu amado padre en la ruina, despojado de todo cuanto por años trabajó.

Ante semejante amenaza, Iana tembló.

—No te da el derecho de irte en contra de mi familia. Además... —espetó en su cara, sujetando su oscuro mirar con energía—. ¡Eres una basura, Donato! ¡Cómo puedes irte en contra de tu propio hijo!

Donato esbozó una sonrisa jactanciosa: las comisuras de sus labios se elevaron, dibujando un matiz de altivez.

—Yo lo puedo todo... Aléjate para siempre de mi hijo. Si muestras ser inteligente, ni Vincenzo ni tu padre se verán involucrados.

De pronto, uno de los encargados de la cafetería se acercó a donde estaban.

—Por favor —dijo, acercándose a Donato—, le pido que guarde la compostura señor. Dese cuenta de que estamos en un establecimiento público.

Donato giró enseguida hacia el hombre, quien insistía en que bajara el tono de su voz; mientras tanto, Iana permaneció inmóvil, mirando cómo Donato, en medio de su brutal ira, donde el brillo marchito de sus ojos desbordaba aversión, asintió a la petición del encargado. Luego desvió su mirada hacia ella: fueron como dos dardos lanzando veneno. Finalmente, se dio media vuelta y abandonó la cafetería.

—¿Está todo bien con usted, señorita? —preguntó el camarero.

—Eso creo... —respondió Iana—. Le molesto con un té de hierbas, ¿por favor?

—Enseguida se lo traigo —dijo el camarero.

« ¿Qué haré ahora? », inquieta, se cuestionó a sí misma mientras esperaba el té, que buena falta le hacía. La amenaza, en otras palabras, el chantaje de Donato en contra de su padre —y, peor aún, en contra de su propio hijo—, hizo que Iana desconfiara. Sabía que él era un hombre peligroso y estaba plenamente consciente de que a Donato jamás le temblaría la mano para hacer daño, especialmente a su padre.

Tras un largo y ahogado suspiro, supo que su advertencia era cierta.

No dudó ni por un momento en afirmar que aquella amenaza tenía fundamento, dadas su pesada y malvada trayectoria pasada contra su familia y, de manera más precisa, por su desmedido odio hacia su amado padre.

«Dios...», dijo para sí, mientras daba un sorbo a su té de hierbas. «Este hombre es tan cruel y despiadado como el mismísimo demonio».

Por consideración a su familia, por su gran amor y respeto hacia su padre, y por el profundo y fiel sentimiento que abrazaba su alma por Vincenzo, Iana decidió terminar, sin cuestionarlo, con la relación.

Ella sabía mejor que nadie que tal ruptura no sería fácil ni para ella ni para Vincenzo, pero comprendió que Donato fue muy claro en sus amenazas.

Iana, por ningún motivo, permitiría que Donato continuara siquiera con su malintencionado empeño de hacerles daño a sus padres. Menos aún iba a consentir que, motivado por su soberbia y desmedido orgullo, llegara a empuñar su mano para dañar al hombre que ella tanto amaba.



DESPUÉS DE LARGAS NOCHES de desvelo, debatiendo consigo misma, Iana decidió que había llegado el momento de decirle al amor de su vida que debía irse sin mirar atrás en busca de sus sueños. La graduación de Vincenzo estaba a tan solo unos días de hacerse realidad; esa fue la razón por la que Iana tomó la resolución de decírselo tan cerca de esa fecha. No se interpondría en su camino, y lo dejaría ir libre, sin la sombra de su amor que pudiera interferir en su añorada travesía... Aunque todos sabemos que ese no era el verdadero motivo.

Cuando Iana fue a buscar a Vincenzo a su habitación, no hizo falta que tocara a la puerta; esta se encontraba abierta. Al entrar, lo vio tecleando en su computador con atención. Al notar su presencia, Vincenzo se puso enseguida de pie y fue a recibirla.

—Amor mío, ¡qué linda sorpresa tenerte aquí esta noche!

Iana apenas y sonrió. Su corazón saltó de emoción al verlo. Deseó abrazarlo, anheló como nunca besar sus dulces labios rojos y, así, invadida por la indescriptible pasión que desbordaba su ser, pasar por alto la razón que la había llevado hasta allí. En otras palabras, quiso ignorar las amenazas de Donato y nunca, aunque el mundo entero conspirara en su contra, confesarle a Vincenzo que esa sería la última vez que estarían juntos.

—¿Qué tanto haces?

—Preparando los últimos detalles para presentar la tesis —respondió Vincenzo. La tomó por la cintura y, después de besarla cálidamente en la mejilla, la encaminó hasta el borde de su cama—. Me ha llevado toda la tarde y, créeme, amor mío, que no he tenido ni tiempo de bajar a cenar.

—Lo imagino —dijo Iana, dibujando una sonrisa nerviosa mientras carraspeaba. Tenía que decírselo en ese preciso momento. Buscando las palabras correctas, a pesar del inmenso dolor que significaba tener que decirle adiós, tomó fortaleza desde lo más profundo de su ser y continuó—: Cariño, he estado pensando día tras día, noche tras noche, acerca de tu viaje a

Alemania. Ahora lo veo tan oportuno... Es la decisión más acertada que pudiste tomar. Sé, con los ojos cerrados, que irás forjando tus sueños, uno a uno.

Se venía la parte más difícil, pero Iana pudo con ello. Tomando a Vincenzo de las manos, prosiguió:

—Estoy consciente de que, para lograr nuestros propósitos, cualesquiera que sean, es mejor hacerlo en solitario, sin distracciones ni obstáculos que nublen nuestro horizonte. Y esto lo digo por ti, Vincenzo. —Iana lo miró fijamente a los ojos, a sus apasionantes ojos negros que hacían sucumbir sus sentidos. Vincenzo frunció el ceño, reflejando la sorpresa que le causaron sus palabras—. En Alemania se te abrirán las puertas a un futuro prometedor. —continuó Iana—. Tendrás la vida que siempre has soñado, diferente a todo lo que has vivido hasta ahora.

—¿Qué tratas de decirme, amor mío? Tus palabras me tranquilizan, pero al mismo tiempo me llenan de temor.

Iana alzó el pecho y exhaló, esbozando una leve sonrisa.

—Vincenzo, cariño, lo que trato de decirte es que te dejo libre... Libre para que sigas este maravilloso camino que trazaste mucho antes de conocerme y que, sin mirar atrás, te llevará a un futuro brillante.

—¡No! ¡No puede ser verdad lo que estoy escuchando! —exclamó Vincenzo, negando con la cabeza mientras la sujetaba por el rostro—. ¿Qué significa esto? Te conozco bien, y estoy seguro de que estas palabras no vienen de ti... ¿Acaso tiene algo que ver mi padre?

—No... —Iana mintió. Una lágrima rebelde brotó de sus ojos, pero antes de que pudiera resbalar por su mejilla, la desvaneció con un gesto rápido—. Esto es algo que decidí yo.

Vincenzo la miró inquieto; ella pudo notar el desconcierto en su angustiado rostro.

—¿Qué decidiste? ¿Qué significa yo para ti? ¿Una marioneta a la que puedes tomar y dejar a tu antojo?

Iana lo miró con serenidad, esforzándose por mantener la firmeza.

—Tómalo como quieras. Es mi decisión, Vincenzo, y ni tú ni nadie me hará cambiar de parecer.

—¿Nunca me amaste realmente? —preguntó, sus ojos negros clamaban una respuesta.

—¡Claro que te amo!

—¿Entonces qué forma de amar es esta?

—Te amo, Vincenzo. Es la razón por la que te pido que te vayas y persigas tu sueño.

—¡Pero tú eres parte de mi sueño! —gritó él—. ¡Deseo una vida, pero de tu mano!

—No, Vincenzo. Esta travesía la harás solo. Te espera un mundo en el que sé que triunfarás. Quizás algún día volvamos a encontrarnos, y entonces me darás la razón.

Vincenzo, abatido, negó con la cabeza.

—O tal vez seas tú quien no tarde en reconocer que cometió un error.

—Sería egoísta de mi parte aferrarme a ti.

—No logro entenderte, Iana. Eres tú quien está siendo egoísta... Con ambos.

—Puede que ahora lo veas así, insisto...

—Está bien —dijo Vincenzo, con la voz agotada—. Veo que no consigo hacerte entrar en razón. Jamás podré sacarte de mí, aunque insistas en ello. Enseguida de la graduación me iré. Te amo. No pienses que será fácil vivir sin ti, pero sabré sobreponerme y continuaré solo en mi camino.

Iana lo abrazó con fuerza.

—Adiós, Vincenzo. Cuídate. Prométeme que en ningún momento pasará por tu mente la idea de renunciar a este maravilloso camino que la vida ha elegido para ti.

Vincenzo asintió en un profundo suspiro. Se apartó de sus brazos y la miró en silencio. Sus ojos reflejaban tal desconsuelo que, por un momento, Iana sintió que se desmoronaba. Pero recuperó la compostura y la fortaleza.

Por un instante, sintió el calor de sus manos largas cuando él acarició su rostro pálido. Lo miró con dulzura esbozando una suave sonrisa y, en medio de su desconsuelo, se apartó de su lado y se marchó.

« ¡Tampoco podré sacarte de mi vida, amor mío, tenlo por seguro! », lamentó Iana mientras se alejaba.



VINCENZO NO IBA A quedarse así como así después de que Iana terminara con él de esa manera tan repentina e irracional. Algo tuvo que haber sucedido con ella para que tomara esa decisión sin darle una explicación coherente, pensó él.

—Venir a decirme que por mi bien se aleja de mí... ¡Nah!

Esperó, arrimado contra el paredón, hasta que Iana saliera de su clase de laboratorio para hablar nuevamente con ella. Él no se daba por vencido; tenía que hacerla entrar en razón.

Al momento, se abrió la puerta, y empezaron a salir los estudiantes, uno a uno. Iana y Miriam venían de últimas. En cuanto lo vieron, Miriam comentó algo con Iana y, haciendo además de saludo con su mano, le regaló a Vincenzo una sonrisa para luego encaminarse por el pasillo.

Vincenzo, devolviéndole el gesto, enseguida se acercó a donde estaba Iana, pero ella trató de evitarlo. Sin embargo, él, sujetándola del brazo, se adelantó a decir:

—Por favor, tenemos que hablar. Lo nuestro no puede terminar así.

Iana sostuvo su mirada, mostrándose algo esquiva.

—Ya se dijo todo, Vincenzo. No lo hagas más difícil, te lo pido.

—¿Vamos al jardín trasero? —insistió. Iana lo miró a los ojos en silencio, entonces él continuó —: Solo por esta vez, por favor. Luego de que me escuches, respetaré tu decisión, te lo prometo.

—Está bien. Será por última vez.

Vincenzo respiró profundo y, antes de dirigirse por el pasillo, se ofreció a ayudarla con su mochila y el tablero que llevaba con ella, pero Iana le dijo que no. Entonces, se encaminaron sin decir una sola palabra hacia el jardín trasero, a donde siempre solían ir.

Vincenzo deseó tomar su mano como antes lo hacía; ir entre risas, bromeando, comentando todo lo que habían hecho durante el transcurso del día... Pero qué difícil y angustiante fue para él tenerla tan cerca y no poder siquiera sujetar su mano.

—No has hablado en todo el camino —comentó una vez estando en el jardín trasero, sentándose a su lado.

Iana se mantuvo en silencio. Su mirada seguía fija en los arbustos de cítricos que, con insistencia, se mecían con el viento.

—Ya estamos aquí. ¿Qué más de lo que ya se habló tienes para decirme?

Vincenzo la tomó de las manos. Le desesperó que en ningún momento lo mirara a los ojos y, a pesar de ello, conservó todo el tiempo su contacto visual en ella, aunque Iana no le regresara siquiera la mirada.

—Reconsidera lo que dijiste ayer. No quiero que tú y yo nos separemos. ¡Por favor, Iana, mírame! No me ignores así.

Iana, tras un hondo respiro, regresó la mirada hacia él y dijo:

—Fui clara contigo. No debo, tampoco quiero, ser un obstáculo en tu vida.

—¿Que no debes, dices? —Vincenzo negó con la cabeza. Algo no cuadraba, y eso él lo presentía—. Amor mío —preguntó, envolviendo sus manos entre las suyas—, no calles, por favor. Si alguien te está forzando a que hagas esto, dímelo. Insisto en que me cuentes si mi padre tiene algo que ver.

—¡No! —respondió Iana, cortante, y trató de ponerse en pie para irse.

—Siéntate, por favor. —Vincenzo logró que al menos Iana volviera a la banca—. ¿Por qué siempre que toco el tema de mi padre tratas de huir? —preguntó, clavando un aire de desconfianza en sus ojos; a lo que Iana, sujetando su mirada, enseguida respondió:

—Son figuraciones tuyas. No viene al caso repetir lo que ya te he dicho. Lo mejor es separarnos, entiéndelo.

Pero Vincenzo se humedeció los labios y, negando con la cabeza, insistió:

—¿Es mucho pedir que esperes por mí mientras termino el máster en Berlín? ¿Que tú y yo continuemos siendo novios?

—No, Vincenzo. Tampoco es justo para mí quedarme aquí esperando...

—No puedo imaginar una vida sin ti. —Vincenzo, desesperado pero exhausto, imploró sin desprender ni por un momento sus ojos de los suyos. Sintió que perdía la batalla—. No me dejes, no cuando sabes bien que te amo con todas mis fuerzas, y sé perfectamente que tú también me amas. El amor que te tengo va más allá de todo límite.

Iana, en silencio, esquivó su mirada y bajó la cabeza. Vincenzo pudo notar que, disimuladamente, se limpiaba las lágrimas de sus ojos, que estaban llorosos. La abrazó fuerte

contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón, esperando que desistiera de ese absurdo y, en un cálido beso, terminar de una vez con esa tortura.

Pero Iana, a pesar de abrazarlo fuerte también, de repente se apartó de sus brazos y, en medio de su quebranto —puesto que de eso también Vincenzo pudo darse cuenta—, dijo:

—Adiós, Vincenzo. No insistas buscándome, te lo pido.

Recogió su mochila y su tablero que había dejado a un lado de la banca. Le dedicó una dulce pero apresurada mirada antes de irse y se alejó con prisas de él.

Vincenzo corrió para alcanzarla.

—¡No te vayas así! Déjame al menos acompañarte.

Iana se giró, decidida, hacia él:

—No, Vincenzo. En esta ocasión necesito que me dejes ir sola. —Y, dándose media vuelta, continuó su camino.

Vincenzo asintió. En medio de su desconsuelo, miró a Iana alejarse por entre los senderos que, ligeramente alumbrados, bordeaban el jardín.

Comprendió entonces que todo había terminado entre ellos.



EL TIEMPO SIGUIÓ SU curso, Iana se mantuvo firme en su resolución de dejar a Vincenzo, a pesar de que su corazón se desgarraba por dentro. ¡Cuánto coraje necesitó para afrontar en silencio la soledad impuesta por Donato Carusso! Ni siquiera a su amiga Miriam le confió el verdadero motivo de la separación.



Un sol radiante acogió a todos los estudiantes del último año de sus carreras que, en ese día significativo, celebraban su graduación.

Iana y Miriam, en esa mañana de sábado, se alistaban para asistir a la incorporación de Massimo y Vincenzo.

Días antes, Iana recibió, por manos de Massimo, la invitación en la que Vincenzo le extendía su deseo de que ella asistiera a la ceremonia.

—Qué pesar me da por ti y por Vincenzo, Iana —lamentó Miriam mientras terminaba de colocarse el brillo labial—. ¿Quién iba siquiera a imaginar que ustedes se separarían y que no iban a celebrar juntos este día tan importante?

—No creas que soy indiferente a ello, ¡pero ya qué se puede hacer! —Iana se alzó de hombros—. Ustedes vayan y diviértanse, que yo...

—Continúo sin comprender. ¿Por qué terminaste con él de esa manera tan...?

—¿Tan repentina? —se adelantó a responder Iana.

—Así es, Iana. Tan repentina y...

—¿Despiadada, quieres decir? —Iana, desafiante, miró a su amiga a través del espejo, por lo que Miriam se giró hacia ella con el ceño fruncido.

—¡Pues sí, repentina y despiadada! Me quitaste las palabras de la boca. ¿Qué ocurre contigo, Iana? Todo el día, desde que amaneció, has estado a la defensiva.

Iana respiró con fuerza, se pasó las yemas de los dedos por la frente y exhaló.

—Discúlpame, Miriam. Estoy estresada, eso es todo.

—¿Y por qué estás estresada?

—¿No te parece suficiente motivo tener que verle la cara a Donato?

—Bueno... En eso tienes razón. Después de lo estúpido y arrogante que se ha portado contigo, es obvio que no quieras ni verlo. Al menos yo estaré a tu lado durante la ceremonia. Luego iré con Massimo.

—Lo sé, no te preocupes. —Iana esbozó una fugaz e inquieta sonrisa. Más bien terminó de acomodarse el cabello; se decidió por llevarlo recogido en un moño alto, de esa manera luciría mejor con el vestido blanco que llevaba puesto. Sabía que no sería para nada agradable tener que soportar la presencia de Donato, y más aún porque estaba segura de que aprovecharía cualquier momento, por corto que fuera, para desafiarla, aunque fuera de lejos.

—Es hora de irnos —dijo Miriam. Tomó su cartera del escritorio y, juntas, salieron de la habitación.



Iana y Miriam se sentaron a unas cuantas filas de distancia, de frente a donde se había instalado una plataforma debidamente acondicionada para los estudiantes que, esa mañana, ingresarían para dar inicio al solemne acto de incorporación como nuevos profesionales.

—Mira, ahí vienen. —Miriam, emocionada, le movió el hombro a su amiga para que regresara a mirar a Massimo y a Vincenzo, que en ese momento entraban.

Iana enseguida volvió la mirada hacia ellos. Sonrió de contento al ver al amor de su vida ingresar al estrado, elegante como ninguno, vistiendo de traje, con la tradicional toga negra sobre los hombros, el birrete y la banda en color marrón que caracterizaba a los estudiantes de arquitectura. Vincenzo y Massimo se sentaron uno al lado del otro, a escasos metros de donde ellas estaban. Vincenzo lucía tan guapo, sus soñadores ojazos negros y su piel oliva resaltaban primorosamente con la indumentaria.

Iana suspiró y volvió a echar un vistazo hacia su costado: Belinda y Donato se encontraban sentados a unas cuantas sillas más allá de donde ellas, lo bastante cerca uno del otro.

Volvió enseguida la mirada al estrado; no tenía ningún deseo de encontrarse con el oscuro mirar del detestable de Donato.

De pronto, Massimo y Vincenzo miraron hacia donde ellas cuando Miriam levantó la mano y saludó a su novio.

Vincenzo detuvo su mirada en los ojos de Iana... e Iana en los de él.

¡Cuánto deseó poder decirle, en esos momentos, lo orgullosa que se sentía por él, por haber culminado su carrera universitaria destacándose entre los mejores! Deseó, desde lo más profundo de su ser, decirle que lo amaba y que jamás fue su intención dejarlo ir solo. Pero nada podía hacer al respecto. Su padre era el ser más perverso y manipulador que Vincenzo estaba muy lejos de imaginar.

Ambos permanecieron mirándose en silencio. A pesar de la alegría que representaba para Vincenzo dicha celebración, lucía apenado; así lo expresó claramente su triste mirar.

Iana apartó la mirada. Sintió un deseo incontrolable de llorar y bajó la cabeza. No logró controlarse... Debía ser fuerte y mantener la compostura.

—¿Qué te ocurre? —preguntó de pronto Miriam.

—Nada... —respondió a su amiga, disimulando las lágrimas que, rebeldes, empezaron a rodar por sus mejillas—. Sentí una fuerte emoción, eso es todo.

Controlándose para no desfallecer, respiró profundo y levantó nuevamente la mirada.

—Tal parece que se va a dar paso a la condecoración a los mejores estudiantes —comentó Miriam; indiscutiblemente, estaba muy emocionada—. Prepárate, porque Vincenzo es uno de ellos, por no decir el mejor.

Iana esbozó una sonrisa inquieta; su corazón palpitó descontrolado.

Y, en efecto, seguido a las palabras de bienvenida y agradecimiento que dio Maximiliano Romano, quien era la máxima autoridad en la universidad, anunció que inmediatamente se daría lugar al acto solemne en el cual se llevaría a cabo la condecoración a los mejores egresados de esa promoción.

Y así se dio cumplimiento a la gala:

—Con la calificación numérica más alta, con un promedio de ciento siete puntos sobre ciento diez —dijo Maximiliano Romano—, es un honor para mí llamar ante ustedes, y ante nosotros, dignidades del establecimiento, al señor Vincenzo Carusso Fiorucci, estudiante de arquitectura, para ser debidamente condecorado.

Vincenzo, esbozando una sutil sonrisa, enseguida se puso en pie y fue hasta el podio, en donde Maximiliano Romano, luego de seguir con el debido protocolo, lo condecoró colocando sobre sus hombros la estola de honor en color púrpura, en la que se podían leer las siglas *Summa Cum*

Laude, además de colocarle la medalla de honor y entregarle su acta de grado. Vincenzo agradeció al presidente, a las demás dignidades y a los profesores.

Antes de regresar a su silla, buscó con la mirada a Iana; ella le devolvió una sonrisa, aunque fuera de lejos. Vincenzo sostuvo por unos segundos su mirada y luego, desviándola, sonrió a su madre, quien, estando de pie, aplaudía frente al estrado hasta que Vincenzo bajó del podio.

Continuaron llamando a los estudiantes destacados, hasta que llegó el turno de Massimo, quien también fue galardonado.

—¡Qué emoción ver a Massimo recibir también su medalla! —no tardó en comentar Miriam.

—Se lo merece —dijo Iana con una sonrisa—. Ambos se lo merecen.

Miriam asintió; se la veía extremadamente feliz.

—Tan pronto como termine la ceremonia iré junto a Massimo. Amiga, te dijera ven conmigo, pero sé que no lo harás.

Iana negó con la cabeza. Era precisamente lo que más deseaba, pero estaba prohibida de hacerlo. ¿Por qué Donato tuvo que involucrar su sucia mano y estropear algo tan lindo y transparente que había entre los dos?, se lamentó la pobre muchacha en medio de un profundo suspiro.

—Ve con él Miriam, y de paso dale mis sinceras felicitaciones. Dile, además, que me alegro muchísimo por él.

—¿Y para Vincenzo no hay ningún mensaje de tu parte? —preguntó Miriam, inquiriendo a su amiga con la mirada.

Iana asintió con una suave sonrisa.

—Únicamente dile que me siento orgullosa de él y que le deseo todo lo mejor.

De pronto, Maximiliano Romano dio sus palabras de agradecimiento, además de expresar sus mejores augurios para todos y cada uno de los egresados, quienes, en esa cálida mañana, se proclamaron como nuevos profesionales, dando así por concluida la ceremonia.

Vincenzo, junto con Massimo, además de todos los estudiantes que ese día egresaron, se levantaron de sus sillas y, en medio de aplausos, acompañados a su vez de una hermosa melodía de fondo, lanzaron al cielo sus birretes en señal de felicidad y gratitud por haber terminado meritoriamente su carrera universitaria.

Iana, de pie frente a los graduados, elevó también sus manos haciendo palmas, feliz de compartir la dicha de Vincenzo, aunque tuvo que conformarse con mirarlo de lejos.

Vio cómo Belinda y Donato se acercaron a donde estaba su hijo en medio de la multitud.

Belinda lo abrazó y besó su frente, mientras que Vincenzo, sonriendo a su madre, la envolvió entre sus brazos.

Iana los miró con ternura. Qué gran madre era Belinda, y qué buen hijo era Vincenzo.

Luego llegó el turno de Donato: una palmadita en el hombro, una sonrisa apurada y uno que otro comentario —seguramente dando su “enhorabuena”— fue lo único que claramente pudo notar por parte de su padre desde donde ella se encontraba parada.

Qué falta de empatía tiene ese hombre hacia su hijo, pensó.

De pronto, Donato se giró y, desde el estrado, aprovechando que Vincenzo, de espaldas a él, daba y recibía felicitaciones entre sus compañeros, desafió a Iana con la mirada, esbozando una sonrisa malintencionada. Tal parecía que él sabía perfectamente dónde había estado ella durante todo ese tiempo. Sus ojos lanzaron advertencia y veneno, y su irónica sonrisa expresó odio y triunfo a la vez.

Siendo así, Iana sujetó con total postura su mirada, sin apartarle ni por un momento sus ojos de encima, hasta que él mismo la desvió en el momento en que su gran amigo Giuseppe Parisi, el decano del departamento de medicina, se le acercó y ambos se estrecharon en un abrazo.

De repente, Vincenzo se giró; su mirada y la de Iana convergieron por largos segundos.

Iana le regaló una dulce pero breve sonrisa, se dio media vuelta y, en cuanto se disponía a abandonar los jardines delanteros de la universidad para ir a su habitación, escuchó la voz de Belinda, quien la llamó. Volteándose de inmediato, sonrió a la madre de Vincenzo.

—Querida, ¿te gustaría, antes de que te fueras, ir a conversar un momento a solas conmigo?

—Buenos días, Belinda, por supuesto —respondió Iana.

—¿Qué te parece si te invito a tomarnos rápidamente un espresso en la barra de la cafetería que está a la vuelta de la universidad? Tengo tiempo suficiente antes de ir a reunirme con mi hijo en el restaurante.

Iana asintió con una sonrisa.

—Me encantaría.

Iana y Belinda se dirigieron hacia la cafetería, la misma en donde Donato la chantajeó.

La ceremonia había terminado, y Belinda disponía de pocos minutos antes de ir a encontrarse con su hijo y demás estudiantes de arquitectura, así como también con el decano de su facultad, profesores e invitados, en el restaurante donde se ofrecería el almuerzo en honor a los egresados.

—¿Cómo has estado, Iana? —preguntó Belinda una vez que se encontraban en la barra de la cafetería.

—Bien, Belinda, pronta a acabar el semestre también —respondió Iana con una sonrisa.

—Entiendo que tendrás bastante trabajo para las próximas semanas.

—Así es, los exámenes de fin de semestre se aproximan.

Mientras conversaban, el muchacho encargado en la barra terminó de preparar los dos espressos. Manteniéndose de espaldas a ellas, se dio la vuelta y los colocó sobre la mesa. Iana abrió el sobrecito de azúcar y lo echó en su café. Quería saber qué haría Vincenzo en los próximos días, así que se animó a preguntar:

—¿Y Vincenzo? ¿Para cuándo tiene previsto viajar a Berlín?

Belinda la miró algo extrañada. Tomó un sorbo de su espresso y, tras dejar la taza sobre el mostrador, respondió:

—Pensé que ya lo sabías. Pronto, querida, en cuatro días mi hijo se irá.

Iana sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Nunca imaginó que lo haría tan pronto. Trató de disimular el inmenso pesar que le causó escuchar aquello, pero a Belinda no podía engañarla.

Tomándola de las manos, Belinda comentó enseguida:

—Todavía estás a tiempo de hablar con él, querida. No dejes que se vaya con el corazón destrozado. Desconozco los motivos que te llevaron a terminar con mi hijo, pero sé que ustedes se aman.

Iana miró a Belinda apacible; sus labios dibujaron una suave sonrisa.

—No puedo hacerlo, Belinda, y le imploro que no me cuestione al respecto.

—Está bien, hija mía, no voy a insistir —dijo Belinda, mirándola directamente a los ojos. Ella era una mujer prudente, lo que dio confianza a Iana, quien se sintió a salvo en su compañía—. ¿Irás a casa de tus padres en verano?

—Sí, permaneceré en casa durante todas las vacaciones.

—Bueno... —Belinda acabó de un solo sorbo el resto de su espresso y pidió la cuenta—. Me encantaría seguir conversando contigo, pero, como te dije, Vincenzo me espera en el restaurante.

—No se preocupe, Belinda, en todo caso le agradezco la invitación. Me alegró mucho compartir un momento con usted.

—No tienes de qué agradecerme, querida. Y no dudes en llamarme cuando lo desees. Estaré feliz de saber de ti —dijo mientras pagaba la cuenta.

—Gracias nuevamente. Y usted no dude en ir por el pueblo. A mis padres y a mí nos dará mucha alegría recibirla.

Belinda asintió con una sonrisa.

—Lo tendré presente. Y ahora vamos, que te pasaré dejando en la universidad.

Ambas salieron con prisas de la cafetería.

Una vez en su habitación, Iana sintió una soledad inmensa.

Qué difícil le resultaba estar sola entre esas cuatro paredes, sabiendo que Vincenzo pronto se marcharía, y sin la compañía de Miriam, quien al menos la haría reír.

Se lanzó sobre la cama y cerró los ojos, tratando de dormir. Sin embargo, una vez más, el recuerdo de Vincenzo asaltó sus pensamientos...



HABÍAN TRANSCURRIDO YA ALGUNAS semanas desde la graduación de Vincenzo y, tal como le hizo saber a Iana, enseguida de la incorporación viajó a Alemania. Desde entonces, ella no supo más de él.

Pronto concluiría el ciclo universitario. Durante el transcurso de esos días, las dos jovencitas, junto con el resto de los estudiantes, presenciaban los exámenes de fin de semestre. Entre los planes de Iana, además de los de Miriam, estaba ir a Valserra y permanecer en el pintoresco pueblo norteño durante los calurosos meses de verano.

Una vez en casa, Iana pidió a sus padres que no la cuestionaran por su repentino rompimiento con Vincenzo. Por otro lado, ellos respetaron su decisión, pero, como era de esperarse, Iana mostraba cierta apatía que tanto a su madre como a su padre les preocupaba.

Esa mañana, Miriam fue hasta su casa. Luego, las dos amigas irían a dar un paseo por el bosquecillo de cipreses que se encontraba a las afueras del pueblo, el mismo al que Ainara y Saúl solían ir cuando se conocieron y empezó su atracción.

—Ahora que estamos apartadas de tu casa —dijo Miriam—, necesito que me digas la verdad.

Iana, con gesto desmotivado, condujo a su amiga hasta el borde del río, y ahí se sentaron.

—Lo siento por no habértelo contado antes, Miriam, pero el verdadero motivo de mi separación con Vincenzo fue por algo terrible.

Miriam, asombrada, preguntó:

—¿Qué fue eso tan terrible, Iana? Me preocupas...

Iana tomó entre sus dedos una piedrecilla de la orilla y, mientras la lanzaba al río, renegó:

—Fue Donato... Él me amenazó, Miriam.

—¿Lo dices en serio?

—Así es, amiga. Ese desgraciado me chantajeó, diciendo que si no dejaba de una vez por todas a Vincenzo, él se encargaría personalmente de hacerles daño a papá y mamá... y que lo mismo haría con su hijo.

—¡Santo cielo! Pero si el tal Donato es más cruel que el mismísimo demonio... ¡Qué alcances tiene!

Iana asintió con amargura.

—Lo es, Miriam. Su odio por mi familia llega más lejos de lo que uno pudiera imaginar.

—¡Ay, amiga! —exclamó Miriam, abrazándose a Iana—. ¿Cómo pudiste callar algo así durante todo este tiempo?

—Le prometí a ese desgraciado que no se lo diría a nadie... Sentí temor.

Miriam miró a su amiga, entristecida.

—¿Y a Vincenzo? ¿Qué fue lo que le dijiste? Pobre... Ni se imagina la porquería de padre que tiene... ¡Cuánta lástima siento por él!

Iana sonrió con ironía.

—Igualmente yo. Pobre Vincenzo, se fue creyendo que su padre ha cambiado, que ahora es diferente a cómo era antes y que solo desea su porvenir y felicidad. Su único propósito fue mandarlo a estudiar lejos para que se olvidara de mí —renegó tras un fuerte respiro—. ¿Sabes? —comentó Iana con su mirada perdida en la diminuta cascada que, suavemente, se precipitaba y colisionaba contra una roca lisa—, nunca le he traído a Vincenzo a este lugar. Es hermoso, ¿cierto? Este lugar tiene historia... Una perfecta y bellísima historia.

—Si así lo dices, así mismo ha de ser —respondió Miriam, sin prestar mayor atención—. ¿Qué te parece si regresamos a casa?

Iana asintió, regresando a ver a su amiga.

—Pasemos antes por el camposanto. Deseo visitar al padre Fortunato.

—Está bien, te acompaño, y así le dejamos dalias coloridas como tanto le gustaban.



Pasados algunos días desde que Iana y Miriam estuvieron en el bosquecillo de cipreses, la residencia de la familia D'Alfonso recibió la inesperada visita de Belinda.

En esa ocasión, dicha visita era exclusivamente para Iana.

¿Pero qué era eso tan urgente que seguramente Belinda tendría para decirle?

En casa no se encontraba nadie más que Iana; sus dos pequeños hermanos habían acompañado esa tarde a su madre a la galería de arte, a diferencia de Saúl, que estaba de turno en el hospital.

—¡Qué gusto verla, Belinda! —saludó Iana, invitándola a pasar enseguida.

—Igualmente lo es para mí, querida. Tus padres, ¿están en casa?

—No. Mamá fue a la galería y papá está de turno en el hospital. ¿Desea tomar algo?

—Un café estaría bien, gracias —respondió mientras Iana la encaminaba hacia el comedor—.

Sé que te resultará extraño que haya venido hasta aquí —dijo Belinda en cuanto Iana servía el café en ambas tazas—, pero la verdad es que necesito conversar contigo. No deseo esperar un solo día más para confiarte una verdad que mereces saber.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Iana, su comentario la puso sumamente inquieta—. ¿Pasó algo con Vincenzo?

—No te inquietes, Vincenzo está bien... dedicándose de lleno a sus estudios, como es su afán. Esto que vengo a decirte tiene que ver con su padre. Pero antes necesito que seas sincera conmigo y me digas si Donato tuvo algo que ver en la ruptura entre ustedes dos.

Iana negó de inmediato con la cabeza, a lo que Belinda cuestionó:

—¿Estás segura? Mira que conozco bien a ese hombre, y a mí no me engañas. Vincenzo se fue devastado. Él te ama, Iana. No encuentro lógica alguna en que hayas terminado con él con la simple justificación de que lo hiciste con el fin de que cumpliera su sueño... Confía en mí, hija, ¿qué fue lo que te dijo Donato para que rompieras con mi hijo justo antes de que él se fuera para Alemania?

A pesar del gran esfuerzo que Iana hizo por mantenerse firme y guardar la calma ante la interrogante de Belinda, no pudo contenerse y echó a llorar.

—Me amenazó diciendo que le haría daño, que lo convertiría en un fracasado sin opción de ser admitido en ninguna universidad... ¿Qué pretendía que hiciera? Mas que dejarlo ir. Y aunque mi corazón se desgarró por tal mentira, debí hacerle creer que no me interesaba continuar con él.

Belinda tomó a Iana de las manos.

—Mi querida, Iana, ¡cuánto daño y sufrimiento te ha ocasionado ese hombre! Y no solo a ti, Vincenzo también está sufriendo.

—No puedo hacer nada para remediarlo, Belinda. Mis padres también están involucrados en su vil amenaza.

Tras un largo y profundo respiro, Belinda le expuso a Iana la verdad acerca del imprevisto viaje de Vincenzo:

—Ahora quiero que conozcas toda la verdad que hay detrás del supuesto favor de Donato, ofreciendo a su hijo tales estudios en bandeja de oro. —Iana la miró intrigada, mientras Belinda continuaba—. El único afán de Donato, como tú bien lo dijiste, era el de separarlos. Por esa

razón se valió de un viejo colega para que aceptara a Vincenzo en el instituto sin siquiera permitirle efectuar un examen de ingreso, cuando todos sabemos que mi hijo aprobaría sin dificultad ahí o donde quiera que fuera y sería aceptado en cualquier universidad. —Tras un largo y molesto respiro, Belinda prosiguió—: Por lo que logré enterarme, Donato pretende que Vincenzo permanezca en Alemania y que no vuelva por Italia. Con certeza algo se trae entre manos en confabulación con su gran amigo... ¡De seguro es otro sinvergüenza al igual que él!

—No sé qué decirle a todo esto, Belinda —interrumpió Iana—. Ya está hecho y no puedo hacer nada al respecto. Como le dije, hay muchas personas involucradas, y sé perfectamente que Donato no lo pensaría dos veces para cumplir con su amenaza y frustrar la carrera de Vincenzo... Me hizo directamente responsable de ello. Además, él fue muy claro al decirme que no le temblaría la mano tratándose de ir en contra, sobre todo, de mi padre.

—No renuncies a Vincenzo, Iana, no renuncies al gran amor que ambos se tienen por temor a sus patéticos chantajes. Créeme que él únicamente se maneja de esa manera... extorsionando a todos los que se interponen en su camino. Confío en que no llegará más lejos que ser una amenaza.

—No... —Iana negó—, no sea tan inocente, Belinda. Donato ya les hizo suficiente daño a mis padres. Su odio es tan fuerte hacia ellos que no dudaría en volver a ir en su contra. Estando lejos de Vincenzo, sé que él y mis padres se mantendrán a salvo.

—Lamento todo el pasado oscuro por el que tus padres tuvieron que pasar a manos de Donato, hija. En todo este tiempo en que he tenido la oportunidad de conocerlos, me he dado cuenta de lo maravillosas e íntegras personas que son, razón más que suficiente para haberte llegado a querer tanto como a una hija.

Ante tales palabras de afecto, Iana esbozó una dulce y agraciada sonrisa.

—Gracias, de corazón, por su gran estima hacia mis padres y hacia mí, Belinda. Igualmente, yo la aprecio muchísimo, y tenga la convicción de que es recíproco en cuanto a mis padres.

Belinda asintió, pasando con una certera sonrisa la palma de su mano por su hombro.

—Lo sé, querida. Su buena vibra invade cualquier lugar a donde ustedes vayan... y no se diga este hermoso hogar.

—Aprecio sus gentiles palabras. Siempre las llevaré muy dentro de mí.

—No es una despedida, ¿cierto?

—Claro que no. —Iana echó a reír.

—Debo irme —dijo Belinda, poniéndose en pie—. Deseo todo lo mejor para ti, mi queridísima Iana. Cuídate mucho y, por favor, no descartes ni por un momento la idea de reconsiderar darte

una oportunidad y tener un acercamiento con mi hijo. Ambos se merecen estar juntos y ser felices... ¡Gústelo a quien le guste!

—Amo con toda mi alma a Vincenzo, Belinda, siempre téngalo presente. ¿La acompaño hasta la puerta?

—Te lo agradezco. Hasta pronto, Iana. Dale mis saludos a Ainara y Saúl. Oh... —De pronto, Belinda metió la mano dentro de su bolso y sacó dos medianas envolturas—, olvidé darte esto —dijo, entregándoselas—. Es un presente para tus hermanos. Quise dárselos por las Pascuas pero me fue imposible venir hasta aquí. Dales un beso de parte mía. Y ahora sí que me voy porque quiero pasar antes por la parroquia a visitar al reverendo. El padre Edoardo es muy simpático.

—Lo es —respondió Iana con gesto asertivo—. También mamá y papá lo aprecian muchísimo.

—Bueno, no me distraigo más. Que tengas una linda tarde, hija.

Ambas se despidieron estrechándose en un abrazo al pie del portón de entrada de la residencia de la familia Márquez D'Alfonso.



UN NUEVO CICLO LES dio la bienvenida a los estudiantes de la Universidad de la Toscana. Iana y Miriam asistían a su segundo año de estudios, lo cual demandaba cada vez más de su tiempo.

Qué triste le resultó a Iana caminar por los pasillos y pasear por los jardines de la universidad sin la presencia de Vincenzo. En cada espacio y en cada rincón habitaba el recuerdo de los amorosos y maravillosos momentos que compartieron juntos.

Durante los dos meses de verano que Iana estuvo en su pueblo, en medio de tan apacible calma, dispuso del tiempo suficiente para reflexionar acerca de los acontecimientos que la llevaron a tomar tal decisión, con lo cual, desde entonces, su vida se tornó en una vida de angustia y soledad.

¿Hizo lo correcto? Fue la incógnita que día tras día rumiaba en su cabeza. Asimismo, no dejó ni por un momento de pensar en la sorpresiva visita que tiempo atrás le hizo Belinda...

¿Debería prestar mayor atención a todo cuanto ella le expresó en aquella visita?

Iana empezó seriamente a cuestionarse si valió la pena hacer caso omiso al chantaje de Donato. Igualmente coincidió con ella su amiga Miriam, y no se diga Massimo, quien, de vez en cuando, frecuentaba la universidad para visitarlas, sobre todo a su novia. Ignorante del verdadero motivo de la ruptura de sus dos amigos, cada vez que iba al instituto comentaba con Iana que lo reconsiderara, puesto que siempre, sin excepción, cuando se comunicaba con Vincenzo, este le manifestaba el inmenso sufrimiento que invadía su alma desde que ella y él rompieron. —Si no fuera por la dedicación exagerada que les otorgaba a sus estudios— fueron las palabras textuales de Vincenzo, él no conseguiría siquiera superarlo. Culminar exitosamente con sus estudios superiores era la razón que lo mantenía en pie.

Ante tales afirmaciones, Iana empezó a inquietarse. Sabía que algo tenía que hacer para recobrar su amor, sin la expectativa de la sombra de miedo que le impuso Donato.

No más abusos, amenazas ni chantajes, ni para ellos ni para su familia.

Iana debía retomar el control de su vida como la mujer fuerte y decidida que era. Así, de la misma manera como lo fueron y continuaban siendo sus padres.

—Desde este momento en adelante, Donato Carusso tendrá que vérselas conmigo —declaró Iana.

LOS FRÍOS DÍAS DE invierno empezaron a azotar Berlín. Ese año, las fuertes nevadas no se hicieron esperar, y Vincenzo, encontrándose a tan solo seis meses de concluir su maestría, aplicaba desde ya a trabajos en Italia.

Ni él mismo podía creer que habían transcurrido más de dos años desde que salió de su país.

Tiempo considerable sin tener contacto alguno con Iana.

Él la extrañaba con el alma.

Durante el primer año de sus estudios, todo marchaba, en la medida que se pudiera catalogar como bien, entre su padre y él. Sin embargo, conforme avanzaban los meses, Vincenzo empezó a notar que su padre frecuentaba seguido por el instituto. Cosa que, en un principio, no lo hacía. Mas esa no era la razón de su asombro. En varias de las ocasiones en que Donato estuvo allí, ni siquiera se miraban. Vincenzo sabía, por terceros, que únicamente se reunía con su amigo Giacomo.

Ante tal apatía por parte de su padre, Vincenzo trató de mantenerse indiferente, puesto que conocía de sobra su egocéntrica forma de ser.

Hasta que, un buen día, dichas visitas se volvieron más frecuentes, pero con la diferencia de que esas visitas eran expresamente dirigidas a él.

En un principio, padre e hijo trataban lo esencial. Vincenzo le comentaba, sin ahondar demasiado, sobre los asuntos concernientes a su pronta graduación. Por su parte, Donato, sin hacer comentarios inapropiados, escuchaba los planes de su hijo.

Le habló acerca de las aplicaciones de trabajo que desde ya venía haciendo en distintas ciudades con proyectos prometedores en Italia. Su afán era emplearse cuanto antes, estar cerca de su madre, de sus amigos. Y, aunque él mantuvo discreción sobre ello con su padre, su mayor anhelo era estar cerca de Iana.

A pesar de que las cosas ya no eran como antes, siempre había una luz de esperanza para Vincenzo.

Fue entonces, luego de que Vincenzo le comentara a su padre el interés que tenía de trabajar inmediatamente después de su llegada a Italia, cuando Donato, ni bien habían pasado dos semanas desde la última vez que estuvieron juntos, volvió a Berlín con una nueva y sorpresiva propuesta para su hijo.

Como era su costumbre, Donato invitó a Vincenzo a almorzar en un lujoso restaurante de comida italiana en el centro de Berlín.

—Hijo, me gustaría que este fin de semana vengas a quedarte conmigo. Renté un apartamento pequeño, pero lo bastante cómodo, en el centro de la ciudad.

—¿Y eso, papá? ¿Piensas acaso mudarte a Berlín? —Vincenzo echó a reír.

—Radicarme en Berlín no, pero mantenerme yendo y viniendo, sí. Además de que un amigo, lo bastante cercano, por cierto, y con quién siempre he mantenido una estrecha amistad, se mudó aquí hace ya algún tiempo. Este fin de semana nos reuniremos después de no habernos visto en algunos años, puesto que estuvo viviendo en Japón, se casó por esas tierras y ahora que ha regresado y supo que tú estudias en Berlín, quiere presentarme a su familia y conocerte. Bueno...

—Donato esbozó su típica sonrisa malintencionada—, le he hablado muy bien sobre ti, por supuesto.

—Me parece interesante que vuelvan a reunirse, papá, pero ¿que yo vaya no piensas que es algo exagerado? Quizá para una próxima ocasión.

—¡¿Cómo que no?! —enseguida protestó su padre—. Ángelo es como un hermano para mí, ¡tu comentario está fuera de lugar! Ahora es el momento indicado para presentarte con él y su familia. Sé que luego no tendrás tiempo, puesto que estarás sumamente ocupado con los asuntos de la universidad.

Vincenzo, un tanto desconfiado, preguntó:

—¿Hay algo más detrás de ese afán tuyo de que vaya y del cual no estoy enterado?

Donato respiró largo y profundo, a lo que respondió:

—Por supuesto que tengo una razón más que suficiente para que vengas conmigo. Ángelo es el dueño de una prometedora compañía de construcción aquí en Alemania, la cual fundó hace algo menos de tres años. Tendrías excelentes opciones de trabajo representando a su firma. Además, me encantaría que conozcas a su hija, Himari.

Vincenzo sonrió para sí con desdén. No estuvo de acuerdo con la exagerada intención que mostró su padre de que él permaneciera en Alemania; menos aún le interesó conocer a la hija de

su amigo.

Ante esto, respondió:

—Te agradezco la preocupación, papá, pero no está en mis planes permanecer en Alemania luego de que me haya graduado. Y con relación a la hija de tu amigo, no me interesa conocerla. Pienso reconquistar a Iana. Aún la amo, no la he podido olvidar.

—¡Deja de ser estúpido! —replicó su padre—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tener una mejor vida lejos de Italia, lejos de la sombra de ese pasado que insistes en recordar y que únicamente te llevaría al fracaso. Pero tú, pese a que gracias a mí estás aquí, estudiando tu maestría en una de las mejores universidades de Europa, por no decir *la* mejor, continúas con tu idiota actitud de jovenzuelo enamorado... ¡Ten los huevos bien puestos, carajo! ¡Eres un Caruso! Para conseguir un objetivo en esta vida hay que ir pateando lo que estorba en el camino.

—¡Basta, papá, ya fue suficiente! ¿Acaso ese fue tu único afán? ¿Traerme a Alemania con engaños con el fin de alejarme de Iana, sabiendo que mi sueño era culminar mi carrera en este país? ¡Pero qué idiota fui! En eso no te equivocaste, pero no por amar a Iana con toda mi alma, sino por haber creído en tu egoísta interés. ¿No será que tuviste algo que ver con su repentina decisión de romper conmigo?

—No permito que me hables de ese modo... ¡Soy tu padre, malagradecido!

—¡Y tú respétame como el hombre adulto que soy!

—No pienses que esto va a quedarse así —amenazó Donato, luego de levantarse, recoger su abrigo y los guantes de cuero negro que había dejado en el respaldo de la silla—. Tienes una deuda muy grande conmigo... Y desde ya te aclaro que acatarás todo lo que se viene.

—Si te refieres al dinero que has gastado para mis estudios durante estos años, descuida. Te devolveré hasta el último centavo.

—Hasta una próxima vez, Vincenzo. —Donato le lanzó a su hijo una mirada por demás amenazante. Luego de eso, salió del restaurante dejando su almuerzo servido.



Vincenzo, por vez consecutiva, volvió a ser presa fácil del maquiavélico plan de su padre.

Intuía que algo debió haberle dicho a Iana para que ella lo dejara así, sin explicación alguna.

Por esas coincidencias de la vida, Vincenzo se enteró de algo que lo dejó sin palabras.

A través de uno de sus profesores, quien además era buen amigo del presidente de la junta directiva de la universidad, Giacomo Mantovani, supo que entre su padre, Giacomo, y una

tercera persona —cuyo nombre el profesor no recordaba en ese momento— habían tejido, al detalle, el futuro de Vincenzo.

Entre otras cosas, descubrió que Donato nunca pagó los estudios de su hijo. Al contrario, Giacomo Mantovani, valiéndose de su cargo y a sabiendas de que Vincenzo ya se proyectaba como un extraordinario profesional gracias al destacado estudiante que demostró ser, favoreció a Donato. Permitió que su hijo estudiara en aquella excelentísima universidad de estudios superiores con la intención de luego cobrarse el favor, empleándolo en la constructora de aquella tercera persona, de la cual Giacomo también formaba parte.

Atando cabos, Vincenzo se dio cuenta de que esa tercera persona no podía ser nadie más que el gran amigo de su padre: Ángelo, el mismo de quien le habló días atrás y que vino desde Japón.

« ¡Cuánto descaro! », exclamó para sí, indignado.

Tan solo fue un títere que su padre pudo manipular a su antojo y conveniencia.



—¡Vincenzo, amigo mío! ¿Cómo has estado? —contestó Massimo al teléfono.

—¿Acaso interrumpo algo? Porque si es así, llamo luego.

—No, para nada. Justamente iba de camino a casa —respondió Massimo—. Pero cuéntame, ¿cómo van las cosas por allá?

Tras un largo respiro, Vincenzo respondió:

—Por esa razón te llamo, para contarte... Más bien dicho, para desahogarme contigo sobre algo tan escalofriante que me acabo de enterar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Massimo.

—Como siempre, mi padre. ¿Puedes imaginar que me trajo hasta aquí con sucios engaños?

—¿Qué fue lo que hizo esta vez?

Y así, con lujo de detalles, Vincenzo le contó a su amigo la verdadera intención de su padre favoreciéndole los estudios en Alemania.

—Es imperdonable todo lo que me cuentas, Vincenzo. Pero, asimismo, siéntete agradecido porque lo supiste a tiempo. Además, pronto tendrás tu título anhelado bajo el brazo... Y eso, tenlo muy presente, nadie podrá refutarlo.

—Así es, amigo. Y ahora cuéntame, ¿qué has sabido de Iana? ¿Te ha comentado algo sobre ella Miriam o, de pronto, ustedes se han visto?

Para Vincenzo no pasó inadvertida la risita que dio Massimo. Entretanto, este respondió:

—Justamente estuvimos reunidos hace un par de días, y déjame decirte que Iana te extraña muchísimo... Así me lo dio a entender.

—¿Y no me lo dijiste? —protestó enseguida Vincenzo.

—Discúlpame, pero no lo vi oportuno. Tú mismo dijiste que era mejor mantenerse alejado de todo lo que a ella concierne.

—Es verdad. —Vincenzo guardó silencio por un momento—. ¡Qué equivocado estaba al pensar injustamente! ¿Sabes? Presiento, es más, te doy mi cabeza a que es cierto que mi padre tuvo que ver en su repentina y descabellada decisión de separarnos... ¡Qué estupidez haberme dicho que sería una distracción para mí si continuábamos juntos! —Vincenzo echó a reír.

—Así lo pensé yo también... —respondió Massimo—. Pero qué te puedo decir, conozco su carácter, y nada se podía hacer. Y con todo esto, ¿qué piensas hacer?

—Como ya te venía diciendo, he enviado algunas carpetas a diferentes constructoras en Italia. Tan pronto como me gradúe, regresaré.

—Es lo más acertado —dijo Massimo—. Y en cuanto al trato que hizo tu padre con sus dos amigos, ¿cómo te deslindas de eso?

Vincenzo rio para sí con ironía.

—Simple y sencillamente, yo no tengo nada que ver en sus planes deshonestos. Es más, jamás me quedaría en Alemania. Le comenté el caso a un amigo que estudió leyes. Él me aseguró que, mientras no tenga nada firmado, todo quedará en palabras, por lo que no tengo de qué preocuparme. Y, dado el caso de que existiera un documento firmado, el cual no existe, no tendría validez alguna.

—Concuerdo con tu amigo, Vincenzo, no hay de qué preocuparse. ¡Qué feliz va a ponerse Iana cuando sepa que pronto estarás de regreso!

—Ni se te ocurra correr a decírselo a Miriam. Mira que ambas comparten la misma habitación en la universidad. Soy yo quien desea decírselo, pero antes debo desenmascarar a mi padre.

—Te doy mi palabra.

—Y ahora te dejo, no te quito más tu tiempo. Ve y haz lo que ibas a hacer... —Vincenzo soltó una risotada—. Por cierto, dale mis saludos a Miriam.

—Así se lo haré saber. Hasta muy pronto, amigo.

Vincenzo cortó la llamada.

Algo tenía que hacer para recobrar a Iana... y enseguida.



EL FRÍO INTENSO Y las fuertes nevadas de aquellos días de invierno cubrían las altas tierras de Valserra. Cipreses y pinos se erguían majestuosos, con sus picos blanqueados que resaltaban en lo alto, haciendo del pintoresco pueblo norteño un lugar único.

Iana había ido a pasar una corta temporada en casa de sus padres, y durante el tiempo que estuvo allí decidió contarles el verdadero motivo de su separación con Vincenzo.

Su único afán era derrocar de una vez por todas y definitivamente al inescrupuloso de Donato Carusso.

Cuando Iana les habló a sus padres del chantaje de Donato, ellos no tardaron en darle su apoyo; jamás permitirían que él se saliera con la suya.

—Mi querida Iana —se lamentó su padre—, ¡por cuánto tiempo te mantuviste en silencio sin contárnoslo! Te aseguro que las cosas no hubieran sucedido como se presentaron si hubieras confiado en nosotros.

—Papá... —respondió Iana, mientras su madre escuchaba con atención—, no imaginas el terror que sentí de que ese desquiciado llegara a cumplir su amenaza y les hiciera daño a ustedes o a Vincenzo.

Saúl respiró con fuerza, mientras Ainara se adelantaba a decir:

—Te comprendo, y créeme que hasta me permito darte la razón, hija mía. Donato no es un hombre que se conforma con simples amenazas... En cuanto las cosas no se le presentan tal y como las impone, las ejecuta sin remordimiento alguno.

—Así es —dijo Saúl, dándole la razón a Ainara.

—Pero, asimismo —continuó Ainara—, tampoco debemos vivir a merced de su enfermizo manipuleo emocional. Ha llegado el momento de detener esta rueda de abusos y chantajes que, en todo este tiempo, solo ha acumulado más miedo y sometimiento por su capricho. Y lo digo en

serio... Esto que pasó contigo, hija, fue la gota que derramó el vaso. ¡Se acabó! Ese infeliz tendrá que retractarse y, de una vez por todas, respetar tu voluntad, la de su hijo y la nuestra.

—Sí, mamá, tienes toda la razón. Gracias por apoyarme, y lo mismo digo para ti, papá —sostuvo Iana, mientras regresaba la mirada a su padre y recargaba la cabeza en su hombro—. Sin ustedes, no sé cómo hubiera podido sobreponerme a esto y enfrentar a ese canalla.

—Siempre debes contar con nosotros, mi amada Iana —dijo su padre, besándole la coronilla—. Y ahora permíteme darte un consejo: no esperes más tiempo y cuéntale a Vincenzo la verdad.

—Piensa en el dolor que le causó al pobre muchacho tu repentina decisión —comentó su madre, adelantándose; a lo que Iana respondió, tomándolos de las manos a ambos:

—Eso mismo es lo que voy a hacer, y cuanto más pronto lo haga, mejor.

—Vincenzo está pronto a graduarse, ¿cierto?

—Así es, mamá, en menos de cinco meses.

De pronto, su madre se quedó callada y, luego, dijo:

—Esto que te diré, hija, debes tenerlo claro para que no te lleves alguna sorpresa más adelante.

—¿A qué te refieres, mamá?

—Lo más probable es que, en todo este tiempo, Vincenzo haya conocido a alguien más. ¿No lo has pensado, hija?

Iana suspiró profundamente.

—Sí, lo he pensado. Pero no por eso voy a dejar de decirle a Vincenzo cuál fue la causa para terminar con él.

—Iana tiene razón —intercedió Saúl—. Las cosas tienen que decirse tal y como son, para que más tarde no se vuelvan en nuestra contra. Dejaste pasar demasiado tiempo ocultando algo tan serio, hija... Pero bueno, lo importante es que ahora él sabrá la verdad. Y si hay o no alguien más en la vida de Vincenzo, eso es otro asunto.

—Sí, papá, lo importante, como tú dices, es que Vincenzo sepa la verdad de todo lo que ocurrió a manos de su padre.

Iana se tomó los días siguientes para decidir cómo confiarle a Vincenzo que su padre fue quien la forzó a terminar con él. Conocía de sobra su temperamento, por lo que estaba consciente de lo que enfrentaría cuando Vincenzo se plantara ante su padre.

Y así fuera el caso, Donato Carusso no volvería a intimidarla.



LOS DÍAS SE TORNARON de inmensa alegría para Vincenzo en cuanto recibió un mensaje de Iana. Habían transcurrido algo más de dos años desde que ellos se separaron y, al fin, luego de leer su amoroso mensaje, se dibujó ante sus ojos un firmamento de coloridos matices, donde pinceladas de esperanza dieron luz a su vida.

El mensaje decía:

Vincenzo, cuánto tiempo ha pasado desde el día en que nos separamos... No imaginas lo difícil que ha sido para mí no volver a verte, resistirme a disfrutar de tus ocurrencias, de cada detalle, por pequeño que este fuera, pero que era capaz de llenar de felicidad cada instante de mi vida. Ser el motivo de tus alegrías, así como también tu paño de lágrimas... Ojalá alcances a imaginar cuánto extraño poder darte mi hombro ante tus angustias, tus penas...

Perdóname, por favor, por darte la espalda cuando debí ser tu apoyo. Créeme que tomar esa decisión ha sido mi calvario. Te juro que lo lamento.

Ojalá un día nos volvamos a encontrar.

Deseo para ti todo lo mejor de este mundo.

Suerte, Vincenzo.

Un abrazo,

Iana.

Inmediatamente después de leer su mensaje, Vincenzo no dudó en tomar el celular y telefonar a Iana. Estaba feliz.

Al otro lado de la línea, ella contestó:

—Vincenzo... —su dulce voz sonó entusiasmada.

—Iana, qué alegría saber de ti después de tanto tiempo. Acabo de leer tu mensaje... Continúo creyendo que es imaginación mía.

Se escuchó el hondo respiro que ella dio.

—Créeme que me cuesta tanto dirigirte la palabra después de cómo me comporté contigo. Todo cuanto escribí es lo que siento.

—Iana...

—Tan solo me queda pedirte que me disculpes —continuó Iana—. Y ahora dime ¿cómo has estado? Supe por Massimo que pronto terminarás la maestría.

—Así es, de aquí a poco tiempo al fin me graduaré —respondió. Por un momento, Vincenzo permaneció callado. En cierta forma, se sintió halagado con las disculpas que ella le dio, pero asimismo él continuaba sin comprender por qué, de un momento a otro, tomó esa resolución sin siquiera haberle dado una oportunidad—. No me pidas disculpas, por favor. Sé que por algún motivo que aún desconozco, pero que de corazón me gustaría saber, tomaste esa decisión. Ya tendremos tiempo de sobra para conversar sobre ello.

—Es lo que más deseo —respondió Iana.

—Y ahora cuéntame, ¿cómo van tus estudios? Pronto saldrás de vacaciones, ¿cierto?

—Pronto, en pocos días.

—¿Y en casa? ¿Cómo están tus padres, tus hermanos? Siempre tengo presentes a esos dos niños, sobre todo a Adriel. Él es tan particular. Me imagino cómo habrán crecido.

Iana rio.

—Pronto cumplirán once años, y sí, este par de niños cada vez me sorprenden más.

Vincenzo, al igual que Iana, también rio.

—Puedo imaginarlo. Entonces, ¿irás a Valserra este verano?

—Claro que sí, voy a estar acompañando a papá en el hospital. Así voy tomando experiencia... Estoy tan feliz de ser su asistente personal. —Iana volvió a reír.

—Ya extrañaba esa forma tuya de reír —dijo Vincenzo—. Dale mis saludos, al igual que a tu madre.

—Así lo haré. Ellos siempre te recuerdan con muchísimo cariño. Estarán felices de recibir noticias tuyas.

—Lo sé. Ahora debo dejarte —se disculpó Vincenzo—. Tengo un proyecto que exponer mañana a primera hora y todavía me faltan algunos puntos por resolver.

—Ve, Vincenzo, ve. Estoy tan feliz de haber conversado contigo. Que tengas una linda noche... y suerte con la exposición mañana.

—Gracias, Iana. Igualmente, una linda noche para ti. —Vincenzo cerró la llamada en medio de una sonrisa de felicidad. Sintió tranquilidad y añoranza a la vez al escuchar su voz de nuevo.

«Te extraño tanto y te amo, amor mío», dijo para sí, mirando ensimismado la lluvia resbalar por el ventanal.

—Tan pronto como me haya graduado, me tendrás en Florencia, o en Valserra, o donde sea que estés, y juntos retomaremos nuestra relación desde donde la dejamos.



IANA SABÍA QUE EN apenas cuatro días sería la ceremonia de graduación de Vincenzo y, aprovechando que ese viernes no tendría clases las últimas horas ni trabajos pendientes por entregar, decidió hablar con su padre.

Cuando a Iana algo se le metía en la cabeza, no había nada que la hiciera cambiar de parecer.

—Hola, papá —saludó en cuanto Saúl contestó la llamada.

—Iana, hija querida, ¿cómo está todo por la universidad?

—Bien, papá, las clases son cada vez más interesantes. Papi, necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué será?

—¿Sabías que la ceremonia de graduación de Vincenzo es este sábado?

—No, no lo sabía —respondió su padre en medio de una risita.

—Papi, quiero ir a Berlín para estar presente en su graduación. Y antes de que me digas algo, te adelanto que el viernes tengo clases únicamente hasta el mediodía, entonces bien podría tomar un vuelo en la tarde y así le doy la sorpresa a Vincenzo al día siguiente. ¿Qué dices, papá? ¿Podrías ayudarme con el boleto del avión?

Saúl soltó una risotada.

—Ahora mismo te hago la reserva del vuelo y del hotel, hija, quédate tranquila. Estoy mirando que hay un vuelo de regreso para el domingo a las seis de la tarde. Pienso que eso estaría bien para que no te hagas demasiado tarde para regresar a la universidad.

—¡Gracias, papá, te adoro! —Iana no podía creer que en tan solo dos días volvería a ver a Vincenzo.

—No tienes de qué, hija. Estoy muy contento de que vayas a verlo y estés presente ese día. Te aseguro que será una linda sorpresa para Vincenzo y, bueno, qué mejor oportunidad para que ustedes puedan conversar. De igual forma, sé que a tu madre le va a dar mucho gusto cuando le

cuenta. Ya te envié la reservación a tu correo y, cuando llegue a casa, haré una transferencia de dinero a tu cuenta para que tengas para el viaje.

—Nuevamente gracias, papá. No imaginas la tranquilidad que siento. Sé que este encuentro será bueno para ambos. Y ahora te dejo porque tengo clase de laboratorio ya mismo —dijo Iana, chequeando su reloj—. Te mando un beso.

—Cuídate, hija. Otro para ti.

Iana revisó su correo antes de ir a su clase de laboratorio y vio que, efectivamente, su vuelo estaba programado para horas de la tarde del viernes. Sintió tanta alegría que no iba a esperar para contárselo a Miriam. Tomó su mandil y sus instrumentos de trabajo y se dirigió apresurada hacia el pabellón para asistir a su clase de laboratorio de química porque ya se le hacía tarde.

Durante la clase, Iana aprovechó para hablar con Miriam.

—¿Sabías que el viernes viajo a Berlín? —dijo mientras ambas tomaban la recolección de datos.

—¿Hablas en serio?

—Sí, hoy hablé con papá y me resolvió en ese mismo momento.

—¡Guau, Iana, qué buena noticia! Y tú que estabas angustiada pensando que quizá no lo haría.

—Pero te advierto que no vayas a decírselo a Massimo. Te conozco lo impaciente que eres.

Miriam gesticuló con la boca.

—Qué mal concepto tienes de mí. —Miriam echó a reír, justo cuando el profesor les pidió guardar silencio—. No diré nada, descuida —dijo en voz baja.

—Quiero darle la sorpresa a Vincenzo... Pero te comento que estoy nerviosa.

—¿Y eso por qué?

—Señoritas, por favor —insistió el profesor acercándose a donde ellas—. Dedíquense a su trabajo. No vaya a ser que por estar en el cuchicheo reprueben la clase.

Ambas asintieron de inmediato, levantando la vista hacia el profesor.

—Hablamos luego —murmuró Iana a Miriam—. Solo te adelanto que, obvio, estoy intranquila. ¿Y si Vincenzo tiene a alguien más?

—Eso lo descubrirás el sábado cuando ustedes se vean.

—Tengo miedo, asimismo, de que vaya a portarse indiferente conmigo.

—Llevan más de dos años sin verse... Tienes que estar preparada para cualquier reacción que él pudiera tener, Iana.

Iana gesticuló con la boca.

—Además de que Donato de seguro estará allí... ¡Qué fastidio tener que verlo!

—Ya cállate —dijo de pronto Miriam—, porque el profesor Lombardo no nos quita la mirada de encima.

Iana levantó a ver al profesor; efectivamente, continuaba mirándolas. Le devolvió una sonrisa apurada y se dispuso a terminar los apuntes para el informe.



LLEGÓ EL DÍA DE la graduación de Vincenzo.

Él, junto con la promoción de estudiantes que en aquella mañana soleada de fines de mayo culminaron sus estudios superiores, se encontraba reunido en los exteriores de la universidad para ser condecorado y recibir su merecida acta, proclamándose nuevo profesional. Por supuesto, Vincenzo engalanaba la fila, destacándose como el mejor egresado en su departamento.

Aquel día, siendo de gran relevancia para Vincenzo, su padre no acudió a la celebración. Seguramente, sus tantos compromisos laborales fueron la razón por la que Donato no acompañó a su hijo en esa importantísima mañana de sábado. Riendo con ironía, pensó Vincenzo.

De pronto, se dio inicio a la ceremonia:

—Arquitecto Vincenzo Carusso Fiorucci —anunciaron su nombre inmediatamente después de las palabras de apertura pronunciadas por el presidente de la junta directiva de *Weserbrook College*, el doctor en leyes Giacomo Mantovani. Fue llamado para recibir la debida y merecida condecoración como el mejor egresado de esa promoción, obteniendo las calificaciones más altas entre los estudiantes de arquitectura.

Vincenzo, emocionado, se acercó al pódium para ser galardonado.

Giacomo Mantovani le colocó la estola de honor, cuyas siglas en color dorado proclamaban “*Summa Cum Laude*”, además del prestigioso galardón que reconocía su espléndido rendimiento académico durante sus años de maestría. Mas, en el momento en que Vincenzo se giró hacia el público presente para ofrecer unas breves palabras de agradecimiento, sus ojos se detuvieron en Iana.

Ella, sentada en la primera fila, sonreía al mirarlo.

Vincenzo no terminaba de creer lo que veía. Nunca cruzó siquiera por su mente que ella estaría allí, entre los espectadores, acompañándolo en un día tan importante.

A pesar de la emoción, Vincenzo se incorporó al acto y continuó con su intervención. Sin embargo, mientras pronunciaba su discurso, sus ojos volvieron insistentemente a Iana.

—Buenos días, excelentísimas dignidades de *Weserbrook College*, profesores, damas, caballeros y niños que hoy nos acompañan en este día de gran importancia para nosotros, los estudiantes que, luego de arduos años de estudio, egresamos. Para mí, en particular, este momento marca el inicio de una nueva etapa de vida. Prometo, ante Dios y ante ustedes, querido público, hacer de mi profesión un ejemplo a seguir. Gracias, de corazón, por esta oportunidad.

Dicho esto, Vincenzo guardó silencio por un momento. Luego, invadido por la felicidad que abrigaba su alma al tener al amor de su vida frente a él compartiendo sus logros y, por qué no decirlo, enorgulleciéndose del extraordinario mérito del que fue acreedor, además de la alegría que representaba haber concluido con éxito su maestría, dirigió su condecoración al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

Después, besó la medalla.

Enseguida de concluida la ceremonia, y luego de recibir las felicitaciones tanto de los profesores como del comité académico y de sus amigos, Vincenzo se acercó a donde estaba Iana. Ella, dibujando una dulce sonrisa en sus tentadores labios rojos, lo esperaba parada junto al stand dispuesto para la celebración.

—¡Qué sorpresa, Iana! —exclamó Vincenzo, feliz, sin poder contenerse. Las sonrisas se le escapaban de los labios—. ¿Cuándo llegaste? —preguntó, deslumbrado al tenerla ahí, frente a él, después de tanto tiempo. Quedó impactado al mirarla: Iana lucía bellísima. Durante esos tres años, ella había cambiado; se veía más mujer. Su larga cabellera negra resplandecía igual de hermosa, meciéndose al compás del viento en esa soleada mañana de mayo, y sus cautivadores ojos verdes destellaban embrujantes. Por un momento, sintió un impulso sobrenatural de abrazarla, sentir su calor, su delicioso aroma que colapsaba sus sentidos, haciéndolo presa sumisa. Pero se contuvo; no era lo apropiado, pensó.

—¿Acaso cruzó por tu cabeza que no lo haría? —dijo Iana, aún con la dulce sonrisa dibujada en sus encantadores labios rojos—. ¡Felicidades, Vincenzo! Esto era algo que no me lo iba a perder. Y mira, qué honor presenciar tu condecoración. Me siento muy orgullosa de ti. Realmente te mereces esto y mucho más. En cuanto a tu pregunta, llegué ayer por la tarde.

—Gracias, Iana, por tus palabras y buenos augurios. —Vincenzo le devolvió la sonrisa—. Nunca me hubiera imaginado que vinieras. Casi me desplomo al verte ahí, entre toda esa gente.

—Vincenzo soltó una risotada y, sin apartar ni por un momento la mirada de ella, exclamó—: ¡Cuánto tiempo ha pasado sin vernos! Sigues igual de linda.

—Agradezco tus cumplidos. Tú también te ves muy bien. Y bueno, referente a lo que dices, no era mi intención, tan solo quise darte la sorpresa. —Iana también echó a reír—. ¿Y Belinda? Pensé que la encontraría aquí.

—Se le hizo imposible venir, pero pronto nos reuniremos en Florencia.

—Oh, entiendo.

—Y ahora cuéntame, ¿cómo hiciste para venir hasta aquí?

—Papá me ayudó con los gastos. Él y mamá te mandan saludos y sus mejores deseos.

Vincenzo se sintió halagado; realmente los apreciaba.

—Dales igualmente mis saludos. —De pronto, se quedó mirándola y agregó—: Insisto, qué detalle tan bonito que hayas venido. De corazón, Iana. ¿No hubo problema en que te ausentaras unos días de la universidad?

Iana negó con la cabeza.

—No, para nada. Ayer tuve clases únicamente hasta el mediodía, el vuelo salió a primeras horas de la tarde... Y aquí me tienes... —dijo, esbozando una agraciada sonrisa mientras hacía un ademán de venia con el brazo—, feliz de estar celebrando contigo.

Vincenzo rio, encantado de verla hacer lo que él siempre solía hacer con ella años atrás, en los jardines de la universidad.

—Hablando de celebración —dijo—, hay un restaurante italiano en el centro de Berlín. ¿Quieres que vayamos allí?

—Se supone que debería ser yo quien te invite... Pero, a tanta insistencia... —respondió Iana con una amplia sonrisa que agració aún más su rostro—, vamos de una vez.



Juntos tomaron un taxi y fueron al restaurante italiano, que Vincenzo frecuentaba de vez en cuando con los amigos.

Ordenaron el mejor de los vinos y, antes de que el camarero les mostrara el menú para elegir qué almorzar, hicieron un brindis: un brindis en honor a la culminación de sus estudios, además de celebrar su increíble reencuentro con Iana. Aunque Vincenzo se guardó este último motivo para sí mismo, temeroso de decir algo que estuviera de más.

—*Salute!* —brindó Iana, chocando ambas copas—. Por un futuro prometedor y lleno de felicidad.

Vincenzo sonrió, feliz de estar en su compañía.

—*Salute!* Gracias, Iana. Este día no hubiera sido igual si no estuvieras aquí, te lo aseguro.

Iana lo miró fijamente, pero alzó la vista cuando el camarero se acercó a su mesa y les preguntó por los platos que habían decidido. Iana escogió el risotto al vino blanco en salsa de almejas, mientras que Vincenzo pidió pasta al pesto.

—Como te decía —continuó Vincenzo—, no me cansaré de decir lo feliz que me siento de que hayas venido. Pero cuéntame, ¿cómo te va en la universidad? Imagino que los estudios se vuelven cada vez más intensos.

—Exactamente, hay veces que no tengo ni tiempo para mí misma, pero me encanta. ¿Sabes? En las vacaciones de verano ayudaré a papá en el hospital... Estoy tan emocionada.

—Recuerdo que me lo comentaste cuando hablamos. Es una gran noticia, así irás tomando experiencia.

Iana asintió con una sonrisa mientras el camarero traía los platos.

—¡Se ve delicioso! —exclamó, mirando lo apetitosos que lucían ambos platos.

Vincenzo le devolvió la sonrisa.

—La comida en este restaurante es excelente. Al menos hay lugares que me recuerdan a Italia.

—Me doy perfecta cuenta de ello. ¿Y tú? —preguntó Iana, antes de llevarse a la boca un bocado de su risotto—, ¿qué has hecho durante todo este tiempo? Aparte de estudiar, claro.

—Lo que todo joven hace: salir por ahí de vez en cuando con amigos, reunirnos, tomar unos tragos... nada más allá de eso. —Vincenzo dudó un momento antes de preguntar; estaba un tanto inquieto—. ¿Y tú? ¿Has conocido a alguien más?

Vincenzo temía que Iana le dijera que había alguien más en su vida. Tres años eran suficiente tiempo para haberlo olvidado, pensó... Pero, ¿por qué estaba ella ahí? ¿Sería que continuaba amándolo? ¿O simplemente lo veía como un buen amigo?

Iana negó con la cabeza.

—No, Vincenzo. Al igual que tú, he salido en varias ocasiones a divertirme con amigos de la universidad mientras estoy en Florencia, y en las vacaciones de cada semestre voy a casa. ¿Sabes? Hemos pasado momentos muy lindos con Miriam y Massimo en el pueblo.

Vincenzo sintió una gran tranquilidad al saber que Iana no tenía a nadie en su vida.

Una luz de esperanza brilló para él.

—Ellos se complementan muy bien, ¿verdad? —comentó enseguida.

—Así es, Miriam y Massimo hacen una linda pareja.

—Y ahora... —dijo Vincenzo, luego de que terminaran de almorzar—, ¿qué te parece si te llevo a dar una vuelta por la ciudad?

Los grandes y vivaces ojos verdes de Iana brillaron.

—Me encantaría —respondió, entusiasmada—. Realmente nunca he estado en Alemania y me gustaría conocer más de esta linda ciudad antes de regresar a Florencia.

—¿Cuándo te irás? —preguntó Vincenzo de repente.

—Mañana por la tarde. A las seis es mi vuelo.

—Qué lástima que no puedas quedarte más tiempo. —Vincenzo la miró fijamente a los ojos, a sus hermosos ojos verdes que lo hacían soñar.

Iana sostuvo su mirada con una suave sonrisa y preguntó:

—¿Y tú? ¿Cuándo tienes planeado regresar a Italia?

—Todavía debo permanecer un corto tiempo en Berlín. Luego de eso, al fin volveré a mi bella Italia. —Vincenzo esbozó una suave sonrisa, recogió la tarjeta que el camarero le entregó tras pagar la cuenta y la guardó en su billetera—. ¿Te parece si vamos a dar una vuelta ahora?

—Sí, la tarde está hermosa para caminar —respondió Iana.



Luego de haber degustado, entre risas, charlas y escarbando en el baúl de los recuerdos, el exquisito plato de risotto al vino en salsa de almejas y la pasta al pesto que pidió Vincenzo, acompañado de un vino blanco suave, además del fabuloso postre que ofrecía la casa —el famoso *Apfelstrudel*, o pastel de hojaldre de manzana acompañado por una bola de helado de vainilla—, Vincenzo llevó a Iana a dar un largo y apacible paseo por el centro de Berlín.

Caminaron cerca del palacio de Charlottenburg, se hicieron *selfies* en el puente sobre el río Spree, y luego Vincenzo la invitó a dar un paseo en bote para que Iana pudiera contemplar parte de la hermosísima ciudad. Finalmente, se detuvieron en un parque para conversar, amparados bajo la sombra de la exuberante vegetación que hacía de Berlín un lugar excepcional.

Como era de esperarse, Vincenzo habló con Iana acerca de su padre y del engaño que lo había llevado hasta allí. Ella lo escuchó atentamente.

—Mi padre se desenmascaró por sí solo. ¿Puedes imaginar que me trajo hasta aquí con engaños? —Iana esbozó una sonrisa asertiva, mientras Vincenzo continuaba—: Su único afán era separarnos... Pero bueno, no deseo redundar en ello. Al menos conseguí con toda y su farsa estudiar aquí. De ahí en adelante, todo cuanto haya tramado para mi vida en confabulación con sus dos grandes amigos no me interesa en lo absoluto.

Iana lo miró intrigada y enseguida preguntó:

—¿A qué te refieres con que tu padre confabuló con sus amigos? No comprendo.

—Es asombroso, Iana, como tarde o temprano todo se llega a saber. —Vincenzo rio con ironía—. Pues resulta que lo supe por un amigo, quien es abogado: mi padre, junto con dos amigos suyos, que por cierto, uno de ellos es el presidente de la junta directiva de la universidad, Giacomo Mantovani...

—¿El mismo que te condecoró? —interrumpió Iana.

—Exactamente, él. Y bueno, volviendo al tema, su otro amigo es dueño de una constructora aquí, en Berlín. Entre ellos planearon ingeniosamente mi futuro, con el único fin de que me quedara en Alemania. ¿Puedes imaginar hasta dónde llegó el alcance de mi padre? Tenía perfectamente organizado hasta en dónde trabajaría.

—No, dímelo tú —respondió Iana. Su expresión reflejaba completa sorpresa.

—En la constructora de este amigo suyo, que llegó desde Japón. —Vincenzo exhaló con fuerza—. E incluso insistió en que conociera a su hija.

—¿Llegó tu padre a presentártela? —cuestionó Iana enseguida.

—No, francamente no me interesó conocerla... ni a su padre ni a ella. —Iana, tras humedecer sus labios, asintió con la cabeza, mientras tanto Vincenzo continuó diciendo—: Mi padre jamás pagó un centavo por mis estudios como hizo creer a todos. Al contrario, ese fue el acuerdo entre ellos: mis estudios a cambio de trabajar en la constructora de su amigo, aparte de que Giacomo también forma parte como accionista en esa dichosa constructora —espetó con indignación.

—¿Qué me cuentas, Vincenzo! Y tu padre, ¿qué dice de todo esto?

—¿Bah! —Vincenzo gesticuló con las manos—. Para qué entrar en detalles, ya puedes imaginarlo.

Iana asintió, frunciendo los labios.

—No te sientas mal por ello, lo importante es que lo supiste a tiempo y, sobre todo, lograste poner fin a toda esa trama de abusos y engaños. —Tras una breve pausa de silencio, Iana inhaló profundo y exhaló con calma—. Pienso que ahora llegó el momento de confiarte el porqué de mi separación contigo.

Vincenzo la miró fijamente a los ojos y cuestionó:

—Mi padre tuvo algo que ver en eso, ¿cierto?

Iana asintió.

—Así es, Vincenzo, no voy a ocultártelo por más tiempo. Él me exigió que me alejara de ti. De otra manera, te haría daño no solo a ti sino también a mis padres.

Vincenzo, indignado, movió la cabeza de lado a lado.

—¡Lo sabía! Siempre tuve mis dudas, pensando que el motivo de que acabaras nuestra relación así, de repente, se debía a algo que pudo haberte dicho mi padre.

—Además... —añadió Iana, tras dar un profundo respiro—, hay algo que nunca he querido contarte, y te lo diré ahora mismo... De otra manera, me arrepentiría por no habértelo dicho.

—¿Qué sucedió? —preguntó Vincenzo, extrañado.

—Tu padre ha venido acosándome desde hace algún tiempo atrás... Cuatro años, quizá cinco...

—¿Qué? ¿Mi padre qué...?

—Aún ni te conocía cuando él frecuentaba seguido el pueblo con el único afán de perseguirme y fastidiarme. Cuando fui a estudiar en Florencia, pensé que al fin me desentendería de tanto acoso por parte suya, pero él ya sabía, para mi sorpresa, donde estudiaba, puesto que el decano de mi facultad y él son buenos amigos... ¿Qué ironía, no? —Vincenzo la escuchó con atención, mientras Iana continuaba—: Estando hasta en ese lugar, tu padre se las ingenió para continuar mortificándome con sus acosos. Mis padres no sabían nada al respecto, hasta que un buen día, luego de que intentara sobrepasarse conmigo, me vi obligada a contarles la verdad acerca de Donato. Bueno, para no alargar más la historia, desde ese momento papá y mamá intervinieron para que dejara de molestarme.

—¿Y luego? —inquirió Vincenzo, con el rostro tenso.

—Hasta el día de hoy no ha pretendido nada conmigo, únicamente la vez que me telefoneó para que nos encontráramos en una cafetería cerca de la universidad, puesto que, según él, tenía algo muy importante que decirme acerca de ti. Fue entonces cuando acudí esa tarde a la cita, y fue ese día cuando tu padre me chantajeó... El resto ya lo conoces.

Vincenzo enseguida tomó a Iana de las manos.

—Gracias por contarme todo esto... Jamás hubiera cruzado siquiera por mi cabeza que mi padre fuera capaz de tanta porquería... ¡Qué clase de monstruo es...! ¡Carajo!

Iana miró a Vincenzo con quietud.

—Hay hombres que no merecen llevar el título de “padre”..., y uno de esos es el tuyo.

—¡Cuánto lo siento por todos los malos ratos que tuviste que vivir a costa de mi padre! Me disculpo en su nombre contigo, Iana —dijo Vincenzo, tomándola con ambas manos por el rostro—. Te propongo que, a partir de hoy, olvides ese y todos aquellos malos momentos, ¿qué dices?

Iana, con su aterciopelado rostro ceñido entre sus manos, esbozó una dulce sonrisa.

—Créeme que lo he tratado... Mas, desde hoy en adelante, me esforzaré aún más por conseguirlo.

Vincenzo también esbozó una dulce sonrisa.

—Lo lograrás. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a caminar por la plazoleta?

Iana accedió, divertida.

—Me encanta la idea.

Vincenzo se levantó y, tomándola de la mano, la ayudó a ponerse en pie.

—En la noche me encantaría que me acompañaras al bar donde me reuniré con unos amigos para celebrar... ¿Qué dices?

—¡Fabuloso! Me sentiré halagada de ir a celebrar contigo, además de conocer a tus amigos.

Iana y Vincenzo pasaron esa tarde de sábado recorriendo, entretenidos, por el centro de la ciudad. Se detuvieron a tomar una cerveza al aire libre en una de las mesas de los diversos restaurantes que había en la plazoleta, mientras disfrutaban de la música callejera que, en esos días de calor, teñía de color las mañanas, tardes y noches, alegrando a los transeúntes.



VINCENZO SE QUEDÓ CON Iana que le pasaba recogiendo a las diez de la noche para ir al bar.

Y así fue, ella ya esperaba por él en la habitación del hotel.

Todo el tiempo desde que llegó a Berlín, pero sobre todo desde que volvió a estar en la compañía de Vincenzo —a pesar de que tuvo tanto miedo a su reacción después de esos tres años sin verse ni tener contacto alguno—, Iana pasó feliz y divertida junto a él. Le tranquilizó más que nada que Vincenzo no estuviera en alguna relación amorosa ni hubiera tenido una en el pasado.

Todo indicaba, según lo que pudieron conversar, que él no comprometió su corazón durante el tiempo que estuvo en Alemania.

Era una luz de esperanza para ella.

Iana vistió esa noche un atuendo propio para la ocasión: pantalón holgado ceñido a la cintura con bolsillos a ambos lados en color perla y un chaleco estilo corsé del mismo tono, además de zapatillas de tacón alto y una gargantilla aterciopelada en color negro que realzaba el conjunto, haciendo juego con las zapatillas. Su larga cabellera negra la dejó caer suelta y usó maquillaje discreto en tonos tierra.

En cuanto Vincenzo la telefoneó diciéndole que ya se encontraba en el lobby del hotel, tomó su cartera de la mesita de noche y enseguida bajó a darle el encuentro.

—Buenas noches —saludó con él, dándole un rápido vistazo. Ciertamente, Vincenzo se miraba muy bien; quizás había bajado unos cuantos kilos, pero, aun así, continuaba manteniendo su físico corpulento y bien dotado.

—Te ves linda. ¿Lista para una noche loca? —dijo Vincenzo, y echó a reír.

—Más que lista. —Iana también rio. Vincenzo la tomó del brazo y salieron hasta la acera, donde les esperaba el taxi.

—Tus amigos esperan por nosotros en el bar, me imagino —comentó Iana mientras se dirigían de camino al lugar.

—Así es. Me telefoneó uno de ellos diciendo que el ambiente está muy bueno.

Iana rio.

—Mi primera noche divirtiéndome fuera de Italia.

—La pasaremos bien, créeme —comentó Vincenzo, mirándola fijamente a los ojos.

Por un momento, Iana permaneció cautiva de sus ojos negros, aquellos endemoniados ojos negros que le robaban la paz.

—Llegamos —dijo Vincenzo, y bajaron del taxi.

Cuando entraron al bar, un agradable ambiente a media luz y música electrónica se percibían en el interior. Enseguida, Vincenzo encaminó a Iana hasta la mesa donde estaban sus amigos: dos jóvenes suizos que hablaban bastante bien el italiano.

—Hasta que por fin llegan —dijeron ellos. Iana les devolvió la sonrisa mientras Vincenzo hacía las presentaciones.

Se sentaron frente a frente, Iana pidió por una piña colada en cuanto la camarera se acercó a la mesa, mientras Vincenzo optó por una cerveza.

—¿Primera vez en Berlín? —preguntó uno de los jóvenes a Iana.

—Sí, es la primera vez que visito Berlín. De hecho, esta es la primera vez que salgo de Italia.

—Ahí fue donde nos conocimos —se adelantó a comentar Vincenzo, mientras Iana sonreía.

—Jamás he ido a Italia, pero sé que es hermoso —comentó el otro amigo de Vincenzo, un pelirrojo de unos veinticuatro años—. ¿Te quedarás en Berlín algún tiempo?

—Me encantaría, pero mañana regreso.

—¡Oh! —exclamó el muchacho—. Ten la seguridad de que Vincenzo te va a echar de menos.

Iana, sonriendo para sí, se mantuvo callada, a lo que Vincenzo respondió:

—Por supuesto que la voy a extrañar, y muchísimo. —Regresó con una sugestiva sonrisa a mirarla. Ella le devolvió el gesto y, clavando sus ojos en el negro apasionante de los suyos, dijo:

—Yo también...

Los dos amigos de Vincenzo se miraron entre sí.

—Nosotros vamos a la barra a ver si llegaron las chicas —comentó el pelirrojo, y se levantaron.

—¿Vamos a bailar? —preguntó Vincenzo en cuanto sus amigos los dejaron solos.

Iana accedió con una sonrisa. Se levantaron y, juntos, se encaminaron a la pista de baile; ambos disfrutaban de la música electrónica.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó Vincenzo.

—Es espectacular, además de que tus amigos son muy agradables, sobre todo el pelirrojo. ¿Cuál era su nombre?

—Jeremy.

—Oh, Jeremy. Él es muy simpático. De seguro que sus...

—No te escuché bien, ¿qué dijiste?

—Te decía que Jeremy es muy simpático y que de seguro aún no llegan sus amigas porque de otro modo ya los tendríamos con nosotros. —Iana tuvo que levantar el tono de voz mientras pirueteaba al ritmo de la música electrónica.

Vincenzo apenas sonrió, mirándola con atención.

—Seguramente estarán conversando en la barra o quizá salieron por ahí. —De pronto, Vincenzo se quedó callado.

Iana notó algo muy propio de él cuando deseaba besarla: su dulce e intensa mirada, además de la escasez de palabras, hicieron de ella un ramillete de nervios.

—¿Quieres salir? —preguntó de pronto.

Vincenzo asintió con una suave sonrisa, tomándola de la mano. El calor de su mano larga y bien formada hizo que Iana se estremeciera; mas ambos se encaminaron sin cruzar palabra hacia la azotea que estaba sobre el bar.

Apoyados uno junto al otro contra los medianos paredones de la terraza, desde donde se podía divisar un manto de lucecillas que, parpadeantes, se extendían a lo largo de la ciudad, y en lo alto, cientos de estrellas rendían honor a la luna llena que esa noche resplandecía imponente frente a sus ojos, Vincenzo, rompiendo ese silencio que por largos minutos los mantuvo ensimismados contemplando la magnificencia del cielo nocturno, de repente dijo:

—Durante este par de años tuve tanto miedo de que me hubieras dejado de amar... Y créeme que todavía continúo teniéndolo... —De pronto, se colocó frente a ella, la miró con suavidad y, envolviendo su rostro entre sus manos, ciñéndolo en una suave caricia, dijo—: Yo no he conseguido olvidarte, Iana. Todo cuanto sucedió en el pasado jamás debió involucrarnos a nosotros dos.

Iana, sintiéndose abrigada por la tibieza de sus largas manos, no logró contenerse ni por un solo instante más. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No deberías tener miedo, cariño. Yo continúo amándote como el primer día.

Vincenzo sonrió. Sus soñadores ojos negros quedaron cautivos de los suyos; entonces preguntó:

—¿Retomamos lo que un día quedó inconcluso?

Iana asintió, sujetando con una traviesa sonrisa su encantadora mirada. Tan solo deseaba abrazarlo fuerte contra su pecho y, en un dulce beso, volver a sentir el hipnotizante fulgor de sus labios rojos y suaves.

—¡Bésame de una buena vez! ¿No te das cuenta de que estoy muriendo de amor por ti?

Iana y Vincenzo unieron sus labios en un largo y apasionado beso, teniendo como testigos de su amor a la luna llena y a la infinitud de estrellas que, en esa noche maravillosa de mayo, cobijaron sus almas, colmando desde entonces de felicidad sus jóvenes vidas.



Iana y Vincenzo volvieron al bar, sonrientes, tomados de la mano.

—¿Bailamos? —propuso él.

Iana asintió con una sonrisa. Vincenzo la tomó por la cintura, y juntos fueron hasta el centro de la pista, donde sus dos amigos se divertían con las rubias alemanas. Ellos sonrieron disimuladamente al ver el afán de su amigo.

De pronto, las luces bajaron su intensidad, e inmediatamente sonó una melodía romántica en el salón. Vincenzo, sintiéndose emocionado en medio de ese ambiente propicio para que las parejas enamoradas desvelaran sus sentimientos, miró a los ojos de Iana con ilusión y la abrazó fuerte contra su pecho. Su corazón latió acelerado al sentirla nuevamente entre sus brazos. Iana correspondió con calidez a ese abrazo.

—No sé si consigues comprender que te amo con locura, amor mío —murmuró a su oído. Percibiendo el dulce aroma de su cabello, buscó sus labios y los besó con delirio.

Iana se apartó por un momento de él y, esbozando una tierna sonrisa sin alejar ni por un instante su dulce mirada de la suya, le acarició el rostro y dijo:

—De igual manera te amo, cariño.

Bajó lentamente la mirada; sus ojos quedaron fijos en su boca. Se mordió insinuante un extremo de su labio inferior y, luego, juntando sus labios a los suyos, se deleitó besándolos.

—Salgamos de este lugar... ¡Quiero estar a solas contigo! —exclamó Vincenzo, emocionado. Atrajo su rostro contra su pecho inmerso en un profundo suspiro, mientras, en una suave caricia, pasó la palma de su mano por su nuca, palpando su cabellera negra. Las ansias de sentirla entre sus brazos dominaron sus sentidos.

—¿Vamos al hotel? —preguntó Iana, aún con su rostro recostado sobre su pecho. Levantó a mirarlo; el brillo que revelaron sus bellísimos ojos verdes no pudieron disimularlo, hablaron por

sí solos, clamando de deseo.

Vincenzo inclinó la cabeza y besó su coronilla.

—A donde tú me lleves, amor mío.



Iana y Vincenzo, apresurados, entraron al elevador del hotel.

Iana presionó el botón del quinto piso; las puertas se cerraron y, Vincenzo, agitado, la acorraló contra el espejo. Con ansias contenidas, besó la curvatura de su cuello, ascendiendo lentamente hasta encontrarse con sus labios. Ambos se besaron con una pasión desbordante.

Tres años sin el calor de su cuerpo, sin la dulzura de sus besos, era demasiado tiempo. El deseo descontrolado de tenerla entre sus brazos lo consumía.

Las puertas del elevador se abrieron y, al encontrarse con una sonrisa cómplice, ambos estallaron en una risa que delataba su emoción. Iana tomó su mano, y juntos correataron los pocos metros del pasillo que conducía a su habitación. Riendo, pasó la tarjeta sobre el lector, mientras Vincenzo, detrás de ella, respiraba delicadamente la curvatura de su cuello. En cuanto la puerta se abrió, su mundo pareció detenerse.

Entre besos desenfrenados y caricias apremiantes, entraron a la habitación.

Vincenzo cerró la puerta de un golpe con el pie y, tomando el rostro de Iana entre sus manos, la apoyó contra la pared, deleitándose en cada beso que le robaba.

Iana correspondió con la misma intensidad, desabotonando con rapidez su camisa y deslizándola hasta lanzarla a la alfombra. Vincenzo, mirándola con frenesí, la sujetó por las caderas y la alzó, llevándola hasta la cama. Entre besos ardientes, la despojó del corsé y continuó liberándola del resto de su ropa.

Iana, con dedos temblorosos, desabrochó su pantalón, deslizó la cremallera y, de un tirón, lo apartó de su cuerpo. En ese instante, sus almas parecieron encontrarse en un abrazo eterno, mientras se entregaban con ternura y deseo. Las sábanas blancas, cálidas y suaves, se convirtieron en los únicos testigos del amor que los consumía.

Iana y Vincenzo se amaron apasionadamente en esa madrugada de domingo, hasta que, exhaustos y satisfechos, se quedaron profundamente dormidos, iluminados con los primeros rayos del sol que se filtraron tímidamente a través de la cortina.



—Despierta, amor mío —insistió Vincenzo, retirando suavemente de los ojos de Iana un mechón de su larga cabellera negra—. Tenemos que ir a comer algo y luego al aeropuerto.

Iana abrió los ojos y preguntó, en medio de una sonrisa:

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

Iana se desperezó.

—Hay tiempo todavía, ven —dijo, abrazándose a su cuello—. Estemos así un momento más... No quiero irme.

Vincenzo rio, envolviendo su delicado cuerpo entre sus brazos.

—Tampoco quisiera que te fueras —dijo, besando su frente—. No imaginas cuánto te voy a extrañar.

Iana exhaló un suspiro.

—También te extrañaré. ¿Cuándo irás a Italia, cariño?

—Pronto, amor mío. Quizás en un par de semanas ya estaré ahí. Antes tengo que atender algunas cosas pendientes en la universidad. Pero te prometo que enseguida estaré contigo. — Vincenzo insertó un aire de pillería en los ojos de Iana y preguntó—: ¿Novios nuevamente?

Iana echó a reír y respondió:

—Tú y yo somos novios nuevamente y por siempre, cariño.



LOS DÍAS EN ALEMANIA quedaron atrás para Vincenzo. No habían pasado sino contadas horas desde que él había retornado a su bella Italia; pero, antes de llevar a cabo lo que tenía planeado, decidió sorprender a su madre.

Belinda se encontraba en ese momento embelleciendo aún más su jardín, lleno de hermosos rosales y demás florecillas que renacían, armonizando con su encantador colorido. Los días tibios y frescos de primavera daban paso a los calurosos y soleados días de verano, de los cuales ya disfrutaban. Fue entonces cuando Vincenzo, desde el viejo portón de su modesta casa, le dio a su madre los buenos días.

Belinda, feliz de volver a ver a su amado hijo después de aquellos largos años, corrió hacia el portón para abrazarlo.

—¡Hijo mío, mi Vincenzo querido! —exclamó—. ¡Qué sorpresa maravillosa me acabas de dar! ¿Cuándo llegaste?

Vincenzo, con su equipaje a un lado sobre la acera, se apartó de los brazos de su madre y, esbozando una amplia sonrisa, respondió:

—Como podrás darte cuenta, acabo de llegar, madre.

—¡Qué alegría tenerte nuevamente en casa, hijo! Pero vamos —apuró, tomándolo del brazo por el caminito adoquinado que conducía a la puerta de entrada—, entremos de una buena vez. Seguro tendrás mucho para contarme.

Vincenzo asintió con una sonrisa mientras echaba un vistazo a su alrededor. Tal parecía que los rosales se habían multiplicado durante el tiempo que estuvo ausente. Llenaban toda la parte lateral del jardín, por lo que enseguida comentó:

—Veo que tu jardín está más hermoso, mamá.

—De seguro es por las lluvias moderadas. Este año la primavera nos ha traído un clima beneficioso. Entremos —dijo, enrollando su brazo alrededor de la cintura de su hijo—, que voy a prepararte algo de comer y así me cuentas todo.

—De hoy en adelante tendremos todo el tiempo del mundo para conversar, mamá —respondió Vincenzo, inclinando la cabeza para darle un beso en la frente—. ¿Qué tienes para preparar? —Vincenzo abrió la nevera y husmeó dentro. Al ver que había lasaña, enseguida agarró el pirex y se lo llevó hasta la mesa—. No te molestes en preparar nada, que esto mismo me servirá.

—Déjame calentarla antes, cariño. ¡Cuánto apuro! Luego te indigestas. —Belinda tomó el sobrante de lasaña del día anterior y lo metió en el horno.

—Sabes, mamá —comentó Vincenzo, sentado a la mesa mientras esperaba—, pronto buscaré a Iana. Ella no sabe que estoy en Florencia, y te pido que no vayas a telefonarle para contarle que he regresado. Quiero darle una sorpresa.

—No te preocupes, hijo, que mantendré mi boca bien cerrada. ¿Cuándo irás a Valserra? —preguntó, alcanzando un plato del gabinete—. Supe por Ainara que ya se encuentra en el pueblo.

—Pronto, mamá. Antes debo hacer algo.

—¿Deseas contármelo? —preguntó, volviéndose hacia su hijo—. Por la expresión en tu rostro, me da la impresión de que no se trata de nada bueno.

Vincenzo rio para sí, con ironía.

—Ya podrás imaginarlo... Esta vez papá sí que tendrá que escucharme.

Luego de colocar una generosa ración de lasaña en el plato, Belinda se limpió las manos en un paño y se lo llevó a su hijo.

—Tan solo te pido que seas prudente y que sepas encontrar las palabras correctas cuando enfrentes a tu padre —dijo, colocando el plato sobre la mesa. Vincenzo le agradeció y se dispuso a comer—. Recuerda que él te dio la vida y, aunque no de la manera que debió haber sido, de alguna forma se ha ocupado de ti.

—Quédate tranquila, mamá, que soy consciente de ello. Pero eso no le da derecho a inmiscuirse en mi vida personal, tratando por todos los medios de decidir sobre mí sin respeto alguno. Tampoco tenía derecho a irrespetar, ofender y deshonestar a Iana y a toda su familia... Esto tiene que acabar... Y ya.



Y así lo hizo. Esa misma tarde, Vincenzo fue hasta el apartamento de su padre.

Él sabía que ahí lo encontraría.

—¡Hijo! —exclamó Donato, seguramente sorprendido de ver que Vincenzo ya se encontraba en Florencia. Lo último que pasaría por su cabeza era que él regresara así, repentinamente.

—No esperabas verme, ¿cierto? —Vincenzo entró sin darle siquiera tiempo a su padre de protestar.

—Pues no... Pero ya que estás aquí, bienvenido.

—Déjate de falsas cortesías, papá —replicó, colocándose frente a él—. Bien sabes que no estaba en tus planes que regresara, al menos por un buen tiempo, a Italia.

—¿A qué has venido? Dilo de una vez, porque ya estaba de salida y no tengo tiempo para tus niñadas.

Vincenzo rio con postura.

—¡Bravo, papá! Como siempre, tratando de huir cuando te ves acorralado.

—¡Ya fue suficiente, Vincenzo! —espetó Donato—. Después del mal rato que me hiciste pasar con mis colegas y amigos al no cumplir con tu deber...

—Al no cumplir con el trato que tú hiciste con ellos a mis espaldas, querrás decir.

—Como sea, deberías estar agradecido por preocuparme por ti y conseguir que estudiaras en esa universidad de tan alto prestigio. Si no hubiera sido por mi amigo...

—Un momento —interrumpió Vincenzo—. Conozco bien mis capacidades. En esa o en cualquier otra universidad en la que me hubiera propuesto estudiar, lo hubiera conseguido sin problema alguno. Pero creí en ti... ¡Qué estúpido fui!

Donato miró a su hijo con actitud; entretanto, Vincenzo continuó:

—Pero la razón que me trajo hasta aquí no es esa, descuida, puesto que eso ya lo discutimos. Vine aquí para advertirte que dejes en paz a mi novia y a toda su familia.

Donato echó a reír con absoluto sarcasmo.

—¿A qué viene eso ahora? No te comprendo.

—Deja el teatro, papá. Sé perfectamente que fuiste tú quien chantajeó a Iana, amenazando con hacerle daño a ella y a sus padres si no se alejaba de mí... Incluso atemorizándola, asegurando que yo también correría peligro si no lo hacía... ¿Cierto? ¿O me equivoco?

Donato movió la cabeza de lado a lado, se dio media vuelta y avanzó hasta el ventanal de la sala. Desde allí, las luces que destellaban a lo lejos fueron testigos de cuánta soberbia y orgullo dominaba su ser. Finalmente, respondió, manteniéndose aún de espaldas a su hijo:

—Toda esa detestable familia no es más que basura... Jamás voy a permitir, entiéndelo bien, que arruines tu vida junto a esa insolente muchachita. Porque ella, al igual que su madre, son un par de zorras. Ya recibí suficiente daño de manos de ella y del abominable seminarista, y no...

—¡Cállate ya, papá, te he permitido hablar de más! —lo interrumpió Vincenzo, alzando la voz—. Ha pasado demasiado tiempo para que continúes envenenándote con tanto odio. Y si algo sucedió en el pasado entre ellos y tú, es porque tú mismo así lo buscaste.

—¡Qué sabes tú de lo que ese par hizo de mí! —espetó Donato, volviéndose hacia su hijo—. Saúl Márquez y Ainara D’Alfonso aún mantienen una deuda conmigo... ¡Y juro que me la cobraré!

—Si a lo que te refieres es al dinero que el abuelo dio al padre de Ainara... —dijo Vincenzo—. Sé perfectamente que aquello quedó saldado.

—¿Veo que estás al tanto de todo? —replicó Donato con desfachatez—. Tal parece que esa jovencita tiene la lengua muy larga.

—Tan larga como para desenmascararte, papá. ¡Déjala en paz y no vuelvas a acercarte a ella con otro fin que no sea disculparte por todo el abuso y la mala intención que siempre ha corroído tu alma! De hoy en adelante tendrás que respetarla porque me casaré con Iana.

—¡Sobre mi cadáver...!

—Pues entonces considérate hombre muerto, padre.



LUEGO DE PONER LAS cosas claras con su padre, Vincenzo no quiso perder ni un solo día más y tomó el primer tren de la mañana con destino a Valserra para reunirse con Iana. Sabía que ella estaba de vacaciones de verano en casa de sus padres.

Tan pronto como bajó el último escalón del tren, el pintoresco pueblo norteño le dio la mejor de las bienvenidas con sus brazos abiertos, en medio de un hermoso y resplandeciente día soleado. Se colocó la mochila a la espalda y caminó en dirección a la casa de la familia Márquez D'Alfonso. Esta se encontraba a una considerable distancia de la estación, pero Vincenzo, sintiéndose libre en ese lugar maravilloso, prefirió caminar, disfrutando de la apacibilidad que le transmitía el pueblecito norteño, rodeado de valles coloridos por un sinfín de florecillas, ríos y cascadas, así como por la exuberancia de sus bosques de pinos y cipreses, cuyos picos erguidos hacia el cielo engalanaban el paisaje y hacían de Valserra un lugar especial.

Vincenzo se detuvo frente al portón de entrada de la casa de Iana, pero antes de abrirlo, acomodó el envoltorio de azucenas blancas que había comprado en la floristería del parque central para Ainara, además del ramillete de rosas rojas reservado exclusivamente para Iana.

Giró la perilla y entró.

Iana salió enseguida a darle la bienvenida.

—¡Vincenzo, cariño! —exclamó, corriendo a abrazarlo mientras él rodeaba su espalda con los envoltorios en cada mano—. ¡Qué alegría que al fin estés en Italia! Te extrañé tanto.

Iana se apartó de sus brazos y, mirando los arreglos de flores, preguntó:

—¿Y esas lindas flores?

Vincenzo sonrió.

—Las rosas son para ti, amor mío. —Y enseguida le entregó el abundante ramillete de rosas rojas.

Iana, entusiasmada, tomó el arreglo con ella.

—¿Y las azucenas? No me digas que...

Luego de que Vincenzo se acercara y le diera a su novia un cálido beso en los labios, comentó que las había comprado para dárselas a su madre, sabiendo cuánto le gustaban. Iana, esbozando una agradecida sonrisa, respondió:

—Mi madre va a adorarte aún más, cariño. Pero vamos, entremos de una vez para que puedas dárselas tú mismo.

Vincenzo estaba feliz de volver a Valserra y compartir nuevamente con Iana y su familia. No podía decir lo mismo en cuanto a sus abuelos paternos. En cuanto a sus abuelos por parte de su madre, tenía vagos recuerdos de ellos, ya que habían partido hacía muchos años, cuando él era apenas un niño. A pesar de ello, Belinda siempre le inculcó respeto por sus padres, quienes ciertamente habían sido personas correctas y amorosas.

En ese momento, Ainara y Saúl, junto con los pequeños Azzurra y Adriel, estuvieron presentes para darle la bienvenida. Vincenzo quedó sorprendido al ver cuánto habían crecido los niños durante el tiempo que estuvo ausente. Azzurra era una niña hermosa, de larga cabellera de rizos dorados y ojos azules como su madre; mientras que Adriel, el muchachito travieso y divertido, se perfilaba como un jovencito discreto y responsable, tal vez reflejando cómo había sido su padre en su infancia.

Vincenzo, que aún sostenía el arreglo de azucenas blancas en una de sus manos, estiró el brazo y se las dio a Ainara.

—Son para usted —le dijo.

—¡Pero qué lindas flores! Veo que te tienen muy bien informado en cuanto a mis gustos. —respondió Ainara con una risa mientras tomaba el ramo.

Luego, Vincenzo sacó de su mochila un estuche alargado y se lo entregó a Saúl.

—Lo compré para usted en la universidad de Berlín, doctor Márquez. Espero que le guste. Es un recuerdo del lugar donde estudié.

Saúl, esbozando una amplia sonrisa, tomó el estuche y lo abrió.

—Muy bonito detalle —comentó al sacar de la caja un elegante bolígrafo incrustado con letras doradas el nombre de la universidad: *Weserbrook College*—. Gracias, Vincenzo —dijo, alzándolo a mirar—, realmente lo aprecio.

Acto seguido, Vincenzo sacó de su mochila dos paquetes generosos de dulces que había comprado en Alemania para los niños. Haciéndoles una seña con la mano, llamó a Azzurra y Adriel para que se acercaran.

—Esto es para ustedes —les dijo, entregándoles un paquete a cada uno con una variedad de chocolates y caramelos típicos de Alemania.

Azzurra y Adriel, agradecidos y felices, corrieron al jardín con los dulces en mano.

Después de invitarlo a pasar al comedor para ofrecerle un refresco, un café o lo que le apeteciera, además de una rebanada del famoso bizcochuelo de avellanas que preparaba Ainara, Vincenzo observó a los niños desde la ventana. Estaban en el parque del jardín trasero, construido por el propio Saúl, columpiándose mientras sostenían las fundas de dulces sobre sus piernas. Entre risas, se llevaban los confites a la boca. Riendo, Vincenzo disfrutó verlos divertirse, hasta que regresó la mirada hacia los padres de Iana cuando Saúl, llamando su atención, preguntó:

—Cuéntanos más sobre tus planes, Vincenzo. Supimos por Iana que en todo este tiempo has estado aplicando a distintas constructoras en Italia.

—Así es, doctor Márquez. He repartido carpetas por todos lados... —Vincenzo y todos rieron—. Únicamente estoy a la espera de la mejor propuesta, la que más me convenga, por supuesto.

—Vincenzo será un extraordinario arquitecto —comentó Iana, adelantándose a la conversación.

Tanto Ainara como Saúl no tardaron en estar de acuerdo.

—Por supuesto, hija —dijo su madre. Luego, mirando a Vincenzo, añadió—: Te aseguro, muchacho, que más pronto de lo que imaginas te estarán llamando de una excelente constructora.

Saúl asintió con gesto convincente y comentó:

—Es verdad lo que dice Ainara. Tan solo tienes que ser paciente, porque en el momento en que conozcan tus aptitudes, el mundo entero cambiará para ti, hijo.

—Gracias por sus buenos augurios, Ainara, doctor Márquez.

Saúl echó a reír y, enseguida, dijo:

—Deja los formalismos, muchacho. Llámame únicamente por mi nombre.

Vincenzo esbozó una suave sonrisa. Sentía gran respeto hacia el padre de Iana; hacia ambos, en realidad. Sin embargo, se sintió halagado por la confianza que Saúl depositaba en él.

—Está bien, Saúl. Gracias por la confianza. Y ahora que estamos aquí reunidos, me gustaría confiarles algo.

—¿De qué se trata, cariño? —preguntó Iana de inmediato, mientras Vincenzo, tomándola de las manos, les habló a ella y a sus padres acerca del desagradable encuentro que había tenido la tarde anterior con su padre.

—Por esa razón no vine hasta aquí en cuanto llegué a Italia, amor mío. Tenía que hablar antes con mi padre y dejar las cosas claras de una vez por todas con él.

—No tienes porqué disculparte... —Iana acarició tiernamente el dorso de sus manos—. En todo caso, me alegro de que al fin lo hayas hecho. Tenía que ser así, como tu bien lo dices, dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Ustedes tan solo continúen con sus vidas, muchachos —intervino Saúl—. Donato tendrá que aprender, con todo esto que me cuentas, a respetar la vida de los demás.

—Difícil tratándose de él... —comentó Ainara con incredulidad—. Pero no le queda más que dejarse de sucias mentiras y chantajes con el único fin más que el de su propia y egoísta conveniencia. De todas formas, les pido, por favor, que traten de mantenerse alejados de él.

—Así será —coincidieron enseguida ambos.

—Nosotros nos retiramos para que puedan conversar más a gusto. —Ainara se puso en pie, mientras Iana y Vincenzo asintieron con una sonrisa—. Vamos, *amore* —apuró a Saúl, llevándolo del brazo con ella.

—¿Sabías que Massimo también está en el pueblo? —comentó Vincenzo con Iana una vez que Ainara y Saúl salieron.

—No lo sabía... Miriam no me ha comentado nada al respecto. ¿Desde cuándo está aquí?

—Si no me equivoco, desde hace dos días.

—Hum... —Iana gesticuló con la boca—. ¡Cuánto misterio por parte de mi amiga! Pero bueno, seguramente quería un tiempo a solas con él... Ya me lo contará.

—Estaba pensando si salimos los cuatro a divertirnos a algún lugar esta noche. ¿Qué dices?

—Claro que sí, me parece una fabulosa idea. —Tal parecía que a Iana no le resultaba indiferente el plan de salir a divertirse entre amigos esa noche—. ¿Adónde iríamos?

—Escoge tú el sitio, amor mío, que yo te seguiré humildemente a donde me lleves... —Vincenzo echó a reír, mientras que Iana se detuvo a pensar.

—¿Qué te parece ir a cenar y luego a un bar de karaoke?



Y así fue: los cuatro amigos salieron en pareja a divertirse en esa noche estrellada de verano a un bar de karaoke que había en el centro del pueblo.

Luego de celebrar, entre copas de vino y una deliciosa cena mediterránea el término de los estudios superiores de Vincenzo, además de los de Massimo, quien también en pocas semanas egresaría de su maestría, los cuatro amigos fueron al bar de karaoke.

Entre risas y más vino, uno a uno fue subiendo a la tarima para seguir la pista de la canción que al azar debían cantar. Tanto Vincenzo como Massimo lograron que todos los presentes dejaran de conversar y apartaran sus bebidas para prestar atención. Pero no se confundan: no era por sus encantadoras voces, sino porque ambos cantaban desastrosamente, como si algo atravesado en la garganta les impidiera mantener las notas altas.

Realmente, el canto no era su talento.

Por lo menos Miriam entonaba algo mejor; sin embargo, cuando debía levantar la voz, seguro se emocionaba tanto que la nota se le iba por otro lado.

Finalmente, para cerrar la noche con broche de oro, llegó el turno de Iana. Los espectadores hicieron silencio porque, como era de esperarse, en el momento en que ella tomó el micrófono y empezó a cantar, su voz retumbó, adueñándose del salón completo. Esa noche, Iana brilló, deleitando a todos con su melodiosa voz y terminando siendo el centro de atención. Hasta que, en horas del amanecer, la fiesta acabó. Ambas parejas se despidieron en el parque y luego cada uno regresó a su casa, con la promesa de volver a reunirse.

—Así que opacando mi armoniosa voz, ¿no es así, amor mío? —soltó Vincenzo entre risas mientras conducía de camino a casa de Iana en el auto que Saúl les había prestado para salir esa noche.

Iana movió la cabeza de lado a lado y, riendo también, regresó a verlo.

—¡Qué par de payasos son Massimo y tú! No solo nos divertieron a Miriam y a mí, sino a todo el salón. ¡Qué bien me la pasé hoy! Y tú, cariño, ¿también la pasaste bien?

—De maravilla. Realmente necesitaba disfrutar tanto como lo hice esta noche.

—Concuerdo contigo. Tenemos que seguir reuniéndonos. ¡Qué linda pareja hacen Miriam y Massimo! ¿No te parece?

—No mejor que nosotros. Tú y yo somos únicos, cariño mío. —Vincenzo echó a reír mientras aparcaba el auto en el garaje de la casa. Iana, dando un largo y profundo suspiro, comentó:

—Y pensar que estuvimos a un paso de no vernos más...

De pronto, Vincenzo se abalanzó sobre ella.

—Jamás, escúcheme bien, señorita Márquez... —dijo entre risas mientras mordía su cuello—, ¡jamás vuelva a tener el atrevimiento de dejarme solo y abandonado!

A lo que Iana, en medio de carcajadas, respondió:

—Copiado, señor Fiorucci.



ESTANDO NUEVAMENTE DE REGRESO en Florencia, Vincenzo acudió a una entrevista de trabajo con una constructora que llevaba poco tiempo en el mercado inmobiliario, pero que ya empezaba a adquirir buen nombre y prestigio, y que se había interesado en él.

Desde el principio, Vincenzo tuvo buen presentimiento con dicha empresa, además de que, en caso de trabajar para ellos, podría permanecer en Florencia. Tan solo debía esperar una respuesta, la cual, si todo corría a su favor, podía ser inmediata.

Y así fue. En menos de tres semanas Vincenzo ya se encontraba trabajando para esa prestigiosa firma de arquitectos.

Con el sueldo que percibía, el cual, para un principiante en su profesión, era lo suficientemente generoso como para arrendar su propio espacio, dejó de vivir en casa de su madre.

Se mudó a un apartamento pequeño pero acogedor, de una sola habitación, que además tenía un baño y medio, cocina, área social, cuarto de máquinas, y un amplio balcón con vistas al río Arno y parte de la ciudad. Iana ya había visitado el lugar en varias ocasiones para pasar tiempo con él.

Era el último sábado de fines de septiembre cuando Vincenzo, acompañado de su madre, hizo un corto viaje sorpresa para visitar a Iana y a su familia, y pasar el fin de semana en el pequeño pueblo norteño.

Antes de llegar, había reservado con anticipación la mejor mesa del restaurante más lujoso del pueblo: *La Taberna dei Saporì Celesti*, donde planeaba invitar a cenar a Iana y a sus padres esa misma noche.

Tan pronto como Vincenzo y su madre llegaron a Valserra, se acomodaron en un modesto hotel.

Desde allí, Vincenzo telefoneó a Iana para avisarle:

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —dijo Iana en cuanto contestó la llamada.

—Bien, amor, estoy aquí con mi madre.

—¿Aquí dónde, en el departamento?

Vincenzo soltó una risotada.

—No, amor mío, en Valserra.

—¿Es en serio? ¿Y por qué no viniste a casa?

—Reservamos un hotel...

—¡Pero hubiesen venido a casa! —protestó enseguida Iana—. ¡Qué ocurre con ustedes dos! Estaremos felices de recibirlos. Aquí hay espacio de sobra.

—Mi amor, deja que termine de hablar —interrumpió Vincenzo entre risas—. Mamá y yo solo estaremos el fin de semana. Te agradezco la preocupación, pero ya sabes cómo es ella. Prefirió que nos quedáramos en un hotel. Además, yo no quiero incomodar a tus padres.

—Pero...

—Iana, cariño, escúchame —dijo Vincenzo, corriendo la cortina para observar las estrechas callejuelas que, desde sus balcones, desbordaban flores coloridas—. Mamá y yo queremos invitarlos a cenar esta noche.

—¿Invitarnos...? ¿A quiénes te refieres?

—A ti, amor mío, además de tu mamá y Saúl. —Vincenzo sabía que Iana no se quedaría tranquila y seguiría indagando sobre el motivo de su visita sin avisar, así como su aparente solemnidad. Rio para sí y continuó—: Consulta con tus padres si está bien encontrarnos a las siete en *La Taberna dei Saponi Celesti* y me confirmas. ¿De acuerdo, amor mío? Mientras tanto, estaré ocupado durante las próximas tres o cuatro horas.

—¡Cuánto misterio! —protestó Iana de mala gana.

—¿No me digas qué estás molesta conmigo?

—¡Pues claro! Llegas al pueblo y ni siquiera vienes a verme.

—Iana, cariño, te estoy diciendo que tengo que resolver algunas cosas antes de vernos en el restaurante.

—Medio raro, pero está bien. Te llamaré en cuanto hable con papá y mamá.

—Te amo, mi bella Iana. No lo dudes jamás. Espero tu llamada entonces. —Vincenzo cortó la comunicación y enseguida se reunió con su madre para salir al pueblo. Aún faltaban algunos detalles por ultimar para la sorpresa que planeaba darle a su novia esa noche durante la velada.



En cuanto Iana y sus padres llegaron al restaurante, Vincenzo y su madre ya los esperaban.

A Iana le llamó la atención la elegancia con que estaban vestidos tanto Belinda como su hijo, además de los bellísimos arreglos de rosas blancas intercaladas con flores de cerezo —sus favoritas—, que decoraban en su mayoría el espacio de su mesa, así como otras partes del restaurante.

¿Acaso se celebraba algo?, pensó enseguida Iana.

Tan pronto como Vincenzo vio a la familia Márquez D'Alfonso acercarse, se puso de pie y fue a recibirlos:

—¡Bienvenidos! —exclamó mientras los abrazaba.

—¡Qué gusto tenerlos en el pueblo, Vincenzo, a ti y a tu madre! —dijo Saúl.

—¡Lo mismo opino yo! Pero, ¡cuánta elegancia! —exclamó Ainara, a lo que Vincenzo sonrió—. Iré a saludar a tu madre. Vamos, *amore*.

Entretanto, Vincenzo e Iana se abrazaron.

—Me tenías preocupada. Pero mírate... —observó Iana, pasando la palma de su mano por la solapa de su chaqueta negra—. ¡Qué elegante y guapo estás esta noche, cariño!

Vincenzo sonrió.

—Ven, amor, vayamos a la mesa. —Y, pasando el brazo alrededor de su delicada cintura, se dirigieron hacia la mesa en donde Belinda, en compañía de Ainara y Saúl, conversaban animadamente.

—Buenas noches, Belinda —saludó Iana, acercándose a darle dos besos, uno en cada mejilla.

—¡Iana, querida, qué gusto verte! —exclamó Belinda con una amplia sonrisa—. ¡Tú cada día más linda!

—Gracias, Belinda, usted siempre tan amorosa conmigo.

Tras devolverle la sonrisa, Iana se acomodó en la silla que Vincenzo le apartó. Frente a ellos estaban sus padres y Belinda.

—Nos alegramos tanto cuando Iana nos dio la noticia de que estaban en el pueblo —comentó Ainara.

—Nosotros también estamos muy contentos de estar aquí compartiendo con ustedes —respondió Belinda enseguida—. Realmente me ha sido imposible venir, aunque sea de paso, a Valserra.

Ainara sonrió.

—Créeme que para nosotros también se ha complicado ir a Florencia. La galería demanda mucho tiempo de mí, además de que Saúl pasa horas en el hospital, por no decir el día entero...

¿No es así, *amore*?

Saúl dejó de lado la copa de vino que bebía y respondió a su esposa:

—Así es, amor mío. Hay ocasiones en que no depende de uno regresar temprano a casa. Debo estar dispuesto a atender las urgencias de las personas sin importar la hora que sea.

—Eso es cierto —comentó Belinda.

—¿Ordenamos la cena? —preguntó Vincenzo justo cuando el camarero se acercó a la mesa y entregó la carta del menú a cada uno—. ¿Qué se te antoja, amor mío? —le preguntó enseguida a Iana.

Mientras Iana recorría el menú, se interesó por el plato del día. Levantando la mirada hacia el camarero, consultó:

—¿Cuál es el plato que esta noche ofrece el restaurante?

El camarero contestó:

—De entrada tenemos alcachofas con mariscos cubiertas por lonjas de queso mozzarella, y como plato fuerte, *melanzane alla parmigiana*.

—Delicioso —comentó Iana—. Para mí, el plato del día, por favor.

—¿Y para las señoras? —preguntó el camarero, dirigiéndose tanto a Ainara como a Belinda.

Tras leer detenidamente, Ainara eligió la ensalada de zucchini al pomodoro y, como plato fuerte, el risotto de espárragos, mientras que Belinda pidió el filete de ternera al limón con albahaca.

—¿El señor qué va a servirse? —preguntó, dirigiéndose a Saúl.

—A mí tráigame como entrada los espárragos con prosciutto. —Más adelante, Saúl pidió el estofado de conejo.

—¿Y para el señor? —finalmente preguntó a Vincenzo.

Él eligió el *melanzane alla parmigiana*, al igual que Iana. Todos los platos fueron acompañados de un delicioso vino de la casa.

—Y bueno, adelantándome a los acontecimientos —comentó Belinda, una vez que terminaron de cenar y se disponían a degustar el postre—, déjenme decirles que el motivo de esta visita repentina se debe a algo muy importante que Vincenzo tiene para decirles.

Tanto Ainara como Saúl, y no se diga Iana, se miraron entre sí, sorprendidos.

—¿Se trata de algo que aún yo no sepa, cariño? —preguntó Iana, tomando a Vincenzo de la mano. Ainara y Saúl, dibujando en sus labios una sonrisa incierta, miraron nuevamente a Belinda... Ella tan solo dejó que su hijo hablara.

—Así es, amor mío —respondió Vincenzo—. Esto que ahora mismo tengo para decirles es algo que aún no te he propuesto.

Iana, sin entender a qué se refería, abrió sus grandes ojos verdes.

—Me estás poniendo nerviosa, amor...

Vincenzo sonrió, soltó la mano de Iana y, poniéndose en pie, se dirigió a Ainara y a Saúl:

—Mis estimados, Ainara y Saúl, mi madre y yo vinimos hasta aquí, y entre los dos quisimos que nos reuniéramos en este lugar porque deseo, de todo corazón, pedir ante ustedes y en presencia de mi madre, la mano de Iana. Estoy tan enamorado que deseo casarme cuanto antes con su hija.

Iana se quedó sin palabras. Era un manojito de nervios; únicamente sus labios esbozaron una sonrisa inquieta de agitación y contento. Mientras tanto, Vincenzo se giró hacia su novia e, hincándose frente a ella, abrió ante sus ojos una cajita donde relucía un bellissimo anillo de compromiso, y preguntó:

—¿Qué dices, amor mío? ¿Te casas conmigo?

Iana, con lágrimas en los ojos, se abalanzó a abrazarlo.

—¡Por supuesto que deseo casarme contigo! Bobo, me tuviste toda la tarde angustiada pensando en todo menos que esto sucedería.

—Quise que fuera una sorpresa.

—¡Y vaya sorpresa que nos acaban de dar! —exclamó Ainara, luego de que Vincenzo se sentara junto a su hija—. Estoy tan feliz por ustedes, Vincenzo, Iana, y sé que tu padre lo está igual, ¿no es así, *amore mio*? —preguntó, volviéndose hacia Saúl. Él asintió con una larga sonrisa—. Sé que serán muy felices.

—Gracias, mamá —dijo Iana, al igual que Vincenzo, mientras sonreían mirándose entre sí.

—Sin más por decir, puesto que las palabras sobran —intervino Saúl, llevándose las manos a los ojos al notar que estaban enrojecidos. Luego, levantó su copa de vino en alto y brindó por ellos—: ¡Felicidades, hija querida, Vincenzo! Me hace sumamente feliz su compromiso. Tú sabes mejor que nadie, Vincenzo, que te aprecio tanto como a un hijo.

—Gracias por sus palabras, Saúl. Tenga la certeza que jamás lo defraudaré, ni a usted ni a su hija. Amo con toda mi alma a Iana.

—Y mi hija a ti, muchacho.

Entretanto, Iana se giró hacia Vincenzo y, entre risas, comentó:

—Escuchaste bien a mi padre, ¿cierto, cariño?

Vincenzo asintió con una sonrisa y besó su frente.

—No se diga más —comentó Belinda, quien también sonrió al mirar la felicidad de los novios—. Desde mañana mismo tenemos una divertida tarea que ir organizando.

—Por supuesto, ¿para cuándo tendrían prevista la boda? —preguntó Ainara a Vincenzo.

—Por mí, que sea lo más pronto posible... ¿Tú qué opinas, amor?

—Si por mí fuera, mañana mismo —dijo Iana y echó a reír—. Lo primero sería hablar con el padre Edoardo para que nos diga cuándo habría disponibilidad en la iglesia.

Tanto Ainara como Belinda coincidieron con ella.

—Lo que dice Iana es cierto —dijo Belinda—. Podríamos ir mañana mismo a conversar con el párroco y ver qué nos dice.

—Perfecto —comentaron Iana y Vincenzo entre sí—. Mañana iremos a hablar con el padre Edoardo.

Y así, entre risas y brindis, cada cual dio su opinión. Además, entre todos idearon la mejor manera de llevar a cabo la celebración de la boda.



DESDE EL MOMENTO EN que Iana y Vincenzo se comprometieron, Belinda se mudó a Valserra para así, junto con Ainara, además de Francesca, Romina y de Alfonsina, encargarse de organizar la boda, la cual, tras hablar con el párroco del pueblo, tendría lugar antes de las fiestas navideñas.

Durante esos meses, Belinda permaneció en Valserra, una decisión beneficiosa, ya que de esa manera pudieron avanzar con todos los preparativos, especialmente considerando el tiempo relativamente corto que tenían por delante.

Cierto sábado, a Iana se le hizo tarde después de estar en la parroquia conversando con el padre Edoardo sobre algunos detalles relacionados con la decoración de la iglesia. Ni bien cruzó el parque, Donato salió repentinamente de un auto y se interpuso en su camino. No cabía duda de que él había estado esperándola.

A pesar de que Iana intentó evitarlo y huir, él logró acorralarla. Tomándola bruscamente del brazo, le exigió que lo acompañara a una cafetería cercana.

Sin otra opción, Iana lo siguió. Entraron al establecimiento, donde apenas había dos o tres parejas, y se sentaron a una mesa del fondo.

Como era de esperarse, las amenazas de Donato no tardaron en hacerse presentes:

—¿Crees que vas a salirte con la tuya y conseguir casarte con mi hijo? ¡Estás muy equivocada, jovencita, si piensas que yo lo voy a permitir!

—Si accedí a venir hasta aquí contigo fue porque no me quedó otra alternativa, Donato. Pero no creas que te tengo miedo ni que voy a dejarme intimidar con tus amenazas. ¡Me casaré con tu hijo, te guste o no!

—Antes tendrás que pasar sobre mí, jovencita inconsciente. ¡No sabes con quién estás tratando!

Iana sonrió con desdén.

—Te conozco bien, Donato Carusso. ¿O crees que se me ha olvidado todo lo que les hiciste a mis padres? Además de intentar abusar de mí... Eres un verdadero desquiciado.

—Te estoy dando a elegir, Iana D'Alfonso...

—Iana Márquez D'Alfonso —corrigió ella con firmeza—, aunque te cueste decirlo.

Donato sonrió con desprecio.

—Como sea... Por tu propio bien y el de todos, aléjate y desaparece de una vez por todas de la vida de mi hijo. De otra manera...

—¿De otra manera qué...? —interrumpió Vincenzo, quien apareció frente a ellos de forma inesperada. Su mirada se clavó en la de su padre.

Pero, Donato, nervioso, respondió a su hijo con otra pregunta:

—¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—¡Te exijo que termines lo que le ibas a decir a mi novia! —espetó Vincenzo.

—Déjalo así, cariño —intercedió Iana—. Es mejor dejarlo e irnos.

—No, amor —respondió Vincenzo con firmeza—. Ahora mismo mi padre tendrá que decirlo, pero esta vez frente a mí. Vamos, Donato Carusso, vomita tus siniestras amenazas.

—¡Aparte de inocentón, eres un ciego! —espetó Donato con sarcasmo—. Toda su familia es una escoria... ¡Empezando por su padre!

—¡No voy a permitir que sigas ofendiendo a mis padres! —replicó Iana poniéndose de pie. Sin embargo, Vincenzo, tomándola por la cintura, comentó en voz baja mientras fulminaba con la mirada a su padre:

—No insistas, amor mío. No gastes más tus energías en él. Ahora salgamos de este lugar. Gracias a un amigo que los vio entrar, llegué a tiempo para impedir que este hombre continuara agredéndote.

Iana asintió en silencio, sin apartar su mirada del semblante lóbrego de Donato, quien la desafiaba con los ojos.

Vincenzo la forzó a girarse y, sin mirar atrás, ambos abandonaron la cafetería.



LUCES RESPLANDECIENTES POR DOQUIER y coloridos arreglos navideños alegraban las calles, las plazoletas y el concurrido parque del pequeño pueblo norteño, dando la bienvenida a las Fiestas navideñas.

Igualmente, en la parroquia de San Feliciano di Valserra se había expuesto un portentoso pesebre, al cual los moradores y visitantes acudían, maravillados, para admirarlo.

En aquella clara y azulada mañana de diciembre, Ainara, con la ayuda de su madre, de Alfonsina, de Belinda —quien fue de considerable apoyo—, además de su amiga de toda la vida, Gabriella, de su hermana Romina, y de Patrizia, quien también había viajado desde Florencia, ultimaban los detalles para la celebración de la boda de la enamorada pareja.

Rompiendo con la tradición clásica en la que la ceremonia tendría lugar en la iglesia, los novios decidieron que la conmemoración se llevaría a cabo en los jardines de la residencia de la abuela de la novia, de Francesca Baglietto D’Alfonso, como había sido costumbre durante décadas en lo referente a la recepción.

Un sol radiante abrió sus brazos en esa fría mañana de invierno, cobijando al pintoresco pueblo norteño en aquel día especial.

Los pequeños, Azzurra y Adriel, felices porque había llegado el día de la boda de su hermana, jugaban entre ellos en el jardín delantero de la casa de su abuela mientras aguardaban el momento en que daría inicio la celebración.

Azzurra, vistiendo un vaporoso vestido de tul blanco adornado con un sinfín de florecillas en una suave tonalidad violeta y un jersey blanco para protegerse del frío, y Adriel, con sus pantalones blancos y camisa de franela violeta, al igual que su hermana, llevando en el bolsillo una rosa blanca en botón, serían quienes cubrirían el camino de césped artificial con pétalos de rosas blancas cuando Iana, del brazo de su padre, caminará hacia el altar.



En medio del silencio de su habitación, Iana se contemplaba sentada frente al espejo mientras una suave melodía de arpas y violines se escuchaba desde el exterior. Sus labios, pintados aquella maravillosa mañana en un delicado color rosa, dibujaban una apacible sonrisa. En ese instante, Belinda entró cerrando la puerta tras de sí y, acercándose a la reluciente novia, la miró a través del reflejo del espejo y exclamó:

—¡Mírate, qué bella estás, mi querida Iana!

Iana, manteniendo la quietud de su sonrisa, respondió:

—Gracias, de corazón, por todo lo que ha hecho por Vincenzo y por mí, Belinda.

Belinda acercó el taburete que se encontraba a su costado y, situándose junto a la novia, que esa mañana lucía radiante, dijo:

—No me des las gracias, querida. En todo caso, soy yo quien se siente agradecida por haber reconsiderado tu decisión de abandonar a mi hijo e ir a buscarlo. ¡Y mírate, aquí estás, a tan solo un paso de ir hacia el altar para unir sus vidas y ser su esposa!

Iana la abrazó, de sus ojos desbordaron lágrimas de emoción.

—Amo a Vincenzo, y soy la mujer más feliz por unirme a él en matrimonio. Además, me siento tan afortunada por ser parte de su familia.

—Eres una hija para mí, mi querida Iana. —Belinda, esbozando una tierna sonrisa, rodeó el rostro de Iana con ambas manos—. Y ahora deja que te limpie esas lágrimas porque, de otro modo, vas a malograr tu maquillaje. Vamos, querida... —continuó, tomándola de la mano para ayudarla a ponerse de pie—. Llegó el momento de bajar. El novio y los invitados esperan por ti.

—Sí... ¡Llegó el gran momento! —Iana, entregada a una apacible serenidad y a la dulce ilusión que cobijaba su alma, tomó del brazo a Belinda, y juntas se encaminaron hacia el recibidor, donde sus padres y su amorosa abuela, Francesca, la esperaban.

Enseguida, Saúl se acercó a su hija.

—¿Lista para ir al encuentro del novio y, desde hoy, empezar una nueva vida, mi hija amada?

—Lista, papá.



Cientos de frescos y delicados pétalos blancos cubrían el césped de los jardines de la residencia D'Alfonso. Iana apareció por el largo camino, decorado a cada lado con exquisitos arreglos florales. Vestía un hermoso vestido blanco, entallado en fina seda, con una discreta abertura en el

lado derecho de la pierna. Las mangas, ceñidas a lo largo de sus brazos, adornaban un delicado encaje entretejido con diseños florales.

Su cabello iba recogido en un moño de princesa a media nuca, con mechones en delicados bucles que caían por debajo de sus pómulos. Una diadema de cristales Swarovski adornaba su cabeza, y sobre sus hombros descansaba una capa de seda, a juego con su vestido, la cual se deslizaba con elegancia unos cuantos metros por el extenso camino cubierto de pétalos, que sus pequeños hermanos habían lanzado con esmero desde sus canastillas antes de que la novia pasara.

Iana avanzaba sonriente del brazo de Saúl, su padre, hacia el gazebo, donde un bellissimo arco de azucenas blancas, rosas y flores de cerezo engalanaba el altar. Mientras a un costado, Romina, al piano, entonaba la marcha nupcial, coreado por el dulce canto de los pájaros, que jugueteaban en esa luminosa mañana de diciembre y revoloteaban junto a ella.

Vincenzo, de pie junto al altar, lucía un elegante traje blanco. En el bolsillo de su chaqueta destacaba una rosa púrpura en botón, y su rostro reflejaba la emoción mientras esperaba ansioso a su amada novia.

Saúl, con los ojos humedecidos por la emoción y una dulce sonrisa en los labios, subió escoltando a Iana por los tres peldaños que conducían al altar. Allí, rodeado de su familia, los invitados y los abuelos de Vincenzo, quienes lo acompañaban en ese día tan especial, entregó a su hija al apuesto novio, marcando el inicio de la ceremonia.

Edoardo Messina, el sacerdote que desde hacía varios años servía al pequeño pueblo norteño en reemplazo del queridísimo y extrañado padre Fortunato Rinaldi, dio comienzo al matrimonio entre Iana Márquez D'Alfonso y Vincenzo Carusso Fiorucci, la feliz pareja que, a partir de aquel día maravilloso, empezarían una vida juntos, lejos del odio, el orgullo y el rencor que alguna vez marcó el pasado...

Al menos, eso era lo que sus corazones anhelaban con fervor.

—Iana Márquez D'Alfonso —preguntó el sacerdote, colocándose frente a la novia—, ¿aceptas por voluntad propia a Vincenzo Carusso Fiorucci como tu legítimo esposo?

—Acepto, padre —contestó Iana, en medio del brillo que reflejaron sus hermosos ojos verdes.

Luego, el sacerdote se giró hacia el novio y preguntó:

—Y tú, Vincenzo, ¿aceptas por esposa a Iana Márquez D'Alfonso, amándola y respetándola por el resto de sus vidas?

Vincenzo, esbozando una dulce sonrisa, respondió:

—Acepto, padre.

—Si no hay alguien que se oponga a esta boda —dijo el sacerdote, dando a los novios la bendición—, en el nombre de Dios, yo los declaro marido y mujer. —El reverendo esbozó una amplia sonrisa y, enseguida, agregó—: Vincenzo, puedes besar a tu esposa.

Vincenzo, con un brillo en los ojos que reflejaba pura emoción, tomó el rostro de Iana entre sus manos y, en un tierno gesto, besó sus labios. Al mismo tiempo, cientos de globos coloridos se elevaron libres al cielo, donde, abrazados por el resplandor del sol, continuaron su trayectoria, volviéndose cada vez más diminutos ante la mirada de todos. Así, quedó sellada la unión entre la joven pareja, quienes, desde ese momento, se convertirían en el señor y la señora Fiorucci, manteniendo Vincenzo el apellido de su madre.

Ainara y Saúl, desde las sillas donde se encontraban sentados, levantaron la mirada al cielo. Sus dos pequeños, Azzurra y Adriel, entre risas, contemplaron cómo los globos pintaban de colores el horizonte hasta perderse en la distancia.

Ainara y Saúl volvieron entonces su mirada a la feliz pareja. Ambos, abrazados, reían mientras observaban el despliegue de colores. Finalmente, se giraron hacia sus seres queridos, y tanto los padres de Iana como Nicoletta y Darío, quienes se encontraban junto al matrimonio Márquez D'Alfonso, subieron al altar para darles el abrazo de felicitación a los recién casados.

Por otro lado, Miriam, sumida en un mar de lágrimas por la emoción de presenciar la boda de sus dos amigos, se aferró al hombro de Massimo, quien también disfrutaba de la unión de su gran amigo y hermano, mientras esperaban el inicio de la fiesta.

Y así fue. En cuanto Iana y Vincenzo bajaron las escalinatas del gazebo, comenzó el festejo para agasajar a los recién casados en los jardines frontales de la residencia. Allí se habían dispuesto carpas decoradas con bellísimos bouquets de azucenas y rosas blancas, además de discretos racimos de delicadas flores de cerezo, tan preciadas para Iana, que no podían faltar en cada arreglo.

Asimismo, por petición de los novios, se añadieron candelabros altos de cristal adornados con velas blancas, además de arreglos de globos en vivos colores. Una buena cantidad de estos globos fue reservada para ser lanzada al cielo al finalizar la ceremonia, como efectivamente sucedió.

Finalmente, como era tradición, el padre de la novia haría el brindis. Saúl, inmerso en una profunda emoción, levantó su copa y, dirigiéndose a la feliz pareja, además de a los invitados, expresó:

—Mis queridos hijos, Iana y Vincenzo, no encuentro palabras para expresar la alegría que invade mi alma, además de la de tu madre, hija mía, y de toda la familia. Y, ¿por qué no decirlo?,

de todos los aquí presentes. Porque al fin, y después de tanto contratiempo, han vencido y están unidos en matrimonio frente a todos nosotros y ante Dios como testigo, gracias al profundo e inquebrantable amor que se tienen el uno por el otro. Brindo por ustedes, mis amados hijos, por una vida plena, en donde el amor y el respeto sean el cimiento, el pilar que los sostenga. Los amo... ¡Salud por los recién casados!

—¡Pido la palabra! —interrumpió de pronto Donato. Su voz resonó desde la parte trasera de la recepción, haciendo que todos voltearan a mirarlo. Agarró al paso una copa de champaña de manos de uno de los meseros que sostenía la fuente y, tambaleándose, avanzó entre las mesas en dirección a la de los novios, donde Saúl, en la cabecera, hacía el brindis.

Iana y Vincenzo, desconcertados, se miraron entre sí, mientras Nicoletta, quien se encontraba en la mesa de enfrente junto a su esposo, Darío, se levantó rápidamente e intentó detenerlo. Sin embargo, a pesar de sus súplicas para que se marchara, Donato se posicionó junto a los novios, ignorando por completo las miradas de reproche.

Alzó su copa y, desoyendo cualquier consejo, insistió en hablar:

—Estoy aquí para celebrar también el matrimonio de mi hijo, Vincenzo Carusso, porque, aunque no use mi apellido... ¡Sigue siendo un Carusso, carajo! —declaró con la voz quebrada por el alcohol y el resentimiento.

Vincenzo se levantó al instante, tomándolo del brazo con fuerza.

—Vete de aquí, papá. Estás pasado de tragos —le dijo en tono contenido, pero molesto.

—¡No! Antes quiero terminar con mi brindis —replicó Donato, zafándose del agarre de su hijo.

Iana, intentando controlar la tensión, le hizo a Vincenzo una seña con los ojos, para que volviera a sentarse. A regañadientes, Vincenzo se sentó a su lado, mientras Saúl, desde el extremo de la mesa, no apartaba su mirada de Donato, indiscutiblemente evaluando cada palabra y cada gesto.

Donato, consciente de que tenía la atención de todos, se giró hacia los novios y, con una sonrisa torcida, dejó caer su siguiente ataque:

—Brindo nuevamente, pero esta vez, ¡celebrando la desgracia que vivirá mi hijo! Porque, si no lo saben, esta jovencita que tienen frente a ustedes proviene de una familia sin escrúpulos. ¡Gaetano D’Alfonso, el padre de Ainara D’Alfonso, su “distinguida” madre...! —Donato enfatizó el sarcasmo—. Me vendió a su hija cuando apenas tenía dieciocho años.

Un murmullo de incredulidad recorrió entre los invitados

—Y ahora me vienen a decir que esta señorita, luciendo su immaculado vestido blanco, ¡no es más que una oportunista! ¡No es mujer para ser la esposa de un Carusso! —acusó, señalando a

Iana con el dedo tembloroso, mientras un brillo de odio se reflejaba en sus ojos.

La recepción quedó sumida en un silencio ensordecedor.

—Porque ella... —continuó Donato, alzando la voz y clavando su mirada en Iana—. ¡Iana D'Alfonso ha pasado años seduciéndome por mi dinero!

—¡Cállate de una buena vez! ¡A mi mujer y a mi hija las respetas! —gritó Saúl con su rostro enrojecido de ira e indignación. En un arrebato de furia, lanzó un violento puñetazo al centro de la cara de Donato, provocando que hilos de sangre brotaran de su pómulo izquierdo. Donato, tambaleándose, se cubrió la cara con una mano mientras el impacto lo dejó aturdido. Ainara, junto a su hija y Vincenzo, permanecieron inmóviles, sin pronunciar palabra. Madre e hija, ultrajadas, intercambiaron una mirada silenciosa, mientras Donato recibía el castigo que, a los ojos de todos, merecía.

Nicoletta, soltando alaridos, corrió hacia su hijo. Darío, en cambio, permaneció inmóvil en su silla, observando la escena con el ceño fruncido.

—¿Donatito, hijo mío, qué te han hecho?! —clamó Nicoletta. Sus tacones se hundían en la hierba húmeda, y sus piernas arqueadas no respondían al querer dar un paso al frente mientras intentaba avanzar tambaleándose hacia Donato. Cuando finalmente llegó, alzó el rostro hacia su hijo, pero este, cubriéndose con la mano su pómulo abierto, desafió a Saúl con la mirada. Entretanto, Nicoletta, con los ojos brillando de lágrimas y desesperación, buscó la mirada de su hijo sin dejar de lamentarse por el incidente—: Esto no puede estar sucediendo... ¡Cómo vinimos a caer tan bajo! —Levantó una mano, donde sus dedos largos y huesudos ostentaban una abundancia de anillos con piedras preciosas, además de las pulseras doradas que colgaban de sus muñecas. Mientras limpiaba con un pañuelo blanco la sangre que manchaba el rostro de Donato, no paró de quejarse—: ¡Ya te han hecho demasiado daño, mi Donato querido! Esta familia no nos merece... ¡Vámonos de aquí inmediatamente!

—¡No, mamá! —gritó Donato, aniquilando a Saúl con la mirada—. ¡Antes va a escucharme este mal nacido! Ya era tiempo de que conocieras quién es tu hija... ¡Sacrílego bastardo! —A pesar de que su madre diera el pecho interponiéndose entre ambos, Donato intentó lanzarse contra Saúl.

Vincenzo, viendo que la situación escalaba, sacó su móvil y marcó rápidamente el número de la policía.

—¡Ya fue suficiente! —bramó Saúl, sujetando a Donato por la camisa—. ¡Te largas ahora mismo de aquí! —Con un movimiento rápido, le propinó otro puñetazo, esta vez en el otro lado de la cara. Donato retrocedió, tropezando y cayendo contra el filo de una de las mesas.

La reunión quedó paralizada, los invitados observaban con incredulidad la caótica escena sin saber cómo intervenir. Mientras tanto, Romina llevó a los pequeños, Azzurra y Adriel, al interior de la casa para que quedaran al resguardo de Alfonsina.

Nicoletta, desesperada, intentaba levantar a su hijo mientras sus alaridos histéricos resonaban por todo el lugar:

—¡Auxilio! ¡Que alguien ayude a mi hijo, no se queden ahí sin hacer nada!

Donato intentó nuevamente lanzarse sobre Saúl, pero este, haciendo uso de toda su fuerza, tomó al padre de Vincenzo bruscamente por el brazo y, violentado, ardiendo de indignación, lo arrastró fuera del lugar. Donato resbaló sobre una fina capa de hielo que se había formado en el césped y cayó de medio cuerpo dentro de la pileta que estaba a escasos metros de la puerta trasera de la residencia. Mientras tanto, su madre, desesperada, corría a socorrerlo, luchando torpemente con sus tacones, que se hundían una y otra vez en la hierba humedecida.

—¡Maldito perro...! —vociferó Donato contra Saúl, soltando una carcajada sarcástica—. ¡Ahí tienes tu paga! Ahora tu hija lleva mi apellido, ¡así como también lo llevarán tus nietos! —Su camisa de seda blanca y su chaqueta, ahora mojadas y ajadas, colgaban desaliñadas de su cuerpo.

Saúl, enfurecido, agarró a Donato de la parte delantera de su camisa y, de un violento jalón, lo sacó fuera de la pileta. El rostro de Donato apenas podía distinguirse tras su cabello desgredado y empapado.

—¡Esto debí hacer contigo hace mucho tiempo, despreciable psicópata! ¡A partir de hoy aprenderás a respetar tanto a mi familia como a mí! —rugió Saúl. Sin darle oportunidad de responder, le propinó dos contundentes puñetazos en el mismo lado de la cara. Donato, tambaleándose, patinó y cayó de rabadilla contra la hierba mojada. Saúl volvió a agarrarlo por la camisa y, arrastrándolo sin piedad, lo llevó fuera de la residencia de su suegra.

En ese momento, dos carros policiales se estacionaron en la acera.

—¡Llévenselo! —ordenó Saúl a los oficiales, quienes ya estaban informados sobre la intromisión inapropiada de Donato Carusso—. Ustedes sabrán qué hacer con él. —Se dio media vuelta y regresó a la propiedad.

Mientras tanto, Nicoletta, visiblemente indignada, apuró a su esposo, halándolo del brazo.

—¡No quiero volver a verlos nunca más en mi vida, ni a ti ni a tu familia, Saúl Márquez! —lo confrontó cuando se cruzaron en la entrada. Luego, sin esperar respuesta, siguió de largo y abandonaron el lugar.

—Vincenzo, hijo —dijo Saúl cuando este salió a su encuentro, tras la partida de sus abuelos—, gracias por llamar a la policía. Me apena que esto haya ocurrido precisamente en el día de tu

boda, pero no tuve otra opción con tu padre. Espero que puedas entenderlo.

—No tienes que disculparte, Saúl. Era de esperarse que esto sucediera. Jamás le perdonaré a mi padre haber ofendido a mi esposa frente a todos.

—¿Y cómo está ella?

—Gracias a Dios lo tomó con absoluta madurez... Ya conoces cómo es Iana, fuerte como un roble.

—Sin desmerecerlo —dijo Saúl, acomodándose el cabello y ajustando su camisa, que por el altercado estaba fuera del pantalón—, mi hija heredó dignamente el carácter de su madre, así como el de su abuelo, Gaetano D’Alfonso.

Ambos rieron mientras avanzaban hacia el centro de la recepción.

Mientras tanto, Belinda, viendo a Saúl y Vincenzo regresar por la parte trasera del jardín, se puso de pie. En medio de la confusión, alzó su copa y exclamó:

—*Salute, per gli sposi!*

Todos brindaron con ella, y luego, pidiendo a los músicos que comenzaran a tocar, añadió:

—¡Y ahora todos a bailar, que la fiesta recién empieza, amigos!

De pronto, Miriam, desde la mesa en la que se encontraba en compañía de su novio, Massimo, se puso en pie y, levantando la voz, pidió la atención de todas las muchachas solteras:

—Escuchen... ¿Qué les parece si antes le pedimos a la novia que nos acompañe hasta el gazebo para continuar con la tradición? ¡Es momento de que lance su ramillete de flores!

Enseguida, todas las muchachas solteras, entusiasmadas, corearon un sí.

Iana accedió con una sonrisa, pero les pidió esperar un momento al ver que Vincenzo y su padre se aproximaban a la mesa donde ella estaba.

—¿Qué sucedió con tu padre, cariño? —preguntó cuando Vincenzo se sentó a su lado.

—Ya todo acabó, amor mío. No quiero que sigas preocupada. —Vincenzo tomó a Iana de las manos—. Él y mis abuelos acaban de marcharse... lejos de aquí, y para siempre.

Iana lo miró angustiada.

—¿Y papá? ¿Pasó algo malo entre los dos? Me aterra solo pensar que ese desquiciado le haya hecho daño.

Enseguida, Vincenzo la envolvió entre sus brazos y besó su frente.

—Te repito que no te preocupes, amor mío. Saúl puso en su sitio a mi padre... ¡cómo tenía que ser! Te aseguro que desde hoy en adelante Donato Carusso no volverá a molestar ni a tus padres ni a nosotros. Además, quiero que sepas que me esforzaré por borrar de tu mente todo lo que sucedió con mi padre y hacerte la mujer más feliz de este mundo.

Iana, esbozando una dulce sonrisa, le dio a Vincenzo un beso en los labios.

—Te amo, cariño. Igualmente, sé que te haré el hombre más feliz. Ahora tengo que ir a cumplir con la tradición, que las muchachas esperan por mí. —Iana sonrió y, levantándose, añadió mientras sujetaba la mirada de su esposo—: A ver a quién le toca agarrar el ramo...

Iana, en compañía de todas las solteras que aguardaban por ella, fueron hasta el centro del jardín para, desde lo alto del gazebo, hacer el famoso ritual que su amiga Miriam sugirió. Mientras tanto, desde el extremo opuesto del jardín, Vincenzo, su madre, Saúl, Ainara, y todos los que permanecieron en las mesas, presenciaban atentos a la joven que agarrara el esperado ramillete, sería la futura novia por casarse... Así decía la tradición.

Entretanto, Iana, de espaldas a todas las muchachas que, eufóricas, esperaban el momento de saltar y poder agarrar el codiciado ramo de flores, gritó, en medio de risas:

—¡A ver quién es la afortunada! —Y enseguida lanzó por los aires su hermoso y colorido ramillete de azucenas blancas y flores de cerezo, envuelto en delicadas cintas perladas, al tiempo que juegos pirotécnicos cubrían el cielo con sus relucientes destellos festivos.

Tan pronto como se volteó, pudo ver que su amiga Miriam, abrazada al cuello de Massimo, reía y saltaba de emoción, llevando el ramillete en alto.

Enseguida, Vincenzo estuvo con Iana y, abrazándola por la cintura, comentó al ver la felicidad con la que sus dos amigos celebraban dicho triunfo:

—Vas a ver que, más rápido de lo que te imaginas, tendremos una nueva boda en Valserra...

—¡Será maravilloso, por supuesto que sí! —Iana sonrió, sus ojos quedaron fijos en Miriam y Massimo—. Y ahora quiero que me confíes algo —dijo, volviéndose hacia su esposo y mirándolo con ilusión.

—¿Qué es eso, amor mío, que con tanto interés quieres que te confíe?

—¿Cuál fue tu deseo aquella tarde en Livorno, en la *Fontana del Nettuno*?

Vincenzo sujetó su mirada y sonrió.

—Que te casaras conmigo... ¿Y el tuyo, amor mío?

Iana esbozó una sonrisa traviesa, rindiéndose al encanto de sus cautivadores ojos negros, que en ningún momento dejaron de mirarla con amor.

—¿Tú qué crees?...



Epílogo

AINARA Y SAÚL, ABRAZADOS, permanecieron en completo silencio, contemplando con una paz serena la dicha que ahora desbordaba su vida. La felicidad que compartían, fruto de su amor, era el refugio y la recompensa a una larga trayectoria que había sido oscurecida por los reveses de la vida, pero que, finalmente, los condujo hacia este amor eterno.

La feliz unión entre los hijos de ambas familias no solo sellaba sus destinos, sino que, como un reflejo del destino mismo, golpeaba el orgullo de la familia Carusso que, cegada por su propio rencor, jamás permitiría que su orgullo fuera doblegado, pero sin embargo, la unión de Iana y Vincenzo, unida por el honor, sería un recordatorio eterno de la victoria del amor sobre el odio.

—Tus ojos son mis ojos, tu vida es mi vida, *amore mio*... —exclamó Ainara, recargándose suavemente sobre el hombro de Saúl—. ¡Siempre estaré a tu lado, hoy y siempre!

Y en esa promesa, en ese susurro lleno de amor, residía la certeza de un amor inquebrantable, forjado a lo largo de los años, que había superado todas las adversidades.

Un amor que, aún en los momentos más difíciles, fue la única fuerza que los mantuvo unidos.

Otros libros

Serie Bajo el sol de Valserra:

Pasión y Lirios: Un amor eterno

Honor y Cerezos: Un drama familiar



Comedia Romántica:

Amor a la carta en Aspen: Novio a contrato

Tú, ¿otra vez?: Historia de un amor accidentado



Próximamente:

Invierno en Misty Harbor: Un dulce romance costero

Entre el amor y la tentación: Dividida entre dos corazones